

KYRA ROSE



DARK
Dynasty

NO CONFÍES EN NADIE

KYRA ROSE

Dark Dynasty

No confíes en nadie

Aviso de activación

¿Estás perdida, pequeña?

Este es un barrio peligroso, sepultado en el oscuro mundo de la mafia. Tu vida vale tanto como el suelo polvoriento que pisas. Armas, drogas, secuestros y muertes sangrientas son nuestro día a día. No soy una buena persona. El lenguaje vulgar, el alcohol y una moral inexistente son la normalidad para mí. ¿Te indigna que te hayan secuestrado y tengas que doblegarte a mi voluntad? Entonces estás en el lugar equivocado, porque un paso más y serás irrevocablemente mía. Es nada menos que tu alma la que está actualmente al borde del abismo. Entonces, Micina, ¿qué decides? ¿Te quedas o te vas?

Encontrará una advertencia detallada al final del libro.

Prólogo

El crujido de una puerta al abrirse hace que me tiemblen las piernas y mi llanto se detiene abruptamente. Él está aquí. Su voz, marcada por un profundo barítono, llena la habitación y me atrevo a albergar esperanzas.

El monstruo que tengo a mi espalda sigue apretando sus sucios dedos sobre mi boca. *Tiene que salvarme, no, me salvará.* Si ese bastardo no me hubiera hecho caer en una trampa, no estaría de pie en un pequeño rincón de la biblioteca, atrapada en sus garras. Su aliento, apestando a alcohol, entra en mi nariz mientras se inclina hacia mí.

—Fíjate bien, Sienna, ésa es su verdadera naturaleza —me susurra suavemente al oído, sonando como el asesino que es. Todos en esta maldita villa lo son. Sus manos están manchadas de sangre y, aun así, uno de ellos hace que mi corazón lata más rápido. *¿Qué tan enfermo es eso?*

—Mierda —Oigo la voz del mismo hombre en quien tengo más confianza y afecto de lo que me conviene. Su áspera respiración resuena en la pequeña habitación y mi corazón se encoge. Ya tengo un presentimiento de lo que está ocurriendo aquí, separada de él únicamente por una estrecha estantería. Lentamente, el monstruo en cuyas garras me encuentro me empuja hacia delante, apretando su cuerpo contra mí. La bilis me sube por la garganta y lucho por reprimir una arcada, aunque mi pulso se acelera incontrolablemente.

Hasta el momento en que salimos de nuestro escondite y lo veo con ella. En ese momento, mi corazón deja de latir durante unos segundos y siento una punzada profunda. Los ojos se me llenan esta vez de lágrimas de rabia, y la ira parece quemarme por dentro. Odio hacia mí misma por haber sido tan estúpida como para involucrarme con un hombre que me robó mi libertad.

Cometí el error de confiar en un asesino y le entregué mi corazón. Sabía que lo rompería en mil pedazos.

Capítulo 1 - Sienna

3 semanas antes

—Este idiota debería mantenerse alejado de mí —digo con molestia.

Nada más entrar en el bar, veo a Jacob y a su última conquista dándose un beso apasionado. Es difícil no darse cuenta de que es una de las camareras gracias a la camiseta con el nombre del bar impreso a un costado. Llevamos un mes separados y desde entonces me he sentido miserable. El hecho de que le haya metido la lengua hasta la garganta justo enfrente de mí no lo hace más fácil. Y mis esperanzas de verle sólo de pasada esta noche se han esfumado. Es el cumpleaños de Audrey, y como es la única persona a la que podría llamar amiga, hoy estoy aquí. Por eso lamento el doble que ahora se sienta obligada a cuidarme. Es sólo por su mirada suplicante que me quedo. Incluso en esta remota parte de Minneapolis, podría conseguir un taxi en diez minutos. Sobre todo, ahora que escapar de vuelta a mi pequeño piso de estudiante parece realmente tentador.

—Sólo ignóralo. Sabes que es amigo de Tyler, esa es la única razón por la que lo invité. — Fue precisamente esta amistad masculina la que nos llevó tan lejos en primer lugar. Como su novio y Jacob son amigos, Audrey tuvo la brillante idea de emparejarme con él. Le gustan las mujeres de pelo largo y castaño oscuro, por lo que yo encajo perfectamente en su esquema de presa. Igual que él encajaba en el mío con su corte de pelo ralo y la expresión ruda de su cara. Al principio era encantador y el sexo no estaba mal. Pero ni siquiera tres meses después, de repente encontró al resto de las chicas mucho más interesantes que yo.

—Me voy a tomar una copa y luego ya veremos —digo con tono apaciguador, y a mi amiga se le ilumina toda la cara. Aliviada, se pasa uno de sus rizos negros por detrás de la oreja.

—Sí, hazlo y diles a los de la barra que eres parte de la fiesta de cumpleaños. —Su expresión alegre es suficiente para reponerme.

—Un tequila sunrise, por favor. —El camarero me da la espalda, pero confirma mi pedido con un gesto de la cabeza. Más calmada, me doy la vuelta y dejo que mi mirada recorra el bar, evitando deliberadamente la esquina donde están la camarera y Jacob. En su lugar, echo un vistazo al interior, que es realmente elegante. Muebles de cuero negro fusionados con accesorios de madera oscura y algunos elementos dorados le dan al bar un ambiente acogedor, aunque bastante lúgubre.

—Aquí tiene —El tintineo del vaso atrae mi atención de nuevo hacia la barra, directamente a la cara del camarero.

Me cautivan de inmediato sus ojos castaño claro y la expresión interesada que hay en ellos. Su barbilla cuadrada está rodeada por una barba que le llega hasta el nacimiento del pelo. Lleva el pelo negro corto a los lados, con apenas unos mechones en la coronilla y en la frente ligeramente rizados.

—Tu tequila —dice y señala el mostrador sin romper el contacto visual entre nosotros. Sus cejas curvadas y algo despeinadas se levantan en señal de invitación, y sin embargo no me atrevo a apartar la mirada. Todo su aspecto encaja perfectamente con el ambiente del bar, oscuro y

misterioso.

—Gracias —digo suavemente, y en mi interior me maldigo por utilizar mi truco de desenredar juguetonamente un mechón de pelo. Es realmente soso. Pero si la noche sigue yendo tan mal, puede que merezca la pena coquetear. La piel bronceada, la estatura alta, combinadas con la espalda ancha, son exactamente de mi gusto. Pero primero debería intentar entablar conversación con los otros invitados del cumpleaños. Así que cojo el vaso y camino alrededor de la barra. Casi todos los asientos están ocupados por pequeños grupos. Encuentro a Audrey y su grupo de amigos en uno de los amplios rincones del fondo de la sala. Para mi alivio, Jacob sigue colgado de su última conquista, así que me relajo, me meto entre los demás e intento seguir la conversación.

—¿Y tú, Sienna? ¿Cómo van tus estudios? —me pregunta el chico a la derecha de Audrey.

¿Lentos? ¿Lejos de la recta final? Son sólo dos de las posibles respuestas a esta pregunta, pero no voy a decir ninguna de ellas en voz alta. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente no entiende por qué sigo en la universidad. Aquí todo el mundo trabaja desde hace unos meses, lo que me convierte en el último vestigio de su época de estudiante. Por desgracia, eso no va a cambiar pronto, porque sencillamente no tengo la motivación necesaria para ponerme manos a la obra. Mientras tanto, me he saltado todas las clases y exámenes que no eran obligatorios. No es sólo la montaña de trabajo lo que me desanima, sino también la inseguridad en mi interior. No estoy segura de lo que quiero hacer. ¿Es realmente la economía el futuro?

—No tengo prisa. Sólo voy a hacer los exámenes obligatorios este semestre —*Porque si no los hago, me anularán la beca y con ella mi único sustento.* No podré seguir así mucho tiempo antes de que me den de baja. Al fin y al cabo, sólo gracias a mis buenas notas me han concedido la beca. Pero la universidad quiere un rendimiento excepcional a cambio, y eso es exactamente lo que no puedo ofrecer en este momento. Quizá un trabajo normal con ingresos regulares sería una alternativa más fácil. Pero no, fui directamente a por ello cuando me ofrecieron la beca. Ahora estoy atrapada en la licenciatura de economía, que cada semestre odio más. Así que abandonar no es una opción, porque definitivamente no voy a acabar como mi madre.

Lleva años saltando de un trabajo temporal a otro para pagarse sus estúpidas drogas, con las que luego se destruye todas las noches. Su tren salió de la estación hace mucho tiempo. Pero aún tengo la oportunidad de hacer algo con mi vida, aunque mi reloj haya empezado a correr. Esto se refleja en las miradas decepcionadas y a veces despectivas de los demás, que demuestran lo poco que comprenden mi constante procrastinación. Vacío mi vaso sobre una planta en la sala y me voy rápidamente para escapar de estos hipócritas. No deberían importarme sus opiniones, ni las críticas que resuenan en ellos. No saben nada de mí y aun así creen que pueden formarse una opinión, no soporto ese tipo de cosas. Sólo conozco a la mayoría de la gente de aquí a través de Audrey, porque nos conocimos en fiestas como ésta. En realidad, no les caigo bien, soy más bien un apéndice o una quinta rueda. Ni siquiera me importa porque no necesito amigos para ser feliz.

—¿Saben qué? Voy por otra copa. ¿Les traigo una? —Todos niegan con la cabeza.

Me acerco lentamente a la barra, pasando por delante de los demás invitados que están de pie en pequeños grupos y charlando animadamente. Casi he alcanzado al atractivo camarero de sonrisa expectante cuando otra persona entra en mi campo de visión y me bloquea el paso.

—Hola Sienna, ¡cuánto tiempo sin verte! —Jacob, realmente no necesito esto ahora.

—¿Por fin has conseguido que la camarera vuelva a hacer su trabajo? Recuerda, su trabajo no implica explorar tu boca —Entrecierro los ojos brevemente, esperando que entienda mi sarcasmo.

En lugar de eso, me sonrío descaradamente y se queda clavado en el sitio. No estoy de humor. Lo rodeo y me dirijo al mostrador, donde mi camarero favorito ya está esperando mi pedido. Al menos me observa, aunque su mirada ya no es amistosa. Quizá sea por la sombra que me sigue y que ahora me aprieta el costado derecho. *Jacob parece estar pegajoso hoy.*

—Otro, pero esta vez doble —El camarero me quita el vaso de la mano y lo pone a un lado antes de volver su atención a la nueva bebida. *¿Teme que se lo eche en la cara a mi ex? No sería poco realista. ¿Por qué no se va a la mierda este idiota?* Observo cómo el líquido marrón llena el vaso mientras mi mirada se detiene en la camisa negra del camarero, que se estira sobre su pecho al moverse. Es evidente que entrena regularmente por la forma en que su torso musculoso destaca sobre la tela ajustada. *Tal vez un poco de distracción sería algo bueno.*

—Es culpa tuya. Si no me hubieras rechazado seguirías explorando mi boca. Pensé que te podría conquistar en la cama, pero no fue así... por muchos orgasmos que hayas tenido.

¡No dijo eso en voz alta! Estoy a punto de explotar. ¿Cómo puede ser tan arrogante? Además, ¿quién le dio permiso para vociferar nuestra vida sexual? ¡En un lugar tan público! Me vuelvo hacia Jacob de un tirón y le doy una sonora bofetada por su estúpida insinuación. Cuando me vuelvo hacia el camarero, veo la mueca en su rostro. Debe de haber oído nuestra conversación anterior y me habrá tomado por una mojigata. Probablemente no esperaba que tomara cartas en el asunto, pero el muy cabrón se lo merecía. Me mira sorprendido, hasta que su rostro se transforma en una mueca maligna.

—Zorra estúpida, no me apreciaste en absoluto. Eres tan mala en la cama. Realmente me sorprendió que tú de todas las personas me dejaras. Pero eso me lo puso fácil, porque de todas formas no habría durado mucho contigo, de la manera que apestas —El volumen de sus palabras aumentaba con cada sílaba. Tanto que literalmente resuena por toda la habitación y ahora atrae la atención de todos hacia nosotros. Inhalo y exhalo con dificultad, intentando calmarme. La sombra oscura a mi izquierda revela al camarero, que nos escucha atentamente. Le miro y sus labios apretados se abren.

—¿Todo bien? —pregunta a ambos, pero sus ojos están fijos en mí. Estoy segura de que reconoce la rabia que hay en mi mirada, que corre por mis venas como una mecha encendida en busca de su objetivo.

Estoy a punto de arremeter de nuevo y golpear a Jacob en la cara con el puño. Tiene suerte de que el camarero me esté distraendo. Para cuando consigo separarme de esos ojos marrones, Tyler ya ha intervenido y ha agarrado a su amigo para arrastrarlo hasta la puerta. Mientras tanto, Audrey, que debe de haber sido conducida a mi lado por la conmoción, me mira directamente, de modo que mi atención se centra en la expresión de culpabilidad de su rostro.

—Lo siento, Sienna. Cada minuto que pasa me arrepiento más de haberme dejado convencer para invitarle. Pensé que el tema entre ustedes ya estaba resuelto. Después de todo, han pasado dos meses —Me río amargamente, aunque mis siguientes palabras resuenan con una rabia hirviente.

—¿Resuelto?! ¿Cómo voy a resolver algo con ese idiota? De todas formas, se cree un dios en

la cama —Mis mejillas arden. Me enfurece que divulgue cosas privadas. Claro que quería avergonzarme, y lo ha conseguido, porque la situación es simplemente embarazosa. El tipo que está detrás de la barra me pone el Tequila Sunrise al lado y yo asiento con la cabeza. Cuando aún estoy tomando el vaso, me pone un chupito.

—Creo que necesitas esto ahora mismo —Antes de que pueda responderle, se da la vuelta y desaparece por una puerta que lleva a la zona privada. Cojo el chupito y me lo bebo de un trago, con una agradable sensación de ardor en la garganta. El aguardiente de frutas con cereza no habría sido mi primera elección, pero ayuda a enfriar la rabia contra el idiota. Audrey me toma de la mano y vuelve a captar mi atención.

—Vamos, estamos de fiesta. Olvídate de esto —Dejo que lleve lejos de la barra después de darle dos grandes tragos a mi Tequila Sunrise, dejando atrás el resto de la bebida. Nuestro camino nos lleva directamente a la pequeña pista de baile en el centro del bar—¿Puedes poner algo para bailar? —pregunta en voz alta.

Sigo su mirada hacia la barra y veo que el camarero ha vuelto. Pone una nueva melodía, sube el volumen de la música y ahora resuenan en la sala unos bajos al son de los cuales solo te puedes mover a un ritmo trepidante. Sólo mi cargo de conciencia por la discusión basta para que me anime a hacerlo. Normalmente no me gusta ser la primera en entrar a la pista de baile, pero en este bar la mayoría son conocidos, no como en una discoteca cualquiera. Cada vez se nos unen más invitados y el pequeño espacio abierto de la sala se llena rápidamente de gente bailando. El alcohol hace el resto.

Me muevo al ritmo estruendoso que hace temblar mi cuerpo. Finalmente logro desconectar. Me olvido de la discusión con Jacob y de los problemas que, por lo demás, dominan mi vida cotidiana. En lugar de eso, siento la música y saboreo el momento. El bajo penetra en cada fibra de mi cuerpo y me llena de euforia. Disfruto sintonizando la canción y sintiendo el ritmo. Mis pies encuentran el ritmo por sí solos. Dejo que mis brazos se muevan libres y miro a Audrey, que asiente con una sonrisa. Entonces cierro los ojos, muevo el trasero y subo las manos. Luego deslizo mis dedos desde la cintura hasta las caderas. Giro la pelvis al ritmo de la canción y saboreo la embriaguez de la música. Sólo cuando termina la canción abro los párpados y vuelvo a encontrarme con la mirada del camarero, que ahora me escruta con avidez, casi como un depredador que mira a su presa. Una imagen tentadora. Definitivamente, esta noche toca hacer algo por mí. Me inclino hacia Audrey y le grito.

—Ahora vuelvo —le guiño un ojo y me dirijo decidida hacia la barra. El camarero no me quita los ojos de encima ni un segundo. Apoyo los brazos con confianza en la barra y él viene hacia mí para oírme mejor por encima del volumen de la música.

—¿Cómo te puedo ayudar? —Estoy segura de que su pregunta está relacionada con la carta de bebidas, pero hay otro interés brillando en sus ojos. Me humedezco los labios sutilmente antes de responderle.

—Una botella de agua, por favor —respondo relajada y espero con mi siguiente pregunta hasta que me la pone delante—. Necesito un poco de aire fresco, ¿hay un patio aquí? —Señalo con la cabeza hacia la puerta de madera, en la que se ve un letrero que dice *Staff en* letras grandes. Sus pupilas se oscurecen considerablemente y una sonrisa juguetona se dibuja en sus labios. Se inclina un poco más y su aliento roza suavemente mi mejilla.

—Es una mala idea —me advierte con una sonrisa pecaminosa que sólo le hace más atractivo.

—No te preocupes, sé cuidarme bien —le explico guiñándole un ojo mientras sorbo el agua fresca.

—No lo dudo. Sin embargo, una mujer con esos atractivos ojos marrones nunca debería estar sola en un patio oscuro —Bajo la mirada tímidamente, saboreando su cumplido y encantada de participar en su pequeño flirteo.

—Entonces debería buscar a alguien que me acompañe —le digo y vuelvo a mirarle. Se pasa despreocupadamente los dedos por los pocos cabellos un poco más largos de la frente y tira la toalla sobre la encimera.

—Bueno, ¿te importa que te siga? —El bajo oscuro de su voz ahoga todos los ruidos que nos rodean y me produce un escalofrío. Me mira atento durante unos segundos. El color marrón claro de sus iris se clava literalmente en mí, la forma en que me mira es tan intensa.

—Me encantaría —suspiro suavemente, desenredando un mechón de pelo con los dedos, que él observa con evidente interés.

Al cabo de unos segundos, hace un gesto de invitación con la cabeza, pero espera a que dé el primer paso. Es su forma de comprobar si hablo en serio. Probablemente no le gusta que la chica se acobarde en el último momento, cosa que no pienso hacer. En lugar de eso, quiero enterrar mis dedos en su cabello y ser libre durante unos minutos. Libre de obligaciones, de tomar la decisión correcta para el futuro, pero sobre todo libre de las exigencias de los demás.

—Vamos, entonces.

Abandono el mostrador a propósito, camino los pocos pasos que me separan de la puerta e incluso antes de empujar el picaporte, noto que me sigue. Es como un guardaespaldas, silencioso y sin embargo tan presente que es difícil ignorarlo. Delante de mí se abre un largo pasillo en el que hay cinco puertas más. Doy un paso vacilante y noto que la puerta que se cierra amortigua la música del bar. En cambio, ahora oigo su respiración a mi espalda. Me aparta suavemente el pelo de la oreja izquierda con los dedos y me acaricia la piel con delicadeza. Exhalo nerviosa y aprieto los labios para ocultar mi excitación.

—Sigue derecho —me murmura y me pone la mano en la espalda.

Me empuja suavemente, aunque no es necesario, porque no vacilo. Es exactamente lo que quiero. A cada paso, la música se hace más tranquila y su presencia se hace cada vez más embriagadora. Estoy tan emocionada que noto los pezones presionando la tela del top, pero no me detengo. Al contrario, acelero y abro sin vacilar la puerta del fondo del pasillo. La que nos conduce al mencionado patio trasero, donde nos recibe la oscura noche. El aire fresco besa la piel desnuda de mis brazos, erizando los finos vellos. Me alejo unos pasos del edificio y me giro para mirarle. Una pequeña lámpara cuelga frente a la salida, iluminando sólo un tercio del patio rectangular. El atractivo camarero se ha colocado justo al lado de la puerta, así que la luz sirve de poco.

—Por cierto, me llamo Sienna —suelto y le pregunto su nombre para sacudirme la extraña tensión que siento en mi interior. Se limita a negar con la cabeza.

—No —Se apoya relajado contra la pared de piedra rústica y desaparece casi por completo en las sombras, por lo que apenas puedo distinguir su mirada—. En general, pienso menos en la

palabrería y mucho más en la acción —Aquí fuera, su voz suena más áspera, más fuerte. Dice lo que piensa y cada sílaba va en serio—. Ven a buscarme —me pide después de unos segundos, durante los cuales no me muevo.

—¿Por qué? —respondo estúpidamente, pero camino hacia él al mismo tiempo. Se oye claramente la risa en sus palabras posteriores.

—Porque no te esperaré para siempre —me explica y me agarra de la muñeca.

Me atrae rápidamente hacia él entre las sombras y me tropiezo contra su pecho. Sus latidos son tranquilos, relajados, en marcado contraste con los míos, y sin embargo no hay miedo, solo excitación.

—¡Última oportunidad para huir, pequeña! —Me agarra por la cintura y siento su aliento en la frente. Levanto la vista nerviosa, directamente a sus ojos, aunque solo pueda distinguirlos como puntos negros.

—Me quedo —revelo con voz temblorosa y recibo a cambio una oscura carcajada por su parte.

—Me parece bien —Me acerca con un fuerte apretón y pega sus labios a los míos.

El beso no tiene nada de afectuoso, es exigente. Sus dientes se clavan con fuerza en mi labio inferior, abro la boca e inmediatamente siento su lengua sumergirse en mi interior. Sabe a ron ácido, me devora literalmente y apenas me deja espacio para respirar. Sin embargo, un suspiro excitado se escapa de mi garganta. Estiro los dedos e intento alcanzar su pelo. Pero él me detiene antes de que llegue a su hombro. Entonces se aparta de mí y sacude la cabeza.

—Aquí jugamos con mis reglas. Eso significa que yo digo lo que haces y cuándo lo haces — Al principio quiero retroceder indignada, pero su firme agarre me detiene.

—Veamos si realmente puedes —Lentamente empuja mi muñeca hacia abajo y presiona su mano directamente sobre su cinturón.

—Ábreme los pantalones —me ordena con severidad y aparta la mano. Me sorprende brevemente su comportamiento dominante, pero al mismo tiempo me dan ganas de seguir. Obedezco y mi respiración se acelera. Rozo sus calzoncillos, debajo de los cuales ya se ve un bulto.

—Bien, ahora sácalo —añade mientras retiro los dedos. Me pone la mano libre en la mejilla y acaricia mi pelo—. Estoy esperando —me recuerda con voz grave, agarrándome el pelo con más fuerza esta vez, tras lo cual jugueteo con la cinturilla de sus calzoncillos y finalmente meto la mano con cuidado.

Me parece prohibido tomarlo sin más. Sin embargo, no puedo resistir el impulso de recorrer su pene con los dedos y sentir su tamaño. El oscuro murmullo que sale de su garganta es un incentivo adicional. Le bajo aún más los calzoncillos y dejo al aire su miembro, y él agradece con un gruñido de aprobación.

—Bien, ahora enséñame lo que tienes —Mi mano rodea su pene, pero vacilo, porque no quería participar en un juego unilateral. Me muerdo el labio inferior mientras me clava los dedos con más fuerza en el cuero cabelludo y vuelve a acercarme a él—. ¿No he sido lo bastante claro? —pregunta en tono sombrío, y siento su aliento en mi piel. Me planteo agacharme, pero me vence la voluntad de no dejarme avasallar.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —Me tiembla la voz, pero mantengo la mirada en alto. Le miro a la cara para demostrarle que no voy a ceder fácilmente. Otra risa oscura sale de sus labios y su miembro se agranda entre mis dedos.

—Muy bien. ¿Quieres jugar? Te lo regalo —Me besa y al instante abro la boca para él. Él la toma inmediatamente, pero mi atención se centra en la mano que antes había enterrado en mi pelo suelto. Desciende por mi vientre hasta los botones de mis vaqueros. Sin mucho preámbulo, los desabrocha uno a uno, su lengua se apodera de mí por completo. Hasta que sus dedos se deslizan por mi zona baja y jadeo de asombro cuando toma lo que quiere sin vacilar. Sin embargo, no puedo evitar disfrutarlo.

—Tan prohibidamente húmedo. Esto te está excitando, ¿verdad? —Me frota el punto sensible con habilidad, estimulando todas mis terminaciones nerviosas—. Contéstame —exige con severidad, pero no detiene su juego ni un segundo.

—Sí, esto me excita —digo, ya que sencillamente no tengo concentración para mentir.

—Me gusta —le oigo decir, pero estoy demasiado excitada para procesar esa afirmación.

Introduce sus dedos rítmicamente en mí y vuelve a sacarlos a un ritmo que me hace gemir de placer.

—Tus sonidos son dulces, pequeña, pero apreciaría más un agarre firme —Con eso, me recuerda mi mano, que sigue agarrando su miembro. Me deslizo lentamente a lo largo de su eje, aumentando constantemente el movimiento. Se pone más duro y jadea cuando masajeo su punta con el pulgar. Cierro los ojos con devoción y me concentro en sus dedos, que alteran mi respiración. Temo derretirme por dentro cuando se inclina hacia mí y aprieta sus labios contra mi cuello. El agrio aroma del ámbar gris me inunda la nariz y sus dientes se clavan en la sensible piel que hay justo debajo de mi oreja.

—Déjate llevar —susurra y me masajea el clítoris con firme presión. Me hace sentir como si el corazón se me fuera a salir del pecho o se me fuera a parar en cualquier momento porque está abrumado por estas sensaciones ardientes. Mientras tanto, se me ha ido la cabeza. Me limito a actuar, confiando en el instinto que me dice que él también está a punto de derramarse en mi mano. Su cálido aliento golpea la piel de mi carótida segundos antes de morder, provocando una sacudida en mis nervios. El calor inunda mi abdomen y tiemblo bajo su agarre antes de que la dulce sensación del clímax debilite mis piernas.

—Eso es, pequeña —oigo sus palabras amortiguadas contra mi oído mientras me abraza y se asegura de que pueda saborear este momento de libertad absoluta. Me olvido del espacio y del tiempo durante unos segundos hasta que el orgasmo se apacigua y me devuelve al oscuro patio trasero. Abro los párpados y le miro. Cómo me gustaría reconocer ahora sus ojos, leer lo que siente, pero la oscuridad oculta sus verdaderos sentimientos.

—Ahora me toca a mí —Me devuelve a la realidad y me recuerda que sigo agarrando su miembro con la mano. Me parece justo darle rienda suelta después de esta fantasía. Así que continúo con masajeándolo y presto especial atención a la punta.

—Así —murmura en voz baja, y sus dedos, que descansan en mi centro, vuelven a dibujar suaves círculos. Me muerdo el labio, jadeando, mientras a mi sensible clítoris le cuesta soportar el contacto y, al mismo tiempo, ansía más.

—Más rápido... más fuerte —me incita, sacando la mano de mis calzoncillos. Su pene se estremece y palpita. Siguiendo un impulso, me arrodillo y cierro los labios en torno a su punta. Zumba penetrante y ásperamente, provocándome un escalofrío que me hace quedarme quieta durante un parpadeo. Me meto su miembro más profundamente en la boca y le paso la lengua por el glande, saboreando ya las primeras gotas saladas. Su respiración es irregular y los gruñidos me convencen de que no tardará en sucumbir a mí. Jugueteo con la punta mientras retrocedo lentamente. Guiándome, lleva la mano a mi pelo y evita que retroceda antes de verter todo en mi boca. Trago su jugo hasta que finalmente me suelta. Solo entonces me doy la vuelta y me pongo de pie. Oigo el ruido de su cremallera y el tintineo de su cinturón mientras se viste. Su mano se posa inesperadamente en mi mejilla, lo que me hace levantar la vista y reconocerle por primera vez desde que entramos en el patio. Nos hemos acercado al cono de luz, por eso su rostro está rodeado de sombras y luz y el marrón de sus ojos brilla oscuro y siniestro hacia mí.

—Gracias, pequeña, ha sido divertido —me dice sonriendo con picardía. Nos miramos durante unos segundos antes de que se aparte de mí y se dé la vuelta. Sólo cuando se cierra la puerta me doy cuenta de que se ha ido y me quedo sola en el oscuro patio trasero. El frío de la noche se hace notar de inmediato y mis bragas húmedas ya no me sientan tan bien como hace unos minutos. En su lugar, siento una sorda sensación de vergüenza. Quería hacerlo y lo volvería a hacer en cualquier momento. Fue una diversión espontánea, nada más, y sin embargo siento una punzada en el pecho, como cada vez que me echo un polvo rápido. Disfruto experimentando la excitación, pero las sensaciones que le siguen suelen ser difíciles de digerir. Me enderezo rápidamente y busco el pomo de la puerta para volver al bar. Allí me reúno con Audrey, que está bailando con otros invitados. No tardo en encontrar el ritmo nuevamente. Mis extremidades, no, todo mi cuerpo se siente ahora tan relajado que me pierdo por completo en la música. Lo único que importa ahora es el momento; aún tengo tiempo de pensar en el futuro, quizá mañana.

Capítulo 2 - Sienna

Poco antes de medianoche, es hora de abandonar el bar, y sólo quedan unos pocos noctámbulos en las esquinas. Entre ellos está mi ex Jacob, que sigue mirando a la camarera como si fuera un trozo de pastel especialmente sabroso. Por suerte, mi atención se centra en Audrey y Tyler, que están a punto de marcharse.

—¿Seguro que no quieres que te llevemos a casa? —La cumpleañera está notablemente cansada, pero sigue preocupada por mí. La envuelvo en un fuerte abrazo y sacudo la cabeza al mismo tiempo.

—Oh, tranquila, vives al otro lado de la ciudad. Hoy voy a tomar un taxi —Agito el móvil y le guiño un ojo.

—De acuerdo —sede con un suspiro—. Es mejor esperar aquí en el bar hasta que llegue el conductor. Nunca se sabe qué personajes hay por ahí —Pongo los ojos en blanco. Claro, tiene razón, este barrio es conocido por sus problemas nocturnos, pero ya soy mayorcita para cuidarme sola. Además, la docena de clientes que quedan en el bar no son menos peligrosos, teniendo en cuenta lo aturdidos que miran a su alrededor.

—Sí, mamá, no te preocupes, me cuidaré —Recibo un suspiro como respuesta.

—Sabes exactamente lo que quiero decir —Toma su chaqueta y su bolso del sofá.

—¡Ponte en contacto en unos días! Entonces podemos ir a tomar un café —Siempre las mismas frases. Lo hemos dicho tantas veces y, sin embargo, nunca nos hemos dado cuenta. Audrey y yo somos amigas desde hace tres años, pero nuestra amistad no es íntima. Nos conocimos al principio de nuestros estudios y desde entonces hemos mantenido un contacto fugaz.

—Sí, claro, lo haré. Buen viaje a casa —Me despido de ella y de Tyler con la mano hasta que la puerta del lugar se cierra tras ellos. Sólo entonces me hundo en el sofá más cercano para respirar hondo.

Audrey es la única persona que está realmente interesada en mí, a pesar de que la he dejado plantada tan a menudo. Es un milagro que siga intentando ponerse en contacto conmigo. Ni siquiera mi propia madre lo hace. Sigue viviendo en el pequeño pueblo donde crecí. Si no hubiera heredado la casa tras la muerte de mi abuelo, probablemente ni siquiera tendría un techo sobre su cabeza. Lo único que le preocupa son los hombres y el alcohol, así que no me extraña que yo le importe un bledo. Especialmente desde que me mudé a Minneapolis para estudiar. Sólo accedió porque esperaba recibir apoyo financiero de mi parte, pero puede olvidarse de eso. Ella nunca ha cuidado de mí, así que yo haré lo mismo. Aparte de que no estoy segura de que la economía sea lo mejor para mí, el constante aplazamiento no lo hace más fácil. En realidad, debería haber terminado hace un año. Mientras el resto de la clase piensa en sus próximos pasos, yo tengo veintiocho y estoy completamente sin plan.

—Hola, ¿estás bien? —La profunda voz del camarero me saca de mis sombríos pensamientos. Está de pie justo enfrente de mí, aunque la pequeña mesa que nos separa pone distancia entre nosotros.

—Sí, todo va bien —confirmando y le dedico una sonrisa amable, que él no devuelve.

—Vamos a cerrar pronto —Al principio, no estoy muy segura de si se trata de un despido o de una invitación. Pero su cara de enfado me hace pensar que es más bien una grosera invitación a marcharme

—No te preocupes, sólo voy a disfrutar de mi copa y luego me voy —Hay un destello de emoción en sus ojos que no puedo identificar. *¿Es una sorpresa?* Antes de que pueda definirlo mejor, ya está sonriendo sin compromiso.

—Te deseo una buena noche —Se da la vuelta y se marcha sin esperar respuesta. *Vale, se ha ofendido.* Por el rabillo del ojo, le veo ponerse una chaqueta y salir del bar. Me sorprende que se vaya antes de la hora de cierre, pero uno de los camareros ocupa inmediatamente su lugar en la barra, así que parece que se las ha arreglado. Más atrás en la sala, veo a otros dos empleados limpiando las mesas, lo que no hace sino acentuar la inminente hora de cierre. Es una clara señal para que me marche, así que doy un sorbo a mi bebida y busco el número de un servicio de taxis. Antes de que pueda marcarlo, la puerta principal se abre de nuevo y siete figuras vestidas de oscuro entran en el bar. Cada una más siniestra que la anterior, y todas me miran con una oscura mirada. No son los primeros en entrar desde que Audrey abandonó el bar, pero son demasiado para su consejo de permanecer aquí porque aquí es "seguro". Lo dudo mucho ahora mismo, sobre todo porque no voy precisamente vestida para pasar desapercibida. Los vaqueros negros ajustados con aspecto de cuero y el top rojo de escote pronunciado son algunos de mis conjuntos favoritos, aunque sean muy reveladores. La presencia de estos tipos me hace sentir insegura, así que decido marcharme antes de atraer toda su atención. Termino el resto del cóctel y recojo mi chaqueta de cuero y mi bolso. Me dirijo a la salida sin darme la vuelta y sólo me pongo la chaqueta fuera, sorprendida por el frío nocturno. Me alejo rápidamente del bar. Lo suficiente para poder vigilar la entrada mientras compruebo de nuevo mi teléfono móvil. Lo agarro con fuerza y continúo mi búsqueda del servicio de taxis. Cuando por fin suena la señal de espera en la línea, me alejo un poco más, porque por el rabillo del ojo veo a una persona que sale del bar y se dirige hacia mí. *Esto no puede estar pasando.* Jacob está indiscutiblemente borracho, genial. Me alivia brevemente que no sea uno de esos tipos siniestros, pero sigo sin necesitar a mi ex en estas condiciones. Finalmente, alguien contesta a la línea y pido un taxi que me recoja en la siguiente esquina. Así tengo un poco de espacio para maniobrar si Jacob viene detrás de mí. Conscientemente, miro hacia otro lado. Pero he hecho los cálculos mal, porque en realidad viene hacia mí en cuanto me reconoce. Se puede oler su aliento a 16 kilómetros a barlovento y tengo que controlarme para no empujarlo. Eso sólo causaría más problemas, ya que le gusta ponerse violento cuando está borracho.

—Bueno, Sienna, ¿aquí sola? —Hago una mueca, pero no le contesto.

—¿Qué te parece si vienes conmigo y te lo doy como es debido? —El susurro húmedo en mi oído mientras se inclina hacia mí me pone la piel de gallina, así que retrocedo unos pasos. Los coches aparcados bordean la acera, escasamente iluminada por las numerosas farolas rotas. Esto dificulta la visibilidad. Espero que no haya más gente sospechosa merodeando.

—Oh, vamos. Siempre te ha gustado, y un poco de diversión por los viejos tiempos no tiene nada de malo —Le tiendo la mano y le hago un gesto con el dedo corazón.

—No me río. Y no tengo nada que recordar. ¿Quién de nosotros se ha metido en otras dos camas en menos de un mes de haber terminado? —Si tu intención es buena, podrías decir que está demasiado borracho para sentir remordimientos, pero le conozco. Él no siente

remordimientos, pero yo sigo sintiendo una profunda rabia dentro de mí. Mientras él tenía relaciones con varias mujeres, aunque éramos pareja, yo ni siquiera debía mirar a otro tipo, qué hipócrita. Con el tiempo, se volvió violento. Terminé con él antes de que pudiera hacerme daño de verdad.

—Oh, eso, bueno, si no lo haces bien por mí —Da otro paso hacia mí y se apoya en mi mano extendida para protegerse. Al instante me siento mal. Le empujo hacia atrás para que tropiece con el suelo. Mientras consigue levantarse, vuelvo a poner distancia entre nosotros y por fin me acerco a la siguiente esquina de la calle. Un fuerte estruendo me hace girar en dirección al bar. Una espesa humareda sale por la puerta del bar y las pocas personas que aún estaban allí salen a la calle gritando. Me quedo paralizada y me tapo la boca con la mano. Me pregunto cómo se debe reaccionar en una situación así, pero el ruido de los motores me saca de mis pensamientos y miro hacia la carretera. Dos todoterrenos se acercan desde lejos, aminoran la marcha justo antes del cruce y finalmente se incorporan a la carretera a paso sigiloso. Están pintados completamente de negro, llevan las ventanillas oscurecidas y circulan sin luces. Una sensación de inquietud se instala en mi estómago mientras observo los coches en trance, con las ventanillas bajadas para revelar las bocas de las armas. Su objetivo es el sendero en el que me encuentro. Como a cámara lenta, suenan los primeros disparos y grito de asombro. Caigo de rodillas y me llevo las manos a los oídos. Temblando, busco refugio detrás de los numerosos coches y rezo por sobrevivir. Parece que ha estallado la guerra y me encuentro en medio de ella. La adrenalina se dispara en mis oídos, pero me obligo a abrir los ojos. Mi mirada se desvía hacia el bar, delante del cual una lluvia de balas se abate sobre la gente que no ha tenido ocasión de esconderse a tiempo. Aunque estoy a pocos metros y no reconozco gran cosa, estas imágenes, y sobre todo los gritos, quedarán grabadas en mi memoria para siempre. Los gritos de auxilio, de miedo o de dolor, resuenan en mis oídos. Me estremezco ante cada ruido y me aprieto las palmas de las manos en los ojos durante unos segundos antes de volver a mirar. El humo hace que la escena parezca sombría e irreal, pero es real. Lo que veo son sombras oscuras esparcidas por la acera frente al local. Cuerpos sin vida que no muestran signos de movimiento y que cada vez están más oscurecidos por el humo que sale constantemente del bar. Me cuesta apartar los ojos de la escena de horror, pero mi preocupación por mi propio bienestar es más fuerte. Me miro y me palpo con dedos nerviosos, pero no veo ninguna herida. Sin embargo, la adrenalina corre constantemente por mis venas, así que no sentiría dolor, aunque estuviera herida.

Un movimiento por el raballo del ojo me sobresalta. Jacob está desplomado contra la pared de un local, a unos pasos de mí, retorciéndose de dolor. Me enderezo y me froto los ojos con cuidado para ver mejor. Los coches han desaparecido tras el humo y la pólvora. Los disparos han cesado. Y un silencio inquietante se apodera de la calle. Me planteo brevemente marcharme, pero una pequeña parte de mí me impide dejar atrás a Jacob. Probablemente sea mi conciencia la que me susurra que nunca deje a nadie atrás, aunque se lo merezca. Así que me arriesgo y me acerco sigilosamente a él. Su expresión de dolor me dice que no ha salido tan bien parado como yo. Se sujeta la pierna con las manos. Aquella bajo la que se ha formado un charco de sangre sobre el oscuro hormigón, que parece crecer sin cesar. A lo lejos, se oyen más gritos de dolor, ¿o es miedo? Un escalofrío me recorre y el miedo se apodera de mi cuerpo. Me repongo y vuelvo a sentir la tentación de salir corriendo. *¿Y si los tipos nos han visto?* El gemido de dolor de Jacob atrae de nuevo mi atención hacia él. Mi mirada recorre su cuerpo y finalmente se detiene en el agujero de bala que tiene en el muslo izquierdo. Me esfuerzo por recordar las instrucciones del

curso de primeros auxilios, pero fue hace casi diez años y no trataba explícitamente de las heridas de bala.

—Maldita sea, ¿qué ha sido eso? Tengo que vendar la pierna para detener la hemorragia — murmuro las palabras en voz baja y, presa del pánico, pienso en qué podría utilizar para atarle la pierna. *Mi chaqueta*. Me preparo y, con dedos temblorosos, intento rodearle la pierna con el fresco cuero y anudo las mangas con fuerza. Jacob jadea con fuerza, pero por desgracia la solución improvisada no parece reducir la hemorragia. *Joder, esto no sirve de nada. ¿Quizá debería intentar ayudarlo a levantarse para que podamos irnos juntos?*

Miro a mi alrededor. No se ve ni un alma, ni uno de los criminales ni nadie que pueda ayudarnos. Sin tiempo que perder, agarro a Jacob por los brazos e intento ponerlo en pie. Se cuelga de mi hombro como un saco mojado, resistiéndose violentamente al movimiento, y por desgracia no tengo más remedio que volver a bajarlo con cuidado contra la pared. Gime dolorosamente al hacerlo. La sangre sigue manando de su herida y poco a poco tengo la sensación de que el tiempo se acaba. Todavía no se oye ninguna sirena, probablemente debido al barrio. Los pequeños tiroteos son habituales aquí los fines de semana, así que la policía no tiene demasiada prisa por llegar. A menos que les dejes claro que no se trata de una estúpida discusión de borrachos. Con las manos cubiertas de sangre, saco el móvil del bolsillo e intento marcar el número de emergencias. Tengo que luchar para conseguir presionar los botones. Mientras Jacob se agita entre temblores y gime dolorosamente, me arrodillo junto a él. Como por acto reflejo, le agarro la mano y se la aprieto con fuerza. Cálidas lágrimas mojan mis mejillas y me castañetean los dientes. *Esto no puede estar pasando. Estoy segura de que me despertaré en cualquier momento y todo esto es un sueño terrible*. No me muevo, sólo me siento frente a él y le abrazo con fuerza. Su respiración se hace más débil y no puedo hacer nada más que observarle mientras la vida se le escapa del cuerpo poco a poco. Por fin alguien contesta al otro lado de la línea y exhalo un suspiro de alivio.

—Por favor, ayúdeme, han disparado a mi amigo... —Algo frío me toca la cabeza por detrás. Al mismo tiempo, una persona se pone a mi lado y veo unos zapatos por el rabillo del ojo. Congelada por el shock, no consigo articular otra palabra, aunque la mujer que está al otro lado empieza a hacerme preguntas.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —Una voz con acento extranjero atraviesa la noche y me hace estremecer. El desconocido de las zapatillas me arrebató el móvil y lo tira al suelo.

—Probablemente serán los últimos. Después de eso, todos los testigos están muertos —Otro hombre pasa frenéticamente la información. *Nos han encontrado. ¿Por qué no hui cuando pude?* Me maldigo en silencio por intentar salvar a Jacob, porque ahora los dos estamos muertos.

—Dile a Macelo que venga a buscarnos —Otra vez esa voz profunda, me suena extrañamente familiar y me produce escalofríos. Por la forma en que la pistola se mueve ligeramente en mi nuca, debe de ser el hombre en cuyas manos está mi vida. El otro hombre de las zapatillas brillantes se agacha hasta quedar arrodillado junto a Jacob. Sus ojos se cruzan con los míos y desvío la mirada por instinto. Porque no quiero saber quiénes son esas personas. *Sólo quiero escapar. ¿Por qué nadie se da cuenta de lo que está pasando? ¿Nadie ha oído los disparos ni la explosión? ¿Y los bomberos, la policía, dónde están?* Se aparta de mí y se acerca a mi ex, presionando en la herida de su pierna, haciéndole gritar de dolor.

—No durará mucho más. La bala dio en la arteria principal. Por su aspecto y el del suelo, se

desangrará pronto. Dispárale y ya está —El tono práctico del desconocido me deja helada. Habla en un tono monótono, como si fuera normal para él, como si fuéramos parte de un reportaje y no personas vivas. También tiene acento, pero suena más intenso, como cabría esperar de los rusos. Ahora dirige su atención hacia mí, me agarra la barbilla con firmeza y la empuja hacia arriba para que acabe teniendo que mirarle. Cierro rápidamente los párpados, lo que él reconoce con un silbido molesto. Me resisto a soportar sus caricias porque no me atrevo a hacer nada realmente contra él. El arma que tengo en la nuca podría acabar con mi vida en cualquier momento, no debería desafiarme. Por fin suelta su agarre de mi barbilla, pero el suspiro de alivio se me atasca en la garganta cuando sus manos buscan mi cuerpo. Me palpa en todos los lugares imaginables. Me siento expuesta y, sin embargo, no me atrevo a reaccionar ni a resistirme. Aunque siento humillación cada vez que vuelve a tocarme.

—Está limpia, sin heridas, nada. Debe tener un puto ángel de la guarda —Pienso en el momento en que sonaron los disparos. Los coches casi habían pasado por delante de mí cuando sonaron las primeras balas—. Deberías matarlos. Así por fin podremos salir de aquí —Mientras tanto, el ruso me suelta y se levanta. Sus pies han salido de mi campo de visión, pero su voz llega a mis oídos con fuerza.

—Vamos, hazlo. Así ya no queda nada de esta pandilla Yo misma me sorprendo cuando encuentro el valor para hablar a los hombres. Mi voz suena áspera y oscura, completamente ajena. Todo aquí es tan irreal que demuestra lo fuera de mí que estoy. Mis palabras son una mezcla de quejido y desafío. Hablo de forma entrecortada y gutural, qué otra cosa cabría esperar en una situación como esta.

—Sólo quería desearle a Audrey un feliz cumpleaños y pasar una tarde relajada. ¿En qué se ha convertido? Me encuentro rodeado de criminales que no han tenido reparos en matar a una docena de personas. Esto no puede ser verdad, ¿quiénes son ustedes?

La pistola que me apunta a la cabeza desaparece. En su lugar, alguien me agarra por la parte superior del brazo y me da un brusco tirón hasta que acabo estampando la espalda contra la fría pared del local. El pie se me dobla hacia un lado y hago una mueca de dolor. No obstante, me siento sobre el mismo pie, me muerdo los labios e intento bloquear el dolor palpitante. Alguien se agacha frente a mí, pero no puedo verlo claramente por el velo de lágrimas. No puedo pasar por alto el metal brillante entre sus dedos, una pistola pequeña de plata sostenida despreocupadamente entre sus muñecas cruzadas. La apoya en sus piernas flexionadas mientras me mira desde arriba. Mi visión se aclara lentamente hasta que por fin reconozco a mi asesino en la pálida luz. Es suficiente para identificar al camarero. El mismo con el que me divertí en el patio trasero, de lo que ahora me arrepiento profundamente. Ya no queda nada de su despreocupación, sólo el ceño fruncido de un monstruo que me observa con unos ojos oscuros.

—Los que exigen la muerte deberían verla venir —Ahí está otra vez, esa voz profunda que me cala hasta los huesos. Así que le pertenece, aunque en el bar sonaba diferente. Levanta la pistola y me la pone directamente en la frente, aunque su mirada se posa en mis ojos. Las primeras sirenas suenan a lo lejos y mi corazón late a un ritmo constante, como si quisiera demostrar que no se rendirá sin luchar.

—¿No es tan descarada después de todo? —Sus labios se tuercen en una sonrisa irónica, lo que me sorprende aún más. *¿Es divertido para él? Para todos ellos.* Ahora puedo ver a los otros dos por el rabillo del ojo, aunque sus trajes oscuros los mantienen casi en la sombra para mí.

—Acábala de una vez, Stefano. La policía no tardará en aparecer —interviene el tipo con acento ruso. *Stefano, ese es su nombre. ¿El atractivo camarero que probablemente es un criminal? No parece gustarle que el ruso se entrometa, como revelan sus expresiones faciales, pero no deja que eso le altere. En lugar de eso, me quita el cañón de la pistola de la frente y apunta a mi exnovio.*

—Tal vez deberíamos acabar con el chico primero, ¿qué te parece? —Su tono es cauteloso, casi seductor, aunque todavía sin emoción. *¿No puede estar hablando en serio? ¿Me está preguntando si debería disparar a Jacob?* Su mirada se fija en mí, dejándome al descubierto. Una vez más me siento desnuda e indefensa.

—Sólo le quedan unos minutos antes de que su corazón deje de latir. ¿Quieres que se desangre hasta morir o quieres que lo salve con un disparo? Tú eliges —Apunta la pistola hacia mi ex y se encoge de hombros con indiferencia. Mi pulso se acelera sin control mientras miro impotente a todos lados. *No puedo decidirme. No quiero decidir y no lo haré.* La respiración entrecortada de Jacob parece debilitarse a la vez que su cuerpo convulsiona ligeramente.

—¡Deja de jugar, maldita sea! Dispárale a los dos y vámonos. Vincenzo está esperando nuestro informe —dice el ruso, sus palabras azotan el silencio como proyectiles, mientras el otro hombre permanece en un segundo plano. Mientras tanto, mi mirada se posa en Jacob, su respiración se debilita y la sangre parece gotear cada vez más lentamente de la herida. La policía no tardará en llegar. Stefano me agarra bruscamente de la barbilla y atrae de nuevo mi atención hacia él.

—Ya le has oído, es la hora. Dime qué quieres —Sus palabras son tan rotundas que no sé si se refiere a mí o a Jacob. Pero en realidad no importa, porque soy incapaz de reaccionar.

—Bueno, ¿no hay respuesta entonces? Quizá sea mejor así —Me suelta la barbilla y me empuja bruscamente contra la pared. Me quejo dolorosamente y vuelvo a ver el cañón de la pistola apuntándome.

—Debes recordar una cosa, pequeña. Si te hago una pregunta, tienes que responder, de lo contrario yo decidiré lo que pasa. Y créeme, eso nunca acabará bien para ti —Le ignoro, no levanto la vista ni me muevo. El miedo paraliza mi cuerpo. No quiero estar más aquí. Quiero que dispare de una vez, que acabe con este día y con mi vida.

—Vamos, agárrala, la llevaremos con nosotros —El tono cauteloso ha abandonado su voz. Ahora que está hablando con sus hombres, suena frío y práctico. Entonces empiezo a darme cuenta de lo que está pasando. La vida entra en mi cuerpo, lucho con todas mis fuerzas y me empujo contra ellos.

—¿Qué? ¡No! —Mi chillido resuena en la calle aún desierta y, con suerte, espero que alerte a algunos vecinos. Presa del pánico, intento zafarme de sus garras y consigo sacudirme brevemente al menos a uno de ellos. Antes de que pueda avanzar un solo paso, una mano me aprieta el brazo como un tornillo de banco. Me aprieta tanto que grito de dolor. Me tira hacia él y me sisea amenazadoramente al oído.

—Déjate de teatro. No tienes ninguna posibilidad. Mantén la calma y no te haremos daño. ¿Entendido? —Stefano, como puedo deducir por su voz, aprieta con fuerza una vez más para enfatizar sus palabras. Vuelvo a gritar, pero asiento a regañadientes, con lo que su agarre se afloja.

—¿Qué pasa con la chica? Bájala. ¿Qué quieres de ella? —El ruso vuelve a interferir, mientras el tipo silencioso me agarra por la parte superior del brazo.

—¡No es asunto tuyo, Víctor! —Stefano gruñe sombríamente y pasa de largo. Molesto, Víctor me agarra del brazo y los dos hombres me arrastran en dirección a la carretera. Es ahora cuando me doy cuenta del coche oscuro al que nos dirigimos y oigo un disparo a mi espalda. *No, no puede ser.* Me estremezco de horror y mis labios forman un grito silencioso. El miedo vuelve a cubrirme como una pesada manta y acalla todos mis pensamientos. No me atrevo a girarme para confirmar lo que acaba de ocurrir. En lugar de ello, me dejo llevar voluntariamente hasta la camioneta y espero que esta película de terror termine pronto. Las sirenas suenan ahora tan fuertes que deberían alcanzarnos en cualquier momento y, sin embargo, no hago ningún esfuerzo por huir. Es mi final. La puerta trasera del coche se abre y me empujan con brusquedad. Caigo torpemente sobre el asiento trasero y me arrastro apresuradamente con los pies. El rápido movimiento hace que mi pie vuelva a palpar dolorosamente. Se me llenan los ojos de lágrimas y respiro con dificultad. Los sollozos silenciosos estallan sin que pueda reprimirlos, ni siquiera cuando los dos hombres del asiento trasero me toman en sus brazos y me levantan. Mi mirada se dirige hacia el parabrisas. Allí, un humo espeso inunda la carretera y oculta el camino que queda por delante. El conductor mira obstinadamente hacia delante sin percatarse realmente de lo que ocurre a su espalda. Las luces rojas y azules de los coches de policía que se acercan ya se reflejan en el techo del coche, y en mi cabeza sólo hay un pensamiento. Demasiado tarde, han llegado demasiado tarde.

—Ponle algo en los ojos y luego sal de aquí —ordena Stefano mientras sube al coche. Este no es un sueño de mierda, de eso me he dado cuenta, pero una pequeña parte de mí espera que me despierte en cualquier momento. Sin embargo, no pasa nada. Estoy aquí sentada con cuatro completos desconocidos atando un trozo de tela delante de mis ojos. Me doy cuenta de que Stefano está al mando por su reacción a los comentarios del ruso. Esto me plantea más preguntas. *¿Quién es y qué quiere exactamente de mí?* Unas manos extrañas me abrochan el cinturón de seguridad y me empujan con fuerza hacia el asiento hasta que me apoyo en el respaldo. Entonces siento que el vehículo empieza a moverse lentamente.

—Sólo tenía problemas para caminar, si eso importa —La voz viene de mi izquierda y pertenece al hombre que ha permanecido callado la mayor parte del tiempo hasta ahora. Su tono es más ligero y parece nervioso. *¿Quizá no lleva tanto tiempo con estos criminales? ¿En las garras de quién he acabado?*

—Llévasela a María cuando lleguemos. Dile que la revise y que vea si le pasa algo —El tono frío y práctico de Stefano vuelve a impregnar el coche. Puedo sentir un ligero acento que me corroe los nervios como el fuego a la yesca. *¿Quién demonios es María? La sola idea de que manos extrañas vuelvan a tocarme me vuelve loca.*

—Entonces llévala con los otros trofeos. Luego pensaré qué hacer con ella —El ruso a mi lado gruñe incomprensiblemente para sí mismo.

—Ah, y una cosa más, Víctor —La voz de Stefano llega de repente a mi oído alto y claro; probablemente se ha dado la vuelta para mirarnos.

—Si te atreves a contradecirme otra vez, no vivirás para ver el día siguiente. ¿Está claro? —Se me pone la piel de gallina. Sus palabras son tan gélidas y su tono tan cortante. Es la voz de un

asesino a sangre fría y estoy en sus garras. *¿Volveré a ver la luz del sol o me arrastrara a la oscuridad?*

Capítulo 3 - Stefano

No sé qué me ha convencido de llevarme a la pequeña conmigo, fue un impulso. Algo dentro de mí estaba en contra de matarla, pero liberarla tampoco era una opción. La única solución era convertirla en mi trofeo. Nunca había considerado reclamar a una mujer como propiedad hasta que conocí a Sienna. Verla bailar, ver su cuerpo delicado moverse rítmicamente, los pantalones ajustados abrazando sus curvas a la perfección. Su pelo castaño y ondulado le caía por los hombros y el cuello al ritmo de la música, combinado con sus ojos castaños igual de oscuros. Por último, un llamativo top rojo que dejaba al descubierto parte de su pálida piel cada vez que se giraba. Todo esto me hizo tener pensamientos excitantes. No era de extrañar que no pudiera rechazar su clara oferta de pasar el rato. El breve placer con la pequeña no fue nada especial, aunque sí disfruté viéndola correrse entre mis dedos. Sin embargo, tengo que admitir que el sexo oral fue más de mi gusto. La forma en que sus dulces labios se cerraban alrededor de mi miembro era bastante excitante. Si realmente quiero convertirla en un verdadero trofeo, tengo que quitarle ese comportamiento tímido. Ha demostrado que puede ser diferente. Quiero ver más de eso. El hecho de que quisiera proteger a su ex de mí fue estúpido. Por otro lado, es una reacción normal. Todo el mundo tiende a defender a las personas cercanas, incluso si son los mayores imbéciles. Para mí, las emociones no tienen lugar en una misión, sólo son una distracción. Mientras hayamos salido vivos de esta mierda lo considero un buen día. Lo importante es que puedo confiar en mis hombres, y lo hago. Víctor finalmente tiene que aprender cuándo cerrar la boca. Si no, la próxima vez le voy a pegar de verdad.

Al menos el trabajo se desarrolló sin más problemas. Los tres días detrás de la barra incluso me dieron algunas buenas recetas, aunque el trabajo me irritaba. Sonreír y ser educado, sin importar el idiota que tengas delante, no es lo mío. Sin embargo, era un mal inevitable, ya que nuestro equipo no tenía otra opción. Teníamos que atrapar a esos tipos, y la única forma de hacerlo era que yo estuviera detrás de la barra todas las noches. Hoy por fin era el día. Los reconocí en cuanto el primero de ellos entró en el bar. Aunque el riesgo de ser descubierto era pequeño, estaba ahí. Porque no podíamos averiguar lo bien informados que estaban los hombres. Por eso me retiré y llamé a mi gente para poder completar por fin el trabajo y salir de allí. Los muertos pertenecían al clan Rossi, nuestro mayor rival. Sus muertes son un claro mensaje a su líder. Nadie se mete con los hermanos Gambino. Minneapolis es nuestro territorio, y ellos conocían el riesgo de hacer negocios aquí. Desde luego no será la última vez, la enemistad con el clan Rossi ha durado ya demasiados años. Por el momento, sin embargo, nuestra intervención traerá algo de calma.

Fue interesante para mí sumergirme en una vida con un trabajo normal. Resulta que probablemente nunca seré la persona con un trabajo tradicional. Eso se lo dejo a los que no saben manejar un arma como mi CZ 75. Recibí mi primera pistola de mi padre cuando me gradué de la escuela primaria. Eso y vivir a su sombra me llevaron pronto en esa dirección. Crecí alrededor de la mafia, al igual que mi hermano, Vincenzo. Él es el mayor y, por tanto, el líder, lo que no significa que siempre le siga incondicionalmente. Hasta ahora, no ha habido motivos para contradecirle, lo que sin duda se debe en parte a que Vincenzo se ha atrincherado en nuestra villa. Hace unos cuatro años, decidió dejar de viajar al campo y limitarse a ocuparse del día a día del negocio. No podría vivir sin la emoción de las misiones, aunque también disfruto

relajándome en la villa durante algunas semanas. No puedo soportarlo mucho tiempo, porque es una sensación de poder indescriptible decidir sobre la muerte de alguien. Nunca mato por puro placer, sólo si debo hacerlo. Como los hombres de Rossi hoy. Estaban en Minneapolis para montar un nuevo negocio con algunos patrocinadores. Según nuestro informante, se suponía que era sobre tráfico humano y prostitución, que es exactamente nuestra línea de trabajo. Llevamos años en guerra con el clan mexicano de los Rossi, especialmente por las zonas de distribución del norte de EE. UU. y Canadá. Toda la costa este ha estado bajo nuestro control durante años, pero los Rossi intentan constantemente afianzarse en nuestro suelo. Minneapolis debería servirles de advertencia por ahora, pero no les impedirá volver a intentarlo. Hemos ganado unas semanas de paz, eso es todo.

Mientras tanto, el sol sube lentamente por el cielo hacia su punto más alto. Saboreo la vista de la nueva mañana, porque significa que he sobrevivido al día anterior. Aunque eso no se aplique a todo el mundo. Intentamos dejar atrás sólo unas pocas víctimas no implicadas, sobre todo porque su desaparición plantea interrogantes. Para minimizar las víctimas, esperamos hasta que todos los invitados hubieran desaparecido. Sólo dos camareros y los hombres de Rossi fueron asesinados.

No me arrepiento de haberlos matado. Me deshice de la culpa hace años, de lo contrario no sería capaz de hacer este tipo de trabajo. Nunca se me ocurriría torturar ni siquiera a personas inocentes, que fue la razón por la que disparé a ese hombre, Jacob. Quizá se pueda argumentar que merecía sufrir por su comportamiento en el bar, pero yo no me veo como su vengador. Sin embargo, soy yo quien decide entre la vida y la muerte. Yo empuño el arma y disparo. Aunque haya una misión detrás, eso no me exime de ser un asesino. Precisamente por eso no debería haberme llevado a la chica conmigo. Ahora está condenada a una vida en una casa llena de criminales, pero algo en mi subconsciente me impidió simplemente dispararle. Estoy seguro de que mi hermano estará orgulloso de mí porque por fin he seguido sus pasos y he conseguido mi primer trofeo. Pero no estaba planeado en absoluto.

Un rápido vistazo a mi reloj me revela que son más de las nueve, lo que significa que estamos a dos tercios del camino. Elías es la única persona, aparte de mí, que sigue despierto y, a pesar de las cinco horas de viaje, conduce el coche con seguridad y concentración. Es el más tranquilo de todos y trabaja exclusivamente como nuestro conductor. Nunca le pondría una pistola en la mano, ya que tiene mala puntería. Por otro lado, dirige cualquier coche a la perfección y mantiene la calma cuando se libra una batalla a su alrededor. Mi equipo está formado por tres hombres: Elías, Víctor y Jonah. Víctor es el único del equipo que no es de Wisconsin, sino que procede de Bielorrusia. Habla inglés con fluidez y es leal, por lo que le contraté sin dudarle. Es uno de los mejores francotiradores que he visto y no dudo que sea el mejor de nosotros en ello. Justo detrás de mí se sienta Jonah, roncando tranquilamente. A sus veintidós años, es nuestro miembro más joven, por eso le llamamos novato. Pero eso no le hace justicia, después de todo, se está convirtiendo en un asesino empedernido con cada día que pasa.

Por el retrovisor, veo que nuestro rehén se agita. Su frenética respiración tardó una eternidad en calmarse durante la noche. Al final se habrá dado cuenta de que ya no controla su vida, sino yo. Un poco más tarde, finalmente se durmió, probablemente de agotamiento. Ahora parece despertarse poco a poco. Se nota su nerviosismo en la forma en que se tambalea. Busca en los bolsillos del pantalón y en el regazo, pero si espera encontrar su bolso o su móvil, no lo va a

conseguir. Somos muy minuciosos en nuestras tareas. Los cuerpos y las pertenencias de la gente acaban en la incineradora. Así desaparecen sin dejar pruebas. Cuando empecé, tenía que hacer este trabajo sucio, pero ahora tenemos suficientes hombres para ocuparse de ello. Mientras tanto, la chica ha abandonado su búsqueda y ahora le molesta el trozo de tela que tiene sobre la cabeza. La camiseta que Víctor le ha atado alrededor de la cabeza le tapa la vista. Ya no es necesaria porque no podrá encontrar el camino de vuelta desde aquí. Me inclino hacia atrás y agarro la tela para quitársela, pero ella se sobresalta. Molesto, refunfuño para mis adentros y me doy cuenta de que tiene buenos reflejos, aunque no pueda ver nada.

—Está bien, quiero quitarte la venda.

—Gracias, puedo arreglármelas sola —responde con displicencia, para finalmente arrancarse la camiseta de la cabeza con brusquedad. Al momento, entrecierra los párpados como si no hubiera contado con la luz del día. Meto la mano en la guantera y saco una botella de agua.

—Toma, debes de tener sed.

Sus ojos, del color del chocolate negro, me miran con reproche, lo que no me interesa en lo más mínimo. Ya se acostumbrará a su nuevo lugar. Toma frenéticamente el agua que tengo en la mano y se la bebe de un trago. Evita hábilmente mi mirada. Parece muy interesada en lo que nos rodea, pero es tan insulso que estoy seguro de que es una táctica de evasión, pero la dejo salirse con la suya. Rosana le explicará cómo funcionan las cosas, hasta entonces tiene un periodo de gracia. Les doy a mis hombres un empujón para despertarlos. Ahora que la chica vuelve a estar despierta, no sé qué estupideces se le ocurrirán. Por el rabillo del ojo, veo que Víctor arremete medio dormido y mi mano va reflexivamente a su camisa y la aparta del alcance de su puño. Sin duda, habría sido un buen moretón. Casi sobresaltado por mi acción, la suelto y me vuelvo hacia delante. Por el retrovisor, observo cómo se alisa con los dedos el pelo despeinado que ayer le cubría los hombros con ondas brillantes. Castaño aterciopelado, en perfecta armonía con sus labios sonrosados y el reluciente top rojo que lleva. Por desgracia, ahora parece más bien un trapo sucio, igual que sus pantalones. Después de la noche que hemos tenido, no es de extrañar. Por ahora, mi nueva invitada tiene que esperar, mi mirada vuelve a la carretera y sigue el paisaje que lo ocupa.

Una hora más tarde, por fin llegamos al bosque que pertenece a nuestra propiedad. Aunque la villa es mi hogar, crecí en el extranjero. El internado italiano donde crecí fue mi hogar durante mucho tiempo. Vincenzo vivía en ese entonces en Suiza. Mi padre quería que creciéramos entre otras personas y aprendiéramos otros idiomas. Y lo consiguió: el italiano y el inglés se han convertido en mis lenguas maternas. Precisamente por eso me gusta hacer encargos en el sur, porque el español de México tiene cierta similitud con el italiano.

Mi casa está ahora a media hora de Hayward, una pequeña ciudad del norte de EE UU. Compramos el terreno con sus veinte hectáreas de bosque hace unos años para construir aquí un refugio. Desde entonces, hemos invertido mucho en la seguridad para crear un retiro para nosotros. Aunque la villa parece bastante antigua por fuera, es ultramoderna. Tiene todo tipo de tecnología de seguridad, al igual que el bosque. Cámaras, detectores de movimiento y vallas altas

son sólo algunas de las costosas inversiones. Así que al menos podemos pasar horas tranquilos entre estos muros. Lo que no cambia el hecho de que nunca bajo mi arma, ni siquiera dentro de la villa. El clan Gambino es mi herencia familiar, y sin embargo tres docenas de criminales y asesinos viven bajo este techo. Todos conocen la jerarquía, pero a veces hay que recordarles que yo soy el número dos del clan.

—Llévate a la chica. Te espero a las tres para la reunión con Vincenzo. Asegúrate de comer algo y refrescarte antes. Puede ser una reunión larga.

Eso lo dice todo, no quiero revelar más información a mi invitada. Utilizo mi teléfono móvil para abrir el gran portón que tenemos delante y Elías conduce el coche rutinariamente por el camino de grava que hay justo delante del portal de entrada. Las pequeñas piedras crujen bajo mis zapatos cuando salgo y camino rápidamente hacia la puerta. Uno de nuestros mayordomos ya está esperando fuera y me saluda con una breve reverencia.

—Bienvenido a casa, Sr. Gambino —Le hago un gesto con la cabeza.

—¿Qué coño? ¿Dónde estoy? —La chica se hace oír con fuerza a mi espalda antes de que pueda responder al mayordomo. *Ahora eres mía y este es tu nuevo hogar, Micina.* Echo un rápido vistazo por encima del hombro, pero Víctor y Jonah lo tienen todo bajo control y la conducen a la entrada lateral. De todos modos, no puede escapar, porque la puerta es la única salida y está cerrada justo detrás de nosotros. Por supuesto, primero tiene que acostumbrarse a su nueva situación. Sin embargo, a partir de ahora es de mi propiedad. Y eso es mejor para ella de lo que cree, porque en esta casa es una ventaja pertenecer a alguien con el apellido Gambino.

Capítulo 4 - Sienna

¿Dónde diablos estoy? Este edificio parece un castillo maldito y ni siquiera he tenido la oportunidad de echar un vistazo alrededor. Los dos gigantes volvieron al lugar. Me llevaron entre ellos y me dirigieron a una de las entradas laterales. Su jefe, Stefano, desapareció por la gran puerta principal. *Primero insiste en llevarme con él y luego desaparece. ¿Qué quiere de mí?* Una vez más me arrastra como si fuera un objeto y no un ser vivo. Subimos una amplia escalera y noto que el pie me palpita más a cada paso. Antes de darme cuenta, me encuentro en una habitación alicatada con un escritorio y un sofá. A primera vista, la habitación parece ser el consultorio de un médico. Los dos tipos desaparecen y entra una mujer mayor con bata blanca. Es delgada y su rostro se caracteriza por unos rasgos severos. Lleva el pelo largo y rubio recogido en una coleta sobre la cabeza. Camina a mi alrededor y me examina detenidamente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué quieres de mí? —La bombardeo con preguntas, pero ella se aparta. ¿Quizá no me entiende? Su aspecto sugiere raíces sureñas, y el idioma en el que se dirige bruscamente a mí también me resulta extraño. Me encojo de hombros con impotencia. Ella parece entender y cambia a señales con las manos que nos ayudan a seguir adelante. A petición suya, me siento en el sofá, donde empieza a palparme el tobillo hinchado. Me muerdo repetidamente la lengua durante su exploración, pero, aunque intento que no se me escape ningún sonido, ella nota mi dolor. Me aplica hábilmente una pomada refrescante en el pie herido y me da un zapato de tela que me recuerda a las pantuflas de los hoteles. Después me revisa los ojos, los oídos y la garganta y me escucha. Todo ello sin decir una palabra. En lugar de ello, toma un portapapeles en el que anota algo que no consigo descifrar. Sin embargo, cuando saca una jeringuilla, es demasiado para mí y la evito. *¿Quién sabe qué drogas me están dando?* Le agradezco mucho que se ocupe de mi tobillo, pero desde luego aquí no me van a inyectar drogas. Levanto las manos para defenderme e intento hacerle entender que no quiero eso diciéndole "No". Al principio sospecho que no lo entiende, pero al final se da por vencida y baja la jeringuilla negando con la cabeza. Después no me vuelve a mirar y sale de la habitación con sus notas, dejándome sola en el sofá.

Esta vez no cometo el error de esperar, sino que me acerco cojeando a la ventana de enfrente. Se abre fácilmente, pero pronto me doy cuenta de que no tengo escapatoria. Desciende unos cuatro metros por debajo del alféizar de la ventana, donde lo único que me espera es un prado seco que parece bastante duro. Por desgracia, eso no es una opción a menos que quiera romperme unos cuantos huesos, y no estoy dispuesta a ello. Hasta ahora los hombres me han dejado vivir, y si lo estoy interpretando correctamente, por ahora estoy bajo la protección del tal Stefano. Lo que sea que eso signifique, porque a mis ojos él es el mayor monstruo en este momento.

Mi mente vuelve a la noche anterior. Jacob está apoyado contra la pared a mi lado, sangre por todas partes, su sangre. Cuando miro con atención, aún puedo ver algunas marcas rojas en el dorso de mi mano y ropa. El médico me ha limpiado las manos, pero no lo suficiente como para eliminarla por completo. En mi mente, oigo de nuevo el disparo que atraviesa la noche a mis espaldas y un pitido resuena en mis oídos, seguido del silencio sepulcral. Aunque mi cabeza no quiere darse cuenta. Está muerto, le ha disparado ese tipo. *¿Qué ha pasado con los cadáveres? ¿Están buscando ya a los desaparecidos? Seguramente habrán encontrado mi bolso en la*

escena del crimen. ¿Y si la policía forma parte de esto? ¿O tienen los contactos adecuados en la policía? Hay tantas posibilidades, al final seguro que tienen sus formas y sus medios. Sospecho que los cuerpos nunca volverán a aparecer. Tal vez nadie sabrá nunca que él o las otras personas están muertas. Su familia, Tyler, nadie le llorará porque creen que simplemente se ha escapado. Asumirán que se fue sin avisar porque Jacob era el tipo de persona que haría eso. Yo sé que no, está muerto y nadie lo echará de menos, como tampoco me echarán de menos a mí. Estoy seguro de que piensan que me habría derrumbado bajo el peso de mis estudios y habría huido de la ciudad avergonzada. En cambio, ahora me encuentro en la casa de un monstruo. En sus garras, sin saber qué quiere de mí. La puerta de la habitación se abre de nuevo y me saca de mis pensamientos. Me vuelvo hacia la puerta y veo entrar a dos hombres desconocidos.

—¡Ven conmigo! ¿Voluntariamente? —El hombre alto habla entrecortadamente, también con un ligero acento sureño. Empiezo a sospechar que ya no estoy en Estados Unidos. Los dos no dan precisamente la impresión de ser habladores y, de todos modos, probablemente entiendan tan poco como el médico. Así que descarto inmediatamente la idea de hacerles preguntas y levanto las manos en señal de rendición. Por el momento, tengo que aceptar que otros se encarguen de mí. Ni mi agotamiento ni mi tobillo me permitirán escapar. Sigo a los dos por los sinuosos pasillos de la villa. Están decorados con cuadros dorados y gruesas alfombras que amortiguan nuestros pasos. Al principio intento memorizar el recorrido, pero los pasillos parecen iguales en todas partes y acabamos dando tantas vueltas que empiezo a pensar que intentan confundirme deliberadamente. Finalmente, subimos otro piso y sólo nos detenemos ante una puerta de roble oscuro. Nadie dijo una palabra en nuestro camino, pero también se abstuvieron de ponerme la mano encima, cosa que me alivia un poco. También se limitaron a aceptar mi lento caminar debido a mi tobillo lesionado. Me encantaría ver a un médico de verdad, alguien que me entienda y pueda decirme qué me pasa. En lugar de eso, permanezco vigilada por los dos gigantes frente a la puerta, que ahora está abierta desde dentro. Otro hombre sale y nos mira con escepticismo. Los tipos intercambian unas palabras en un idioma extranjero antes de volver a fijarse en mí. Me hacen señas con las manos y finalmente me dicen que pase por la puerta.

Esto es exactamente lo que me temía. *¿Quién sabe lo que hay detrás?* Me acerco con cuidado al umbral para poder ver el interior. La habitación me recuerda a un recibidor, amueblada como un salón de grandes dimensiones. Madera oscura y muebles tapizados de rojo dominan la estancia, mientras que las ventanas que van del suelo al techo en el lado opuesto proporcionan una agradable iluminación. Un puñado de mujeres se encuentran en el amplio salón. Todas parecen relajadas, si no aburridas, y ninguna me presta atención. Todo lo contrario que mi nueva compañera, cuya mano descansa ahora sobre mi espalda. Instintivamente, doy un paso hacia delante y la puerta se cierra tras nosotros con un fuerte golpe. *Estoy atrapada.* Confundida, me doy la vuelta y miro al hombre que ha cerrado la puerta. No parece darse cuenta de mi miedo, y si lo hace simplemente lo ignora. Se sienta tranquilamente en una silla junto a la puerta y toma un periódico. Es demasiado para mí. *Me han encerrado y no tengo ni idea de dónde estoy. Tampoco sé por qué me han llevado. Nadie, aparte de los tipos que me secuestraron, parece hablar mi idioma y ahora sólo me empujan a una habitación. ¿Qué clase de colección de mujeres es ésta? ¿Qué quieren de mí?* Por impulso, arrebató el periódico de la mano del tipo y lo enrolló para golpearle en la parte superior del brazo. Sólo ahora me presta toda su atención y, aunque su rostro se vuelve siniestro, no me detengo.

—¿Dónde estoy? —Mi voz es una mezcla de rabia y desesperación. Una vez más, parece que

no me entienden. Me giro hacia la puerta para salir, pero me detiene a medio camino al agarrarme bruscamente de la muñeca.

—Rosana —dice el tipo con voz áspera que resuena en las paredes de la habitación. En un instante, todas las cabezas se vuelven hacia nosotros, pero no dejo que eso me desanime. Agarro la mano del desconocido e intento soltarle los dedos de mi muñeca. Mientras tanto, suelto el periódico, ya que no puedo hacer nada con él. Unos pasos ruidosos se acercan a nosotros y poco después se oye una voz femenina a mi espalda. El tipo habla enfadado y, de nuevo, no entiendo nada de lo que dice, pero supongo que se refiere a mí. Finalmente, me gira por la muñeca hasta que estoy frente a la mujer. Es pelirroja y lleva el pelo corto. Lo siguiente en lo que me fijo son sus ojos castaños oscuros, que me escrutan con escepticismo de arriba abajo antes de tenderme la mano. Dudo si se trata de un gesto amistoso.

—Soy Rosana. Puedes confiar en mí —Sus palabras son amables, pero frías.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? —Las preguntas salen de mí a toda prisa, contenta de haber encontrado a alguien que me entiende. Pero ella me detiene poniendo su dedo índice sobre mis labios.

—Despacio. Te lo explicaré todo, pero primero tómatelo con calma —Me tiende de nuevo la mano y esta vez la acepto.

—Vamos, sentémonos ahí detrás —Señala detrás de ella y asiento tranquilizadamente al tipo que sigue de pie a mi espalda. Por fin me suelta la muñeca. Sigo a la señora hasta el asiento indicado y la miro de cerca. Lleva unos vaqueros ajustados, un par de zapatos de salón negros y un jersey gris holgado que se desliza por su hombro derecho. *¿También es una delincuente?*

—Por favor, siéntate —Señala un sofá tapizado en terciopelo rojo, uno de los muchos que hay repartidos por la sala. Al echar un vistazo, me doy cuenta de que casi todos están ocupados y las otras mujeres parecen haber perdido de nuevo el interés por mí. Nos colocamos frente a frente, yo permanezco en el borde del asiento. Preparada para alzar vuelo en cualquier momento.

—Eres guapa, puedo entender a Vincenzo. Aunque creía que los trofeos se habían acabado desde que dejó de participar en las misiones —Me toma con cuidado el pelo y pasa sus dedos pintados de rojo por un mechón. *¿Quién es Vincenzo?*

—Bueno, no importa. Deberíamos empezar, porque creo que quieres salir de estas... —Hace un gesto de limpieza hacia mi cuerpo—. Tenemos ropa limpia para ti.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. Esta mujer se parece tanto a la típica barbie que me dan ganas de echarle la bronca. Pero al mismo tiempo, es la única que me entiende, así que me abstengo de hacer un comentario desagradable por el momento.

—¿Cómo te llamas? —pregunta con calma, y yo le respondo con sinceridad, ya que probablemente ésa sea la menor de mis preocupaciones en este momento.

—Sienna.

—Encantada de conocerte, Sienna. Empecemos entonces, ¿qué talla eres? —Vuelvo a echar un vistazo a la habitación y me tropiezo literalmente con su pregunta. Mi mirada regresa a ella y observo asombrada el portapapeles y el bolígrafo que tiene en las manos. *¿De dónde habrá sacado eso?*

—¿Talla de zapato? —sigue preguntando sin reaccionar a mi irritación. No puedo evitar

quedarme mirándola sin comprender.

—Necesitan estas respuestas para la entrada en la base de datos, sin la información no conseguirás nada aquí, así que no estorbes. Son preguntas sencillas y luego te traeré algo de comer —No le ha pasado desapercibido el gruñido de mi estómago, pero sigo sin entender por qué necesitan esos datos de mí.

—No entiendo nada de esto. ¿Qué clase de espectáculo? —Por fin Rosana parece reaccionar, deja a un lado su portapapeles y me mira directamente.

—Este espectáculo, como tú lo llamas, es tu nuevo hogar —Levanta las manos y hace un gesto que lo abarca todo—. Aquí todas somos trofeos, como tú. Mujeres que fueron tomadas por Vincenzo después de una misión, como sus trofeos de victoria —Sus dedos aterrizan en su regazo de nuevo—. En el momento en que te eligió como su trofeo, decidió que eras suya. Te perdonó la vida y te hizo suya a cambio. ¿Lo entiendes?

¿Qué tan enfermo es eso, por favor? ¡No puedes declarar a una persona de tu propiedad!

—¿Estás diciendo que todas ustedes han sido secuestradas y encerradas aquí durante semanas? —No me lo puedo creer. Para mi sorpresa, Rosana niega con la cabeza.

—Sólo tienes razón en una cosa. Nos trajeron aquí, nos secuestraron si lo quieres llamar así. Sin embargo, procedemos del oscuro entorno en el que el clan Gambino tuvo que imponerse aquí, en Wisconsin. Muchos de nosotros... —La interrumpo con un gesto de la mano.

—¿Qué quieres decir, aquí en Wisconsin? ¿Dónde exactamente? —Ella sonríe con picardía.

—Oh, hermosa, eso no importa, no saldrás viva de este bosque.

¿Qué? ¿Habla en serio? Así que estoy en medio de la nada, sin documentos y lejos de cualquier posibilidad de ayuda. Toma la jarra de cristal de la mesa que tiene detrás y me sirve un vaso de agua.

—Esta es la villa de los hermanos Gambino. Vincenzo Gambino es el jefe del clan. Su negocio son las drogas, la prostitución y el tráfico de personas, algo de lo que parece no tener ni idea.

Estaba a punto de dar un sorbo, pero vuelvo a bajar el vaso porque se me forma un nudo muy apretado en la garganta. *Empiezo a sospechar que he aterrizado directamente con el diablo.* Rosana lo explica todo con naturalidad y una sonrisa amable, para ella probablemente sea lo más normal del mundo vivir con la mafia.

—Antes de que me interrumpieras, quería explicarte que la mayoría de nosotros procedemos de este mismo entorno. Por eso conocimos a Vincenzo en primer lugar. Yo, por mi parte, me alegro de que me sacara de allí. Estoy segura de que la mayoría te dirán lo mismo.

Doy un gran trago. Sólo para procesar toda esta información. Porque me cuesta aceptarla. Ante mi silencio Rosana prosigue.

—De donde yo vengo, a nadie le importaba si vivía o moría. Así son las cosas allí en general. No tenemos familia, y mucho menos amigos, que se preocupen por nosotros. Una vez que te has metido en este mundo oscuro, la mayoría de la gente mantiene las distancias —comenta Rosana con sinceridad, observándome atentamente. Intento tranquilizarme pensando que esto sólo puede ser una pesadilla de la que espero despertar pronto.

—¿Cómo te ha encontrado? —pregunta con calma. Respiro hondo para salir de mis pensamientos y vuelvo los ojos hacia ella—. Bueno, quiero decir, ¿cómo te convertiste en su trofeo? ¿Cuándo conociste a Vincenzo? —Sacudo la cabeza sin poder comprender.

—¿Quién es Vincenzo? —balbuceo y me recuerdo a mí misma que debo beber otro trago para neutralizar la sequedad de mi garganta. Ahora le toca a Rosana mirarme confusa. Hace girar uno de sus cortos mechones de pelo en torno a su dedo y me mira con curiosidad.

—¿Vincenzo? ¿El tipo que te trajo aquí? —Me recuesto lentamente en el sofá y sacudo la cabeza.

—No conozco a nadie con ese nombre. La persona que dijo que yo era un trofeo se llamaba Stefano —Pongo todo el desprecio posible en mis palabras al pronunciar su nombre. Con los brazos cruzados delante del pecho, observo cómo cambia su expresión por la sorpresa.

—¿Stefano? —Su respuesta es más bien un susurro, parece incrédula.

—Sí —Vacío el resto del agua de un trago y lo dejo lentamente en el suelo. Por primera vez en las últimas horas, no me siento completamente desconcertada, aunque sigo sin entender por qué Rosana parece tan sorprendida. Mientras tanto, recupera la compostura, se endereza enseguida y me mira con seguridad.

—Muy interesante. ¿Seguro que se llama Stefano? —Me río amargamente.

—Oh sí, probablemente nunca olvidaré el nombre del monstruo que le asesinó a mi ex —Le hago entender a través de mis palabras que me tomo en serio este juicio, pero no se deja impresionar.

—Estoy convencida de ello, después de todo, ahora eres su trofeo. El primero, eso sí —Al pronunciar la palabra *primero*, su voz baja una octava, dándole una nota oscura y algo ominosa.

—Creía que todas eran propiedad del clan —Hago hincapié en *propiedad para dejar* claro que odio ese término.

—Somos diecisiete mujeres en total y todas somos trofeos de Vincenzo. Su hermano menor Stefano nos visitaba regularmente, pero nunca se propuso cultivar un harén él mismo. Nunca había coleccionado trofeos, hasta hoy —Me mira como si intentara averiguar qué tengo de especial y por qué me eligió. *Pero yo tampoco estoy segura*. Finalmente chasquea la lengua y vuelve a tomar su portapapeles.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? Rellenaremos esta hoja de datos y luego te traeré algo de comer. Mientras comes, responderé a todas tus preguntas. ¿De acuerdo?

No creí que fuera a ceder tan rápido. Cuanto más atentamente la miro, más me pregunto qué clase de pasado arrastra y cuánto tiempo lleva aquí. Finalmente acepto y repasamos los puntos, la mayoría de los cuales tienen que ver con mis medidas corporales y mis hábitos alimenticios. Cumple el trato y poco después me pone delante una sopa goulash caliente.

—Que lo disfrutes —Rosana ha vuelto a ponerse cómoda en el otro extremo del sofá, donde pasa las uñas por el terciopelo rojo del respaldo.

—Mientras comes te explicaré algunas cosas básicas —Deja que su mirada recorra la habitación y finalmente vuelve a posarse en mí.

—Ahora mismo estamos en la sala común, donde pasamos la mayor parte del tiempo. Puedes

instalarte durante los próximos días. Hay suficientes cosas para mantenernos entretenidas y espacio para que no acabemos peleándonos. —Gira la cabeza y mira a su alrededor.

—Un pequeño consejo, ya que eres nueva. Puede que vivamos juntas como hermanas, pero no todas somos tan amables y simpáticas como yo. Te lo advierto. Al menos tres de las otras te odiarán sólo porque eres el primer trofeo de Stefano. Eres su mayor competencia, ¡ya me entiendes! —Ella levanta una ceja y me mira con expectación, y yo asiento en señal de confirmación.

—Por mí, que se lo queden —le digo molesta, pero ella se ríe. Debo de parecer un alhelí para las mujeres de aquí, pero tengo mi propio pasado. Una madre alcohólica, un padre que se pegó un tiro y apareció muerto en una cuneta... No fue una infancia perfecta. A otros de mi edad los recogían del colegio y les daban de comer. Yo, en cambio, solía hacer mis deberes con hambre y esperaba a que mamá terminara con su rutina. En cuanto se dormía, de vez en cuando le robaba dinero del bolso para comprarme un bocadillo en la cafetería. Cuando los otros niños no se burlaban de mí por mi ropa gastada, se mantenían alejados. Probablemente por consejo de sus padres, porque mi madre era conocida en todo el pueblo como una borracha. Sin embargo, se las arreglaba para conquistar a un chico nuevo cada pocos días. Sus relaciones solían limitarse al sexo. Entonces no me daba cuenta, pero ahora creo que se vendía para conseguir más dinero para comprar alcohol. Así es con los adictos, siempre necesitan más. Esa es una de las muchas razones por las que sólo nos hablamos cada tanto. Porque cuando no está completamente fuera de sí, se pone en contacto para pedirme dinero. Pero como la última vez dejé claro que no iba a enviarle más, probablemente este contacto también haya cesado. Al mismo tiempo, sin embargo, esto significa que nadie me echará de menos. La única persona que estaba realmente interesada en mí era Audrey. Sin embargo, está acostumbrada a que no me ponga en contacto durante semanas. No sé qué ha sido de Jacob, o más bien de su cuerpo sin vida. Tal y como veo este lugar hasta ahora, sospecho que la policía ha sido sobornada. Así que mientras Audrey no me busque, nadie va a ayudarme a salir de aquí, lo cual es una realidad realmente triste.

—Si las otras se pasan contigo, déjame saber. O díselo a Stefano, él se encargará —Parece haber malinterpretado mi silencio como incertidumbre.

—No te preocupes, puedo cuidarme sola, desde luego no necesito la ayuda de ese héroe con pistola —Se ríe exageradamente.

—Héroe con pistola, qué dulce. Oh pequeña, ya estoy deseando que llegue el día en que entiendas el juego de la mafia.

Empiezo a comer la sopa en silencio. Mientras tanto, Rosana se ha dado la vuelta y observa a las otras mujeres, sólo se vuelve hacia mí cuando dejo el cuenco sobre la pequeña mesa.

—Bien, entonces ya puedo enseñarte tu habitación —Se levanta y la sigo unos metros hasta el final del pasillo. El salón parece formar el centro, con pasillos que llevan en todas direcciones a otras habitaciones. Como el que estamos recorriendo en este momento, al final del cual otra ventana del suelo al techo proporciona luz. *En cuanto me deshaga de Rosana, tengo que echar un vistazo más de cerca. Quién sabe, quizá encuentre una vía de escape.* Finalmente se detiene ante la última puerta de la derecha.

—Esta es tu habitación a partir de ahora —Me deja pasar primero. Los muebles blancos y el suelo de madera oscura hacen que la habitación parezca fría y sin vida, y sólo las paredes verde

menta le dan un toque de color. A la izquierda de la puerta hay un amplio armario, seguido de una ventana y luego una cómoda alargada con un espejo de tocador encima. Frente al cristal de la ventana, veo una silla de mimbre pálido que parece bastante anticuada. En la pared opuesta a la puerta hay una cama blanca con dosel, que parece muy adornada gracias a las tallas de la madera. Junto a la cama hay una mesita de noche con una lámpara. *En cierto modo me alegro de que no me metan en una celda, sino que me den una habitación amueblada, pero sigo sintiéndome incómoda. Todo es extraño, así que me resulta difícil sentirme realmente a gusto. Por otra parte, ¿cómo voy a sentirme bien en un lugar al que me han llevado contra mi voluntad?* Hay otra puerta a la derecha, detrás de la cual descubro el cuarto de baño tras un rápido vistazo.

—Compartes el baño con Isabella, su habitación está al otro lado y también está comunicada con la habitación —Cierro la puerta del baño y me giro hacia Rosana.

—Estoy segura de que la conocerás más tarde. Ahora está cenando con Vincenzo y sus invitados —Una expresión de envidia se dibuja brevemente en su rostro, pero desaparece tan rápido como apareció.

—Encontrarás toallas en el armario del baño. Todo lo que necesitas para lavarte está en la ducha —Señala detrás de mí—. Te traeré ropa limpia para que puedas cambiarte. También haré que te traigan una muda para mañana, luego ya veremos —Vuelve a la puerta principal y agarra el pomo—. Creo que es suficiente para el primer día, ponte cómoda, Sienna —Cruza el umbral y se da la vuelta—. Ah, y una cosa más. Te aconsejo que cierres con llave por la noche, por si acaso.

La puerta se cierra silenciosamente tras ella, así que después de horas por fin estoy sola. Lo único que siento en este momento es impotencia y un profundo silencio. El dolor, el miedo, incluso mi instinto de escape, todo ha desaparecido. Es casi como si mi mente ya se hubiera rendido. Lo aceptaré por hoy, pero mañana a más tardar tendré que pensar en cómo salir de aquí. Porque sólo hay una cosa que encontraré en este lugar, y es la muerte.

Capítulo 5 - Stefano

Mi plan original era despertarla cuando entrara en su habitación por la mañana temprano. Pero parece tan agotada que ni siquiera me escuchó. Está durmiendo profundamente y en silencio, se podría pensar que se siente segura aquí. Pero sé que no es así, porque la puerta estaba cerrada con llave. Ya había contado con ello e inmediatamente me llevé la llave de repuesto, porque no me quedaría sin verla. Al final, no la saqué de la cama, sino que me senté a su lado en el viejo sillón de mimbre durante casi una hora y la vi dormir, lo cual es raro incluso para mí. No ha sido hasta ahora que me fijo por primera vez en los suaves rasgos que la hacen ver encantadora. La serenidad adorna su rostro y seguramente desaparecerá en cuanto se despierte. A cada minuto que pasa, me siento más tentado de sacudirla para despertarla y encender su fuego. Desde que la llevamos con nosotros, se comporta de forma muy diferente a la mujer del bar cuya confianza en sí misma me había irritado. La forma en que trató a María, a pesar de que sólo quería inyectarle un antibiótico, demuestra que esa actitud no ha desaparecido del todo. No va a ceder y ya estoy deseando ver la pelea que vamos a tener hasta que se dé cuenta de que ahora es mía. Porque eso es lo que me hizo querer llevármela conmigo en primer lugar. Quiero diversión, pero no una muñeca que sólo tenga buen aspecto y esté dispuesta a que se la follen. La colección de mi hermano incluye unas cuantas mujeres que se abren de piernas para mí, simplemente porque me llamo Gambino. Eso es exactamente lo que no le aconsejaría hacer a Sienna, de lo contrario tendrá serios problemas conmigo. A Vincenzo nunca le ha importado que me divierta con sus damas de vez en cuando. Son demasiadas como para pasar tiempo con todas. Por eso se sorprendió tanto cuando le dije que ahora tenía mi propio trofeo. Para Vince, las mujeres son un pasatiempo y su válvula de escape para demostrar poder, simplemente porque las posee. No me gusta presumir, no necesito una habitación llena de trofeos. De hecho, ni siquiera necesito una sola mujer a mi lado. Si quiero sexo, tengo suficientes opciones sin atar a una mujer a mí. Mi querido hermano reconoce esta actitud. Probablemente quiera averiguar qué mujer en particular es la que me ha hecho cambiar de opinión, pero en realidad no lo ha hecho. Simplemente se aseguró con su aspecto de que me fijara en ella y no la etiquetara como una más entre tantas. Esa fue su suerte, que es la única razón por la que no yace muerta en una incineradora, sino que puede seguir viviendo como mi posesión, al menos por el momento.

Ayer di a nuestros dos nerds tecnológicos la orden de hacerla desaparecer. Todos a su alrededor pensarán que necesita un tiempo y que ha desaparecido. Escapó de su vida normal, y ahora está en otro lugar, tal vez incluso en el extranjero. Así, a nadie se le ocurrirá buscarla o hacer preguntas estúpidas. Es de mi propiedad y no estoy dispuesto a compartirla con nadie, ni siquiera con mi hermano. Aunque todavía estoy pensando en cómo hacérselo entender. Tal vez le deje a ella que se enfrente a él si quiere explorar sus bragas. Mi miembro se agita al instante al pensar en lo que se esconde bajo la manta y me saca de mis tranquilos pensamientos. Mi paciencia ha llegado a su fin. Me levanto, me acerco lentamente a la cama y me siento en el borde. Allí me tomo el tiempo necesario para observarla más de cerca. Su pelo castaño, que parece de seda, se ha esparcido por la almohada. Sus labios rojos están ligeramente entreabiertos y su piel clara brilla sonrosada a la luz del sol naciente. Lo que permanece oculto para mí son sus ojos de cierva de color marrón oscuro, que reflejan sus emociones. A estas alturas, ya conozco el brillo interesado que hay en ellos, así como el horror y el rechazo hacia mí. Veamos qué me

espera hoy. Me inclino hacia delante y le sacudo suavemente el hombro, haciendo que se sacuda molesta. Ella mantiene los ojos cerrados. Entonces doy un paso más y me inclino sobre su oreja.

—Buenos días, *Micina* —La sacudida que recorre su cuerpo en ese momento basta para indicarme que tengo su atención.

Un jadeante "me gusta" sale de sus labios mientras giro lentamente la cabeza hasta posarme directamente sobre su rostro y encontrarme con su mirada, ahora alerta. Lo primero que leo en ella es miedo. Y eso es exactamente lo que no quiero ver. Aunque ella no lo sepa y nunca lo oiga de mi boca, no la tocaré hasta que ella me desee igualmente. Ella es de mi propiedad, pero eso se refiere a su persona y no a su cuerpo. No la romperé, porque su fuerza de voluntad despierta en mí un interés hasta ahora desconocido. Por supuesto, me gustaría explorar sus curvas, algunas de las cuales pude observar y que me enviaron señales muy claras cuando bailaba. Pero mientras ella no lo pida, me mantendré distante. Así que me limito a observarla y a apartarle un mechón de pelo de la cara. Sigue inmóvil en la cama, mirándome. Aunque intenta no demostrarlo, noto claramente cómo sus piernas luchan con cuidado por conseguir más espacio. Antes de que se le ocurra darme una patada, le rodeo el cuello con los dedos y aprieto suavemente. La ira arde en sus ojos y yo la absorbo como una fruta seductoramente dulce. *Adelante, pelea conmigo, Micina, me encantará ser tu oponente.* Como era de esperar, no se limita a aceptar mi dominio, sino que se retuerce bajo la manta e intenta aflojar mi agarre con las manos. Es ridículo que intente luchar contra mí con tan poca fuerza. Aumento la presión sobre su tráquea, lo que finalmente la convence de que deje de resistirse, pero su mirada lo dice todo. La ira brilla en sus ojos. Con mi agarre en su cuello, no le doy la oportunidad de romper el contacto visual ni un segundo. Porque es precisamente ese fuego lo que la hace interesante para mí. Ninguna de las otras mujeres de aquí se atrevería a plantarme cara, pero ella sí. Sólo cuando baja los párpados y cede, suelto mis dedos y la dejo libre. Ella aprovecha esta libertad para levantarse y deslizarse hacia la cabecera de la cama hasta apoyar la espalda en ella.

—¡Maldito idiota! —me espeta con veneno mientras se palpa el cuello con las manos. Tiene algunas marcas rojas en la piel donde mis dedos se han apretado, pero no serán visibles en unas horas. *Oh, pequeña, no tienes por qué preocuparte, al fin y al cabo, no quiero desfigurar mi trofeo. Después de todo, sé exactamente hasta dónde puedo llegar antes de causar un daño permanente a una persona.*

Ha dejado atrás el edredón en su intento de mantener las distancias, de modo que su cuerpo sólo queda cubierto por un camisón gris. Aunque la prenda podría pertenecer ya a una vieja caja de ropa, Sienna se las arregla para hacerla atractiva. Sus pezones se aprietan contra la tela demasiado fina y se estiran lujuriosamente hacia mí, haciendo que mi miembro se retuerza extasiado. Una vez más, me pido a mí mismo control, pues no sé si es por el frío o porque la tensión entre nosotros es igual de excitante para ella. Me encantaría tocarla, explorar su pálida piel con las yemas de los dedos y ver cómo reacciona. Pero, por desgracia, aún no hemos llegado tan lejos.

—Bueno, ¿has dormido bien? —Ahora que tengo toda su atención, intento romper el silencio. Ella levanta la barbilla y me mira con el ceño fruncido.

—¿Cómo entraste? —*Ah, así que eso es lo que le molesta.* Me inclino hacia atrás hasta que logro apoyarme contra el poste de la cama.

—¿De verdad crees que puedes esconderte de mí en mi casa? —Una sonrisa de superioridad se dibuja en mis labios—. Debes tener algo en claro. Esta es mi casa y funciona bajo mis reglas. Sé exactamente lo que pasa aquí y siempre sabré dónde encontrarte.

Para empezar, eso debería bastar para dejar claro mi punto de vista. Me levanto y me dirijo hacia la puerta. Una vez allí, me doy la vuelta.

—He hablado con el médico, tu tobillo está ligeramente magullado, mientras te lo tomes con calma, en unos días estará como nuevo —Por primera vez veo algo parecido al alivio en su rostro, aunque lo oculta rápidamente tras una máscara de indiferencia—. Hay una fiesta esta noche. Me aseguraré de que te traigan algo adecuado para ponerte. A las seis, uno de mis hombres te recogerá y te llevará conmigo —Me mira fijamente durante unos segundos antes de decidirse a contestarme.

—Olvidalo. Sólo porque me hayas arrastrado hasta aquí y pienses que soy de tu propiedad no significa que vaya a jugar a ser tu marioneta sin voluntad —Aprieta los labios formando una fina línea, enfadada y tentadora al mismo tiempo. Me encantaría volver a acercarme a ella y obligarla a compartir conmigo el resto de sus pensamientos. Pero resisto la tentación y le doy tiempo.

—Hazte un favor y prepárate para entonces. De lo contrario, ordenaré a mis hombres que te arrastren desnuda a la fiesta si es necesario. Así que piensa bien si quieres hacerlo.

Aunque desde luego no voy a permitir que estos imbéciles le echen ni un vistazo a su cuerpo desnudo, esta amenaza tiene que servir. Es la única forma de demostrarle quién de los dos tiene el control.

Capítulo 6 - Sienna

No he podido encontrar la paz desde que Stefano dejó la habitación. Me había engañado con la puerta cerrada. Por supuesto, podía haber adivinado que cerrarla no me protegería, pero mi mente ha aceptado esta falacia. Igual que las imágenes de la noche anterior que me rondan por la cabeza desde que sentí esa breve atracción entre Stefano y yo. Los ojos oscuros que me persiguen, casi me devoran y parecen ver más de lo que quiero admitir.

Cuando me mira, los latidos de mi corazón se aceleran por la anticipación y no por miedo, que es lo que debería sentir. En el momento en que se sentó a mi lado en la cama, fue como una serpiente observando de cerca a su presa. Esto hizo que mis pensamientos volaran brevemente a nuestro encuentro en el patio trasero del bar y no pude evitar sentirme acalorada. Por lo tanto, la única solución sensata fue una ducha para sacar esas imágenes de mi cabeza y darme cuenta de dónde estaba. Estoy prisionera en una mansión en algún lugar de los bosques de Wisconsin, sin ayuda y sin escapatoria. Cualquier cosa que pudiera identificarme como Sienna Davis ha sido abandonada en la escena del crimen, y aquí no cuento más que como un trofeo, no mejor que un estúpido trozo de metal. El cepillo del pelo se me resbala de la mano y cae estrepitosamente al suelo junto al lavabo, pero ignoro el sonido y miro fijamente mi reflejo. Tengo la piel pálida, los ojos oscurecidos por las sombras y los brazos y piernas ligeramente magullados. Esa de ahí no soy yo, es una persona que nunca quise ser. Por mi aspecto, me parezco a mi madre. Los hombres que traía a casa nunca la trataron bien y, sin embargo, ella aguantaba sus abusos para conseguir dinero. Mi objetivo siempre ha sido no acabar nunca como ella. Sin embargo, ahora me encuentro en círculos donde las drogas, la violencia y el sexo formaran parte de la vida cotidiana. Eso no es algo que quiera para mi futuro. Mi plan siempre fue tener una vida normal, con ingresos mensuales y una nevera llena. Incluso la estúpida carrera de Economía me parece tentadora en este momento, simplemente porque está más cerca de una vida normal que esto. Me agacho para agarrar el cepillo y lo agarro fuertemente con los dedos. *No, voy a escapar, estoy segura de que hay una salida.* Pero de momento tengo que seguirle el juego para que Stefano confíe en mí. Sólo entonces podría haber una oportunidad de encontrar una salida. Sin duda será un baile con el diablo, que probablemente me llevará a un tango caliente. Si se me acerca demasiado, le daré una paliza inolvidable con mis afilados tacones, puede contar con ello. Vuelvo a mirarme en el espejo. No importa lo que parezca por fuera, nadie puede doblegar mi fuerza interior, este Stefano llegará a conocerme. Cuando estoy a punto de salir del baño, se abre la puerta de la otra habitación. Entra una mujer delgada, con gafas de pasta y pelo gris. Al principio no se fija en mí y se sobresalta al verme. Debe de tener más o menos mi edad. Me detengo y le tiendo la mano.

—Sienna —Primero me mira a la cara y luego a los dedos, pero finalmente acepta mi saludo.

—Isabella —se presenta e inmediatamente me vuelve a quitar la mano. Luego se acerca al lavabo y empieza a desnudarse, mirándome en el reflejo del espejo. Mientras tanto, yo desaparezco por la puerta hacia mi habitación. Empiezo a sospechar que aquí a todo el mundo le encanta jugar con los límites, y no sólo a nivel físico. Entre la ropa que Rosana me trajo ayer había un pantalón cómodo y una camiseta gris, que ahora llevo puesto. Mi siguiente paso es encontrar una forma de salir de esta villa, pero antes tengo que echar un vistazo. Cierro en silencio la puerta de la habitación y camino por el largo pasillo hasta el enorme salón. Mi tobillo

herido palpita de vez en cuando con el movimiento, pero por lo demás he estado tranquila hasta ahora. Mientras lleve calzado plano, estoy segura de que la herida se curará en unos días. Cuando llego, me doy cuenta de que incluso a esta hora tan temprana ya hay unas cuantas mujeres despiertas. Mi mirada recorre la sala, pero aún nadie me presta atención. Además de los numerosos asientos, enseguida me fijo en la enorme estantería que delimita una de las esquinas de la sala. Está apilada con cientos de libros de los más variados colores. Al otro lado hay un gran televisor con un programa reproduciéndose tranquilamente. Frente a ella, descubro una larga mesa de comedor, y junto a ella, en la pared, hay una especie de bufé sobre un estrecho armario, hacia el que me dirijo. En cuanto atravieso la habitación, las miradas, ahora atentas, de las demás mujeres me siguen. Lo ignoro, porque estoy acostumbrada a que la gente me mire con recelo. Cuando vivía en el pequeño pueblo con mi madre, todos los vecinos nos miraban así. Sabían exactamente qué tipo de persona era mi madre, así que sus miradas eran despectivas o de lástima. Con los años, aprendí a ignorarlas.

Al llegar al bufé, me sirvo un poco de cada una de las numerosas opciones. Además de fruta fresca, hay pan, embutidos, queso e incluso platos calientes como huevos y bacon. Lleno mi plato y continúo mi recorrido con él en la mano.

De la gran sala salen otros siete pasillos, que probablemente conducen a las habitaciones de los demás. La única salida que encuentro hasta ahora es la puerta frente a la cual, como ayer, un hombre vestido de negro está sentado leyendo un periódico. Como no puedo llegar más lejos, me dirijo en dirección contraria y subo los dos escalones que conducen al gran ventanal de enfrente. Tiene tres peldaños de ancho y llega desde el suelo hasta el techo; se calcula que la habitación tiene una altura de unos cuatro metros. La vista desde aquí es impresionante. Justo debajo de mí hay una terraza y un extenso jardín, la mayor parte bordeado por un seto. Detrás está el bosque, que parece extenderse varios kilómetros a pesar de la buena perspectiva. En cualquier caso, desde mi posición no puedo ver ningún otro edificio, sólo el interminable paisaje de árboles. La luz se refracta en las nubes e ilumina algunas partes de los árboles como un cono de luz, un espectáculo maravilloso. Disfruto de la vista y saboreo mi pan de queso. Al cabo de un rato, me doy la vuelta y observo que hay dos pasillos a ambos lados del escaparate. Decido ir a la izquierda, donde el suelo cambia de moqueta a madera. El pasillo tiene un metro de ancho y deja ver una puerta de madera maciza con una ventana en su extremo. Me llega un aire cálido, y basta con echar un vistazo a través de la pequeña abertura para descubrir una zona de sauna con duchas detrás. *¿Qué clase de lujo?* No puedo evitar sacudir la cabeza, no me lo esperaba. Entusiasmada por ver lo que me espera al otro lado, emprendo el camino de vuelta. Tampoco me decepciona el segundo pasillo, ya que se abre una pequeña sala de fitness donde dos de las mujeres están haciendo ejercicio. Satisfecha con mis descubrimientos, vuelvo a pasar por delante de la ventana. Para ser prisioneras, estamos colmadas de lujos y empiezo a preguntarme qué esperan a cambio los hermanos Gambino. Mentiría si no tuviera una corazonada. Si estoy en lo cierto, ni Stefano ni su hermano, al que no conozco, se acercarán a mi piel desnuda. No mientras pueda defenderme.

—Ah, aquí estás —Rosana me saca de mis pensamientos para que aparte la mirada de la libertad que se esconde tras las ventanas y me vuelva hacia ella. Hoy lleva un provocativo vestido negro que apenas le cubre el busto, aunque ni siquiera sea la hora de comer.

—Acaban de enviar algunas cosas para ti, las he hecho llegar a tu habitación —Me lanza una

mirada despectiva y chasquea la lengua.

—Quizá deberías cambiarte ahora que puedes elegir —Sólo puedo sacudir la cabeza ante sus palabras.

—¿Por qué? La ropa está bien para hoy. Además, tengo que ir a una fiesta más tarde, así que tendré que cambiarme de todos modos —La palabra *fiesta* hace que se le iluminen los ojos.

—Mira, ¿Stefano quiere enseñar su trofeo? —Levanta una ceja, pero ignora su burla y la dejo en paz. En lugar de eso, me dirijo al buffet del desayuno y me sirvo un bol de macedonia. Por supuesto, Rosana no me deja en paz, sino que me sigue.

—No creo que encuentres nada adecuado para una fiesta entre la ropa nueva, quizá debería prestarte algo —También toma algo de fruta y me observa a través de sus párpados caídos.

—No, gracias. Improvisaré, no te preocupes —Tal y como anda vestida hoy, tendría que preocuparme si uno de sus vestidos llegara a cubrirme la piel.

—Rosana —La voz del portero resuena hacia nosotros, liberándome de la conversación forzada mientras ella se marcha.

No puedo quedarme más tiempo en el buffet, así que me llevo el cuenco y decido buscar la ropa que me han traído. Al acercarme a mi habitación, veo que la puerta está entreabierta y acelero el paso. Empujo lentamente la puerta y me encuentro con una mujer de complexión delgada y pelo negro. Está rebuscando descaradamente en una caja de ropa que hay sobre mi cama. Dejo el cuenco de fruta sobre la cómoda, pero ella se limitó a mirarme con escepticismo antes de volver a centrar su atención en la caja de ropa.

—¿Puedo ayudarte con algo? —Tampoco responde a mi pregunta, aunque supongo que me ha entendido y simplemente me ignora. En lugar de eso, saca más prendas y las extiende sobre la cama, que ya tiene una colorida mezcla de ropa interior y tops. Cruzo los brazos delante del pecho y la observo, pues no estoy segura de querer meterme con ella. Sin embargo, la decisión me es arrebatada cuando Rosana aparece en mi puerta y profiere una maldición, al menos eso es lo que suena a mis oídos.

—¡Lucie! Sal de aquí, ¡ahora! —No creía que nuestra futura jefa pudiera ser tan irascible, pero su anuncio surte efecto en la desconocida con medidas de modelo. Deja caer su botín y se dirige a la puerta.

—De todas formas, la ropa de la enana es demasiado pequeña para mi —Su voz es grave y muy acentuada, pero como habla mi idioma, supongo que me entiende.

—Conoces las reglas. Esto es una advertencia, sabes muy bien que los hermanos lo llevarán de otra manera si se lo cuento —Aunque está de espaldas a mí, noto cómo se pone rígida ante las palabras de Rosana y finalmente pasa a hurtadillas junto a ella sin hacer ningún ruido. Una vez que Lucie sale, Rosana entra y cierra la puerta tras de sí. Sólo entonces me doy cuenta de que lleva una caja de cartón bajo el brazo.

—Si quieres sobrevivir aquí, no puedes tolerar nada, Sienna. Puede parecer que somos libres entre estas paredes, pero no es así —Se acerca a la cama y mira con escepticismo el desastre que ha hecho Lucie—. Los hermanos Gambino ponen las reglas y siempre tienen la última palabra. Así que te aconsejo que juegues limpio con Stefano, así conseguirás todo lo que quieras —Mi cabeza se sacude por sí sola, mientras mis labios se curvan en una mueca.

—Ah, ¿y si sólo ansío irme a casa? —Rosana no parece querer abordar este tema y en su lugar me pone la caja de cartón delante de las narices.

—Sólo vine a darte esto. Lo envía Stefano, y creo que contiene el traje que quiere que lleves más tarde —Le cojo la caja negra pero no la abro. Su curiosidad es evidente y la miro con recelo.

—¿Hay algo más? —Tarda un momento en darse cuenta de que la he echado, pero cede.

—Verás que también te convendría tener algunos aliados entre estas paredes —A pesar de su advertencia, sale de mi habitación. Dejo la caja de cartón a un lado y dirijo mi atención a la caja que hay sobre la cama. La ropa interior está extendida sobre las sábanas, mientras que en la caja quedan dos pantalones, algunas camisas y tres vestidos. Esperaba firmemente que la ropa que recibo fuera bastante reveladora, pero, todo lo contrario. La mayor parte parece bastante digna y normal. Los pantalones de la caja son muy ajustados, al igual que los tops. Pero también hay jerseys holgados debajo, e incluso los vestidos tienen una longitud cómoda, lo que calma un poco mi corazón salvaje. La ropa interior es de encaje fino y no sólo parece cara, sino también elegante. Me gusta que sea escasa y sexy, algo que yo misma habría elegido si hubiera tenido el dinero. Ahora tengo la tentación de averiguar qué hay en la caja de Stefano. Así que vuelvo a meter toda la ropa en la caja y la dejo junto a la cama. Luego cojo la caja negra y la coloco sobre la manta antes de abrirla con cuidado. Aparece una tela azul oscura y brillante, que saco con cuidado para que el vestido se despliegue en toda su extensión. Aparto rápidamente la caja y extendiendo la fina tela sobre la cama para verla de cerca. El corte se ciñe a la parte superior del cuerpo y se ensancha hacia la parte inferior. Aunque el corte ceñido al cuerpo no oculta gran cosa, es lo bastante largo como para llegarme a las rodillas. Una pequeña parte de mí está deseando ponerse este vestido y ver cómo se amolda con mi cuerpo. Pero antes de entusiasmarme demasiado por salir con un asesino, aparto de mi mente todos los pensamientos sobre la velada que me espera y guardo mis nuevas posesiones en los armarios. Incluso descubro algunos artículos de maquillaje en la caja, así como champú y gel de ducha que huelen a rosa. No es de mi gusto, pero lo guardo todo en el cuarto de baño. Aunque estoy intentando acostumbrarme a esta nueva vida, no quiero que se convierta en algo normal para mí por mucho tiempo.

Al final, me desahogué en la pequeña sala de fitness para acallar mis pensamientos. Me sentí bien al hacer algunos ejercicios con las mancuernas y no sentirme completamente inútil. Sólo ahora, recién duchada y con la ropa adecuada, vuelvo a estar relajada y simplemente bloqueo mi conciencia. No puedo luchar conmigo misma mientras esté en las garras de la mafia. Los peligros acechan por toda la casa, incluso entre los trofeos, que ahora me miran como si fuera su némesis, especialmente Lucie.

Cuando llega el almuerzo y me reúno con las demás mujeres en la sala, ella se me acerca decidida y, con un apretón firme, me arrebató la bandeja que acabo de agarrar. Se acerca y me aprieta algo afilado contra las costillas. Su mirada oscura busca la mía y me dice en silencio cuáles son mis opciones.

—Un ruido y te apuñalo —susurra en voz baja. Miro brevemente hacia abajo y me doy cuenta

de que me está clavando la hoja de un cuchillo de pan en el estómago, que ya está atravesando la tela. Sus ojos me miran fijamente y aprieta más el cuchillo contra mí para que finalmente se clave en mi carne.

—Antes de que un solo hombre esté contigo, habré desfigurado tanto tu sedosa piel que ningún hombre querrá volver a tocarte.

Como si eso fuera importante para mí. Aun así, no me extrañaría que esta furia me hiciera tanto daño, así que me contengo. Le dejo la bandeja y el almuerzo y me voy al fondo. Por un momento, me planteo atacarla, pero no merece la pena. En lugar de eso, me alejo y observo desde la distancia cómo se sienta a la mesa y mastica mi comida, aunque mi estómago gruñe con reproche. Al final, vuelvo a dejarla ganar. Sé que esto sólo la incitará a tomar más medidas contra mí, pero era demasiado delicado para mí contradecirla.

Las mujeres de aquí vienen de un mundo diferente, de un entorno peligroso y aterrador. Creo que no tendría ninguna oportunidad. En casa sabía cómo tratar con esas zorras, o más bien cómo evitarlas, al menos allí tenía más libertad. Podía enfrentarme a ellas o alejarme sin miedo a volver a encontrarme con ellas. En esta villa, estoy atrapada con estas mujeres y realmente no tengo ningún interés en que una de ellas me degüelle mientras duermo. Sólo cuando estoy de pie en mi habitación, un poco más tarde, me levanto el jersey y miro la pequeña incisión, de color rojo oscuro, en mi estómago. No me ha hecho mucho daño, ha sangrado, pero se ha detenido en pocos minutos. Lo único que queda es el corte, de un centímetro de largo, que espero que cicatrice pronto. A saber, lo que habrá hecho antes con el cuchillo. Dejo que la tela caiga nuevamente y pienso en lo que voy a hacer ahora para distraerme de mi hambre. Aún queda algo de tiempo antes de que me recojan. Así que empiezo a cambiarme y me paso una eternidad delante del gran espejo de maquillaje de la cómoda, aplicándome el maquillaje de la caja. Luego me siento en el sillón de mimbre junto a la ventana y espero pacientemente. Mientras observo las copas de los árboles mecidas por el viento, mis pensamientos vuelven a casa. *Me pregunto qué estarán haciendo ahora Audrey y Tyler. ¿Se habrán dado cuenta de la desaparición de Jacob y quizá ya se estén preguntando dónde estoy?* Suspiro. Es inútil que me haga ilusiones, nadie me echará de menos y sólo puedo culparme a mí misma por ello.

Capítulo 7 - Sienna

Un golpe en la puerta me saca por fin de mis recuerdos. Al principio me sorprende que nadie entre directamente, luego abro la puerta y me encuentro con una cara conocida. El hombre que tengo delante es el del coche, que no ha hablado mucho y, a diferencia de los demás, parece bastante joven. Incluso podría ser más joven que yo, lo que se acentúa por la mirada furtiva, casi tímida, que recorre mi cuerpo.

—Me ha enviado Stefano —Un par de sandalias negras de tacón bajo cuelgan abruptamente ante mis ojos y se las quito.

—Póntelos y vámonos —Me guía mientras yo asiento y me calzo los zapatos. Luego le sigo. Mi compañero ya está esperando en la salida, hablando con el portero. Sólo cuando me detengo a su lado terminan su conversación y se abre la puerta. Aunque sólo han pasado dos días, es como entrar en otro mundo, porque en cuanto la puerta se cierra detrás de mí, me siento libre. Aunque sólo sea mi imaginación. Me conducen por los largos pasillos y, una vez más, me invade la sensación de que han sido contruidos deliberadamente como un laberinto. El creciente murmullo de voces deja claro que nos acercamos a nuestro destino. Finalmente, uno de los lados del pasillo se abre para revelar una galería que da a la sala de abajo. Una larga escalera conduce al vestíbulo, que ahora recorreremos. Mi mirada vuela desenfrenada entre la multitud en busca de él. Encuentro muchos rostros extraños, cada uno más amenazante que el anterior, y sin embargo no tengo miedo. Es extraño cómo esta gente me mira sin saber quién soy ni por qué estoy aquí. Nadie me ve realmente, todos me ven sólo como lo que represento a partir de ahora, un trofeo. La propiedad de Stefano Gambino. No me gusta ese hecho, porque yo no soy así. Lo que me define es mucho más, y nada de eso tiene que ver con ser el juguete de un hombre poderoso.

—Gracias, Jonah, yo me encargo —Al oír su voz oscura, que suena tan gélida como una cuchilla cortando hielo, me recorre un escalofrío. Su brazo me rodea la cintura como si fuera algo natural y me hace sentir su aroma oriental a jazmín y ámbar gris. Un aroma que combina a la perfección con su aspecto mediterráneo y el aura oscura que siempre le rodea. Sin embargo, me estremezco cuando se inclina hacia mí. Mi reacción sólo le provoca una ligera sonrisa.

—Relájate, Sienna. Aunque ésta no sea la clase de fiesta que conoces, estás a salvo conmigo —Me guía por el vestíbulo, donde saluda con la cabeza a varias personas sin intercambiar palabra con ellas. Su mano se posa posesivamente en la parte baja de mi espalda, lo que me pone francamente nerviosa. Cada vez que me toca, sus dedos dejan marcas ardientes en mi piel, lo que disfruto y detesto al mismo tiempo. Así que me distraigo mirando a mi alrededor. El salón de baile está amueblado con sencillez: paredes blancas, suelo de madera oscura y mesas de bar igualmente discretas. La sala ofrece mucho espacio abierto, que los invitados aprovechan para socializar en pequeños grupos. Si no fuera por los rostros sombríos, casi se podría olvidar que no se trata de una fiesta normal. Cruzamos toda la sala hasta el bufé del otro lado, donde hay una gran variedad de aperitivos dispuestos en una larga mesa. Sin que pueda controlarlo, mi estómago gruñe ruidosamente, lo que trato de ignorar deliberadamente. Por desgracia, Stefano parece haberlo notado, pues me mira divertido.

—Vamos —me insta y retira su mano de mi espalda, lo que siento como una liberación y una pérdida al mismo tiempo. Asalto literalmente el bufé y veo por el rabillo del ojo cómo otro

hombre se acerca a Stefano y entabla conversación con él. Es mi oportunidad de saciar mi hambre discretamente antes de que me plantee más preguntas. Rápidamente cargo un plato y como. Para mi pesar, son tan pequeños que apenas compensan una comida.

—Bueno, alguien tiene hambre, teniendo en cuenta que sólo hemos almorzado hace cuatro horas —Bajo ligeramente la cabeza y me vuelvo hacia Stefano.

—¿Te importa? —le pregunto desafiante, con la esperanza de distraerle de lo obvio. Me escruta atentamente mientras como más bocadillos, y una vez más tengo la incómoda sensación de que puede leerme como un libro.

—Tienes mucha hambre —Sus ojos se iluminan al darse cuenta, seguidos de desaprobación, lo que me hace sospechar algo malo.

—¿Quién te ha robado la comida? —Sacudo la cabeza de mala gana y me meto otro bocado en la boca para no tener que contestarle. Ni siquiera espera a que le responda, sino que me aparta del bufé por el antebrazo hasta una puerta poco visible que hay al lado del bufé. Su enfado es palpable, por la forma en que resopla cuando entramos en la habitación y nos detenemos ante una escalera de caracol.

—No pasa nada, picaré un poco, con eso me basta —le prometo tranquilamente. Pero él no reacciona y se limita a tirar de mí y subir las escaleras. Al llegar arriba, se detiene y se vuelve hacia mí, y yo aprieto rápidamente el plato contra mi pecho para que no se me caiga nada.

—Escúchame con atención, princesa —Su voz ha vuelto a adoptar ese barítono helado, con algo tentador en ella. En ese momento, también me doy cuenta de que sólo parece hacerlo cuando me habla directamente.

—La única persona a la que debes temer en esta villa es...

—¿A ti? —le interrumpo desafiante, a lo que él niega con la cabeza.

Te equivocas, es a Vincenzo, porque su palabra está por encima de la mía —Su mano vuelve a posarse en mi muñeca, y una vez más se produce esa sensación de hormigueo bajo mi piel que me corroe las venas. Me empuja hacia adelante, esta vez a un ritmo normal para que pueda seguirle el paso a pesar de mi pie ligeramente lastimado.

—Pero harías bien en hablarme de los demás si te hacen daño —Me meto otro bocado en la boca, pues me preocupa perderlos por el camino. Stefano pone los ojos en blanco y me arrebató el plato, que se limita a colocar sobre uno de los armarios bajos que bordean el pasillo.

—Olvida este lío, te daremos algo de comer en un minuto, ahora ven —Me toma la mano y, por un momento, su contacto me llena de alegría. Hasta que las imágenes de la muerte de Jacob se imponen en mi cabeza y siento un frío glacial.

—No, no quiero esto —le digo enfadada y forcejeo con él, lo que hace que me agarre con más fuerza. Hasta que por fin se detiene y tira de mí con tanta fuerza que me estrello contra su pecho.

—Aquí tienes otra lección —Siento el profundo tono de su voz vibrando en su pecho por nuestra proximidad y retrocedo lentamente. No llego muy lejos cuando sus dedos vuelven a rodear mi muñeca como una mordaza.

—Si te agarro la mano, tienes que devolverme el agarre y no retorcerte para zafarte. Si intento acercarme a ti, lo aceptarás —Se inclina hacia mí, presumiblemente para intimidarme. Por

desgracia para él, yo no me inmuta tan fácilmente. Su barba recortada me hace cosquillas en la mejilla cuando se inclina lentamente hacia mi oreja y su cálido aliento roza mi cuello. Inmediatamente, se me eriza el vello de la nuca, esperando con impaciencia lo que viene a continuación—. Cuando tenga ganas de follarte, los únicos sonidos que saldrán de tus labios serán gritos de placer.

Con eso, da un paso atrás, dándome un momento para comprender sus palabras. Ha dicho exactamente lo que sospechaba desde que entramos en esta villa. Sin embargo, no tengo miedo, más bien una peligrosa mezcla de pánico y orgullo bulle en mi interior. Porque si algo he aprendido en mi vida es a mantener siempre ciertos límites. Levanto la mirada desafiante y me encuentro con sus ojos, rebosantes de arrogancia, que me observan como un animal observa a su presa.

—¿Quién te dijo que lo aguantaría? —Sé que estoy empezando un juego sobre hielo delgado, y sin embargo es mi amor propio el que me da el valor para hacerlo. Sorprendentemente, sus labios se tuercen en una sonrisa encantadora.

—Eres mi trofeo, mi posesión más preciada. Así como yo te protegeré, tú proveerás a mis placeres —Tal vez me lo estoy imaginando, pero sus ojos parecen haberse oscurecido. Tan negros como su alma corrupta. Me acerco a él, beligerante, e inclino la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual.

—Es mi cuerpo, yo decido con quién me acuesto, y desde luego nunca lo haré con un asesino —Le expliqué mi punto de vista con calma y paciencia, aunque su expresión se ensombrecía con cada palabra. Mi sentido común me dice que debo de estar cansada de la vida para desafiarle así. La atractiva sonrisa ha desaparecido y sus ojos se han entrecerrado hasta convertirse en rendijas.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices o romperé mis buenas intenciones y te mostraré de lo que soy capaz —La conversación termina con estas palabras. Me arrastra más adentro por el pasillo y el entorno empieza a resultarme familiar.

Nos dirigimos directamente a la puerta de madera oscura que conduce a los otros trofeos. Mi compañero llama enérgicamente y el portero apenas distingue la cara de Stefano en la rendija antes de abrirla con fuerza. Me arrastra bruscamente mientras Stefano recorre la habitación con la mirada. Como no le he dicho quién me ha quitado la comida, no podrá saberlo a menos que tenga una habilidad de superhéroe que le muestre quién se ha portado mal. Me río de mi propio chiste y lo disimulo tosiendo, sus ojos oscuros me escrutan, y no parece nada contento.

—Rosana —Su voz amenazadora resuena en las paredes y hace que todos los presentes se den la vuelta y que la persona a la que buscamos se acerque corriendo.

—¿Ocurre algo? —Baja los párpados humildemente y parece insegura, justo lo contrario de cómo la he conocido hasta ahora. Su mano se estrecha en torno a la mía y me atrae a su lado.

—Alguien amenazó a Sienna y quiero saber quién fue. —Los ojos de Rosana se abren de par en par, parece preocupada. Nos mira a ambos, sin saber qué decir—. Te aconsejo que hables de una vez —Su tono se ha vuelto unos tonos más oscuros, recordándome a carámbanos helados.

—No estoy segura, pero Lucie... —No necesita decir nada más, porque Stefano la interrumpe con un gesto de la mano y me dirige hacia mi habitación. En cuanto llegamos, cierra la puerta con un portazo y al momento siguiente me empuja contra ella.

—Te haré esta pregunta solo una vez. Si no me satisface tu respuesta o me doy cuenta de que me estás mintiendo, buscaré otra forma de asegurarme de que dices la verdad. Piénsalo —Da un paso atrás y me deja espacio para respirar, aunque sus ojos no se apartan de mí ni un segundo—. Empezaremos ligeros. ¿Fue Lucie quien te robó la comida?

No entiendo cómo puede estar seguro de que miento. Estoy brevemente tentada a desafiarlo de nuevo, pero decido que prefiero poner fin a esta discusión lo antes posible.

—Sí, me atacó —respondo, levantando la barbilla con seguridad, lo que parece enfurecerle aún más.

—Bien, te creo. Ahora la segunda pregunta. ¿Te ha hecho daño? —Antes de que pueda detenerme, mi mirada de sorpresa ya me ha delatado.

—Piensa bien lo que dices ahora. Si me doy cuenta de que mientes, te desnudarás delante de mí para que pueda comprobarlo —A pesar de su tono frío, no puedo evitar notar el brillo interesado en sus ojos, que me hace darme cuenta de la seriedad de sus palabras.

—Sí —respiro con la garganta seca, ante lo cual él se acerca.

—Sí, ¿qué? —Su mirada está fija en mí.

—Sí, me ha hecho daño —Pasan unos segundos en silencio mientras escruta mi cara y finalmente da un paso atrás.

—¿Dónde? —Por el rabillo del ojo, le veo apretar el puño. Trazo el corte en mi estómago con el dedo sobre la tela de mi vestido.

—Enséñamelo —me exige con severidad, a lo que respondo con un movimiento de cabeza desdeñoso.

—No, definitivamente no —continúo negándome, y su expresión se vuelve dura, haciéndole parecer más viejo y peligroso.

—O me lo muestras tú misma, o te echo una mano —Una sonrisa sugerente recorre sus labios, pero sus dedos apretados en puños revelan que no se trata sólo de puro placer para él. Nos miramos desafiantes durante unos segundos y los latidos de mi corazón se aceleran. Sólo me muevo cuando él da un paso hacia mí y yo me rindo y levanto la tela del vestido. Lo subo lentamente, consciente de que está escrutando cada centímetro que dejo al descubierto. Aunque estamos a casi un metro de distancia, noto que mi piel empieza a brillar, y eso es sólo porque su mirada oscura se posa en mí. La forma en que me observa me pone nerviosa y al mismo tiempo hace que el calor suba a mis mejillas.

Cuando llego al principio de las bragas, algo se agita en mi interior que no tiene nada que ver con la vergüenza. Una pequeña y oscura parte de mí está disfrutando del seductor juego que hay entre nosotros. En esa confusa mezcla de atracción y repulsión que siempre parece acompañarnos. Por el brillo excitado de sus ojos, estoy segura de que él tampoco se queda frío. En cuanto dejo al descubierto la zona de mi vientre, consciente de que tiene una visión perfecta de mis curvas, me encuentro con su mirada. Me la devuelve con avidez, así que ya no es sólo odio lo que siento en su presencia. En su lugar, la lujuria inunda mis venas y confirma que lo deseo. Quiero que me toque, aunque sé que está mal. Como si hubiera oído mi silencioso deseo, se arrodilla ante mí. Se me pone la piel de gallina y se me humedece el centro de las piernas. La posición en la que estamos es suficiente para que el calor corra por mis venas. Todo mi cuerpo

reacciona ante Stefano y desmiente a mi cabeza, que sigue creyendo firmemente que no le deseo.

Sus fríos dedos recorren mi vientre y encuentran el lugar donde el cuchillo ha atravesado la piel y ha dejado el fugaz corte. Lo acaricia suavemente y palpa el bulto, mientras yo sólo puedo pensar en lo cerca que está su cabeza de mi sensible centro. Su mano se desliza suavemente hasta la cintura de mis bragas, donde se detiene un instante más. Cierro los párpados al instante, luchando por controlarme. Lo único que me ayuda a encontrar el camino de vuelta al aquí y ahora es el sonido de Stefano aclarándose la garganta y su voz apagada, que no parece ser diferente.

—Es sólo superficial, afortunadamente —Se levanta y da un gran paso atrás, con la mirada deliberadamente fija en mis ojos. Dejo caer lentamente la tela para que vuelva a acariciar mi cuerpo y oculte la piel desnuda que hormiguea por su tacto.

—Ya me he dado cuenta —intento romper este momento íntimo y verlo como algo insignificante, lo que obviamente le viene bien.

—Me ocuparé de ello, Lucie no volverá a acercarse demasiado a ti —Con cada palabra subsiguiente, vuelve a su tono firme, vuelve a esa frialdad que mantiene a todos a distancia. Me agarra de la muñeca y me aleja de la puerta para abrirla.

—Volvamos a la fiesta —Es la única advertencia que recibo antes de que me guíe enérgicamente, tirando de mí. En la sala de estar, nos reciben pares de ojos atentos, pero nadie se atreve a hablarnos, y mucho menos a moverse. Sólo sus miradas nos siguen hasta que pasamos la salida. Una vez más, el largo pasillo que antes describí como libertad se extiende ante mí. *Pero ¿es realmente así? ¿O no es más bien el camino que me llevará a mi perdición?*

Le sigo en silencio por los sinuosos pasillos hasta que llegamos a la galería, bajo la cual la fiesta sigue en pleno apogeo. Sin más preámbulos, Stefano se detiene frente a ella y me conduce hasta la barandilla. Me apoyo en ella y observo a la gente que está debajo de nosotros en el pasillo. Siguen de pie, en grupos, absortos en sus conversaciones. Finalmente, mi atención se centra en el hombre, cuyo siniestro carisma me atrae tanto como me asusta. Ahora está de pie junto a mí, de espaldas a la sala. Se inclina lentamente hacia mí y me pasa el pelo por el hombro. Sus ojos buscan mi mirada, sigo sus movimientos con interés y observo atentamente cómo se acerca a mí. No sé qué es, pero esta creciente cercanía entre nosotros me nubla los sentidos. Cada vez me siento más en trance. Me permite bloquear lo que ha pasado y volver a ver en Stefano al atractivo camarero. Sus labios llegan a mi cuello, pero en lugar de tocarlo, gira hacia mi oreja, tan cerca que puedo sentir su aliento.

—Bueno, ¿estás nerviosa? —Vuelve a hablar en ese tono seductoramente bajo que corre por mis venas como lava caliente.

—No, en absoluto —respondo con descaro y espero que no descubra que miento.

—¿Qué te parece si te follo aquí mismo? ¿Te excitaría? Puedes intentar contenerte, o todos los que están ahí abajo me verán tomar lo que es mío. Y sólo tienen que mirar hacia arriba para ver los encantos de tu cuerpo desnudo —Me pasa los dedos por la cintura hasta el umbral donde la tela descansa sobre mi muslo. Agarra con cuidado el dobladillo y tira lentamente de él hacia

arriba. Pulgada a pulgada, deja al descubierto otro trozo de mi piel, poniéndome aún más nerviosa.

—Dime, Sienna, si deslizo la mano hasta tu entrada, ¿qué me espera allí? —Su aliento me roza el nacimiento del pelo detrás de la oreja y me recorre un escalofrío por la nuca.

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo —le digo, con la esperanza de que pase a la acción.

—Creo que te excita este juego y no quieres admitirlo —Suelta la tela y sus dedos empiezan a avanzar. Sin dudar, su mano se desliza por mi muslo hasta que la presiona contra mis bragas húmedas. Me muerdo la lengua para no jadear de placer. Por el rabillo del ojo, veo cómo sus labios dibujan una sonrisa ganadora.

—Lo sabía —Sin embargo, en lugar de retirar la mano, su pulgar encuentra mi clítoris y lo acaricia a través de la tela con movimientos circulares. Me muerdo el labio para contener mi lujuria, pero esto sólo desafía aún más a Stefano.

—Admítelo, esto te excita, Sienna —Su voz es apenas un susurro y, sin embargo, cada palabra que pronuncia hace que se me erice el vello de los brazos.

—Nunca —continúo negándole la confirmación que exige. Sus labios descienden por mi cuello, por la sensible piel justo encima de mi muñeca, que empieza a mordisquear. Me apoyo de la barandilla, pero Stefano no me da ni un momento para recuperar el aliento. Sin mucho preámbulo, aparta la tela de mis bragas. Sus dedos dan pequeños golpes a mi zona más sensible y, por si fuera poco, me muerde el cuello al mismo tiempo, haciendo que se rompa el último dique. Se me escapa un gemido y noto su sonrisa de superioridad en mi piel. Sin embargo, no puedo separarme de él. Me gusta que me domine. Aunque de otro modo me repugnaría este hombre consigue que mi fuerza de voluntad se vaya de vacaciones mientras se ocupa de la parte de mí que disfruta con este juego. Mi excitación no deja de aumentar, ansiando algo más que los suaves círculos que dibuja sobre mí. Sus movimientos se ralentizan y también ha dejado de acariciarme el cuello, así que abro los párpados con frustración para averiguar qué le detiene. Giro la cabeza sorprendida y veo que está apoyado relajadamente en la barandilla, a mi lado. Me mira pacientemente, casi aburrido. Sólo el movimiento de sus labios le delata. Sabe perfectamente lo que hace, aunque la mano que tiene entre mis muslos permanece inmóvil. Aún no la ha retirado y me observa con la respiración contenida. Nos miramos fijamente durante un rato, aunque la urgente pulsación de mi lujuria casi me vuelve loca. ¿Cómo ha conseguido que ansie estar con él cuando hace unas horas era casi completamente indiferente a la excitación que su cercanía provocaba en mí? Finalmente, saca los dedos de debajo del vestido, lo que siento como una pesada pérdida y al mismo tiempo me deja un escalofrío en la piel.

Observo aún más fascinada cómo se lleva lentamente la mano a la boca y la lame con deseo. Sólo con este gesto consigo que mis bragas vuelvan a estar empapadas de humedad. Le miro, abrumada, incapaz de reclamar lo que anhelo. Se aparta con calma, rompiendo el contacto visual. Inconscientemente, sigo sus movimientos hasta apoyar la espalda en el parapeto nuevamente. Con expresión inescrutable, se coloca frente a mí y me mira de forma seductora. Tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para seguir mirándole, esperando ansiosa a ver qué ocurre. Lentamente, me empuja más hacia atrás hasta que mis nalgas presionan contra los barrotes de la barandilla y noto su dureza en mi vientre. Es la prueba de que Stefano disfruta de este juego tanto como yo, aunque aparentemente tenga el control. Sus manos se posan suavemente en mi

cintura antes de inclinarse hacia mí. Por un momento, creo que me está besando, pero luego vuelve a acercarse a mi oreja. Casi se me escapa un suspiro de decepción, pero consigo controlarme en el último momento.

—Aunque estoy disfrutando de esto, hay mucho más que me gustaría hacer contigo. Mientras no seas mía, no iré más lejos —Un cosquilleo se apodera de mi cuerpo y acentúa la tensión entre nosotros.

—Soy tu trofeo, ¿no te pertenezco ya? —Su risa irónica me hace cosquillas en el cuello, aunque se retira lentamente sin soltar el contacto entre nuestros cuerpos.

—Así que sólo soy dueño de tu presencia, de tu vida. No puedo poseer tus sentimientos, tu lujuria, y eso es exactamente lo que me interesa. Quiero que... —Me acaricia con los dedos el cuello, la clavícula y la base del pecho—. Lo disfrutes y lo permitas. Quiero que veas lo que significa ser mi trofeo, mi tesoro máspreciado. ¿Lo entiendes?

Su atractiva sonrisa emparejada con el marrón oscuro de sus ojos me carcome por dentro hasta llegar al punto donde se esconde mi última resistencia. Los dedos que antes exploraban mi escote ahora envuelven un mechón de pelo, que él recorre lentamente. Sigo sus movimientos con atención.

—Aunque yo decida sobre ti y tu vida, la última palabra sobre lo que pase entre nosotros la tienes tú. No haré nada hasta que hayas aceptado ser mía —Suelta el mechón y vuelve a seguir mi mirada, aunque esta vez no me siento la presa, sino la que empuña el arma. Sus labios se acercan a los míos hasta que sólo hay aire entre nosotros.

—Hazlo, no te arrepentirás —Su boca desciende finalmente sobre la mía. Se me escapa un gemido sin que pueda evitarlo. Su beso no es suave. Me fuerza literalmente. Su lengua se une tempestuosamente a la mía para batirnos en un duelo en el que nadie puede salir victorioso. No importa más que cualquier otra cosa que ocurra a nuestro alrededor. Lo único que me importa es el sabor a ron amargo que emana de él y me hace darme cuenta de lo que estoy haciendo aquí. Estoy entrando en un juego con el mismo hombre que tiene mi vida en sus manos. *¿Qué pasa si simplemente me abandona en cuanto le haya dado lo que quiere?* Stefano debe de haber notado que se me escapan estos pensamientos, porque interrumpe nuestro beso y da un paso atrás.

—Creo que es hora de irnos —Le hace un gesto con la mano a alguien a mis espaldas y me doy cuenta de que estamos justo delante de la barandilla. *¿Cuánta gente nos ha estado observando? ¿Y qué han visto?* Se me calientan las mejillas y bajo la mirada, avergonzada. Sus dedos rodean mi barbilla y empujan suavemente mi cabeza hacia atrás hasta que nuestras miradas vuelven a cruzarse.

—Espero una respuesta a mi pregunta en nuestro próximo encuentro, Sienna —El sonido seductor ha abandonado su voz. En su lugar está el barítono grave, quizá ahora demasiado familiar, que me recuerda al asesino que también es parte de él.

—Jonah, llévala a su habitación y encárgate de que coma la cena —El hombre que me recogió hace unas horas me ofrece su brazo. Acepto agradecida su gesto, pues no estoy segura de que mis tambaleantes piernas puedan sostenerme. Jonah me lleva de vuelta por el pasillo, lejos de Stefano, hacia la sala de trofeos, mi jaula de oro, si lo prefieren. A cada paso siento la mirada de Stefano clavada en mí y siento que me quema la espalda. Aun así, no me atrevo a girarme para mirarle de nuevo por miedo a ver al asesino de mi exnovio como algo más de lo que es

realmente. Un monstruo.

Capítulo 8 - Stefano

En cuanto desaparecen de mi campo de visión, me aliso el traje y vuelvo a la fiesta. Estoy rodeado de hombres que quieren besarme los pies o degollarme. Como se suele decir: Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca. Sin embargo, nunca iría tan lejos como para acostarme con mi rival, lo que no ha detenido a mi hermano en el pasado. Es el mismo que es el primero en dirigirse a mí en cuanto vuelvo a mezclarme con la multitud.

—Por un momento pensé que ibas a subirla a la barandilla y tirártela. Eso habría animado la fiesta —Mueve su vaso para que los cubitos de hielo tintineen entre sí, y su mirada severa se clava en mí.

—¿Por qué la mandaste lejos en vez de mostrarle a esa gata salvaje quién es su gobernante? —Soy muy consciente de que Vincenzo tiene un enfoque diferente cuando se trata de sus trofeos. Pero sólo porque seamos hermanos no significa que tratemos a las mujeres de la misma manera.

—Quizá debería pasar algún tiempo con ella y enseñarle lo que significa ser un trofeo —Aprieto las manos en puños, escondidas en los bolsillos del pantalón. Espero que mi querido hermano no se dé cuenta de lo mucho que me irritan sus palabras. Me habría encantado darle un puñetazo por esa insinuación, pero eso solo aumentaría su interés por Sienna. Le llama la atención, me doy cuenta sin lugar a duda. Sin embargo, yo sabré impedir que Vincenzo se acerque a ella, sobre todo mientras aún no haya aceptado ser mía. Le doy una palmada en la espalda, agradecido, aunque sus esfuerzos me resulten un coñazo.

—Déjalo, hermano, puedo hacerlo solo —Mi mirada recorre la multitud de gente que nos rodea. Pares de ojos escépticos nos escrutan y, sin embargo, nadie se atreve a unirse a nosotros, por supuesto. El respeto por los hermanos Gambino es inquebrantable en estas paredes, porque para eso sirven eventos como éste. Queremos que vean que no tienen ninguna posibilidad contra nosotros.

—Si estás aburrido, podrías pasar tiempo con Lucie. Parece haber olvidado dónde está su sitio —Vince se gira hacia mí y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué ha hecho esta vez? —Por fuera, uno pensaría que mi insinuación lo dejaría frío, pero lo conozco demasiado bien. Por dentro, ya está a punto de explotar.

—Vuelve a servirse de las cosas de los demás y a robar comida —Rechina los dientes.

—Además, tiene un cuchillo. Lastimó a un trofeo, y ya conoces las reglas —Antes de que un camarero pueda acercarse corriendo a quitarle el vaso, lo suelta y se rompe en mil pedazos en el suelo. La gente a su alrededor se sobresalta, pero yo sigo a su lado, relajado. Sabía que reaccionaría así, sobre todo cuando le pregunté por las reglas que él mismo había impuesto. El robo se considera una nimiedad, pero el cuchillo y el hecho de que lo utilizara para herir a alguien está claro. Sus principios establecen que los trofeos nunca deben hacerse daño. Si lo hacen, serán castigados, y ese castigo es el calabozo. Por supuesto, esto también ofrece muchas oportunidades para el juego de rol, pero no después de una ofensa, que resulta en tortura y sufrimiento, y no del bueno.

—Maldita zorra —gruñe Vincenzo para sí—. Déjame adivinar, ¿atacó a tu pequeña? —Asiento en silencio en señal de confirmación, e inmediatamente hace señas a uno de sus hombres para que se acerque desde una esquina del pasillo.

—Toma a Lucie y llévala al calabozo, a la celda más alejada, donde está la cruz con los grilletes —Su mandíbula rechina de rabia—. Si se queja, puedes usar la fuerza, pero asegúrate de que no sufra heridas graves, esa parte me corresponde a mí —En momentos así, no se puede jugar con mi hermano, porque su lado más oscuro, que afortunadamente rara vez he visto, acaba de salir. En cuanto el hombre se marcha, Vincenzo pide otro whisky y respira hondo. Por el momento, su ira está controlada. Lucie seguirá sin estar contenta con él, sobre todo porque no es la primera vez que desafía sus normas.

—Me aseguraré de que se dé cuenta de cuál es su lugar. No volverá a acercarse demasiado a tu pequeña, puedes estar seguro —*Oh, estoy seguro de eso.* Después de todo, fue Vincenzo quien me enseñó el arte de la tortura. Hasta que estuve listo para matar a un ser humano por primera vez. Mi hermano es el verdadero monstruo entre nosotros dos. Comparado con él, yo soy humano, aunque nunca lo admitiría.

—¿Aún no me has dicho quién es? —También hago que me traigan un whisky para no tener que soportar esta conversación sobrio.

—Una mujer que me llamó la atención. Sobrevivió milagrosamente a los disparos —quito automáticamente la emoción de mi voz y en su lugar mezclo el tono carente de emoción que normalmente sólo utilizo durante nuestras misiones.

—¿Quieres decir que es una superviviente que tuvo más de un ángel de la guarda? —Aunque estamos frente a frente, no nos miramos ni un momento, sino que ambos observamos a la multitud que celebra a nuestro alrededor. Constantemente al acecho de quienes puedan desafiar nuestra confianza.

—Algo así, sí —suspiró decepcionado mi hermano—. Qué aburrido. Empezaba a pensar que era una presa del clan Rossi, eso habría dado a tu misión con los mexicanos un toque agri dulce —Sacudo la cabeza.

—Eso habría sido ciertamente tentador, pero esa noche sólo había hombres en el bar. Si hubiera sido diferente, la habría traído para ti. Esas mujeres no me atraen y lo sabes —Vacía su vaso e inmediatamente una camarera se apresura a ofrecerle la posibilidad de dejarlo esta vez en la bandeja.

—Probablemente tengas razón, tienes un gusto diferente con las mujeres. Aun así, disfrutaste cuando Isabella te chupó el pene, ¿verdad? —Atrapa mi mirada con su expresión desafiante.

—Nunca dije que tus trofeos no tuvieran su atractivo, pero a la larga no me entusiasmaron —Se ríe sombríamente y se acerca a mí.

—Ah, ¿y crees que esta chica puede hacerlo? No lo creo —Me da unas breves palmadas en el hombro y finalmente pasa a mi lado.

—Ahora me ocuparé de Lucie, hasta luego —Con estas palabras, abandona la fiesta, seguido por tres de sus hombres, que siempre están a su disposición como guardaespaldas. Yo también confío en mi equipo, pero no los quiero ni necesito a mi alrededor en todo momento. Esta noche sólo hay dos de ellos a mi lado, o, mejor dicho, sólo uno. Víctor se ha mezclado con los invitados y está charlando con una belleza de piel morena cuyo vestido rojo acentúa todas sus curvas como en bandeja de plata. Es uno de los hombres que se ocupan de nuestros negocios en Austin. Probablemente sea un regalo para mi hermano o para mí. Pero ambos tendemos a no dejarnos envolver tan fácilmente. Estoy seguro de que su habilidad con la lengua podría excitar a

cualquiera, pero no sería más que un polvo rápido.

En eso, Vincenzo y yo somos muy parecidos, no cometemos el error de dejarnos llevar por un supuesto recuerdo. Esa fue una de las razones por las que empezó con los trofeos. Se trataba de confiar en los conejitos de cama, hasta que incluso perdió el interés por ellos. Al principio le resultan atractivos, pero en cuanto los rompe, pierde el interés. Ahora no hay más que unas pocas damas en las que piensa cuando quiere satisfacer su lujuria. Sólo por eso, su colección de trofeos me parece absurda, porque yo no necesito un salón lleno de mujeres que chupen mi miembro y se echen a mis pies. Me atrae una mujer que sea mi igual, así que no voy a romper a Sienna. Ella sólo tiene que entender que me pertenece y que yo estoy al mando, entonces es bienvenida a mantener su actitud descarada. Cuando esté desnuda delante de mí, apretaré mi miembro entre sus labios si me contradice. Y espero que al final se dé cuenta de que ella también disfrutará siendo de mi propiedad.

Capítulo 9 - Sienna

Jonah me acompañó de vuelta a la habitación y una vez dentro, tengo que apoyarme en la puerta y tomar un profundo respiro. Las emociones tan intensas de la última hora me están afectando. Nunca pensé que este chico de pelo negro rizado y ojos oscuros pudiera meterse así bajo mi piel. Fácilmente me ha hecho tirar mi decencia por la borda e involucrarme en un poco de diversión en la galería, mientras era observada por todos los invitados. Lo peor es que me ha dejado con ganas de más, y me estoy quemando por dentro. Mi apetito por la comida ha desaparecido por completo, lo que hace que me dé vueltas la cabeza.

Me quito el vestido y me despojo de la ropa interior de camino al baño. Me meto rápidamente en la ducha, abro el grifo y disfruto de la lluvia de agua caliente. Mientras tanto, mis dedos encuentran su propio camino hacia el lugar que palpita de lujuria. Aunque no tiene comparación con lo que me hizo Stefano, caigo en el mismo movimiento circular. Visualizo su cara y aumento la velocidad. En cuestión de segundos, mis piernas se estremecen y el orgasmo me invade literalmente. Me agarro al soporte de la ducha hasta que se disipa la niebla de lujuria en mí. La sola idea de besarlo mientras sus dedos marcan este ritmo en mi interior es suficiente para catapultarme al cielo.

—¿Qué tal un poco de compañía? —La suave voz de Isabella me llega como entre algodones y me hace estremecerme de asombro. El vapor ha envuelto el cuarto de baño en una suave neblina, pero no disimula la forma en que se apoya en el lavabo y me observa con deseo—. Ha sido interesante observarte, a mí también me habría gustado ayudar —Me guiña un ojo y se pasa la lengua por los labios. Su presencia me confunde tanto que soy incapaz de responderle. Busco rápidamente mi toalla en la estantería junto a la ducha y me envuelvo en ella. La sensación de felicidad del clímax desaparece en un instante. No me atrevo a mirarla, la incertidumbre es tan grande. Me dan ganas de huir a mi habitación y cerrar la puerta.

—Hola, ¿estás bien? —El matiz coqueto ha desaparecido de su voz, ahora suena preocupada. Esta pequeña chispa es finalmente suficiente para hacerme reaccionar.

—Sí, todo va bien. Sólo creo que... no sé —digo e intento esbozar una sonrisa amable.

—¿No sabes cómo lidiar con mis palabras? —responde Isabella, a lo que yo asiento y bajo la mirada con vergüenza.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Que yo sea bisexual no significa que los demás lo sean. —Se aparta del lavabo y se queda de pie frente a mí—. Lo intenté y fracasé. No te preocupes, puedo lidiar con el rechazo —Ella se encoge de hombros y yo encuentro con cuidado su mirada amable, en la que sigue resonando un vago interés.

—Si algún día cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme —Sin decir nada más, desaparece por la puerta de su habitación mientras yo intento encontrarle sentido a todo aquello. Para mí, que una mujer coquette conmigo es algo completamente nuevo. Me desconcierta por completo. No sé qué pensar al respecto. Sólo sé que me confunde. De vuelta a la habitación, me pongo ropa cómoda y me siento en el sillón, ahora sí dejo que mi mente viaje lejos. Esta mañana sólo pensaba en una cosa, escapar, pero en la última media hora mi mundo emocional ha dado un vuelco. He descubierto un juego atractivo. Aunque no estoy segura de querer dar el paso, por no decir si estoy a la altura. Quién sabe qué clase de hombre es realmente Stefano. Sin embargo,

reprimó las insinuaciones de Isabella, porque aún no estoy preparada para pensar en ello. Un fuerte intercambio de palabras y los gritos de una mujer me sobresaltan. Me levanto de un salto y abro la puerta con cuidado. Lucie está en el pasillo, sujeta bruscamente por un hombre. A pesar de su clara resistencia, él la arrastra por el pasillo. Ella lucha con todas sus fuerzas, pero no tiene ninguna posibilidad. Incluso después de que hayan salido de mi campo de visión, sigo oyendo sus gritos. Abro un poco más la puerta y pienso si debo seguirlos cuando veo a Isabella en su puerta, que también ha estado observando lo que ocurre. Sacude la cabeza y esboza una sonrisa decepcionada.

—Es culpa tuya si no sabes dónde están los límites. A ellos no les agrada —Su sugerencia me hace estremecer. Mi expresión de asombro debe de ser preocupante, porque levanta las manos con tono apaciguador.

—No te preocupes, sobreviviré. Vincenzo sólo va a recordarle las normas —No tengo ni idea de lo que se supone que debo imaginar cuando pienso en este recordatorio, pero mi mente pinta un cuadro terrible lleno de angustia y gritos. Especialmente cuando me doy cuenta de que es culpa mía que ella esté ahora esperando un castigo.

—Pareces agotada, descansa un poco y no te preocupes. Stefano no te hará eso, él es diferente —Aunque intenta disimularlo con una sonrisa, veo que sus ojos brillan brevemente al oír su nombre. Se ha enamorado de él más de lo que quiere admitir. Para mí está claro que ella es uno de los trofeos que han compartido su cama. Así que Isabella es una de las mujeres de las que Rosana me había advertido. Sin que pueda controlarlo, una sensación opresiva se apodera de mi pecho cuando la imagino con Stefano. La sola suposición de que coquetea con ella del mismo modo que lo hace conmigo hace que se me erice el vello de la nuca. Aunque es una estupidez total, al fin y al cabo, él no significa nada para mí. Al final, sigo sus instrucciones y vuelvo a mi habitación. Una vez más, no sé cómo afrontar todo esto. Desde que conocí a Stefano, mi mundo está completamente de cabeza. Todo gira en direcciones que antes ni siquiera sabía que existían. *¿Seguirá siempre así? ¿Llegaré a un punto en el que mi vida se detenga? La pregunta más importante es, probablemente, ¿significa este estancamiento la muerte o la libertad?*

Capítulo 10 - Stefano

La fiesta de ayer se prolongó hasta más tarde por la noche. Como mi querido hermano se fue pronto, me tocó a mí hacer el trabajo sucio. Por lo tanto, mi estado de ánimo es relativamente bajo después de haber dormido sólo cuatro horas. Por desgracia, algunos de los invitados no sabían dónde estaban sus límites y sus poderes. Me encargué de esta tarea junto con mis hombres. Ayer, dos de ellos ya no pudieron encontrar el camino de vuelta a casa. Ahora están en una habitación de hospital, cuidados por María, hasta que puedan volver a ver y hablar correctamente. Estiro los dedos y los paso por la piel lastimada de mis nudillos.

Es la prueba de que no sólo envío a mis hombres al frente, sino que los ayudo. Es la única forma de que los miembros del clan entiendan quién manda. Estoy seguro de que ninguno de ellos se atreverá a incumplir nuestros acuerdos de nuevo. Un desayuno rápido y una pastilla para el dolor de cabeza tendrán que bastar por ahora, después de todo, hoy tenemos una reunión informativa. Nuestra área de trabajo está alejada de todas las zonas públicas, en una parte especialmente protegida de la villa. Además de una enfermería totalmente equipada para María y sus dos empleados, hay una gran sala de conferencias. El equipo también incluye un área técnica con nuestros informáticos y un mecánico para la flota de vehículos. El resto de las habitaciones son zonas de almacenamiento. Un piso más abajo hay celdas y una sala de interrogatorios, que rara vez utilizamos.

Cuando llego a la sala de reuniones, miro primero a Vincenzo, que se encuentra de pie en la cabecera de la mesa. A su lado, en la pared, está el gran televisor, que ya muestra algunos números. A su derecha, frente a la puerta de entrada, hay un estrecho ventanal, en su mayor parte oscurecido con persianas. Alrededor de la enorme mesa ovalada hay una veintena de sillas, espacio más que suficiente para los hombres presentes. Como de costumbre, me acomodo en el asiento frente a él, ya que me ofrece la mejor vista de la pantalla. Vincenzo, en cambio, se sienta en la cabecera de la mesa, ya que suele presidir las reuniones y, por tanto, está justo al lado de la pantalla. Al mirarle, me doy cuenta de que mi hermano parece tan desolado y malhumorado como yo, a pesar de que se marchó pronto de la fiesta. Seguramente estaba enfadado por tener que encargarse de Lucie, esa diva no sabe cuándo parar. Lleva causando problemas desde su primer día aquí, y su pasado no es del todo inocente. Viene de una misión en la que destruimos un cártel en Francia. Allí traficaban sobre todo con drogas, pero también había un buen puñado de mujeres guapas de guardia para clientes de alto calibre. Lucie era una de esas mujeres a las que se les daba especialmente bien atraer a hombres poderosos, cosa que también consiguió hacer con mi hermano. Admito que, con sus grandes ojos de cierva y sus labios carnosos, tiene un aspecto muy atractivo, pero su máscara oculta otras tantas cualidades oscuras. Después de todo, no es fácil sobrevivir en un entorno así.

Lucie ya nos había demostrado en las primeras semanas que sabe utilizar un cuchillo como arma. Por desgracia, cometió el error de atacar a mi hermano por celos. No pudo soportar que él tuviera encuentros con sus otros trofeos a pesar de su presencia. La siguiente vez que Lucie y él entraron en acción, ella le puso la navaja en la garganta con el plan de chantajearle. Sólo que decidió jugar ese tipo de juego con el hombre equivocado. Tal vez hubiera podido hacer ese tipo de truco con los delincuentes de su antiguo trabajo, pero no con el jefe de un clan mafioso.

Vincenzo la había desarmado antes de que pudiera reaccionar y luego le enseñó

tranquilamente lo que significaba meterse con él. Desde entonces, una cicatriz de diez centímetros de largo adorna su muslo derecho, mientras que los moratones y las marcas de estrangulamiento se han desvanecido con el tiempo. Sigo sin entender por qué no se deshizo de ella. Por lo visto, todavía siente demasiado placer con esta zorra. Pero si no toma medidas y vuelve a amenazar a Sienna, me aseguraré personalmente de que desaparezca.

Vincenzo empieza a hablar una vez que me he sentado, sacándome de mis pensamientos.

—Tampa. Un nuevo centro de distribución de drogas dirigido por el clan Rossi empezó a operar allí hace una semana y desde entonces nos ha estado destruyendo el mercado cobrando precios pésimos. Ya le he enviado una advertencia a ese cabrón de Marco quitándole la cabeza a uno de sus hombres. Pero no parece importarle —Esta eterna batalla con el clan mexicano de los Rossi lleva casi diez años sin que ninguno de los dos gane la partida. Seguimos intercambiando cumplidos, y Vince y Marco se envían partes del cuerpo de sus hombres. Odio esta sangrienta batalla como a la peste, pero mi hermano es el jefe de nuestro clan y tengo que someterme a sus decisiones. Al menos cuando se trata de negocios. Sienna es lo primero que me pertenece solo a mí, y estoy deseando volver a jugar con ella.

—Nuestra próxima misión es Niza. El objetivo es secuestrar a Giuliana Rossi. Es la sobrina de Marco y, según las fotos que enviaron mis hombres, es bastante atractiva. —Lanza unas cuantas instantáneas sobre la madera que tiene delante para que se deslicen por la mesa hasta mí, en el otro extremo de la mesa. Allí me sonríe una belleza morena, con la piel bronceada y los ojos perfectos típicos de las mujeres mexicanas. No puedo evitar darme cuenta de que aún es bastante joven.

—Vive en la plaza 23, avenida Jean Lorrain... —comienza su informe.

— ¿Cuántos años tiene? —le interrumpo, a lo que él frunce el ceño.

—Acaba de cumplir veinticinco años. —responde a mi pregunta y señala la pantalla donde aparece en el mapa la casa en cuestión—. Vive allí con dos amigas y una docena de hombres de Rossi. Así que no será fácil llegar hasta ella —Se gira en su silla para mirarnos—. Quiero que cada uno de ustedes analice los datos detenidamente y piense en una estrategia. Tendremos nuestra próxima reunión informativa el viernes a las ocho, donde prepararemos con detalles esta misión. Después, nos pondremos en marcha —Se levanta con una floritura y los demás siguen su ejemplo, sólo yo permanezco sentado para indicarle que aún tenemos que hablar—. Eso es todo por hoy.

Los hombres toman las carpetas de la mesa y se marchan. No quito los ojos de Vince. Cuando el último se ha ido, cierra la puerta y vuelve a sentarse. Luego me mira con una sonrisa siniestra. Es una demostración de poder para él, ya que ahora nos separan seis metros en la mesa y es mi turno de acercarme a él. No le hago ese favor y en su lugar cruzo las manos de forma relajada antes de exponer mi punto de vista.

—¿Por qué ella? ¿Qué quieres de ella? —La sonrisa en la cara de mi hermano se vuelve más grande mientras sus ojos adquieren un tono más oscuro.

—La sangre de Rossi va a hervir de rabia cuando tengamos a la palomita en nuestras manos. Quizá sea la palanca adecuada para que se dé cuenta de dónde están sus límites —Suspiro, molesto.

—Tú y Rossi nunca se pondrán de acuerdo, y ella sufrirá por ello. Mira las fotos —Cojo una

de las fotos grandes de la mesa y la golpeo contra la madera—. Es una conejita de Instagram disfrutando del dinero de su familia. Te apuesto a que no tiene nada que ver con el negocio, si es que sabe lo que su tío está haciendo.

Vincenzo aprieta los dientes. En un abrir y cerrar de ojos, da una palmada en la mesa y le da un golpe al tablero.

—Y qué, no me importa que sea una inocente muñequita. Mientras me ayude a conseguir mi objetivo, usaré cualquier medio necesario —Me levanto despacio a propósito, porque no me tienta fácilmente salir de mi calma, especialmente Vince con su temperamento acalorado.

—Ah, ¿y si Rossi se caga en ellos? ¿Entonces qué? ¿Quieres mandar su cabeza? —Podría vomitar al pensar en esta chica sufriendo por las luchas de poder, esto está yendo demasiado lejos. En lugar de sonreír ampliamente como era de esperar, se relame los labios y agarra las fotos.

—No, esta cabeza no pertenece a una caja. Creo que esta boca llena sería perfecta para mimar mi erección. ¿Cuántos hombres crees que la han dominado? —Por la forma en que miraba las fotos, esta respuesta estaba clara para mí.

—¿Vas a convertirla en uno de tus trofeos si Rossi no cede? —Ahora se endereza y camina alrededor de la mesa hacia mí.

—¿Por qué no? Sería carne fresca —Sacudo la cabeza. Con calma, cojo mi chaqueta, que había dejado sobre el respaldo de la silla.

—Muy bien, si tú lo dices, hermano —Me deslizo dentro y lo enderezo para prepararme para salir—. Te traeré este trofeo si esa es la orden.

Aunque no me gusta, tengo que ceder. El orden de precedencia está claro y cualquier desacuerdo entre nosotros sólo hará que la gente dude de nosotros, y ninguno necesita eso. Se acerca a mí y me da una palmada en el brazo.

—Gracias, hermano, pero no. No vendrás conmigo a esta misión —Me cuesta ocultar mis dudas, así que le escruto con más atención.

—Esta es mi presa y, por tanto, mi caza. Hace demasiado tiempo que no salgo a la batalla y echo de menos la emoción. Voy a cazar yo mismo a esta fiera —Lo que leo en sus ojos no es la anticipación de la misión, sino la codicia por poseer a esta mujer, y eso no me gusta.

—Igual debería acompañarte y asegurarme de que todo funciona bien en segundo plano —Vincenzo lo rechaza de inmediato.

—¡No! Te quedas aquí y me sustituyes. —No me conviene dejarme fuera de la misión. Él también lo sabe, por eso me sigue—. Es una orden, hermano. No voy a discutirlo.

Ahí están, las palabras mágicas. Desde que llevamos los negocios del clan, rara vez ha utilizado así su superioridad, sin embargo, su mando ha caído unas cuantas veces en los últimos años. Como ahora.

—Lo que tú digas. Pero seguiré la misión.

A Vincenzo no parece importarle, mientras vuelve a su silla y recoge las fotos restantes de la belleza mexicana.

—Prefiero aconsejarte que utilices el tiempo libre para enseñarle a tu gatita a quién pertenece

—Ahora soy yo quien frunce el ceño—. Oh, hermano, primero tienes que aprender a manejar un trofeo. Tal vez debería hacerle una visita antes de irme y mostrarle cuál es su lugar. Sería un buen trato, ¿no? —Lucho por reprimir el rechinar de mis dientes. Vince sabe muy bien que me está provocando. Es su venganza porque no estoy de acuerdo con su forma de tratar a Giuliana.

—No te preocupes, me llevo muy bien con Sienna. Después de todo, ella es MI trofeo y, por lo tanto, enteramente MI problema —Parece estar disfrutando de lo mucho que me molestan sus insinuaciones.

—Oh, ella sigue apareciendo en mis pensamientos, especialmente desde que te vi metiéndole los dedos en la galería. Me encantaría oírla gritar cuando le meta mi miembro —No puedo contenerme más y estallo golpeando con el puño la mesa de madera que tengo delante.

—¡Es mía! —le gruño en voz baja y me doy cuenta demasiado tarde de que ésa es exactamente la reacción que intentaba sacarme.

—Soy consciente de ello, hermano, y no te la robaré. Pero es importante que te des cuenta de que estás dejando que se acerquen demasiado a ti. Empecé a coleccionar trofeos porque quería disfrutar y no acabar en las bragas de un espía. Sin embargo, ninguna de estas mujeres significa nada para mí, no siento nada por ellas. Cuando paso tiempo con ellas, se basa en mis propios intereses y deseos, se trata de mí, nunca de ellas —Entonces guarda sus papeles en la carpeta y me lanza una mirada que mi padre solía echarme cada vez que quería sermonearnos—. Son de mi propiedad, sólo están ahí para complacerme y servirme. Las utilizo para el placer y les doy a cambio todo el lujo que desean. Nunca hay sentimientos de por medio, ya que eso me haría vulnerable. Si pudieras elegir, ¿las sacrificarías o las salvarías?

Inclina la cabeza y espera una respuesta, una que no obtendrá. Parece que él también se da cuenta, porque Vincenzo finalmente se encoge de hombros y sale de la habitación sin decir nada más. Incluso ahora que se ha ido, su sermón resuena y se burla de mí. Tiene razón. No soy capaz de compartirla, y me perturba aún más la idea de que pueda ocurrirle algo. Este tipo de sentimientos son muy peligrosos, por no decir mortales, en la sociedad en que vivimos.

Capítulo 11 - Sienna

Cada mañana me acostumbro más a la nueva rutina diaria, si se le puede llamar así. No hay una verdadera tarea u objetivo para el día, sino que las mujeres de aquí tienden a vivir el día al máximo. Mi primera parada es el desayuno, donde me sirvo generosamente del bufé. Hoy empiezo con un bocadillo de mermelada y una ensalada de frutas. De alguna manera, muy poca gente aprovecha la enorme mesa de comedor por la que me paseo en este momento. En general, todo el mundo lleva una vida bastante distanciada, cada una a lo suyo. De vez en cuando te encuentras con un grupo de personas que charlan brevemente o hacen deporte juntas, pero no tienen mucho más contacto que eso. Por eso no es de extrañar que la sala de estar esté inusualmente silenciosa durante las comidas. Sólo hay un puñado de mujeres y todas nos sentamos en distintos rincones de la sala. Algunas se han retirado a sus habitaciones con el desayuno. Creo que es una pena que haya una sensación general de distancia, cuando podríamos ser aliadas. *No hay que olvidar que vienen de un mundo completamente distinto.*

Después de fortalecerme, me quedo junto a la gran ventana panorámica con mi té. Temprano por la mañana, la vista de estas extensiones aparentemente interminables es tranquilizadora, y me encantaría echar un vistazo más de cerca al jardín o al bosque. *¿Quizá haya una forma de salir de esta jaula de oro?* Relajada, doy un sorbo a mi té y dejo que mi mente divague. Me sobresalto aún más cuando Isabella entra en mi campo de visión.

—Ahí estás —Rápidamente levanta las manos disculpándose—. Perdona, no quería asustarte —Trata de poner cara de inocente, cosa que no consigue, ya que la amplia sonrisa sigue apareciendo en su rostro. Me sacudo el susto y me giro un poco hacia ella.

—¿Me buscabas? —pregunto, e Isabella asiente con impaciencia.

—Ya es hora de que conozcas las ventajas de nuestra vida —me dice, y yo levanto una ceja, pero ella enseguida le resta importancia con un gesto desdeñoso.

—Toma —Una tableta aparece ante mis ojos y mi corazón da un salto de alegría al ver el miniordenador. Inmediatamente se la quito de las manos. *Quizá sea una forma de conseguir ayuda.*

—No te hagas ilusiones, todo contacto con el mundo exterior está bloqueado, ni siquiera hay conexión a internet. No son tontos, después de todo.

Detengo mi búsqueda, molesta, y vuelvo a apretar la cosa del tamaño de una página de libro contra su mano.

—Oh, ¿y qué se supone que tengo que hacer con eso? —Es mezquino bloquearlos, pero de alguna manera esta pequeña cosa me ha robado el buen humor. Al principio parecía un rayo de esperanza disfrazado de broma de mal gusto.

—¡De compras! —Isabella se limita a ignorar mi mal humor y, en cambio, sigue intentando hacerme apetecible la tableta—. Puede que estemos atrapados aquí, pero nuestra vida como trofeos no es del todo mala. Los hermanos Gambino satisfacen todos nuestros deseos materiales siempre que estén dentro de los límites de nuestra existencia —Frunzo el ceño.

—En palabras simples, ¿eso qué significa? ¿Puedo comprar lo que quiera? —Un gruñido contrariado sale de mis labios—. ¿Pero sólo mientras no tenga que salir de nuestra prisión y no

me permita ningún contacto con el mundo exterior?

Mi afición al sarcasmo parece haber alcanzado hoy un nuevo nivel.

—¡Exacto! Pues diviértete —responde Isabella eufórica, ignorando una vez más mi mal humor. Me aprieta la tableta entre los dedos e inmediatamente gira sobre sus talones—. Hasta luego —dice al salir y cruza la habitación a la velocidad de un rayo, como si huyera de otra discusión.

Suspirando, agarro con más fuerza la pequeña tableta y me dirijo al sofá vacío más cercano. Dejo el té sobre la mesita y doy un tour por los "grandes almacenes digitales". El aparato contiene páginas y páginas de catálogos con una gran variedad de artículos. Ante mí se extiende una selección de ropa aparentemente interminable, desde ropa interior hasta abrigos de invierno. Y eso no es todo. Hay incluso artículos de lujo, como perfumes y joyas, en una amplia gama de categorías de precios, e incluso juguetes sexuales. Estoy abrumada por la cantidad y la variedad de la oferta, pero es el primer verdadero pasatiempo que tengo desde que estoy aquí. *No es que me dejen hacer nada.* Así que paso el resto de la mañana ojeando los catálogos y eligiendo algunas prendas nuevas y productos de baño. Cuando termino, introduzco mi nombre y recibo una confirmación. Me sorprende que sea tan fácil. También explica por qué ellas no intentan escapar, al fin y al cabo, pueden pedir casi todo lo que quieren con un toque. *Pero no se compara con la libertad.* Como me dijo Rosana, incluso antes de convertirse en cautivas, todas ellas no tenían una rutina diaria normal. Los trofeos no pueden echar de menos lo que nunca han vivido, y es casi seguro que aquí son más felices.

Coloco la tableta a mi lado en el sofá y dejo que mi mirada se desvíe de nuevo hacia la ventana. *Me pregunto cómo estará Audrey. ¿Se preguntará por qué no me he puesto en contacto con ella para tomar un café?* Lo más probable es que no. Nunca he sido de fiar en ese aspecto. A menudo se ponía en contacto conmigo primero. *¿Quizá le preocupa que no conteste al móvil?* Una pequeña parte de mí lo espera. Quizá llame a la policía y ellos... *¿Sí, ellos qué? Me han arrastrado a quien sabe dónde. ¿Cómo va a saber la policía dónde buscarme?* Aparte del hecho de que estoy atrapada en una villa en medio de un bosque enorme, que desde luego no figura como cuartel general de la mafia en ninguna lista de la policía. Por desgracia, no puedo contar con que mi madre se dé cuenta, porque sólo me pregunta cómo me va cada año bisiesto. Creo que al final se alegra de haberse librado de mí. La vida es ciertamente más fácil sin esta hija, que actúa como una moralista a sus ojos. No hay nadie que le grite cuando ha vaciado dos botellas de vodka en una noche, como suele hacer.

No, definitivamente no me echa de menos. Audrey es la única que podría notar mi desaparición, pero aún es demasiado pronto para eso. Llevo desaparecida menos de una semana, probablemente pasen otras dos o tres antes de que sospeche. Es demasiado tiempo para esperar a que me rescaten. Tengo que encontrar una manera de salir de aquí por mi cuenta. Tal vez involucrarme con Stefano sería una opción después de todo, aunque tenga sus trampas. Porque no sé qué esperar. Sin embargo, en este momento él es la única opción para sentir aire fresco en mi piel. Tengo que dar el paso, aunque sea un juego peligroso.

Capítulo 12 - Stefano

Hoy es uno de esos días en los que todo el mundo parece estar compitiendo por fastidiarme. Hay montones de expedientes apilados en mi mesa a los que debería prestar más atención. En lugar de eso, me he pasado media mañana con nuestros dos informáticos. Definitivamente hay demasiadas lagunas en la planificación de Niza, así que no podemos elaborar un concepto adecuado. Es por eso que me he sentado con mi querido hermano y hemos discutido dónde necesitamos enfocar más nuestra atención.

Después de todo, no debemos olvidar que no sólo estamos secuestrando a una mujer asquerosamente rica, sino a un familiar de un miembro de la mafia. *Necesitamos horarios, ¿dónde se aloja y cuándo? ¿Tiene citas fijas semanales? ¿Cuántos hombres están con ella? ¿Hay menos por la noche que durante el día? ¿Qué hora del día es la mejor para atacar?* Todas estas preguntas deben aclararse antes de empezar a planificar la misión, y por eso he puesto a nuestros informáticos al mando. Aunque son completamente inadecuados para su uso en exteriores, técnicamente son muy buenos en lo que hacen. Ninguna cámara o sistema de seguridad está a salvo de ellos, pueden hackear cualquier lugar si lo necesitamos. Los reclutamos después de que robaran varios miles de euros del Banco de Escocia. Tras el atraco al banco digital, se habrían enfrentado a casi veinte años de cárcel si los hubieran pillado. Vivir constantemente huyendo y bajo el radar no es agradable, así que nuestra oferta llegó en el momento justo. Les ofrecemos protección y a cambio refuerzan nuestro equipo. Han pasado dos años desde que se cerró el trato, y hasta ahora todo el mundo está contento con él.

—¿Así que se encargaran de ello y me enviaran los datos que faltan para mañana? —termino diciendo a los hackers, que ya están absortos en sus pantallas.

—Cuenta con ello, jefe —confirman unánimemente, así que puedo pasar a otras tareas. Antes de salir de la villa, doy una vuelta al área. Antes he visto brevemente a Víctor en la sala de entrenamiento y, como sospechaba, sigue allí, tonificando sus músculos.

—Bueno, ¿todavía no es suficiente? —Levanta dos mancuernas, sólo para bajarlas y repetir el proceso.

—Nunca. Necesito estar en forma —Asiento con la cabeza.

—No exageres, te necesito listo para la acción en todo momento —Víctor es uno de mis mejores hombres.

—No lo haré. Sabes que nadie va a doblegarme —Ese ha sido su principio rector durante años. *Nadie me romperá.* A veces sospecho que hay algo más que eso, pero no hablamos del pasado, nunca. En cuanto los hombres se unen a nuestro clan, sólo cuentan sus actos. Eso también se aplica a los empleados normales. Todos se han unido a nosotros voluntariamente y saben exactamente quién es su jefe. Por eso la confidencialidad y la confianza son nuestras máximas prioridades. Todos los que trabajan aquí han sido sometidos previamente a un minucioso control. Sólo los que no nos mienten son bienvenidos, y los que nos engañan sufren. Confiamos en el personal, pero no podemos prescindir de los controles. Al fin y al cabo, ellos también tienen una vida fuera de la villa y podrían hablar de más. Por eso vigilan a nuestros empleados. Cada llamada inusual, cada mensaje llamativo me lo comunican a mí o a mi hermano. Por supuesto, no asumimos inmediatamente lo peor en tales situaciones. Sin embargo,

tenemos nuestros métodos para sacarle la verdad a la gente. Si traicionan al clan Gambino, seguramente no lo intentarán por segunda vez. Probablemente porque no vivirán para ver el día siguiente. Eso *me recuerda que me han dicho antes* *que Sienna había hecho un pedido.*

—Hasta luego —me despido y me dirijo a mi despacho para hacer algunos ajustes en el pedido. Pienso en encajes rojos y telas escandalosamente pequeñas que sólo cubran sus partes más íntimas. Por supuesto, con el único propósito de desnudarla más tarde, porque mi paciencia está llegando poco a poco a su límite.

Capítulo 13 - Sienna

Solo se me ocurre que me encontraré con uno de los trofeos cuando llaman a mi puerta a altas horas de la noche. La mayoría me ignora, pero Rosana e Isabella intentan de vez en cuando acercarse a mí, aunque esta última me incomoda. Mi vecina de habitación es atractiva, pero la idea de que me encuentre sexualmente interesante me pone nerviosa. Sin embargo, ninguna de ellas está de pie en la puerta, es Stefano.

—¿Me dejas pasar o tengo que levantarte primero para poder entrar en la habitación? — Pongo los ojos en blanco, le dejo pasar y cierro la puerta a su espalda.

—¿Cómo puedo...? —Me sobresalto y retrocedo. En un abrir y cerrar de ojos, había entrado en el centro de la habitación, sólo para acercarse tanto a mí ahora que sólo cabe un trozo de papel entre nosotros.

—Podrías quitarte la ropa —retoma mi pregunta, que no he terminado. Trago saliva ahora que sus ojos oscuros me tienen hechizada.

—O lo haré yo por ti —exige en voz baja. Parece ver mi perplejidad como una invitación. Me desabrocha lentamente la cremallera del jersey y desliza la tela por mis hombros hasta que cae al suelo. No rompe el contacto visual ni un segundo. El aroma a jazmín aturde mis sentidos. Me acaricia el pelo por la clavícula casi con ternura y se inclina hacia mi cuello. Sus labios encuentran infaliblemente el punto donde me palpita la carótida. La muerde suavemente y un agradable escalofrío me recorre. Cierro los ojos y saboreo el momento, que desgraciadamente no dura mucho.

—¡Por última vez, quítate la ropa! —Sus palabras son una mezcla de siseo y gruñido. Retrocede sin previo aviso y yo abro los ojos sorprendida, embriagada por las sensaciones que se agolpan en mi interior. Se ha retirado a la cama, donde permanece de pie, con los brazos cruzados, junto al poste del fondo. Sus iris parecen casi negros a la tenue luz de la lámpara de la mesilla. El juego entre nosotros me excita tanto que voy en contra de toda razón. Deslizo lentamente el delgado top sobre mi cabeza, sabiendo que él observa mis movimientos con atención. Poco después, cae al suelo junto al jersey. El sujetador negro de encaje es lo único que aún me cubre los pechos, pero no se lo pongo tan fácil. Me bajo tranquilamente los leggins mientras mi mirada se posa en Stefano, que me observa con una paciencia inquebrantable. La mayoría de los hombres se habrían vuelto locos de lujuria y codicia al ver esto, pero a Stefano no se le mueve un músculo de la cara. Me despojo sensualmente de mis pantalones y dejo que los calcetines caigan al suelo también. Ahora sólo queda el tanga negro de encaje. Cruzo los brazos, me apoyo en la puerta a mi espalda y lo miro furtivamente.

—¡Ahora te toca a ti! —le desafío, lo que él reconoce con una ceja escéptica levantada.

—No sé si tienes algo que decidir —Sin embargo, empieza a acercarse a mí. Observo atentamente cada uno de sus movimientos. La camisa blanca se le estira sobre el pecho y el pantalón de traje le queda perfecto. Viéndole así, podría ser un hombre de negocios normal, un agente de la bolsa o simplemente un playboy con mucho dinero. Nunca adivinarías que este tipo es un asesino. Así que no es de extrañar que a menudo ignore este conocimiento. Aquí no sólo estoy jugando con fuego, sino con un infierno que podría engullir a cualquiera. Ahora se acerca tanto a mí que me priva de todo espacio para moverme. Todo lo que puedo hacer es apoyarme

contra el marco de la puerta para mantener cierta distancia entre nosotros. Me roza la clavícula con los dedos hasta el cuello, donde los pasa suavemente por la barbilla. Intento atrapar su mirada, pero me esquivo, lo que hace que el shock sea aún mayor cuando su mano me rodea el cuello. Me aprieta tan fuerte que al principio me da miedo, hasta que me doy cuenta de que, aunque me cuesta respirar, aún puedo hacerlo. Mientras se inclina hacia mi oído, su barba me araña la mejilla.

—Voy a explicarte esto por última vez. Cuando te ordeno que te desnudes, lo haces sin hacer preguntas ni exigencias. Eres mía y yo decido cuándo, dónde y cómo —Me gira la cabeza para que le mire, lo que hace que me duela el cuello—. ¿Lo has entendido? —Aunque la lujuria se refleja en sus ojos, puedo ver su lado oscuro. Intento asentir, pero apenas puedo moverme bajo su firme agarre—. Dilo —exige con voz helada.

—Sí —balbuceo, y sus dedos aflojan la presión. Pero en lugar de dejarme espacio, se acerca aún más para que pueda notar el bulto de sus pantalones. Apoya las manos en el marco de la puerta por encima de mí, atrapándome entre él y la puerta.

—Ábreme la camisa —Aunque es una orden, sus palabras han vuelto a adquirir ese tono prometedor y tentador. Desabrocho los botones lentamente, temblando un poco, hasta llegar a su cintura, y veo de reojo su sonrisa burlona.

—Puedes seguir —me exige. Le desabrocho el cinturón y los pantalones, su duro miembro me aprieta literalmente.

—Quítatelos.

Consigo deslizarlos hasta sus rodillas, acercándome mucho a su pecho desnudo. Por supuesto, no paso por alto su cuerpo tonificado, lo que me pone aún más nerviosa. Los hombres con los que me he acostado hasta ahora no eran tan musculosos. Por otro lado, tampoco eran tan dominantes ni peligrosos.

—Bueno, a qué esperas, la tela no se caerá sola —añade, y su sonrisa malévola se ensancha un poco.

Contengo mis comentarios, pero no puedo reprimir un suspiro exasperado. Me deslizo hasta ponerme de rodillas junto a la puerta y tiro hasta que los pantalones caen al suelo. Su miembro se endereza inmediatamente en los calzoncillos y se presiona contra la tela, dándome una sensación de déjà vu. La profunda risa de Stefano llena el silencio entre nosotros mientras da un paso atrás. Antes de que me haya enderezado, su camisa ha desaparecido y sus ojos brillan con deseo.

—Ahora que hemos creado igualdad de condiciones, espero que estés satisfecha, pero me gustaría dejar claro que esto es una excepción. Yo tomo las decisiones —Como ya no se alza frente a mí, me armo de valor y asiento desafiante. Aunque acepte su dominio por ahora, eso no significa que vaya a ser permanente—. Veo que tu incertidumbre inicial ha desaparecido, interesante —Se frota la barbilla.

—Pero ten cuidado, te enseñaré lo que significa jugar conmigo —Con un gesto de la mano, me hace señas para que me acerque a él. Pero yo no me muevo, sino que le miro obstinadamente—. Entonces, ¿no quieres escuchar?

Me mira esperando, comprobando si puedo aguantar.

—Bien, estoy deseando descubrir cuáles son tus límites.

Como si se le hubiera ocurrido un reto de forma espontánea, se queda parado y me mira con escepticismo. Ignoro el malestar de lo desconocido y mantengo nuestro duelo de miradas unos segundos más antes de que se dé la vuelta y desaparezca en el cuarto de baño. Confundida, me quedo atrás y unos instantes después oigo la voz familiar de mi vecina de habitación. Le sigue hasta mi habitación, lo que me pone nerviosa, porque empiezo a sospechar lo que quiere decir con eso de *poner a prueba los límites*.

—Isabella me ha dicho que ya se conocen. —Lo dice como si hubiéramos compartido algo más que una conversación. Los dos intercambian miradas significativas y algunas palabras en italiano, que no entiendo. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que hablaba ese idioma. Sale corriendo y vuelve poco después con una venda en los ojos, así que puedo adivinar de qué se trataba. Empiezo a impacientarme, sobre todo después de que Stefano me tiende la mano, que cojo vacilante. Me empuja suavemente hacia él y me da la vuelta para que le dé la espalda. Ligerero como una pluma, me pasa los dedos por la columna hasta la cabeza. Luego me tapa los ojos con la venda. La fría tela oscurece todo mi campo de visión y hace que mi nerviosismo y el excitado cosquilleo de mi interior alcancen un nuevo nivel. Agudizo el oído, pero durante unos segundos la habitación permanece en silencio. Por eso me sobresalto en cuanto un aliento cálido me roza la oreja.

—¿Empezamos, *Micina*? —Los finos pelos de mis brazos se erizan. Al igual que todas mis células nerviosas esperan ansiosas a ver qué ocurre a continuación. Primero, siento unos dedos que rozan suavemente la base de mis pechos y luego se deslizan lentamente entre ellos hasta mi ombligo. Finalmente, alcanzan el borde de mis bragas y lo recorren también. A través de su suave respiración, me doy cuenta de que él está detrás de mí e Isabella delante. Al menos eso creo, porque poco después siento su cálido aliento en un lugar que me inquieta. Toca la unión de mis muslos y mi entrepierna. Mientras tanto, el suave tacto continúa su exploración, por encima de mi cintura, hasta mi centro, que sólo está oculta del contacto directo por el fino encaje.

—A ver si esto te excita —su voz áspera me roza la oreja.

Otra mano se une y ahora noto la diferencia. Su tacto es suave y delicado, mientras que él se mueve deliberadamente sin precaución. Desliza las yemas de sus dedos sin prisa por mi vientre y, al mismo tiempo, me aprieta más contra él. Al final, dejo que suceda y me apoyo en su pecho, sin evitar saborear este abrazo. Sus dedos alcanzan mis bragas y se meten por debajo, para deslizarse al segundo siguiente entre mis piernas. En ese momento, ya no puedo contener un suave gemido, estoy tan excitada y enfebrecida por este juego.

—Vaya, vaya, te gusta más de lo que esperaba —Aunque Isabella también me está tocando, los sentimientos confusos que tenía en el baño no están ahí. Porque ahora ella es parte de la prueba, parte de su juego. Él está al mando y la controla a su antojo. Mientras sus dedos exploran mi entrepierna, las manos de Isabella vuelven y rozan mis bragas, que acaban cayendo al suelo entre mis pies. Debería inquietarme que esté arrodillada justo delante de mí y tenga una visión perfecta de todo mi cuerpo. Sin embargo, estoy demasiado concentrada en disfrutar de las caricias de Stefano.

—¿Cómo es la vista? —Hace la pregunta despreocupadamente, lo que hace la situación aún más insólita.

—Maravillosa, me encantaría ver más —Los dos hablan de mi lugar más íntimo como si fuera

una extensión de tierra y, sin embargo, siento curiosidad por saber lo que tienen en mente.

—Míralos —Me separa los labios inferiores.

—¿Me pregunto a qué sabrá? —Su voz parece ronca al instante y ya no es tan brillante y dulce. Siento su aliento en mi clítoris y esta nueva sensación casi me desgarró.

—¿Qué tal si lo pruebas? ¿qué te parece, Sienna? —Me doy cuenta de que me está haciendo una pregunta, pero estoy demasiado atrapada en el frenesí de sensaciones. Stefano, sin embargo, parece insistir en una respuesta cuando sus dedos se detienen, devolviéndome a la realidad.

—Si te hago una pregunta, tienes que responder, ya lo hemos discutido. ¿No es así? —Asiento en silencio, esperando que continúe.

—Bien, entonces dime si Isabella puede probar tu coño para que podamos continuar este juego —Sus palabras son como un gruñido en un barítono bajo, y sin embargo su voz no pierde esa sensación de cercanía cuando me habla.

Aunque antes era reacia a las insinuaciones de Isabella, ahora estoy intrigada por saber adónde va este juego, así que asiento con la cabeza. Eso no parece bastarle, porque gruñe contrariado, por lo que suelto un "sí". Es lo que ambos estaban esperando. En un abrir y cerrar de ojos, sus dedos abren de nuevo mis labios inferiores, sólo para que Isabella apriete sus labios contra mi clítoris y me haga jadear de inmediato. Cuando empieza a jugar con su lengua, siento que no puedo mantenerme en pie porque su contacto me debilita. Sólo me doy cuenta de pasada de que Stefano retira la mano y deja que ella tome la iniciativa. Sin embargo, se queda conmigo y se aprieta contra mí por detrás. Su brazo me rodea la cintura y me da un apoyo adicional. Este espectáculo tampoco le deja indiferente, ya que ahora noto cómo su miembro se agita en mi espalda debido a nuestra conexión. Mientras Isabella sigue empujándome hacia arriba con su lengua, Stefano encuentra su camino hacia mi garganta, donde sus labios rozan suavemente mi piel. Saboreo el contacto, aunque sea efímero, porque enseguida vuelve a mordermme, provocándome un dolor agri dulce en las venas. Me acaricia sin descanso el cuello hasta el hombro. Alternando besos en mi piel caliente y fuertes mordiscos, me proporciona una nueva experiencia de placer. La combinación de sus mordiscos y las caricias de la lengua de Isabella sobre mi clítoris ahora hinchado desencadenan sensaciones que nunca había sentido.

—¿Cuánta depravación hay en ti, Sienna? —Su voz profunda me golpea como un látigo en plena lujuria—. Esto es sólo una muestra de lo que te espera en mi presencia. Dime, Sienna, ¿tienes ganas de más?

Siento que los músculos de mis piernas se agitan, que me pongo de pie y que el orgasmo se acerca. Cuando Isabella añade sus dedos y me penetra con un ritmo constante, no puedo contenerme y gimo en voz alta.

—Responde a mi pregunta o se acabó la diversión —El oscuro gruñido de su voz hace que vuelva a centrarme en él.

—Sí —Respiro y siento su sonrisa en mi piel mientras sus labios acarician mi cuello.

—¿Sí qué? —gruñe con dureza. Estoy frenética y me exige frases completas de las que ya no soy capaz. Pero como no quiero que se acabe, me repongo.

—Sí, dame más. Haz todo lo que tienes en mente —Siento que me agarra por la cintura y me aprieta contra él.

—Bien, sólo dime una cosa. ¿Eres mía? —Isabella ha bajado el ritmo y, al igual que Stefano, espera mi respuesta, que decidirá el curso de los próximos minutos. Su mano, que sigue libre, se posa en mi culo y lo recorre lentamente, asegurándose de que sigo de cerca sus movimientos.

—¡Estamos esperando!

Sus dedos se deslizan desde atrás hasta mi entrepierna y desplazan allí a Isabella. Pero su aliento sigue golpeando suavemente mi perla y me hace estremecer.

—¡Dilo, Sienna! Dime que eres mi trofeo. Dime que eres mía, tanto física como emocionalmente. Dime que eres mía. —Ese tono seductor y tentador ha vuelto a su voz, atrayéndome a sus profundidades. Dos de sus dedos se deslizan dentro de mí, para retirarse brevemente y volver con un tercero. Sus embestidas me llenan por completo y la palpitante sensación de placer vuelve a invadirme aún con más fuerza—. ¡Dilo! —Me muerde el lóbulo de la oreja para enfatizar sus palabras. Cuando saca los dedos para volver a metérmelos hasta el fondo, no puedo más y renuncio a resistirme.

—Soy tuya —suspiro suavemente, pero eso no parece bastarle, porque una vez más realiza el truco de hacerme ver estrellas. Al igual que Isabella, que se une y acaricia mi perla con su lengua. Ahora ya no puedo contenerme más, gimo desenfadadamente con cada sacudida que anuncia la ola de felicidad.

—Dilo —vuelve a exigir.

—Soy toda tuya —Me aprieta firmemente contra el lateral de su entrepierna para que pueda sentir su erección a través de la tela de sus calzoncillos y pueda aumentar la velocidad de sus dedos.

—Dime lo que quiero oír y te entregaré —Al mismo tiempo, Isabella se une y juntos me llevan rápidamente al prometedor abismo del que me encantaría caer.

—Soy tuya, física y emocionalmente. Soy tu posesión. Soy tu trofeo —La oleada de lujuria me inunda en cuanto pronuncio la última palabra. Jadeo y caigo en una vorágine de satisfacción infinita que me embriaga como nunca antes. Mis piernas ceden y amenazo con derretirme en el suelo, pero Stefano me sujeta hasta que llego a los límites de la realidad. En cuanto se desvanecen las últimas punzadas del orgasmo, me da la vuelta para mirarle. Hasta que mi cabeza descansa finalmente sobre su pecho y saboreo las sensaciones con los párpados cerrados.

—Vete ya —Su voz es calmada y tranquila, pero firme. Me doy cuenta inmediatamente de que no se refiere a mí y, sin embargo, me siento mal. Ella me ha dado una nueva experiencia y ahora la echa.

Sin embargo, sólo me atrevo a moverme cuando la puerta se cierra tras ella. La tela que rodea mis ojos se afloja, pero mantengo los párpados cerrados porque no quiero abandonar todavía el mundo de la felicidad. La paciencia de Stefano parece haberse agotado cuando me levanta sin más y abro los ojos, sobresaltada. Un instante después, me encuentro sobre la cama y me pierdo en el color marrón oscuro de sus iris. Se cierne sobre mí y me mira como si fuera una joya que le encantaría contemplar detenidamente.

Capítulo 14 - Stefano

Verla tumbada debajo de mí con una ardiente lujuria en los ojos amenaza con acabar conmigo. Aunque acaba de llegar al clímax, está dispuesta a más. Aún puedo sentir cómo se estremecen sus músculos mientras se agita alrededor de mis dedos. Me excito tanto verla con Isabella y sintiendo mis dedos al mismo tiempo. Mi miembro habría estado encantado de participar en ese juego y ahora me castiga cada segundo presionando dolorosamente contra mis calzoncillos. Necesito sentirla, sentir cómo se retuerce cuando estoy dentro de ella y disfrutar del momento. Sin embargo, Sianna sigue completamente atrapada en la vorágine de su lujuria y parece incapaz de reaccionar, lo que me impide ir más allá. Se ha dado cuenta de que me pertenece y me ha dado su consentimiento. Por eso debe ser completamente clara durante nuestro primer encuentro. Quiero que sienta claramente cada movimiento, cada caricia y cada oleada de deseo. Ya tengo una docena de ideas que me encantaría experimentar con ella, pero me contengo y me obligo a mantener las distancias. Ella me mira con expectación, casi con reverencia, curiosa por ver qué más le espera. Pero termino por hoy y la dejo disfrutar del desvanecimiento de su orgasmo. Espero que aprenda que no es malo ser más abierto o descubrir lo que le da placer. Aunque al principio era reacia a dejarse llevar por Isabella y no sabía qué pasaría, se atrevió a hacerlo con mis ánimos. Se dejó caer y yo la tomé. Le di la protección necesaria para probar algo nuevo, que, al parecer, ahora ha nublado por completo sus sentidos. Me levanto despacio y me acerco al borde de la cama para mirarla por última vez. Tiene los ojos brillantes y los labios ligeramente abiertos. Me mira como si estuviera esperando a que la tomara y la penetrara. Aunque no creo que pueda ser realmente su deseo, es el hambre de más lo que se ha apoderado de ella. Se dará cuenta de que la anticipación también tiene un atractivo especial, sobre todo si no sabe cuándo reclamaré mi posesión. Sólo pensarlo me hace sonreír de placer antes de inclinarme hacia ella. Le aparto suavemente el pelo y le rozo casualmente el lóbulo de la oreja con los labios, provocándole un escalofrío, tal como esperaba. Pero eso no es suficiente para hacer flaquear mi determinación, así que le susurro

—Ha sido maravilloso sentirte explotar alrededor de mis dedos, y eso es exactamente lo que quiero sentir con mi miembro la próxima vez —Noto que traga saliva con dificultad, pero no se mueve y espera a oír qué más tengo que decirle—. No va a pasar hoy. Es suficiente para este momento. Saber que ahora eres mía me basta. Pero ten por seguro que pronto te demostraré lo que significa ser mi trofeo.

Me alejo con calma, me pongo de pie y recojo mi ropa. Me pongo los pantalones, sin apartar los ojos de su mirada atenta. Creo leer brevemente decepción después de abrocharme el cinturón. Mi miembro también está solo parcialmente entusiasmado por no haber conocido aún a Sienna, por mucho que apriete contra la tela. Aunque encuentre remedio más tarde, es mejor que arriesgarse a ir demasiado lejos ahora. Me acercaré a ella despacio pero no la llevaré al límite demasiado pronto porque no quiero romperla. Porque esta noche se ha dado cuenta de quién es: mi trofeo.

Sólo es mediodía y ya estoy completamente lleno de energía. La noche anterior está grabada a fuego en mi memoria y sólo pensarlo me vuelve loco. A estas alturas me arrepiento de no haber satisfecho mi propia lujuria, porque entonces mi cerebro no me estaría jodiendo con la idea de ello. Sienna tumbada en la cama, con los ojos brillantes de excitación, y lo único que deseo en ese momento es tocarla. Sabía que estaba jodido, pero esos pensamientos nunca habían pasado por mi cabeza. Ni siquiera entiendo cómo ha conseguido instalarse en mi cerebro de esa manera. En cualquier caso, necesito sacar estos pensamientos lo antes posible para poder pensar con claridad. Tal vez debería llamarla a mi despacho y follármela sobre la mesa hasta que grite mi nombre en voz alta. Mi miembro accede instantáneamente a esta sugerencia, tan fuerte como presiona contra mis pantalones. Por desgracia, la voluntad de no hacer exactamente eso es igual de fuerte, y procede de mi conciencia. En otras palabras, la parte de mi cabeza que creía completamente atrofiada tiene tantas vidas como tengo dedos en mis manos. Pero no, este estúpido aguafiestas tiene que hacerse sentir inesperadamente.

Desde entonces, me atormenta con el hecho de que podría perderla con las acciones equivocadas. Por lo que me parece la décima vez, miro los planes provisionales para la próxima misión en Aberdeen. Un pequeño grupo se ha establecido recientemente allí y está ansioso por conquistar el mercado. Nuestra gente se encontró por casualidad con algunas drogas de esos bastardos y han estado investigando. Sabemos por un informante que la policía ya los tiene en su radar. Por supuesto, también podría dejar que ellos resuelvan el problema, pero entonces aparecerían otros que también huelen el gran dinero. El clan Gambino gobierna el norte de EEUU. Manifestaciones como la destrucción de un nuevo grupo son útiles para que nadie lo olvide nunca. Hasta ahora, no he encontrado la forma de entrar en el pequeño bar donde tienen su cuartel general sin que se den cuenta.

Son bastante descuidados a la hora de disimular sus negocios, pero sólo dejan entrar en el bar a sus hombres y a un puñado de mujeres para su disfrute. Si voy allí con mis hombres, nunca conseguiremos cruzar la puerta sin llamar la atención y uno de esos cabrones se aprovechara de ello. Por no mencionar el hecho de que la policía estará de nuevo en alerta durante semanas. Ese no es mi estilo. Para mí, una operación es como una cacería. Me acerco sigilosamente y rodeo mi objetivo. Sólo cuando lo hemos rodeado y se da cuenta de que ha perdido, acabo con él. Por eso tenemos que ser sutiles. Hasta que no haya un plan coherente, no necesito presentarle a Vincenzo el procedimiento, pero no es el único expediente que tengo sobre la mesa, y el tiempo corre en mi contra. Como estoy atascado en la tarea de Aberdeen, cojo la carpeta sobre Niza. Los hombres de mi hermano han hecho un gran trabajo recopilando toda la información posible.

Ahora me toca a mí comprobar el plan que han forjado a partir de ella. Llevamos años asegurándonos de esta manera. Antes de emprender una misión, Vincenzo recibe de mí los planes de la misión y los revisa. Sólo así podemos asegurarnos de no cometer un error estúpido durante la fase de planificación. Por eso es tan importante que lo lea todo con atención, porque está en juego la vida de mi hermano y de sus hombres. Pero en lugar de concentrarme, no dejo de pensar en el cuerpo desnudo de cierta mujer que hace su vida al otro lado de la villa. *Joder, así no vale.* Cojo el móvil y marco el número de Jonah, que contesta al segundo timbrado.

—Busca a Sienna y llévala a la biblioteca —Sin esperar respuesta, cuelgo y ordeno los archivos para matar el tiempo. En cuanto todo está bien apilado, ya no hay nada que me retenga en la habitación. Tomo la puerta trasera, que da a un estrecho pasillo que me lleva directamente a

la biblioteca. Podría haber llegado por la otra puerta del despacho, pero como la ruta pasa por el salón de baile y mi miembro ha decidido tener ganas de encontrarse con Sienna, prefiero pasar desapercibido. Justo en la bifurcación del pasillo, a pocos metros de mi destino, se encuentra Isabella, que parece estar esperando. Sus ojos azul hielo parecen nublados, pero observa atentamente cada uno de mis movimientos y se aparta de la pared en cuanto llego hasta ella.

—¿Qué haces aquí, sola? —le pregunto impaciente. Como la biblioteca tiene varias entradas, es posible que Jonah y Sienna ya hayan entrado y me estén esperando.

—Te estaba esperando —Como si fuera algo natural, lleva la mano a mi entrepierna y me masajea el bulto, que aprieta con más fuerza contra la tela. Respiro rápida y plácidamente, pero luego aparto sus dedos y me doy la vuelta.

—No tengo tiempo para ti.

Sin prestarle más atención, paso junto a ella y entro en la biblioteca rápidamente. Enseguida me doy cuenta de que está desierta. Hay estanterías de madera oscura alineadas unas junto a otras, todas llenas de diversas obras de nuestra historia. Sin embargo, no encontrarás ninguna ventana, ya que esta sala está situada en el interior para proteger las obras antiguas y se mantiene a una temperatura constante y agradable con la ayuda del aire acondicionado. Se puede encontrar de todo, desde clásicos hasta literatura moderna, y sin embargo esta sala se visita demasiado poco.

Sólo Isabella, que simplemente me ha seguido, me hace compañía en la enorme sala. Sólo conozco a unos pocos. La lectura era la afición de mi madre. Había coleccionado gruesos tomos. Desde que murieron mis padres, utilizamos esta habitación para negociaciones o para nuestro propio placer, sin prestar más atención a las obras coleccionadas. Hay dos sillones en un rincón del fondo, donde podemos mantener conversaciones discretas con socios comerciales, sobre todo porque no se puede ver esta zona. Aunque nunca vengo aquí a leer, me tranquiliza dejar vagar la mirada por las numerosas hileras de libros.

Desgraciadamente, esta paz y tranquilidad no duran mucho, ya que Isabella vuelve a invadir mi espacio. Como si fuera algo natural, se arrodilla ante mí y me abre los pantalones, cosa que esta vez permito. Mi miembro aprieta tan fuerte contra la tela que, de todos modos, pronto habría tenido que liberarlo. Si ella quiere hacerlo, me parece bien. Después de todo, Isa fue uno de los pocos trofeos que dejé acercarse a mí antes de conocer a Sienna. Siempre obtuve satisfacción de ella, pero nada más. Sé que suena duro e insensible, pero ella no significa absolutamente nada para mí, y lo mismo ocurre con todas las demás mujeres de la villa.

—Joder —gruño en voz alta cuando sus dedos recorren inesperadamente mi pene, seguidos inmediatamente por su lengua. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta de que Isabella se estaba metiendo mi mejor miembro en la boca. Mi miembro sólo ha sentido mi propia mano desde Sienna, así que no es de extrañar que sus caricias me estén destrozando por completo. Chupa con fruición, su lengua juega con mi punta y la lame lentamente, volviéndome loco. Al mismo tiempo, me quito de la cabeza la idea de que Sienna podría entrar en cualquier momento. Meto la mano en el pelo gris de Isa y marco el ritmo. Cada vez más rápido, me introduzco en su boca y ella acepta con avidez cada embestida. Poco a poco, me dejo llevar por nuestra interacción y me acerco rápidamente al clímax. A partir de ahora, no hay quien me detenga. Me introduzco sin piedad en su garganta y la follo con rápidos empujones. Hasta que la

ola me invade y derramo mi semen dentro de ella, gimiendo. Isabella lame con fruición los últimos restos de mi miembro mientras yo vuelvo lentamente a la realidad.

Vuelvo a ser consciente de lo que me rodea con lentitud, pero lo que veo convierte en hielo la acogedora sensación de mi pecho. Sienna está frente a mí en la habitación, con los ojos muy abiertos. No dudo ni por un momento de que nos ha estado observando y tenía que observar. Por la forma en que mi querido hermano la abraza, no tiene elección. Él sonríe con superioridad y sigue abrazándola como si fuera suya. Su mirada decepcionada y furiosa me golpea con más fuerza. Me corroe la piel y hace que se me forme un nudo en el estómago. Normalmente no me importa lo que las mujeres piensen de mí, pero con ella es diferente, su opinión es importante para mí. Al parecer, mis acciones han apagado de momento su incipiente afecto, y eso sólo porque no quería forzarla y estaba a punto de explotar.

—Tengo que decir que fue un gran espectáculo el que nos ofreciste. Hace que yo también quiera más —Acerca a Sienna a él, y el pánico en sus ojos basta para que por fin reaccione. Inmediatamente me pongo los pantalones, subo la cremallera y me dirijo furioso hacia Vince.

—Suéltala —le escupo con rabia.

—Oh, nada más fácil que eso —Suelta el agarre y Sienna retrocede inmediatamente. Me detengo unos metros delante de los dos y miro a Sienna. Cuando doy un paso hacia ella, ella retrocede uno.

—Estás ENFERMO —grita bruscamente, y sus ojos brillan con lágrimas; intento acercarme a ella de nuevo, pero bloquea mi paso con su mano.

—Aléjense de mí. Todos ustedes. Aléjense de mí. —Alzo los brazos en señal de rendición y doy un paso atrás, lo que parece calmar a Sienna. Por el rabillo del ojo, veo la sonrisa triunfante de mi hermano y me dan ganas de darle un puñetazo en la cara. Todo esto estaba planeado por él, quería que ella se distanciara de mí y yo, como un idiota, caí en su trampa. Mientras tanto, Sienna se ha retirado a un rincón entre las estanterías. No le quito los ojos de encima ni un momento, pero al mismo tiempo saco el teléfono móvil del bolsillo y marco el número de Jonah. Esta vez, sin embargo, no contesta y sospecho que mi mentiroso hermano está detrás. Así que me dirijo a la siguiente persona de la fila, Víctor.

—¡Ven a la biblioteca, ahora! —Mientras sigo guardando mi teléfono móvil, mi mirada se dirige hacia Vince, que ya se ha acomodado en la zona de sofás. Debía de estar escondido allí con Sienna, porque yo podía ver el resto de la habitación, solo esta parte permanecía oculta para mí —. Los dos tenemos algunas cosas que resolver —me dirijo a Vince, que se limita a mirarse las manos, desinteresado.

—Claro, hermanito. ¿Quieres empezar ahora o prefieres esperar a que tu muñequita se haya ido para que no se entere de lo que tienes que decirme?

Llevamos muchos años trabajando juntos, pero nunca se había comportado así. No conoce los límites y ni siquiera piensa por un minuto si su comportamiento podría herir a alguien. Pero nunca ha utilizado sus desagradables manipulaciones conmigo. Desde que Sienna está aquí, su comportamiento parece haberse descarrilado, igual que el mío. Antes de que pueda responderle, llaman a la puerta y Víctor se planta en el umbral.

—Lleva a Sienna a su habitación y vigílala hasta que vaya a verte —Él asiente en silencio, se acerca a ella, la toma del brazo y tira de ella hacia la puerta, lo que ella acepta a regañadientes.

—¡Una cosa más! Intenta no hacerle daño —Víctor pone los ojos en blanco, molesto, pero asiente y le indica el camino desde la puerta. Afortunadamente, se marcha sin refunfuñar, así que no tengo que preocuparme por ella durante un rato. En cuanto se cierra la puerta, camino enfurecido hacia Vince, que se limita a sonreír sombríamente.

—Los recién llegados se entrometen en Aberdeen, causan problemas, ¿y tú no tienes nada mejor que hacer que soltar estupideces como ésta? ¿No tienes prioridades?

Mi querido hermano sacude la cabeza con una sonrisa alegre.

—¿No te pareció divertido? —Su mirada se desvía hacia Isabella. Está sentada justo donde la dejé, observándonos en silencio.

—Yo no lo veo así, Sienna tiene razón, ¿a qué clase de juego enfermizo estás jugando aquí? —En lugar de responderme, le hace señas a Isabella para que se acerque, que inmediatamente sigue su petición y se arrodilla frente a su silla.

—Un juego que tú también deberías dominar, porque el torneo de trofeos se gana con la mente y el miembro, nunca con el corazón —Le mete la mano en el pelo y tira de su cabeza hacia arriba, tanto que mira al techo y noto su mirada nublada.

—¿Qué le has dado? —Vincenzo se limita a sonreír y baja la mano, dejándola de nuevo mirando al suelo.

—Una heroína alterada, la última moda en el mercado. La convierte en una muñeca andante durante unas horas, haciendo lo que le digan —*Así que Isabella no actuó por su propia voluntad, Vincenzo se lo ordenó. Le ordenó que me interceptara y me sedujera, aunque sólo fuera para complicar las cosas con Sienna*—. Quizá deberías probar eso también con tu mujer, así conseguirás de ella todo lo que quieras —Mi hermano está más enfermo de lo que pensaba.

—No necesito drogas para divertirme con las mujeres, puedo hacerlo sin ayuda —digo, pero él sonríe con suficiencia.

—Claro, sólo que no con esta sucia, sólo la conseguirás quebrando su voluntad.

Claro que lo haré, su fuerza es lo que la hace atractiva para mí en primer lugar, pero Vince no entiende nada de eso. Me alejo de él, camino enérgicamente hacia la puerta de al lado y me veo frustrado por sus palabras en el camino.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo a mi despacho, aún tengo algunos pedidos sobre la mesa —En realidad, no le debo una respuesta, pero la rabia en mis venas me hace hablar más rápido de lo que pienso—. Si me dejas, estúpido egoísta —murmuro las últimas palabras, pero ni siquiera eso molesta a Vince.

—Por supuesto, tu trabajo es lo primero —Empujo la puerta con amargura y me detengo en el umbral.

—La próxima vez, te aconsejo que pienses si realmente quieres jugar conmigo. Puede que sea tu sangre, pero no voy a dejar que me tomes el pelo.

Eso lo dice todo. Voy, no a mi despacho como le dije, sino a la zona de operaciones de la villa. Aquí es donde está el gimnasio, y es exactamente lo que necesito en este momento. Necesito deshacerme de la rabia que recorre mi cuerpo antes de que pueda engullirme más. No voy a ver a Sienna en las próximas horas, e Isabella no pudo evitar lo que ha pasado. Vince es el

instigador, el líder del juego y, en última instancia, el ganador. Lo único que me queda por hacer es imaginar su cabeza mientras sigo golpeando el saco de boxeo, una y otra vez.

Capítulo 15 - Sienna

La marea puede cambiar así de rápido. Anoche pensé que ahora sería más fácil, que Stefano y yo nos acercáramos poco a poco, que había algo más. Me entregué a él, a su juego, a su alma oscura, y es precisamente esa oscuridad la que ahora me ha hecho daño. Es el monstruo frío que vi en él cuando nos conocimos. Como ayer no tuvo sexo, hoy lo ha tenido con Isabella. Nunca habría pensado así de ellos, pero Rosana ya me ha explicado que todos vienen de una vida en la que el sexo formaba parte de su día a día. Vuelvo a caminar de un lado a otro de mi pequeña habitación, ya que me cuesta quedarme quieta. Desgraciadamente, no puedo salir porque el ruso Víctor está delante de la puerta, custodiándome como a un maldito tesoro. Pero yo me siento más bien lo contrario. Viéndole a él y a Isabella allí, dándole placer a su miembro con la boca. Gemía con tanto entusiasmo y cerraba los ojos de placer. Esta visión rompió algo dentro de mí que estaba empezando a formarse. *Eso me pasa por confiar en un hombre que me demostró que era frío como el hielo desde la primera vez que nos vimos.* Me merecía más que los pensamientos burlones, porque olvidé demasiado rápido en las garras de quién estaba.

Sólo el enfermo jefe de este clan me demuestra con demasiada claridad que soy un peón. Incluso sus propios hombres son sólo marionetas para él, por la forma en que trató a Jonah antes. Acabábamos de llegar a la biblioteca cuando este mafioso loco le apuntó con una pistola y le ordenó que se fuera. Si yo fuera él, habría huido inmediatamente, pero Jonah no se dejaba intimidar tan fácilmente. Lástima que no hubiera contado con el otro tipo que le dominó por la espalda. Segundos después, el hombre estaba inconsciente en el suelo y Vincenzo me arrastró a sus garras, así que tuve que verlo todo. No sé qué clase de relación enfermiza tienen los dos hermanos, pero no voy a arriesgarme a quedar atrapada entre ellos por más tiempo. Es hora de volver al plan original. Tengo que escapar antes de llegar al punto en que la única salida sea la muerte. Aún no he visto mucho de la villa, pero me he dado cuenta de que no podré escapar de la sala de trofeos. Tengo que salir al jardín para ver si hay una ruta de escape, tal vez a través del enorme bosque que bordea la propiedad. Corro el riesgo de perderme, pero prefiero morir allí a seguir siendo un peón en el juego de estos hombres. Porque estoy segura de que en algún momento acabaré en la línea de fuego.

Por fin ocurre algo en el pasillo, oigo pasos y me acerco sigilosamente a la puerta. El recién llegado y Víctor hablan en voz baja. Escucho atentamente, porque puedo entenderles si así lo hago.

—¿Está ahí? —*Stefano*. Estaba claro que aparecería pronto.

—¿Cómo van las cosas con Aberdeen? —replica Víctor, presumiblemente habiendo respondido a la pregunta anterior con un asentimiento. *¿Dónde iba a estar si no?*

—Mierda, aún no he descubierto cómo entrar en el bar —El ruso refunfuña, e incluso a través de la puerta puedo percibir su tenso estado de ánimo.

—Tenemos el género equivocado para entrar sin llamar la atención —*Stefano* suena molesto, como si esta misión le estuviera causando dificultades.

—¿Por qué no consigues una de las putas de los clubes de Nueva York? Si les pagas bien, también se abrirán de piernas para esos cabrones —Se escucha un bufido sibilante.

—Baja la voz, maldita sea, no me apetece que nos oiga ninguno de los trofeos —*Demasiado tarde, diría yo. En mi interior, me condeno por etiquetarme mentalmente de esa manera.*

—No es una buena idea. Las mujeres de Nueva York sólo buscan el dinero. Si los idiotas de Aberdeen les ofrecen más, nos dejarán caer en una trampa —explica Stefano en voz baja. Ahora es Víctor quien exhala molesto.

—¿Y los trofeos? Dependen de ti y saben muy bien que traicionarte sería fatal.

Me reprimo para no jadear ni hacer ningún otro ruido mientras me aprieto lo más posible contra la puerta. Mi corazón se acelera, no de miedo, sino de emoción. Por fin estoy aprendiendo más sobre su negocio, y quizá pueda aprovecharme de ello.

—Sí, es cierto. Pero olvidas que son las muñecas de Vincenzo. No las ha tratado exactamente con guantes de seda. La mayoría están tan rotas y amargadas que no temen a la muerte —*Como era de esperar, es un maldito bastardo enfermo y arrogante*—. ¿Qué hacemos entonces? —Un pequeño suspiro.

—Pensaré en algo, pero primero tengo que solucionar esto —Como sospecho que va a entrar por la puerta en cualquier momento, retrocedo rápidamente. A diferencia de ayer, abre la puerta con calma y, en general, se muestra muy reservado. Me mira brevemente antes de cerrar la puerta tras de sí y apoyarse en ella. Me alegro de que guarde las distancias, el ambiente ya es bastante mierdoso.

—Eso fue obra de Vincenzo, ¡espero que te des cuenta! —recalca Stefano. Levanto las manos en señal de rendición y me hundo en el borde de la cama.

—¿Qué más da? —pregunto irritada, a lo que él se encoge de hombros, visiblemente contrariado.

—Sólo quería que lo supieras. No era mi intención que cambiara nada.

Entonces, ¿por qué ha venido aquí? Sinceramente, ahora mismo no sé cómo tratar con él. ¿Qué hay entre nosotros? ¿Atracción? ¿Es puramente sexual? ¿O es algo más? No estoy segura de lo que siento. En cualquier caso, me dolió verlo con Isabella, y debería haberlo sabido. Este, este es él.

—Necesito tiempo. Tengo que pensar qué voy a hacer ahora —Levanta las manos a la defensiva y sacude la cabeza al mismo tiempo.

—Tómatelo.

Cuando nuestras miradas se cruzan, veo dolor en sus ojos por primera vez y realmente creo que se arrepiente. *¿O me lo estoy imaginando porque me gustaría que lo hiciera?*

—Si necesitas algo, habla con Víctor y Rosana y que ellos se encarguen. Me mantendré alejado de ti hasta nuevo aviso —Inmediatamente se da la vuelta para marcharse, a lo que yo lo detengo.

—Espera. Una cosa más. Me gustaría ir al jardín —Se pone rígido y confirma que no le gusta mi petición. Hay un breve silencio antes de que se vuelva hacia mí y me responda frunciendo el ceño.

—Sólo en compañía, le encargare a Jonah esa petición. Que Rosana le llame si quieres ir al jardín —El hecho de que acceda demuestra lo mucho que lamenta lo que ha hecho, porque salir

de la zona de trofeos le parece un gran privilegio. Sin volver a mirarme, sale de la habitación y cierra la puerta tras de sí. *Ahora vuelvo a estar sola, como siempre.* Este lúgubre pensamiento sigue metiéndose a la fuerza en mi cerebro y me hace dudar de mi plan de huida. No hay nada en mi antigua vida a lo que merezca la pena volver. Me espera una madre alcohólica, una carrera que me hace infeliz y unos cuantos conocidos que nunca fueron realmente mis amigos.

No soy de las que hacen amistades, nunca lo he sido, estoy bien sola. Me viene a la mente Audrey. Nunca me abandonó, por muy difícil que fuera a veces. También fue la primera persona en mi vida que realmente se preocupó por mí y siempre hizo un esfuerzo por mantenerse en contacto. Nunca me abandonó, y creo que en eso consiste la verdadera amistad, en no rendirse ni siquiera en los momentos difíciles. Quizá con ella tenga una razón para volver a mi antigua vida. Junto con el deseo de una libertad que Stefano nunca podrá darme. Ahora tengo una nueva esperanza: el jardín. Podría ofrecerme una salida, aunque sin duda será difícil escapar de la mafia. Es mi única oportunidad de tener una vida de verdad. Porque prefiero vivir infeliz en Minneapolis que acabar bajo tierra aquí dentro de unos años.

Me tomo mi tiempo hasta la tarde siguiente antes de llamar a Jonah. De alguna manera me alegro de que él, de entre todas las personas, haya sido elegido para acompañarme. Parece el más normal de los hombres. Es la primera vez que salgo del alojamiento de los trofeos a petición propia. También hoy, mi cuidador me conduce por muchos pasillos tortuosos, y sigo convencida de que se trata de una táctica. *Me pregunto si es una instrucción del propio Stefano, o es así como se manejan todos los trofeos.*

Cuando por fin llegamos a la planta baja, caminamos por un largo pasillo y ya puedo ver la zona verde al final. Al cabo de unos metros, el pasillo se abre en una gran sala que resulta ser un invernadero de cuento de hadas. Las numerosas plantas verdes, los muebles de colores claros y la calidez lo convierten en el lugar más bonito de esta casa. Toda la fachada exterior es de cristal y deja entrar mucha luz y, en este momento, los últimos rayos de sol del día. Toda la villa parece tan oscura y lúgubre como cabría esperar de la mafia. Pero este lugar demuestra que no todo es tan lúgubre como parece. Me detengo en medio de la habitación para echar un vistazo. Mientras tanto, Jonah me espera junto a una de las grandes ventanas francesas. Contemplo la sala por última vez antes de seguirle al exterior.

Por desgracia, la belleza del invernadero no se extiende al jardín. Una terraza desolada se extiende justo delante de la cristalería y se funde con la hierba unos metros más allá. Una enorme extensión de hierba, bordeada por algunos setos y, más atrás, por un bosque. No hay flores, ni un solo arbusto colorido que dé vida a este paisaje yermo. *¿Por qué los hermanos dejan que este hermoso pedazo de tierra se torne en algo tan triste? Porque no son hombres normales, Sienna, son la mafia. Su negocio son las drogas, el tráfico de personas y cosas peores, lo sé mejor que la mayoría.* Y sin embargo lo reprimo una y otra vez porque algo me atrae de Stefano que ya no se puede explicar racionalmente. Lo mejor que puedo hacer es levantar los pies y salir corriendo, porque lo único que hay para mí aquí es pena y dolor. *Pero este hombre de ojos castaños me ha mostrado un lado diferente de la lujuria, exponiéndome a sentimientos que antes no existían.* Sacudo la cabeza, ignoro estos pensamientos y camino lentamente por el prado, adentrándome en

el jardín. Cuanto más me acerco al bosque, más oscuro se vuelve mi entorno. Los altos árboles envuelven la mayor parte del espacio verde en una sombra permanente, por muy alto que suba el sol. Ya podía observarlo desde la sala de trofeos. Los grupos de árboles son el único lugar donde el jardín no está delimitado por una valla. Probablemente porque esta penumbra oscura entre los troncos es suficiente para impedir que nadie se aventure a entrar. Para mí, sin embargo, es la mejor oportunidad. Nunca superaré los setos de dos metros de altura, pero puedo adentrarme fácilmente en el bosque. Cuando doy el primer paso hacia los árboles, Jonah me llama.

—Eres bienvenida a mirar el jardín, pero el bosque está fuera de los límites —Pongo los ojos en blanco, eso era obvio.

—No quería entrar, sólo quería ver más de cerca —Jonah, que espera a unos metros de mí con los brazos cruzados y niega con la cabeza con vehemencia.

—Lo siento, órdenes del jefe, nadie se acerca al bosque, y tú no eres una excepción.

Se mueve despreocupadamente, pero sus ojos siguen cada uno de mis movimientos. Aunque Jonah no parece tan aterrador como los otros hombres, estoy segura de que no está exento de ser peligroso. Es dos cabezas más alto que yo y está hecho un manojo de músculos, pero sus rasgos suaves y su pelo oscuro ligeramente rizado suavizan su aspecto en general. Con sólo mirarlo, se nota que es muy joven, no creo que tenga más de veinte años. Quizá por eso me inspira tanta confianza. Una vez más, dejo que mi mirada se deslice por todo el jardín y memorizo lo que veo. Eso no cambia mi primera idea: la oscura maleza es y seguirá siendo mi única salida.

—¿Qué tan grande es el bosque? —Jonah parece sorprendido por la pregunta, pero parece pensárselo.

—Doscientas hectáreas, calculo, no lo sé exactamente, pero el bosque es peligroso.

—¿Por qué lo dices?

Se lo piensa de nuevo, pero niega con la cabeza. Ahora que he intercambiado varias frases con él, me doy cuenta de su pronunciación entrecortada. Como he pasado mucho tiempo con Stefano, que habla inglés como si fuera su lengua materna, he olvidado por completo que Jonah puede tener que pensar cuáles son las palabras adecuadas. Camino despacio hacia él y vuelvo a la villa.

—No lo sé —responde Jonah. Como no quiero avergonzar a mi compañero, no hago más preguntas y lo dejo así.

Me basta con saber que el bosque es peligroso. Probablemente siga siendo más seguro huir que quedarse aquí. Pero hay otra posibilidad con la que he estado conjugando desde ayer. Tendría que dejar que Stefano volviera a acercarse a mí y hacerle ver que puede confiar en mí. Necesitan una mujer en la misión de Aberdeen, si he entendido bien. De alguna manera tengo que hacerle ver qué puedo hacer ese trabajo. Les ayudaré a entrar en el bar y en cuanto estén ocupados con su trabajo, saldré corriendo. Se darán cuenta demasiado tarde de que me he ido y tendrán otras cosas de las que preocuparse que de buscarme. El inconveniente de este plan es que primero tengo que convencer a Stefano para que me lleve con él, y eso no será fácil.

—Jonah, me gustaría hablar con tu jefe, ¿puedes arreglarlo? —Me observa de reojo con mirada escrutadora.

—Sí, puedo preguntar —Le sonrío agradecida y me indica el camino de vuelta a casa. Por

dentro, me alegro de haber dado el primer paso hacia la libertad.

Capítulo 16 - Stefano

El hecho de que Sienna esté en el jardín me preocupa enormemente, incluso con Jonah a su lado. Los animales del bosque nunca han llegado hasta la villa, y no creo que hoy vaya a ser diferente. Me preocupa más lo que pasa por su cabeza en este momento. No creo que ella simplemente haya pedido esto porque sí. Tiene algo en mente y me temo que no estoy seguro de que es. Tal vez está buscando una laguna en nuestro sistema de seguridad, algo que le permita escapar. No encontrará nada de eso. Nadie entra o sale de la villa a menos que nosotros queramos. Eso debería tranquilizarme lo suficiente, pero en vez de trabajar la miro a ella y a Jonah por la cámara de seguridad. Todavía hay una docena de archivos apilados en mi escritorio. Ahora he revisado la misión de Vince y la he aprobado, aunque sigo sin estar contento con el secuestro. Pero que haga lo que quiera. Después de lo que pasó en la biblioteca, me ha fastidiado suficiente. Las órdenes aquí no tienen nada que ver con mi querido hermano, sino que son notificaciones de nuestro negocio. Cifras, facturación, pérdidas y dificultades. Todos los que trabajan para nosotros tienen que presentar informes periódicos, y es mi trabajo comprobarlos y decidir si todo va correctamente. Después de todo, no sería la primera vez que uno de nuestros títeres ha utilizado algo para sí mismo. Los que se han atrevido a hacerlo han sido rápidamente sustituidos y no han podido comprar nada con su dinero después de que yo acabara con ellos.

En cuanto se dan cuenta de que no tienen más opciones, todos se comportan de la misma manera. Ruegan, suplican y se humillan para que les deje vivir. Eso nunca ha cambiado nada, porque nunca he reaccionado ante ello. Todos murieron mirando el cañón de mi pistola. Sin embargo, puedo dormir tranquilo cada noche, y ya he olvidado sus rostros. A diferencia de la mirada de Sienna después de verme en la biblioteca con Isabella. Esa mirada me persigue. *¿Por qué esta mujer se mete tanto en mi piel? ¿Quizá porque es inocente, una chica normal que no viene de este mundo?* Sigo haciéndome las mismas preguntas y nunca sé la respuesta. Al final, da igual, porque mi corazón ha decidido dejarle un sitio y no puedo sacarla de ahí. Cierro la imagen de vigilancia del jardín y vuelvo la atención a mi escritorio. La carpeta superior de la pila aterriza en mi mano y la abro. Manhattan, nuestro centro de distribución de drogas en el norte. Las cifras parecen normales y el informe no muestra ningún incidente. Tacho rápidamente este expediente y cojo el siguiente, aunque mi mente intenta desviarse hacia cierta persona. *Va a ser una tarde larga.*

Al final, he terminado todos los expedientes, sólo queda por resolver la misión de Aberdeen. Por eso a la mañana siguiente ya estoy sentado en el despacho repasando los informes. Jonah me dijo ayer que Sienna había preguntado por el bosque, confirmando mis sospechas. Está buscando una salida. Le aconsejo que no salga de la propiedad, porque no sobrevivirá mucho tiempo fuera. Además de los habitantes normales del bosque, hace unos años introdujimos osos pardos por si algún visitante se adentraba en nuestra propiedad. Nadie que entre desarmado en el bosque sale vivo. Por eso tengo que disuadirle de que ponga en marcha este descabellado plan. El hecho de que haya pedido hablar conmigo a través de Jonah al menos me da esperanzas de poder recuperar su confianza. Pero primero tengo que encontrar una solución para Aberdeen para que,

idealmente, podamos irnos mañana. Lo único que me queda es concretar la idea de Víctor de meter allí a una mujer, pero no hay ninguna en la que confíe lo suficiente. Mientras considero otras opciones por última vez, sólo para descartarlas de nuevo, cada vez me entran más prisas. Finalmente, cojo el teléfono móvil y llamo a Jonah.

—Sí —responde con su habitual tono monótono.

—Llévala a la sala verde y no te separes de ella hasta que yo esté contigo —Oigo brevemente su exhalación de fastidio antes de que cuelgue con un "de acuerdo".

Como no avanzo nada, me ocupo primero de lo que puedo resolver. Aunque estoy seguro de que será difícil sacarle de la cabeza sus planes de escape. Podría plantar otra fantasía en su cabeza, una que me guste. Maldición, mi cerebro está proyectando instantáneamente imágenes de su cuerpo desnudo, lo que no ayuda en absoluto. Esta mujer va a ser mi perdición.

Capítulo 17 - Sienna

Apenas puedo contener mi sonrisa de alegría cuando Jonah me recoge para llevarme con Stefano. Ya me preocupaba que simplemente me ignorara, pero con lo arrepentido que está después de la aventura con Isabella, mis posibilidades son bastante buenas. Me creo que Vincenzo tuvo algo que ver, cómo también creo que mi vecina de habitación no tuvo la culpa. Ella no controlaba sus sentidos, pero Stefano sí. Probablemente sólo tenía en mente el deseo momentáneo, para él soy simplemente su trofeo, nada más y nada menos. Pero *si soy su único trofeo, ¿me dejara ser parte de su misión?* De momento, me espera mientras me acomodo en el sofá.

No hay mucho que descubrir en esta habitación, sólo algunas estanterías, dos sofás de cuero y una mesa. Lo único llamativo es que todo es del mismo color. Papel pintado verde menta, tapicería verde oscuro en el sofá, estanterías verdes y una fea mesa de centro de cristal con patas verdes. *¿Cómo puedes encontrar bonito algo así? Pero bueno, los gustos son diferentes y no estoy aquí para alabar el mobiliario.* Por eso respiro aliviada en cuanto se abre la puerta y entra Stefano. Su rostro está inexpresivo, como si no quisiera que lo leyera.

—*Me alegro de verte, Sienna —Sus palabras son igual de monótonas. ¿Por qué lleva esta máscara de neutralidad?—. Me sorprende que hayas pedido esta conversación.*

Sigo en silencio y le observo mientras se relaja en el sofá frente a mí. La pequeña mesa que nos separa crea un poco de distancia y sus ojos se posan en mí, inquisitivos. Estoy segura de que se pregunta qué estoy tramando, pero no se lo espera. Tengo que jugar inteligentemente para que no me rechace de plano y me escuche hasta el final.

—¿Te ha gustado el jardín? ¿O debería decir los árboles? —Ahí está de nuevo, esa voz profunda que me pone la piel de gallina.

—Ah, sí, la zona parece bastante extensa. ¿Qué tan grande es el bosque? —le pregunto en tono dulce.

—Demasiado grande para que entres ahí. Nunca encontrarías la salida —Aunque sigue disimulando sus expresiones faciales, no puede ocultar un gruñido amenazante.

—¿Por qué iba a entrar ahí? Aquí tengo todo lo que necesito.

Dejo resonar deliberadamente un poco de sarcasmo en mi voz, sólo una pizca. Se echa hacia atrás en el sofá y pone el brazo sobre el respaldo, su mirada vuelve a deslizarse por mi cuerpo. Hoy he optado deliberadamente por unos vaqueros y una camiseta ajustada. Nada provocativo, pero sí ceñido al cuerpo.

—¿Por qué querías verme?

—¿Necesito una razón para eso? —Su ceja se levanta, mostrando su primera emoción en esta velada. Pero es claramente por sorpresa. He pensado mucho en mi planteamiento, para decidirme al final por una discusión directa.

—He oído que necesitarás el apoyo de una mujer en tu próxima misión, bueno...

Decido dejar la frase abierta. Inmediatamente abandona su postura relajada y se acerca, apoyando los brazos en las rodillas. Sólo la mesa nos separa e impide que se incline

completamente hacia mí. Me hace una seña con el dedo índice torcido. Sigo su invitación, insegura de lo que va a ocurrir.

—¿Cómo sabes esto, *Micina*? —Nuestros rostros están a dos manos de distancia y, sin embargo, percibo su cambio de humor. Está irritado, puede que incluso enfadado. Me doy cuenta de que no le gusta mi intromisión. Lo difícil ahora es convencerle.

—Eso no es importante ahora, lo importante es que quiero ayudarte. Llévame contigo en esta misión.

En un abrir y cerrar de ojos, se echa hacia atrás y ríe a todo pulmón. No es la reacción que esperaba. Pensé que al menos se tomaría en serio mi oferta. Esperando, me hundo contra el respaldo y cruzo los brazos delante del pecho mientras Stefano sigue riendo. Sólo cuando nuestras miradas se cruzan nuevamente parece calmarse y su expresión se vuelve amenazadora. Sin romper el contacto visual, se levanta, rodea la mesa y se sienta en el suave cuero a mi lado. Aunque sus ojos oscuros me dicen claramente que sería mejor ceder ahora, no pienso en bajar la mirada. En lugar de eso, le devuelvo la mirada con la misma obstinación, esperando a que diga algo sobre mi propuesta.

—¡Hablas en serio! —*Me alegro de que te hayas dado cuenta.*

—Sí, lo hago —Por fin parece pensárselo seriamente, pero lo que refleja su expresión es desagrado, y eso no me gusta nada

—¿Qué sabes exactamente? —Ahora hace las preguntas correctas.

—Necesitas una mujer para entrar en el bar. Una mujer que te abra la puerta para que puedas llevar a cabo tu misión, sea cual sea —Se frota la barbilla con dos dedos, acentuando su expresión pensativa.

—Ah, ¿y tú crees que deberías ser esa mujer? —Aunque sus palabras suenan a rechazo, no dejo que eso me detenga.

—¡Tengo toda la razón! Soy mujer, no tengo experiencia previa en ese medio y, por lo tanto, soy más digna de confianza que todos los demás trofeos, pero lo esencial es que no soy estúpida —Se gira para poder mirarme a los ojos y estira el brazo sobre el respaldo. Ya no presto atención al otro, así que su mano rodea mi barbilla desprevenida. Me atrae hacia él con un agarre firme, tan cerca que puedo sentir su aliento en mis labios.

—Tienes toda la razón, no eres estúpida, y eso es lo que te convierte en el mayor peligro, *Micina* —Su tono es una mezcla de burla y malvada seducción—. ¿Quién me asegura que no causarás problemas cuando pasemos la puerta? —Me acaricia suavemente desde la barbilla hasta la mejilla, para luego trazar un rastro caliente por mi cuello hasta la nuca. No quiero distraerme con su tacto—. ¿Quién puede decir que no estás planeando en secreto desaparecer en cuanto te enseñe el mundo de ahí fuera? —Sus palabras se suavizan con cada sílaba, su tono se vuelve más áspero y oscuro—. ¿Por qué debería darte este salto de fe? —Sus dedos se clavan en el pelo de mi nuca y dibujan suaves círculos.

—Porque quieres —suspiro contra su barbilla y cierro los ojos con placer. Ligera como una pluma, poso mi boca sobre la suya. No se mueve, espera, y aprovecho para mordisquearle el labio inferior. Primero suavemente, luego con más fuerza, hasta que separa los labios y me agarra del cuello para acercarme. Nuestras lenguas se encuentran y completan este beso que es

casi como una competición.

Tengo hambre de más cercanía. Por mucho que lo disfrute, no me va a dejar escapar. *¿O esto ya es una victoria?* Me subo a su regazo y dejo que sus dedos se muevan sobre mí. Desliza sus manos por debajo de mi camiseta y me acaricia la piel desnuda, hasta el sujetador. Lo recorre hacia atrás hasta la abertura, donde finalmente lo detengo. Interrumpo nuestro beso y me alejo un poco. Expresa su disgusto con un gruñido bajo, apoyado por el fastidio que leo en sus ojos, pero eso no me detiene.

—Quiero acompañarte, ver cómo funciona una misión y cómo es estar al otro lado — Agotado, deja que su cabeza se hunda contra el respaldo.

—¡Este no es un viaje divertido, Sienna! Son criminales de la mafia, nuestra propia gente y enemigos a la vez. Habrá sangre y habrá muertos, te lo puedo prometer —Chasqueo la lengua despectivamente.

—Soy muy consciente de ello —Sus manos me agarran por la cintura y me sujetan con fuerza, como si le preocupara que estuviera a punto de saltar.

—Error, tienes una idea sobre lo que te espera allí, pero no sabes nada. Es diferente que te metan en una situación así y actúes, o que te pongas deliberadamente en peligro —Sacude la cabeza, molesto.

—¿Qué haces si de repente alguien te apunta con un arma? No puedo ayudarte si no estoy cerca —Me retuerzo bajo su firme agarre, pero esto tiene un efecto diferente en él, que traga con fuerza y empuja su pelvis hacia mí.

—Puedo cuidarme sola. Además, ¿qué tienes que perder? Si me pasa algo, ya no soy de tu incumbencia.

Cuando la última sílaba sale de mis labios, sé que ha sido demasiado. Sus dedos se clavan sin piedad en mi carne y me empuja hacia su regazo, donde ahora se nota claramente el bulto en sus pantalones.

—Eres MÍA. Ahora que por fin te has dado cuenta de que eres mía, no pienso renunciar a ti. Cualquiera que intente alejarte de mí tendrá una muerte agonizante, lo juro. —Sus palabras son como latigazos agridulces que me honran por un lado y me asustan por otro—. Mírame —me exige. Miro sus ojos castaños e intento no perderme en ellos y su expresión tenaz—. Deberías ser consciente de una cosa. Si estás pensando en huir...

—¿Vas a matarme? —le interrumpo directamente.

—Error, te cazaré hasta que vuelvas a ser mía. Nunca te dejaré marchar, Sienna, deberías darte cuenta.

La piel de gallina me sube desde las muñecas hasta la nuca en un escalofrío. Esto de escapar no va a ser tan fácil como imaginaba. Pero tal vez sólo sean palabras vacías. *¿De verdad? ¿O estoy intentando mentirme a mí misma?* Es el suave roce de sus dedos en mi oreja lo que rompe mi monólogo interior. Sobresaltada, le miro fijamente, pero él se limita a sonreírme con superioridad.

—Bueno, ¿estás nerviosa de repente? —Me alejo un poco de él y me deja bajarme.

—Ya verás, soy más dura de lo que crees —Él también se levanta y me mira con seriedad.

—Oh, creo que lo eres, me preocupa más en lo que pueda convertirte esta misión —Nos miramos en silencio unos segundos más hasta que suspira, se pasa la mano por la cara y se da la vuelta.

—Me arrepentiré de esto —Respira profundamente.

—Deberías descansar, nos vamos mañana al amanecer. Empaca lo que necesites, volveremos por la tarde.

Sigue de espaldas a mí y no parece muy entusiasmado con que le acompañe. Sin embargo, ha accedido y seguramente espera poder contar conmigo. *Una oportunidad que pisotearé cuando escape.* Pero mi conciencia está en conflicto. Hago caso omiso de mis pensamientos.

—Gracias —acierto a decir, vacilante.

—No me des las gracias demasiado pronto, esta misión no será fácil. Tienes que confiar en mí tanto como yo confío en ti, es la única forma de que salgamos vivos de esta juntos. Debes ser consciente de ello —La tensión es evidente en su rígida espalda.

—Lo sé —Es todo lo que digo antes de que se dirija a la puerta y salga de la habitación.

No se ha despedido, pero no hacen falta palabras para comprender lo que acaba de ocurrir. Me ha dado un salto de fe para que le demuestre que soy digna de su confianza. Ahora depende de mí si aprovecho esta oportunidad o le apuñalo por la espalda.

Capítulo 18 - Stefano

Un par de horas muy agitadas queda atrás cuando me detengo junto a nuestro coche a mitad de la noche. Mis hombres están cargando las últimas piezas del equipo y Jonah se dirige a recoger a Sienna. Aún no sé cuál es su plan. Se ha tomado muchas molestias para ser parte de esta misión. O realmente quiere demostrarme su lealtad, o está intentando escapar. No le aconsejaría que hiciera esto último, porque no he mentido. Si consigue escapar, la perseguiré hasta que vuelva a ser mía, viva o muerta. Eso no significa que vaya a matarla. No, tengo castigos mucho más atractivos para ella si se atreve a huir.

—Estamos listos —Víctor cierra el maletero del todoterreno y me saca de mis pensamientos.

—Bien, Jonah llegará pronto, entonces podremos ponernos en marcha.

Mientras tanto, Elías se sienta al volante y ajusta todo a su gusto. Víctor aprovecha el tiempo de espera para fumar y yo me quedo mirando la puerta principal. *¿Por qué tarda tanto? ¿Sienna está causando problemas?* Como si hubieran oído mi aprensión, ambos atraviesan la puerta y mi trofeo ilumina todo a su paso. Inmediatamente me replanteo mi decisión de llevarla conmigo. No está hecha para este mundo y podría romperse durante este corto viaje al oscuro abismo. De momento, parece demasiado motivada, por la forma en que marcha hacia el coche. Al menos ha escogido ropa cómoda, aunque los pantalones se ciñan escandalosamente a sus curvas. *Precisamente por estos pensamientos, esta misión se convierte en una doble carga para mí.* Tras una breve inclinación de cabeza por mi parte, Jonah le guía los metros restantes hasta el todoterreno, al que se suben en la parte trasera. Víctor apaga el cigarrillo y les sigue. Mientras, yo subo en el lado del copiloto y abro el portón con el teléfono móvil. Elías lo estaba esperando. Las finas piedras bajo los neumáticos se arremolinan tan rápido como acelera y conduce por la corta pista de grava. Durante los primeros minutos, reina un silencio deliberado en el interior del coche, pero en cuanto llegamos a la autopista, empiezo a oír las carpetas. Entrego una de ellas a la parte trasera del coche y me quedé con una. Contiene toda la información importante y el programa de nuestra misión. Cómo nos esperan tres horas de viaje, tenemos tiempo suficiente para repasar los detalles.

—Así que, empecemos —Doy comienzo a la reunión. Víctor abre la carpeta y se la pasa a Sienna. Como ella está sentada en el centro, todos pueden ver el contenido de la carpeta. Una vez que los tres se han puesto de acuerdo, comienzo mi sesión informativa.

—Nuestro destino es el bar Beens, en el centro de Aberdeen. Es la sede de un grupo llamado Stolen Life. En realidad, son conocidos por el contrabando y el blanqueo de dinero. Como hasta ahora han operado a pequeña escala y sin interferir en nuestros negocios, nunca han sido motivo de preocupación. Deben haberse aburrido, recientemente han estado vendiendo grandes cantidades de droga por toda la zona de Aberdeen. El material que trafican está adulterado y causa un número desproporcionado de muertes. Así que la policía ha tomado nota y ahora están tratando de encontrar a los culpables. Antes de que esto se convierta en algo más, tenemos que ocuparnos de ello. No queremos que la policía meta las narices en nuestros asuntos más adelante.

Mi mirada se desvía brevemente hacia atrás y puedo ver que los tres están estudiando el expediente con atención. Estoy acostumbrado a que lo hagan los hombres, pero incluso Sienna participa activamente, lo que me suelta un poco el nudo del estómago. Ayer pensé largo y tendido hasta qué punto debía hacerla partícipe de nuestro negocio. Al final, pensé que lo más

sensato era que todos tuvieran la misma información, y eso ahora la incluye a ella. Simplemente tengo que confiar, aunque me resulte muy difícil.

—En la página siguiente verá una foto de Dalibor Kucera, es el hombre al mando en Aberdeen. —Con su pelo rubio oscuro peinado hacia atrás y su sonrisa amistosa, parece un hombre pulcro. Sin embargo, no es tan inocente como pretende ser. Debería saber que éste es nuestro territorio—. Memoriza bien su cara, Sienna. Una vez dentro, deberías intentar evitarlo. Es el único que creo que puede ver a través de ti.

Me vuelvo hacia ella, que confirma mis palabras con un movimiento de cabeza y me dedica una sonrisa pícara.

—Ni siquiera se dará cuenta de que estoy ahí —Víctor se ríe.

—Sí, eso también sería mejor para ti, muñeca —Sienna le mira desafiante, pero no le responde nada.

—Tu trabajo es entrar en el bar. Como mujer guapa, eso no debería ser difícil, a estos hombres les gusta la carne fresca —De nuevo, espero una objeción mocososa, pero Sienna me mira seria y asiente—. Cuando estés dentro, echa un vistazo y averigua cuántos hombres hay presentes y armados —Hojeo las páginas hasta llegar a la que contiene un plano del bar—. Hay dos formas de entrar. Una es la entrada por la que entrará Sienna, y hay otra puerta trasera junto a los baños. Para atrapar a todo el mundo, tendremos que entrar por los dos lados a la vez. Jonah, tú ve a la entrada delantera con Víctor y yo haré que Sienna abra la salida de emergencia de atrás. Normalmente su equipo está formado por cinco hombres. Desafortunadamente, no sabremos si hay otros invitados hasta que lleguemos. Lo ideal es que estén solos, pero prepárense para lo peor.

Como para enfatizar mis palabras, Víctor recarga su arma y la dama que nos acompaña se estremece. Lo sabía, actúa con confianza, pero su miedo sigue ahí. Eso es bueno, porque sin miedo te vuelves imprudente, y eso puede ser fatal.

—Dispara a todos los que se interpongan en tu camino, excepto a Dalibor, él es mío. Quizá se lo lleve a Vincenzo para que se dé cuenta de su error —Oigo a Sienna resoplar indignada.

—¿No es un poco injusto que este Dalibor sólo reciba una paliza del jefe y sus hombres mueran? —Víctor sonríe ampliamente ante sus palabras, pero ella ni siquiera se da cuenta porque su mirada sigue fija en mí.

—Créeme, la bala sería la muerte más piadosa para Dalibor. Lo que has visto de mi hermano hasta ahora fue inofensivo. Si le pone las manos encima, lo torturará, le infligirá un dolor infernal. Sabe cómo herir a la gente sin matarla. Tenlo por seguro, nadie quiere caer en sus garras.

Ella traga con fuerza, y sus ojos reflejan el miedo que yo quería evocar en ella. Vince es un monstruo, mis palabras no eran mentira. Sin embargo, también tiene principios, no tortura a mujeres y niños inocentes; y en el caso de sus trofeos, solo lo experimentan cuando desobedecen sus reglas. Pero juega a sus juegos enfermizos con todo el mundo. Por eso es bueno que ella le tenga el respeto necesario y mantenga las distancias. Doblo la carpeta entre las manos con una floritura y miro por el parabrisas.

—Bueno, eso es todo, vamos a resolver todo lo demás en el lugar. Descansen un poco —

Sobre todo tú, Sienna, y piensa bien lo que haces. Porque créeme, la misión no es el mayor peligro para ti. Es lo que te espera si intentas traicionarme.

Capítulo 19 - Sienna

En realidad, el viaje fue más rápido de lo esperado. Llegamos a nuestro destino hace unos minutos y aparcamos a las afueras del pequeño pueblo, a una cómoda distancia del bar. Mientras los hombres se equipan, yo empiezo a ponerme nerviosa. He aprovechado el viaje en coche para estudiar detalladamente la carpeta. Por suerte, me resulta fácil memorizar información. Esto ya tenía sus ventajas durante mis estudios, pero ahora que está en juego mi propia vida, tengo que prepararme aún mejor. Al principio no me di cuenta de que iba a desempeñar un papel crucial en esta tarea. Si no consigo abrirle la puerta a Stefano a tiempo, no sólo será mi perdición, sino también la de Jonah y Víctor. Tras una larga discusión, me concedieron quince minutos para entrar y hacerme una idea general.

—¿Me darán un arma a mí también? —pregunto al grupo. Los tres se giran inmediatamente, pero sólo Stefano me responde.

—No, desde luego que no —Le miro indignada, pero él niega con la cabeza con vehemencia.

—Entonces, ¿cómo voy a protegerme? —le pregunto con sorpresa, tras lo cual me hace un gesto con la mano para que hablemos en privado.

Su mirada recorre el barrio. Estamos en un estrecho camino rural que se adentra en un bosque lejano. Sólo dos casas bordean el camino, y ambas parecen desiertas. Nuestro destino está unos doscientos metros más allá, a la vuelta de la siguiente calle y, por tanto, fuera del alcance del oído y de la vista de los demás.

—Toma. —me tiende la pistola y me sobresalto por reflejo. Me devuelve un gruñido molesto antes de agarrarme la mano y apretar el frío metal entre mis dedos. Sólo después de que se haya retirado me doy cuenta del peso del arma y me sorprendo de lo pesada que es.

—Vamos, entonces, muéstrame cómo manejas un arma —Sus palabras son una provocación. Sabe perfectamente que no tengo ni idea de pistolas ni de otras armas. Vengo de un mundo bastante pacífico en el que nunca he visto ni he tenido que usar una pistola. Eso cambió hace quince días, en una noche fatídica. Por desgracia, un siniestro príncipe de la mafia me atrapó y me arrastró a su vida.

Acuno el brillante metal entre mis dedos y lo miro de cerca. Se adapta perfectamente a mi piel y parece delicado a pesar de su peso. Finalmente, la levanto y apunto a lo lejos. Mi mano tiembla de emoción. Se traslada al arma y no puedo mantenerla firme. Antes de herir a alguien, prefiero bajarla de nuevo. Mientras tanto, Stefano ha estado observando mi práctica de puntería de forma relajada y parece satisfecho de que me haya rendido. Sin una palabra de burla, toma mi mano y reclama su propiedad antes de guardarse la pistola en la riñonera de la espalda. El hecho de que me haya entregado su arma y me haya dado así confianza desencadena en mí un cálido sentimiento de afecto. Aunque sólo haya querido demostrarme que una pistola no me sirve para nada. Sus dedos me tocan el nacimiento del pelo y me rozan suavemente la mejilla hasta que por fin le miro.

—Demuéstrame hoy que vales mis esperanzas y prometo enseñarte a sobrevivir en mi mundo —Sus palabras son acogedoras, como una suave brisa, pero tan serias como el impacto mortal de su arma. Su mirada me atraviesa, pero no de forma desagradable, sino con un sentimiento de

afecto que reconozco en él por primera vez—. Bien, empecemos.

El momento íntimo ha terminado con su llamada para seguir, ahora es el momento de cumplir la misión. La adrenalina corre por mis venas mientras me dirijo al bar. Los hombres me seguirán en unos instantes y se esconderán en sus puestos hasta que pasen los quince minutos. Me han dado un reloj de pulsera en el que pongo en marcha el cronómetro justo antes de doblar la última esquina y perder de vista a Stefano y sus hombres. Me detengo y miro calle abajo, seguro que hay una parada de autobús o algo por aquí. *Es mi oportunidad de escapar. Sólo tengo que empezar a correr.* Si corro lo bastante rápido, seguro que encuentro la forma de escapar. Aunque tarde horas en llegar a la siguiente ciudad y no sea fácil llegar sin que Stefano me detenga. ¿No vale la pena el riesgo? Ya está amaneciendo y cada vez será más fácil encontrarme. Vacilo, dudo, ¿cuál es la decisión correcta? Si me voy ahora, estaré condenando al fracaso la misión de estos hombres. ¿Quizás lo intenten de todas formas, sin mi ayuda, y mueran en el proceso? *Ese no es mi problema.*

No lo es, es verdad. Sin embargo, estos chicos ya no son extraños para mí. Stefano confía en mí. Me ha tendido la mano y ahora me toca a mí apartarla o tomarla. Me siento desgarrada por dentro, porque elija el camino que elija, afectará a mi futuro. Respiro hondo por última vez, cierro los ojos y doy el primer paso hacia el bar. *Lo lamentaré amargamente.* Sin embargo, si soy sincera conmigo misma, mi instinto me dice que es la decisión correcta.

Un hombre con el ceño fruncido y un traje de cuero oscuro está delante de la puerta. Desde fuera, el bar da una impresión lamentable. Parece un cobertizo de moteros mugriento, pero quizá ese sea el disfraz deseado. Si no, ¿cómo se explica que un bar de moteros en medio de la nada necesite un portero? Aunque el tipo parezca notablemente desinteresado, como si estuviera allí por casualidad. En cuanto me detengo delante de él, levanta la vista y me reconoce activamente antes de mirarme con desconfianza. Las palabras con las que se dirige a mí suenan a amenaza, aunque no entiendo ni una sílaba. Afortunadamente, mi disfraz me lo permite, ya que estoy imitando a una joven turista que ha sufrido una avería en su coche de alquiler.

—Perdone, ¿puede decirme si alguien aquí puede llamar a una grúa por mí? —Me hago el tonto y me encojo de hombros. El tipo parece indeciso al principio, pero finalmente cede y me indica el camino dentro del bar. *Ha sido sencillo, casi demasiado sencillo.* Tras dejar atrás la pesada puerta de madera, dentro me espera un lugar oscuro y con olor a moho, escasamente lleno de visitantes. A primera vista, puedo contarlos con los dedos de una mano. Por lo visto, aquí no se pierden muchos clientes. Mi camino me lleva a la barra, donde el camarero ya se ha fijado en mí. Me mira con atención, sus ojos se detienen demasiado en mis piernas. Lo pasó por alto y me acerco a él con una sonrisa amistosa. Observo atentamente el pequeño bar en busca de su líder. El aspecto anguloso de Dalibor no se ve por ninguna parte, pero las figuras oscuras me observan. Cuando llego a la barra, el camarero me habla en un inglés entrecortado y vuelvo a encogerme de hombros.

—¿Puede llamar a una grúa por mí? He tenido un problema con mi coche no muy lejos de aquí —Le hago la misma pregunta que al portero, y de nuevo sólo obtengo una mirada escéptica y un movimiento vacilante de cabeza.

Lo intento nuevamente, pero esta vez el tipo se limita a mirarme dubitativo. A estas alturas estoy casi segura de que estos tipos simplemente no quieren entenderme. *Bien, no me importa, ya encontraré el camino.* Me alejo de la barra y camino por el pequeño comedor, abriéndome paso

entre las mesas y sillas desocupadas. Hasta ahora puedo distinguir a cuatro hombres. El que está detrás de la barra, otro a la derecha de la entrada, en una butaca, y otro en el mostrador de enfrente. Y otro, larguirucho, está sentado en un rincón a la izquierda frente a una máquina de pinball y parece absorto en su juego. En su mesa hay una jarra de cerveza y junto a ella una pistola negra. Es probable que los otros hombres también lleven armas, pero no las exhiben de forma tan prominente como el jugador.

—Hola, cariño —La voz ahumada frente a mí me hace girarme. He estado tan concentrada en la pistola que no he visto al tipo que ahora me bloquea el paso.

Justo enfrente del estrecho pasillo, que esperaba que condujera a los baños y, por tanto, también a la puerta trasera, se sienta un tipo alto y musculoso. Me mira con escepticismo, recorriendo mi cuerpo con la mirada. Me pone nerviosa, porque en sus ojos sólo veo desconfianza. Me acerco lentamente al hombre que bloquea el camino a mi destino, al que ahora reconozco como Dalibor Kucera. Es a él a quien debería evitar. En cambio, ahora parece ser mi último obstáculo.

—¿Baño? —le pregunto, con la esperanza de que también compre al turista confundido. Al igual que los demás, su expresión refleja incompreensión y rechazo, por lo que mis latidos se calman.

—¿Por ahí? —planteo la siguiente pregunta, pareciendo deliberadamente intimidada y señalando hacia el pasillo. Su mirada escéptica me corroe las venas, pero intento respirar con calma y no dejar que se note. Lentamente, me acerco al pasillo, al final del cual supongo que está la entrada trasera. Miro deliberadamente hacia el suelo con la esperanza de causarle una tímida impresión. En última instancia, es una mala decisión, porque no veo que me agarra del brazo y me detiene bruscamente.

—¿Qué trae a una joven turista como usted a una pequeña ciudad como Aberdeen? —*Maldita sea, ha visto a través de mí, pienso* para mis adentros. Intento mantener la calma, ya que aún cabe la posibilidad de que sólo me vea como la mujer indefensa a la que estoy interpretando. Sin embargo, realmente soy impotente y eso es bastante peligroso con hombres así. A veces mi conciencia es tan inútil que me encuentro chantajeada por ello.

—Estoy haciendo un viaje de ida y vuelta y se me averió el coche. He descubierto este bar por casualidad y esperaba que alguien de aquí pudiera ayudarme —Para enfatizar mis palabras, me encojo de hombros—. Pero antes, ¿puedo ir al baño? —vuelvo a preguntar inocentemente, lo que hace que Dalibor me suelte el brazo.

Sólo ahora me doy cuenta de que lleva un traje, lo que le distingue de sus hombres. Aunque es mayor, parece fuera de lugar en este bar anticuado. A diferencia de Stefano, que parece un modelo salido de una revista con su traje oscuro y la piel ligeramente bronceada. *Momento equivocado, completamente inapropiado, ¡concéntrate, Sienna!* Dalibor sigue de pie frente a mí y me mira con fastidio.

—Estás buena, pequeña —Su voz áspera recorre mi cuerpo. Si no me estuviera mirando con deseo al mismo tiempo, podría haber descartado su cumplido como un gesto amable. Pero tal como está, la conversación parece ir en una dirección peligrosa.

—Una mujer como tú no debería viajar sola —*No te preocupes, no lo hago.* Da un paso hacia mí para que pueda oler su aliento, que apesta a humo frío—. Esta zona es peligrosa, ¿sabes? —

Me acaricia suavemente con las yemas de los dedos desde la muñeca hasta el hombro. Tensa, dejo que su tacto me inunde y, al mismo tiempo, me devano los sesos pensando cómo librarme de él. Normalmente lo apartaría y lo mandaría a la mierda. Pero no se trata de un tipo discreto de la discoteca, sino de un miembro de la mafia. Así que hay un riesgo legítimo de que se ponga violento si lo provoco. Mi mirada divaga buscando una salida, pero los demás presentes están todos ocupados con sus cosas. Mientras tanto, sus dedos se pasean por mi clavícula y la bilis sube por mi esófago, asqueada por su tacto. Finalmente, doy un paso atrás y levanto las manos en señal de defensa.

—Necesito ir al baño urgentemente —digo entre dientes, dejando traslucir deliberadamente el pánico creciente en mi voz. Como esperaba, consigo que se sienta superior a mí.

—Entonces no te entretendré. Cuando vuelvas, deberíamos tener una charla privada —*Por supuesto que no, bastardo asqueroso.*

Me indica el camino con una sonrisa socarrona. Sigo despacio el estrecho pasillo y busco el baño. El reloj que llevo en la muñeca suena para recordarme que se ha acabado el tiempo. Un vistazo por encima del hombro me revela que Dalibor me está observando. Estoy segura de que me está mirando descaradamente el culo y está deseando que vuelva. *Odio a esos tipos vulgares que creen que pueden forzar a una mujer.* El baño de mujeres es la última puerta a la izquierda, pero mi destino sigue siendo la salida de emergencia del fondo. Una simple cerradura giratoria y un pestillo sobre el picaporte son las únicas protecciones. Miro hacia atrás una vez más antes de pasar a paso ligero por delante del baño.

—¿Qué demonios...? —oigo la voz atronadora de Dalibor.

Pero es demasiado tarde, la cerradura está abierta y yo también he descorrido el cerrojo. Nunca antes había celebrado tanto el sonido de la cerradura de una puerta al abrirse como en este momento. Se acercan pasos pesados que hacen temblar el suelo, así que me retiro rápidamente hacia la pared. Prefiero ver venir a mi enemigo que ser emboscada por la espalda. Su rostro, antes interesado, se ha transformado en una mueca siniestra mientras me mira fijamente. Sólo ahora me doy cuenta del arma que porta en su mano. Ahora está tan cerca que sólo puede apuntarme a la cabeza con el brazo doblado, mirándome, hirviendo de rabia.

—Pequeña zorra, ¿qué clase de espectáculo estás montando aquí? —No le contesto y me encojo de hombros, porque, a diferencia de él, no he echado de menos la sutil brisa.

Dalibor está tan concentrado en mí que ni siquiera se ha dado cuenta de la puerta entreabierta. Es una suerte que el patio trasero no parezca tener iluminación. Esto facilita a Stefano acercarse sigilosamente a mí en las sombras. La presencia del príncipe de la mafia me infunde nuevo valor y una sonrisa arrogante aparece en mis labios, lo que enfurece visiblemente a Dalibor. Su mano se apoya pesadamente en mi hombro y sus dedos se clavan en mi piel con agonía. El pulso de dolor que se dispara por mi brazo me arranca un grito angustiado.

—Suéltame, imbécil, o te arrepentirás —le escupo amenazadoramente. Al principio parece sorprendido por mis palabras, pero al final se ríe a carcajadas. Está a punto de dejar de reír. Aunque la brisa de la puerta que se abre es más bien suave, es suficiente para llevar hasta mí el inconfundible aroma del jazmín.

—Te aconsejo que le quites tus sucios dedos de encima —La gélida voz de Stefano perfora el silencio. Una cálida sensación de alivio recorre mis venas. Dalibor se aparta de mí y yo le dirijo

una sonrisa de superioridad.

—Te lo advertí —le digo dulcemente, sólo para clavarle la rodilla en la ingle con toda mi fuerza. Un gruñido grave y se hunde a mis pies con debilidad. No le presto más atención, giro la cabeza y busco la mirada del príncipe de la oscuridad. Me mira con el ceño fruncido, pero su sonrisa traviesa demuestra que es el hombre al que he confiado mi vida. Al igual que en el tiroteo, la pistola plateada está en sus manos y me apunta al estómago. Esta vez no siento miedo, ni siquiera sus ojos fríos y su expresión petrificada pueden cambiarlo. En lugar de eso, me siento como en un frenesí, con el corazón laténdome muy deprisa y el cuerpo hormigueándome de excitación. Ni por un segundo dudo de que Stefano pueda matarme con esta arma. Pero estoy igualmente convencida de que no lo hará. Ahora estamos en el mismo bando, aunque yo nunca quise formar parte de la mafia.

—¿Cuántos hombres hay? —pregunta en tono serio y mira hacia el pasillo.

—Cinco —respondo rápidamente.

—Quédate aquí —ordena con voz imperiosa y me pone en la mano un manojo de bridas.

—Átalo y escóndete para no ponerte en la línea de fuego —No espera mi respuesta y se dirige a Dalibor, propinándole una fuerte patada en la cabeza. El hombre se queja dolorosamente, pero no hace ningún esfuerzo por levantarse. Poco después, oigo raspar metal en el suelo y veo cómo se cae la pistola de la mano de nuestro enemigo. Sigo a Stefano con la mirada mientras se mueve con elegancia por el pasillo, silencioso como una pantera al acecho. Sólo el sonido mecánico que hace al desbloquear su pistola rompe el silencio.

Dalibor, que se remueve lentamente, se asegura de que me concentre en mi verdadera tarea. Desato dos bridas del fardo y me inclino hacia el tipo grasiento. Antes de que pueda agarrarle las manos, me agarra de las muñecas y tira de mí hacia él. Sólo entonces me doy cuenta de que nos ha engañado, ha estado esperando esta oportunidad. Le agarro de los brazos e intento zafarme de él, pero es superior a mí en fuerza. Me defiendo con todas mis fuerzas y grito, pero mis gritos son absorbidos por el tiroteo que se ha desatado en el bar. Dalibor me empuja al suelo y se levanta a mi lado al mismo tiempo.

—Pagarás por esto —Una de sus grandes manos sujeta las mías y las presiona contra las baldosas por encima de mi cabeza. Me examina con la otra, presumiblemente en busca de un arma. Tiemblo, me retuerzo y me doy cuenta de que mis instintos de supervivencia se apoderan de mí.

—¡Suéltame, escoria! —le grito. Ignora mi resistencia como si no mereciera la pena, lo que no hace sino enfurecerme más. Le clavo las uñas en la mano con todas mis fuerzas. Los dolorosos gemidos son como ángeles cantando en mis oídos, pero no me sirve de nada, su agarre sigue sin aflojarse. Ya debe de haberse dado cuenta de que estoy desarmada, porque su mirada se dirige hacia el pasillo, donde su pistola está tirada en el suelo. Intento deshacerme de Dalibor con patadas y puñetazos, pero el fuerte griterío de los hombres del bar me da tregua.

Los sonidos de una pelea resuenan constantemente, intercalados con disparos individuales. Dalibor parece darse cuenta de la gravedad de la situación, me suelta y se levanta. Sin más preámbulos, yo también me pongo en pie de un tirón pero rápidamente los ásperos surcos del yeso me taladran dolorosamente la cara, con la misma fuerza con la que él me aprieta contra ella. Me agarra las manos por la espalda con fuerza y me tuerce los brazos tanto que se me llenan los

ojos de lágrimas.

—Tú y yo vamos a averiguar si tu amigo está dispuesto a matar a su putita —Intento darle otra patada, pero él sólo me aprieta más las manos, haciéndome chillar dolorosamente.

—Deja de jugar, zorra, o te daré una paliza.

Me separa bruscamente de la pared y me empuja por el pasillo hacia el origen de los disparos. Intento resistirme, pero es demasiado fuerte. Ahora me arrepiento de no haber hecho nunca entrenamiento de combate ni haber asistido a un curso de defensa personal. Porque entonces podría defenderme y no tendría que dejarme llevar al centro del campo de batalla como una marioneta. Al final del pasillo, se agacha a por su arma, que yo utilizo para oponerme a él con todas mis fuerzas. Su agarre es despiadado. Un dolor abominable recorre mis brazos y se extiende hasta mis hombros. Atravesamos la barra, que ahora es una auténtica zona de guerra. Al mirar a mi alrededor en busca de ayuda, veo a Víctor y Jonah en una de las cabinas junto a la entrada. Los dos están teniendo un tiroteo con un tipo al otro lado de la barra, frente a la cual otro de nuestros adversarios yace retorcido en el suelo. *Así que aún quedan tres hombres sin Dalibor.* Me vuelve a apremiar por detrás para que avance. Me resisto a correr hacia el centro de la zona del bar por miedo a que me disparen, pero mi verdugo me empuja sin descanso.

—¡Ahrrr! —grito cuando otro dolor agudo me atraviesa el brazo y me inclino hacia delante por impulso. Al mismo tiempo, suena otro disparo que pasa rápidamente a mi lado. Sobresaltada, miro a mi alrededor y oigo el ruido sordo de alguien que golpea el suelo de madera. *Otro cadáver.* Dalibor me aprieta contra su pecho y aumenta la presión sobre mis muñecas. Intento distinguir al tirador en la habitación oscura, pero sólo descubro otro cadáver. El camarero está tendido en el suelo, sobre su espalda y con los ojos muy abiertos por la impresión. Ojos muertos, porque debajo de él ya se ha formado un charco oscuro que me revuelve el estómago. Me doy la vuelta, entrecierro los párpados y mi verdugo me empuja despiadadamente hacia delante. A pesar de todo, albergo la esperanza de que todo acabe bien. *Si no he contado mal, sólo uno más sigue vivo junto a Dalibor.* Por el rabillo del ojo, puedo verle en el lado opuesto de la barra, luchando contra Víctor a mano limpia. Lo que significa que Stefano se esconde en algún lugar entre esas sombras. Deambulo por los rincones oscuros, buscando al hombre que me ha prometido su protección.

—¡Déjala ir, Dalibor! —Sale de la oscuridad como un demonio y se acerca lentamente a nosotros. El cañón de su pistola me apunta directamente, mientras el imbécil que tengo detrás me utiliza como escudo. A pesar de lo peligroso de la situación, no tengo miedo, aunque probablemente debería tenerlo, pero algo dentro de mí sigue nadando en la engañosa confianza de que Stefano no me hará daño.

—¿Por qué? Después de todo, ella es mi escudo. Déjame ir y ella podrá seguir respirando — El frío metal del cañón de la pistola se apoya en la coronilla de mi cabeza y se clava con rudeza en mi cuero cabelludo—. Si no, puedes limpiar sus restos del suelo —Miro a Stefano y puedo ver el brillo de la ira en sus ojos, a pesar de que su rostro se muestra frío como el hielo.

—No creo que eso vaya a ocurrir —responde mi príncipe mafioso, a lo que Dalibor se limita a reír arrogantemente y a apretar con más fuerza la pistola contra mi cráneo. Suelto un grito ahogado.

—No lo querías de otra manera, su muerte está en tu conciencia —Presiona la pistola y oigo

un zumbido en los oídos. Me cuesta mantener el equilibrio, aunque Dalibor sigue sujetándome con firmeza. Intento recuperar el control de mi cuerpo y no mostrarme débil ante la muerte. Mi mirada busca a Stefano y se detiene en sus ojos, que se clavan en mi alma con familiaridad.

—No lo creo —La voz de Víctor detrás de mí y un golpe sordo hacen que me suelte bruscamente. Me doy la vuelta de inmediato y retrocedo dos pasos, sólo para correr a los brazos del siguiente hombre. Esta vez, sin embargo, no es mi enemigo, sino Stefano, que, como por fin tengo que admitirme a mí misma, ahora también posee una parte de mi corazón. Me rodea con el brazo libre y me estrecha contra su pecho. El aroma familiar del jazmín me inunda la nariz y suspiro aliviada al sentirme a salvo. Sostiene la pistola en la otra mano y apunta a Dalibor. Víctor le ha obligado a arrodillarse y nos mira de rodillas.

—¿Ya te has dado cuenta de quiénes somos o tengo que ayudarte a entenderlo? —Stefano habla con calma para que su tono gélido destaque claramente—. Nadie interfiere en los negocios del clan Gambino y sale con vida.

El shock inicial se desvanece lentamente y me doy cuenta de que casi pierdo la vida. Me tiemblan las rodillas e intento recomponerme para darme cuenta de que estoy a salvo. Stefano me abraza con fuerza, dándome la confianza y la protección que necesito desesperadamente. Aunque estamos a miles de kilómetros del lugar donde solía vivir, en medio de la nada, me siento más en casa y segura que nunca. Este estado se rompe cuando mi príncipe mafioso me suelta para enfrentarse al arrodillado Dalibor.

—Tu mayor ofensa es la codicia, pues ha provocado tu perdición —Stefano coloca el cañón de su pistola contra la frente de Dalibor.

—Oh, no, podría haber logrado grandes cosas. Sólo cometí el error de dejarme engañar por la inocente visión de tu perra —Su mirada se desliza hacia mí—. No tengo miedo a la muerte, sólo lamento no haberme follado a la chica enseguida. Eso me habría dado satisfacción ahora.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras miro fijamente los ojos enfermizos del monstruo. Quizá por eso me estremezco cuando el disparo rompe el silencio y apaga la vida de Dalibor. Un grito sobresaltado sale de mis labios y se pierde en la gran sala. La visión de la bala entrando en su frente y la sangre brotando de ella me carcome la retina. Segundos después, revivo el momento como en un trance. Sólo cuando mi visión del muerto se interrumpe porque Stefano se detiene delante de mí, encuentro el camino de vuelta al aquí y ahora. Sin decir una palabra, me envuelve en sus brazos y me aprieta contra su pecho, donde derramo en silencio algunas lágrimas. Ni siquiera sé de dónde han salido.

No siento ninguna simpatía por Dalibor ni por sus hombres, porque son criminales y merecen morir. *¿Qué hace exactamente qué Stefano y su equipo sean menos culpables para mí que estos tipos?* No hay criminales impolutos, todos tienen sangre en sus manos y gente inocente en su conciencia. Sólo mi corazón lo ve de otra manera; para él, Stefano es uno de los buenos, de los que me fío. Por desgracia, mi cerebro sabe la verdad, y por eso mis sentimientos son como una loca montaña rusa.

Nada de eso importa en este momento, porque mi cabeza y mi corazón enmudecen en cuanto empiezan a brotar las lágrimas. Stefano me acaricia suavemente la parte superior de la cabeza hasta que la tristeza se seca lentamente y por fin me calmo. Me da tiempo pacientemente a recuperarme antes de apartarme un poco y mirarme.

—Todo va a ir bien, *Micina* —Me limpia con cuidado las últimas lágrimas de la mejilla y vuelve a estrecharme entre sus brazos—. Te lo prometo.

Capítulo 20 - Stefano

Sostener a Sienna en mis brazos mientras lloraba desencadenó en mí un sentimiento que nunca antes había experimentado. La abracé durante todo el camino de vuelta a la villa y esperé a que su delicado cuerpo dejara de temblar. Quería protegerla del mundo y ofrecerle la protección que necesitaba para sanar. Sus lágrimas me hicieron darme cuenta por primera vez de lo que había ocurrido. Nuestras misiones siempre siguen un patrón similar, y a menudo hay bajas, pero hace mucho tiempo que no soy consciente de ello. Cuando entro en combate, mi conciencia se desconecta y simplemente actúo. Esta vez, sin embargo, salí de mi trance en el momento en que Dalibor apuntó a Sienna. Normalmente, me habría limitado a matarlo a tiros, y no me habría importado que los rehenes resultaran heridos en el proceso.

Pero su ventaja era Sienna, y no podía hacerlo con ella. Lo vi en sus ojos, la confianza que me da y el dolor que sintió al ver morir a alguien. Por un momento, me sentí impotente y me maldije por dejar que esa mujer se metiera así en mi cabeza. Gracias a Víctor, la situación salió bien. Una vez que estuvo libre y pude palpar su integridad con los dedos, me invadió una calma incontenible. Sólo cuando estuvo a salvo recuperé la coraza despiadada que necesito para nuestras misiones. Fue una satisfacción para mí ejecutar a Dalibor, sobre todo después de cómo la trató. Tuvo mucha suerte de que no pasara nada más. A primera vista, sólo son unos rasguños y un brazo ligeramente dislocado, e incluso eso es demasiado, teniendo en cuenta que debería haberla protegido. Ahora duerme plácidamente en el asiento trasero, apoyada en Jonah, que también se echa una siesta junto a la ventanilla.

A diferencia de ellos, yo no puedo encontrar la paz, la misión ha sacado demasiado de mí. Pero una cosa es segura, no volveré a ponerla en peligro. No quiero volver a sentir esa sensación de no saber si está bien y si la sacaré de allí con vida. Necesito el control. Lo perdí brevemente en el bar, y eso es un gran riesgo en nuestro negocio. Dejé que Sienna se acercara demasiado a mí. *¿Pero cómo voy a protegerla de todos los riesgos de mi mundo?*

Por fin llegamos a casa justo antes de medianoche. Sin embargo, no dejo marchar a Sienna hasta que María la examinó. Sólo tendrá algunos moratones, pero tardará algún tiempo en asimilar lo que ha vivido. Hoy no envío a ninguno de mis hombres con ella, sino que la llevo yo mismo a su habitación. Está callada todo el camino y parece triste. Lo acepto, porque yo también estoy pensando en lo ocurrido. Sólo después de llegar a su habitación le hablo.

—¿Va todo bien? —Sé que es sólo una frase. ¿Pero hay alguna pregunta apropiada después de un día como este? El bienestar de Sienna es de alguna manera importante para mí.

—No, pero estará bien. Al menos el dolor de mi brazo debería desaparecer en los próximos días —Su voz, usualmente clara y fuerte, es débil, lo que acentúa su agotamiento.

Ha tenido mucha suerte de que Dalibor no la haya herido aún más. Al menos no miente y admite que no está bien. Es una luchadora y superará lo que ha vivido, estoy seguro. Cada uno tiene su manera de afrontarlo.

—Si necesitas algo, contacta con Rosana. O puedes mandar a buscarme —Por fin levanta la cabeza y me mira, sus ojos marrones reflejan no sólo cansancio, sino también incertidumbre. Incluso antes, cuando lloraba en mis brazos, sospeché que las lágrimas no se debían al disparo.

—¿Puedes... quedarte? —Sus palabras son débiles y simples, pero me llegan al corazón. Le acaricio suavemente el pelo y finalmente le paso un mechón por detrás de la oreja.

—Si eso es lo que quieres —Asiente secamente, abre la puerta y yo la sigo. Es una sensación extraña acompañarla a la habitación sin pensar en sexo. Pero no me parece mal. Me acomodo en el sillón de mimbre mientras ella se cambia en el baño. Mi mirada se desliza por la ventana, donde la luna brilla en el cielo. *El final de otro día*. El suave tintineo de la puerta me llama de nuevo a la habitación, a Sienna. Está de pie en la puerta del baño, mirándome con incertidumbre. Un fino camisón de encaje acaricia su cuerpo. Su mirada calentó ciertas zonas de mi cuerpo, pero recobro la cordura. No es el momento adecuado.

—Estás impresionante —tengo que decirle. Una sonrisa cariñosa se dibuja en sus labios mientras baja la mirada. Con pasos ligeros, se acerca a la cama para sentarse en el borde, consciente de que sigo todos sus movimientos. La visión de sus curvas acomodándose suavemente bajo la fina tela me vuelve loco. Mis buenas intenciones serán difíciles de mantener si sigue mostrando tanta piel desnuda.

—¿Confías en mí? —Su pregunta me saca completamente de mis pensamientos y me deja confundido.

—¿Qué te hace pensar eso? —le contesto con otra pregunta, que ella responde encogiéndose de hombros.

—Hoy ha sido una locura —Una expresión de confusión se dibuja en su rostro—. Me sentí viva durante la misión, libre —Apenas puedo reprimir una sonrisa.

—Pues sí —respondo, pero ella niega con la cabeza.

—No, aquí no estoy libre —Hace un gesto que lo abarca todo y comprendo lo que intenta decir. No puedo devolverle este tipo de libertad. No puedo dejarla marchar. Debe de haberse dado cuenta de que no voy a abordar esta cuestión, porque sigue hablando.

—Hay algo más. Me sentía segura a tu lado. Confiaba en que me protegerías.

Inconscientemente, aprieto las manos en puños, porque a mis ojos he fallado. Nunca debí dejarla sola con Dalibor hasta que ese idiota estuviera atado en el suelo. Así nunca se habría visto en la tesitura de que él abusara de ella como escudo. No puedo mantener esta conversación a distancia por más tiempo. Así que me acerco a ella y me siento a su lado en la cama.

—Puedes confiar en mí, Sienna. Te protegeré, te lo prometo. Nadie volverá a hacerte daño.

Nada más pronunciar las palabras, se inclina hacia mí, sus labios ligeros como una pluma sobre los míos. Le devuelvo el beso con el mismo cuidado y conquisto lentamente su boca con mi lengua. Pone tanta ternura y sentimiento en los suaves movimientos de sus labios que quiero dedicarle todo el tiempo del mundo. Se siente diferente, más profundo, y eso me da mucho miedo. Sienna ya no es sólo una mujer que he convertido en mi trofeo. Es exactamente por eso que no puedo escapar de este beso, porque se siente tan bien. Es pura confianza, pero no hay esperanza en mi mundo. Los que tienen esperanza sólo encuentran una cosa: la muerte.

Capítulo 21 - Sienna

Hace unos minutos, Jonah me acompañó al jardín porque Stefano quiere encontrarse conmigo aquí. Hacía dos días que no nos veíamos. Pero no he podido quitarme de la cabeza aquel beso tan emotivo. Nunca hubiera pensado que él tuviera un lado tan dulce. Fue una idea impulsiva besarle, pero en ese momento me sentí bien. Al principio me preocupaba que me rechazara, pero no lo hizo. *Me protegerá, y es una sensación maravillosa.*

Al parecer, su confianza en mí también ha aumentado, porque Jonah desapareció hace unos minutos y desde entonces estoy sola en el lúgubre jardín. Hace unas semanas habría aprovechado para desaparecer, pero mi instinto de huida ya no está. Claro, la vida en este mundo no es ni segura ni fácil. Sin embargo, creo que puedo acomodarme. La verdadera razón por la que quiero quedarme es Stefano. Constantemente me muestra nuevas facetas de sí mismo y ahora se ha ganado un gran pedazo de mi corazón. Aunque no quiera admitirlo, el oscuro príncipe de la mafia podría ser la pareja perfecta para mí. Además, no tengo una vida feliz a la que volver. Mi madre no me echa de menos. Nunca fuimos una verdadera familia, nunca sentí esa sensación de seguridad, y eso es exactamente lo que siento cuando estoy con Stefano, él me convierte en una persona diferente. Me siento lo suficientemente fuerte a su lado para hacer frente a todas las adversidades de este mundo, es una sensación increíble. Por eso quiero quedarme. Quiero descubrir si hay algo especial entre él y yo.

Con tranquilidad, paseo por el jardín hacia el bosque y doy mis primeros pasos en él. La maleza cruje bajo mis pies, pero no veo a lo lejos. Los árboles están muy juntos y a los pocos metros la maleza se vuelve tan densa que ya no veo el camino. Ahora que ya no puedo pensar en escapar, esta oscuridad tiene un efecto casi espeluznante, por lo que vuelvo rápidamente al prado.

—Oh, mira, el trofeo de mi hermano —oigo la estruendosa voz de un hombre frente a mí, que inmediatamente me hiela las venas. Vincenzo Gambino está de pie a pocos pasos y me escruta con una sonrisa arrogante.

El parecido con Stefano es innegable. Los rizos de color marrón chocolate, junto con los ojos marrones igualmente oscuros, confieren a los hermanos un aura siniestra. Hasta ahora, sólo he tenido el placer de conocerle brevemente, cuando me empujó hacia un rincón de la biblioteca. En ese momento, pensé que iba a hacerme algo más y me aterroricé. Sobre todo, cuando me tapó la boca, hasta que vi a Stefano y a Isabella y me di cuenta de que ella estaba arrodillada delante de él. A partir de entonces, he intentado ignorar su existencia. Aun así, no soy tan estúpida como para subestimarlo. La visión de Lucie después de que él la castigara por romper sus reglas fue suficiente para darme cuenta de ello. Un labio agrietado, los ojos manchados de lágrimas y una mirada ausente eran sólo las huellas externas de aquella noche. Seguro que su interior sufrió mucho más daño. No me extraña que sólo sienta una cosa cuando miro a Vincenzo: miedo. Tengo que fingir una sonrisa, esperando que no note mi desconfianza hacia él.

—¡Hola, Sr. Gambino! —La sorpresa aparece brevemente en su rostro, pero desaparece rápidamente tras una máscara dura con una sonrisa siniestra en el centro.

—Pues mírate, te acuerdas de mí —Se detiene a poca distancia de mí y desliza su mirada por mi cuerpo. Inmediatamente me siento incómoda con el casto vestido de verano.

—Han llamado a Jonah, si le estás buscando —Su sonrisa se ensancha y sus ojos vuelven a

encontrar los míos.

—Sé que la pequeña reunión le mantendrá ocupado un rato, así que tendremos tiempo para conocernos —Sólo la forma en que dice las palabras envía un desagradable escalofrío por mis brazos. Este hombre desata en mí el instinto de huir, por la forma en que me mira—. Sienna, ¿quieres decirme qué te hace interesante para él? —Se acerca a mí y levanto la cabeza para mirarle más a los ojos—. Bueno, eres agradable a la vista, y creo que hay un cuerpo sexy escondido bajo toda esa tela —Alarga la mano y me agarra un mechón de pelo, dejándolo resbalar entre sus dedos. Rompe el contacto visual y mira el mechón que tiene en la mano—. ¿Es tu cuerpo lo que le excita tanto que no consigue demostrarte quién tiene el poder? —Por fin encuentro la voz.

—¿Por qué iba a imponerme su liderazgo cuando tú también puedes...? —Pero Vincenzo interrumpe mi defensa y me pone un dedo en los labios, lo que me confunde tanto que dejo de hablar.

—No espero una respuesta de ti. Y desde luego no quiero que me contestes. Quiero que te calles —Su mano se desliza hasta mi barbilla y la rodea. Con un agarre dolorosamente firme, la empuja un poco hacia arriba, hasta que me encuentro con su gélida mirada—. ¿Sabes lo que hago con los trofeos nuevos? —Intento sacudir la cabeza, pero él la sujeta como una mordaza—. Les enseño desde la primera noche lo que significa ser de mi propiedad. Tienen que servirme, proporcionarme placer, y me importan una mierda sus sentimientos. ¿Lo entiendes? —Sus dedos se aflojan para que al menos pueda asentir.

—Bien —Me suelta la barbilla y suspiro aliviada. Pero el alivio llega demasiado pronto, porque sólo unos segundos después su mano se cierra alrededor de mi cuello sin apretarme. En cambio, me acerca más y sus labios rozan mi oreja, provocándome un escalofrío—. Si fueras mi trofeo, te habría ordenado que te desnudaras en medio del prado y me chuparas el miembro ahora mismo —El asco se apodera de mí, combinado con el miedo a que me obligue a hacer precisamente eso. Sus dedos me aprietan un poco, dificultando mi respiración.

—¿Quizás fue tu coño el que lo convenció? —Se echa hacia atrás y se distancia un poco sin aflojar su estrangulamiento. En cambio, su otra mano se desliza por mi ombligo hasta el comienzo de mis caderas. Protegido únicamente por la tela, recorre con sus dedos en círculos con fruición, haciendo que se me salten las lágrimas. Me quedo helada, como si hubiera petrificado mi cuerpo—. Hasta ahora he compartido todos los trofeos con él, así que seguro que no le importará que me lleve también los suyos.

La voz de Vincenzo se ha vuelto unos tonos más grave y su mirada refleja deseo. El pánico me recorre las venas e intento liberarme de su agarre, clavándole las uñas en las manos. Pero es inútil, porque me aprieta con más fuerza. Cada vez me cuesta más recuperar el aliento, así que empiezo a forcejear para conseguirlo, y él me observa con una expresión inquietantemente tranquila.

—Empiezo a tener la impresión de que no sabes lo que te conviene.

Me empuja y tropiezo unos pasos hacia atrás antes de caer al suelo. Aliviada, inspiro frenéticamente, feliz de volver a tener aire en los pulmones. Inmediatamente me palpo el cuello y siento el leve dolor de la presión donde sus dedos se han clavado en mi piel.

—Recuerda una cosa, pequeña Sienna. Stefano puede ser mi hermano, mi sangre, pero no

tiene el poder. Yo soy la cabeza de esta familia, y mi palabra está por encima de todas las demás —Un chasquido metálico me hace volver a mirarle, directamente al cañón de una pistola con la que me está apuntando—. La seguridad que sentías nunca existió. Stefano no puede protegerte. No de mí. Él nunca se volvería contra mí, y tú te estás convirtiendo lenta pero seguramente en su debilidad. Un defecto que un asesino como él no puede tener.

Viene hacia mí, apuntándome con el arma, y yo retrocedo aún más. Con cada paso que da hacia mí, me dejo empujar más hacia atrás. Su expresión se vuelve cada vez más gélida, coronada por una sonrisa malvada.

—Tienes dos opciones. Incluso seré lo bastante generoso como para darte a elegir —Levanta un dedo—. Te pones de rodillas ahora mismo, me abres los pantalones y me lo haces con la boca hasta que mi jugo corra dentro de ti —Su cara vuelve a adoptar rasgos de deseo, lo que sólo prueba que esta elección le atrae—. Así podré demostrarle a Stefano que eres tan puta como las demás —Su segundo dedo se levanta—. O tendrás que desaparecer —Agita la pistola y parece seguro de sí mismo. Mi mirada se desliza por su cuerpo hasta la entrepierna de su pantalón de traje, donde ya es visible un bulto que realmente me repugna. *¿Le excita obligarme a satisfacerle con la pistola desenfundada?* Este tipo es exactamente como me imagino a un jefe mafioso sórdido y frío como el hielo. Sólo su parecido con Stefano perturba esta imagen. Pero eso no cambia el hecho de que no renunciaré a mi dignidad, aunque eso signifique enfrentarme a la muerte. Sin mi gran ángel de la guarda, habría muerto hace semanas. La noche en que me convertí en trofeo.

—No soy conocido por tener mucha paciencia. Entonces, ¿qué decides? —Giro la cabeza y miro alrededor del jardín, buscando, pero aquí no hay ni un alma aparte de nosotros, nadie que pueda ayudarme. Respiro hondo por última vez y me obligo a sellar lo que será mi final—. Ni tú ni nadie me quitará mi orgullo, prefiero morir.

Noto cómo me caen lágrimas calientes por las mejillas. Pero en lugar de secármelas, sigo mirando fijamente al hombre que cree que puede gobernarme. Levanta una ceja sorprendida, como si no pudiera creer que haya elegido la muerte. Al parecer, espera que me doble a su voluntad en cuanto amenace mi vida, pero no lo haré, nunca.

—De acuerdo, no lo harías de otra manera —Baja la mano hasta que el cañón de la pistola apunta directamente a mi estómago, a escasos centímetros de tocarme. Aunque me gustaría ser fuerte y mirarle, no consigo encontrar su mirada. Como resultado, no veo venir su siguiente movimiento. Una fuerte bofetada golpea mi mejilla y me quema la piel como si fuera fuego. Sus dedos se clavan en mi barbilla y restablecen el contacto visual con una firme presión—. Arrodíllate y haz lo que te he ordenado —Su voz es un gruñido grave, pero tengo la impresión de que en realidad no quiere matarme. Quiere que le obedezca, que le demuestre algo a su hermano. Pero no dejaré que me ponga de rodillas como a una puta. Le devuelvo obstinadamente la mirada severa, y él vuelve a ponerme la mano en el cuello. Esta vez aprieta más fuerte y, como era de esperar, vuelvo a respirar con dificultad. Pero no me rindo, aprieto los dientes y le miro con confianza.

—¿Así que crees que eres lo suficientemente fuerte como para sobrevivir? ¿Realmente crees que puedes mantenerte en el círculo de la mafia, o simplemente eres estúpida? —Con expresión escrutante, me gira la cabeza de un lado a otro, apretando tan fuerte que jadeo al agotar mis últimas reservas de aire. Instintivamente busco sus manos e intento soltarlas, pero no tengo

fuerza suficiente—. Bueno, ¿qué se siente cuando no tienes fuerzas suficientes para defenderte? —Aprieta tan fuerte que siento un hormigueo que me sube desde los pies hasta la nuca.

—¡Oye! ¡¿QUÉ MIERDA ESTÁS HACIENDO?! —Escuchar la voz de Stefano es como el momento en que por fin sale el sol y ahuyenta la noche—. ¡Suéltala! —Suenan tan gélidos como cuando disparó a Dalibor. Como el asesino que sin duda es. Agarro los dedos de Vincenzo e intento liberarme de su agarre. Al menos ha aflojado sus dedos ahora que su hermano se acerca. Por encima de su hombro, veo acercarse un borrón oscuro, pero mi vista está demasiado nublada por las lágrimas para distinguirlo con claridad.

—Haré lo que tú no eres capaz de hacer —me grita mi torturador y me empuja de nuevo hacia atrás. Tropezco con el suelo y rápidamente vuelvo a levantarme. Llego a la linde del bosque que bordea el jardín. Mi mirada vuelve a Vincenzo, que me apunta con su pistola y esta vez parece dispuesto a apretar el gatillo. Stefano aún está demasiado lejos para hacer nada, así que tomo el único camino que me queda abierto: escapar. Me doy la vuelta y corro hacia el oscuro bosque del que tantas veces me han advertido, porque el peligro que me acecha es mayor. Incluso los primeros pasos por la maleza son dolorosos, ya que las pequeñas ramas y espinas se clavan en mi piel. Luego está mi brazo, que aún me duele ligeramente en cuanto lo tensó. Maldigo las sandalias y el fino vestido de verano que llevo. Nunca habría imaginado que mi visita al jardín acabaría así. Una bala impacta en el árbol que tengo al lado y me hace olvidar todo el dolor. Estoy segura de que iba dirigida a mi cabeza, lo que me hace darme cuenta de que Vincenzo ha cruzado la última frontera. Me adentro en el bosque sin prestar atención a dónde me lleva el camino. Sólo me importa una cosa: escapar. Tengo que escapar para sobrevivir. *¡Este mafioso está completamente loco! Quiere matarme sólo porque no puede controlarme. ¿Qué tan enfermo es eso?* Mi huida me adentra cada vez más en la maleza, que probablemente no ha sido cuidada en años. El suelo está cubierto de una gruesa capa de ramas viejas y hojas marchitas, bajo las cuales probablemente se hayan instalado algunas alimañas. Afortunadamente, la adrenalina que llevo en las venas me permite bloquearlo todo y seguir corriendo, corriendo, corriendo. Hasta que ya no puedo ver ninguna luz detrás de mí y ya no sé exactamente dónde están el jardín o la villa. Pero eso no importa, porque de momento estoy a salvo del maníaco con la pistola. Incluso podría encontrar la forma de desaparecer. Fuera de este oscuro mundo al que he sido arrastrada contra mi voluntad. Aunque Stefano parece ser un hombre completamente diferente de lo que pensé en un principio y ahora confío en él, su posición sigue siendo la misma. Rinde cuentas a su hermano, y si continúo cerca de Stefano, el jefe de este clan me matará, como acaba de dejar totalmente claro.

Capítulo 22 - Stefano

Es la segunda vez en mi vida que apunto a mi hermano con un arma. Esperaba que la primera fuera la única vez. La boca de mi pistola está justo detrás de su cabeza y estoy listo para apretar el gatillo si no baja el arma inmediatamente. Incluso el primer disparo fue demasiado. Nunca debería haber disparado a Sienna. Cruzó una línea que hace hervir mi ira. *Ella es mía y está bajo mi protección. Si algo le pasa a ella, Vincenzo sufrirá, lo juro.* Pero dispararle no es la respuesta. Después de que su Alfa Combat beso la hierba, bajo el arma y respiro hondo. También para no pegarle en cuanto se da la vuelta. Ganas para hacerlo no me faltan, pero primero voy a averiguar de qué va toda esta mierda. Además, necesito respuestas rápido si voy a encontrar a Sienna después. Correr hacia el puto bosque fue sin duda su salvación, pero aún le aguardan peligros de los que no es consciente. Vincenzo sonríe sombríamente después de volverse por fin.

—Ahí va, huyendo como un ciervo asustado. Bueno, ahora ya no seré yo su cazador —Lo agarro por el cuello y tiro de él hacia mí.

—¿Qué carajo? —Ciertamente no es la mejor táctica para mostrarle directamente a Vince lo mucho que me cabrea su juego enfermizo. Pero mis emociones están estallando de una manera que no puedo controlar.

—Deberías entender que no es más que una puta como otra cualquiera —dice enfurecido mi hermano, a lo que yo enarco una ceja—. En realidad, mi plan era que me chupara el miembro cuando te unieras a nosotros. Por desgracia, la chica se negó obstinadamente —Le suelto y le empujo hacia atrás, lo que él agradece con una sonrisa irónica—. La amenacé de muerte. Pero ella hubiera preferido acabar con su vida antes que darme placer. Qué estupidez.

No es estúpida, es fuerte. Mucho más fuerte de lo que Vince cree. Le ha plantado cara y ha demostrado fuerza de voluntad al no dejarse chantajear por él.

—Después de que aparecieras, quise resolverlo de otra manera —Se encoge de hombros y se endereza la camisa—. Tiene suerte de poder correr rápido. Quizá ahora los osos acaben con nuestro problema —Toma su pistola y se la guarda tranquilamente en la cintura antes de pasar junto a mí, dándome una palmada en la espalda—. Esta mujer tiene demasiada voluntad propia, nunca será un trofeo adecuado. Deja que los animales lo solucionen y por fin tendremos algo de paz.

Aprieto los labios y vuelvo a desenfundar el arma. Vince tiene una sensación de seguridad que no tarda en lamentar, porque en cuanto pasa a mi lado, me doy la vuelta y le apunto a la nuca. Se detiene inmediatamente y me pongo a su lado para que volvamos a mirarnos. El cañón de mi CZ 75 se apoya directamente en su sien.

—¿Qué haces? —pregunta con un gruñido. No le contesto, sino que me limito a mirarle fijamente y, al mismo tiempo, quito el seguro a mi pistola.

—¿No puedes hablar en serio?! ¡Por una zorra! —Aunque disimula muy bien, en los últimos años he aprendido a detectar cuando se pone nervioso.

—Ella no es una zorra. De lo contrario, habría accedido a tu petición, como tan acertadamente has dicho —Aunque la adrenalina corre por mis venas, un silencio glacial se ha apoderado de mí. El que se instala cuando me convierto en lo que ahora he perfeccionado: un asesino. Mi hermano

probablemente no se dio cuenta de que esto podría ser su perdición algún día. Pero es culpa suya que yo sea tan bueno matando. Él fue quien puso el arma en mis manos. En ese entonces, asesinamos juntos a nuestro padre para tomar el liderazgo del clan Gambino. Hasta el día de hoy, no me arrepiento de haber realizado el tiro fatal. Esa misma noche, apunté a Vincenzo y le pregunté por qué no le mataba a él también. Al fin y al cabo, era él quien ahora me impedía llevar el negocio en solitario. Los dos teníamos poco más de veinte años, él ya había matado varias veces, pero éste era mi primer asesinato. El que nunca me dejó ir. Sin embargo, me dejó disparar. Lo justificó diciendo que me convertiría en el mejor asesino del clan, y tenía razón. Esa noche, me prometió que ambos seríamos iguales, aunque él fuera el líder sobre el papel. Ha estirado esta promesa varias veces en los últimos años y hoy por fin se ha pasado de la raya. Quería quitarme lo que era mío.

—Somos hermanos, de una misma sangre. Sin embargo, me has demostrado a menudo que en realidad posees el poder que debería pertenecernos a los dos.

Camino un poco más a su alrededor hasta que estamos frente a frente y mirándonos a los ojos, con la pistola aun apuntándole a la frente.

—Nunca te he dicho nada, siempre te he dejado mientras he creído que hacías lo correcto. Pero hoy te has pasado de la raya —No muestra ninguna emoción, pero sé que está hirviendo por dentro. Odia que alguien le diga lo que tiene que hacer y le ponga en un aprieto, como estoy haciendo yo ahora. Pero ha llegado a un punto en el que tiene que aprender que ya no soy su hermano pequeño—. Te lo explicaré otra vez, y ésta es mi última advertencia para ti —Mi dedo se desliza del gatillo y suelto el arma de su frente, pero sigo apuntándole para asegurarme de su atención—. Sienna es mi trofeo, es mi posesión. No la compartiré, y sólo yo decido lo que le ocurre. Si quiero que conserve su libre albedrío, esa es mi decisión. No tienes derecho a interferir. Ella es únicamente mía y, por lo tanto, es mi riesgo.

Bajo lentamente la pistola y la aseguro antes de guardarla en la cinturilla de mis pantalones, en la parte baja de la espalda. Vince me mira con reproche, pero no me importa, en lugar de eso le doy un golpe en el estómago.

—Ah, y eso por no olvidar tu error —Se deja caer en el suelo, jadeante, yo me doy la vuelta y no le presto más atención en mi camino de vuelta a la casa. Víctor ya me está esperando en la entrada del invernadero—. Reúne al equipo y dile a Elías que prepare el todoterreno, nos vamos de caza.

Capítulo 23 - Sienna

Aunque ciertamente llevo casi una hora deambulando por el bosque, no aflojo el paso y continúo abriéndome paso entre la maleza. Ni siquiera el sol poniente me detiene, aunque me dificulte encontrar el camino. Puedo reconocer a lo lejos una luz hacia la que me dirijo. Sin embargo, mi mente me dice que son imaginaciones mías. Tengo los pies entumecidos, tanto por el frío como por el dolor. Cada paso es como si caminara sobre cristales rotos. Mientras tanto, mis agotadas extremidades me dicen que el suelo del bosque sería sin duda un lugar muy agradable para descansar. Pero no me dejo vencer por mis dolores ni por mis pensamientos confusos y sigo caminando. El recuerdo de la bala golpeando el árbol que tenía a mi lado mientras destrozaba su corteza es suficiente para seguir adelante. *Podría haber sido mi cabeza.* Vincenzo Gambino me ha demostrado hoy claramente en qué clase de mundo me encuentro y lo peligroso que es. Estaba dispuesta a morir antes de humillarme. Pero ahora que la libertad es una opción y que el camino de vuelta parece imposible sin correr el riesgo de ser asesinada por Vincenzo, estoy decidida a elegirlo y ayudarme a mí misma a tener una nueva vida.

Hay un silencio inquietante en este bosque que me ha parecido extraño todo el tiempo. Reprimo cualquier pensamiento sobre lo que esto podría significar. Me preocupa mucho más el sonido de un vehículo, que se eleva claramente por encima de los ruidos del bosque que me rodea. Oigo el sonido del motor acercándose lentamente e intento acelerar el paso. No voy a dejar que me atrapen y me lleven de vuelta con ese loco que me quiere muerta. Me siento perseguida como un animal que huye de la luz y de la gente, de los mismos que quieren matarlo. Cada vez me cuesta más abrirme paso en el bosque, mis pies están a punto de rendirse. En cambio, los faros son cada vez más grandes, y al final sólo faltan unos segundos para que me alcancen por primera vez. Seguido de gritos que ignoro voluntariamente. Voy en dirección contraria cuando el ruido del motor cesa.

En su lugar, oigo el crujido de la madera detrás de mí y las voces de varias personas que parecen haber retomado la persecución. Mientras continúan alcanzándome, me devano los sesos para pensar en una forma de escapar. Debido a mi apresurada mirada hacia atrás, a los muchos ruidos que me rodean y a mis doloridos pies, me salto una de las gruesas raíces y caigo. Afortunadamente, consigo frenar la caída con las manos, pero éstas están atravesadas por las espinas. Grito de dolor y me muerdo los labios para no hacer más ruido. Me repongo lentamente y me doy cuenta de que mis perseguidores casi me han alcanzado. Lo que hace que la huida sea casi imposible. Me doy la vuelta brevemente para ver cuántos son cuando oigo su voz.

—¿Sienna? —*Stefano está entre los hombres. ¿Es una buena señal?* Mi corazón quiere confiar en él y que me atrape, pero mi cabeza me dice que corra. *No puede protegerte, no de su hermano, él mismo lo dijo.* Dudo sólo brevemente y luego decido a favor de mi mente. Sigo caminando con determinación, sólo para que me detengan de nuevo al cabo de unos metros. No por los hombres, sino por un gigantesco oso pardo. Me saluda con los dientes y un profundo gruñido. Inmovilizada, contemplo al enorme animal que se alza frente a mí, mirándome como si fuera una golosina. Retrocedo muy despacio, temblando, observando atentamente para ver si el oso se queda quieto o me sigue. Parece indeciso, así que pongo distancia entre nosotros. Mientras tanto, las voces de los hombres que vienen detrás se han apagado y el bosque se ha enmudecido de repente. Un silencio dominado únicamente por los latidos de mi corazón.

—Sienna... escúchame con atención ahora —Las palabras de Stefano suenan suavemente a mi espalda. No puede estar a más de unos pasos, le oigo claramente—. No hagas ningún movimiento brusco. Agáchate y tápate los oídos.

Incluso cuando habla con naturalidad, no se me escapa el tono familiar que me ha reservado. Sigo sus instrucciones, con los ojos fijos en el oso. Estira la nariz al viento y seguramente huele mi miedo. Antes de que pueda siquiera adelantar su primera zarpa, un disparo seco perfora el silencio, seguido de al menos tres más. Cierro los ojos y oigo un último rugido agónico antes de que el oso caiga fulminado. Lo acompaña un murmullo de voces en mí ya familiar italiano y pasos que se acercan. No me muevo ni un milímetro, me agacho en el suelo y espero.

Me pitan los oídos por el ruido. Incluso cuando dos fuertes brazos me rodean y me levantan, no me resisto, sino que me dejo llevar. Hace unos minutos me había jurado a mí misma que no volvería. Adolorida, me doy cuenta de que alguien me lleva a través de la maleza. El aroma a jazmín y ámbar gris llega a mi nariz y me dice que estoy en brazos de Stefano. Su cercanía me tranquiliza y vuelvo a sentirme segura. *Pero ¿lo estoy realmente? ¿O me entregará a su hermano en cuanto volvamos?* Nos dirigimos directamente a los faros del coche que ya nos espera. Sólo cuando nos subimos me doy cuenta de que hay otras personas a mi alrededor. Saboreo el agradable calor que me recibe dentro del coche y suelto un suspiro aliviado. Lentamente, me deslizo en el asiento junto a Stefano, mi mirada se desvía brevemente hacia la puerta de enfrente, pero dudo demasiado. Antes de que se me ocurra escapar, las puertas del vehículo se cierran con un ruido seco y se pone en marcha. Ninguno de los presentes dice una palabra mientras avanzamos a toda velocidad por la carretera llena de baches. Me alegro de tener la vista todavía borrosa, de lo contrario probablemente me asustaría tan rápido como pasamos a toda velocidad entre los grupos de árboles que bordean la estrecha pista forestal. El coche rebota sobre los baches y yo me agarro al asiento. Al menos lo intento, porque me duelen tanto los dedos que no me dan mucho agarre. Stefano parece darse cuenta, ya que me encuentro sentada en su regazo con sus brazos protegiéndome. La adrenalina abandona poco a poco mi cuerpo y deja que un cansancio desarmante se apodere de mí, y el calor que me rodea hace el resto. Me hundo contra su pecho y dejo que el incipiente cansancio se apodere de mí, sin perderme el susurro de Stefano:

—No debes tener miedo, *Micina*. Prometí protegerte.

El portazo me saca de mi letargo. Antes de darme cuenta de dónde estoy, los fuertes brazos de Stefano vuelven a rodearme. Con cuidado, le rodeo el cuello con las manos y dejo que me lleve. Su familiar aroma a jazmín calma mis latidos. Siento la vibración de su voz cuando grita órdenes y le sigo mientras entramos en un edificio que me resulta familiar. La villa. *De vuelta a mi infierno personal, donde probablemente pronto encontraré la muerte.* Al menos si Vincenzo se sale con la suya, pero de momento no hay rastro de él. En lugar de eso, caminamos por los pasillos sin ser molestados hasta que Stefano me deja en la cama de la enfermería un poco más tarde, donde el médico ya está esperando.

—María te está mirando las heridas ahora. Sobre todo, los pies —me explica antes de hablar con la señora de la bata blanca. Vuelve a dar órdenes y la doctora sigue sus instrucciones sin

hacer preguntas. Sin más preámbulos, abre la puerta de la habitación y entra una segunda mujer. También va vestida de blanco y, al igual que la doctora, empieza a palparme después de que hayan hablado brevemente. Las dos me examinan las manos y los pies, a lo que yo accedo sin oponer resistencia. Después me miran la cara. María me ilumina los ojos y me gira la cabeza con cuidado. Sólo cuando me acaricia la mejilla con los dedos me sobresalto. Aún me duele la piel de la bofetada, pero la doctora parece haber terminado su examen de todos modos, da un paso atrás y se lleva a Stefano a un lado.

Cómo me gustaría entender ahora este idioma para saber cómo está mi salud. Mientras tanto, la cuidadora se fija en mis manos. Me las limpia con un paño empapado en desinfectante, supongo, por el olor y la sensación de quemazón. Luego viene una pomada y, por último, guantes de algodón. Me hace lo mismo en los pies y me pone calcetines antes de que vuelvan los demás. Stefano me mira con una mezcla de lástima y rabia, y espero que esta última no vaya dirigida a mí. La enfermera se retira y María se acerca a mí con una jeringuilla llena. Esto desencadena en mí el tan conocido instinto de huida. Me retuerzo en la cama y quiero saltar, pero Stefano me detiene. Me agarra por los brazos y me sujeta con fuerza antes de inclinarse hacia mí.

—No pasa nada —promete con calma, pero no me fío. Vuelvo a mirar a María, que me espera con la jeringuilla.

—No me van a drogar —Expreso mi protesta con rabia, dándome cuenta de lo mal que suena mi voz. Me duele la mejilla con cada movimiento y siento el labio del lado derecho extrañamente deformado. Stefano parece darse cuenta por fin de mi preocupación, pero es obvio que eso no hace más que avivar su ira.

—Eso es un antibiótico. Tienes heridas abiertas en las manos. No sabemos con qué has estado en contacto ahí fuera.

Por mucho que quisiera seguir negándome, sus palabras tienen sentido. Finalmente, le tiendo el brazo a María, que se queda sorprendida. Sin embargo, se repone rápidamente y se concentra en su tarea. Cierro los ojos y espero a que termine el procedimiento, ya que nunca me han gustado las inyecciones. Segundos después, los abro un poco y me doy cuenta con sorpresa de que sólo Stefano sigue allí. Las dos mujeres deben de haberse marchado mientras yo tenía los párpados cerrados. Está frente a mí, en la ventana, y me mira con una mezcla de duda, rabia y algo que nunca había visto en él. Apruebo su mirada escrutadora durante unos parpadeos antes de retorcerme, incapaz de seguir soportando la atención. En lugar de eso, pongo los pies en el suelo e intento levantarme, pero Stefano me detiene.

—No deberías caminar por ahora —Su voz es suave y cálida como el terciopelo, me envuelve, casi me abraza. Así me resulta más fácil aceptar que me levante de nuevo y me lleve escaleras arriba después de que hayamos salido de la habitación del hospital. Por supuesto, puedo adivinar adónde me lleva, de vuelta a los trofeos, a mi habitación. De repente toma un camino extraño, casi como si hubiera cambiado de idea espontáneamente. Ahora nos movemos en dirección opuesta a la casa. En una zona en la que nunca he estado antes. Visualmente, apenas hay nada diferente de los pasillos habituales, salvo que hay menos puertas. Al final del pasillo, llegamos a una puerta de madera maciza, como ya conozco de las salas de trofeos. Sin embargo, me doy cuenta de que no está vigilada. La habitación que hay detrás es más pequeña que la de las mujeres y no está dividida en varios pasillos. En su lugar, se abren tres salas más. A juzgar por el mobiliario, se trata de una sala de estar. Stefano me sienta en uno de los dos sofás oscuros y

vuelve a la puerta para cerrarla. Luego saca el teléfono móvil y teclea un mensaje antes de dejarlo descuidadamente sobre una mesa pequeña y volver a centrar toda su atención en mí.

—Deberías descansar —me exige con severidad, pero no me apetece. Claro que la cacería por el bosque me ha agotado, pero el nuevo entorno en el que ahora estoy encerrada con él es demasiado interesante. Cuando se quita la chaqueta, mis ojos se quedan literalmente pegados a él. Sin embargo, él sólo lo reconoce con un movimiento de cabeza y luego desaparece por una de las puertas. Siento una breve tentación de escabullirme tras él, aunque mis pies me odiarían por ello. Prefiero concentrarme en lo que veo.

Me encuentro en el centro de un salón cómodamente amueblado, dominado también por ventanas que van del suelo al techo. Lamentablemente, como afuera ya ha caído la noche, no puedo ver qué vista se esconde allí. A diferencia del salón de los trofeos, aquí no hay tanto esplendor ni elementos dorados. Los muebles oscuros le dan un aire agradablemente acogedor. Los dos sofás color marrón ocupan la mayor parte de la habitación. Uno está orientado hacia el televisor, el otro, donde me encuentro yo, está orientado hacia la ventana y ciertamente ofrece una bonita vista al exterior. La estantería del rincón, a pocos pasos de mí, me tentaría a declarar que éste es el lugar de lectura perfecto. Sin embargo, las estanterías están escasamente surtidas de material de lectura, al parecer mi príncipe mafioso no lee mucho. Ahora estoy segura de que estamos en los aposentos privados de Stefano. Este es su refugio y me ha traído aquí. Aún no sé qué significa eso. *Se siente bien estar con él. Si hay alguna manera de averiguar más sobre el mafioso misterioso, es sin duda en este lugar.*

—Deberías cambiarte —Me estremezco cuando su voz grave llega desde muy cerca de mi espalda, pero al mismo tiempo me pregunto si este miedo desaparecerá algún día. Rodea el sofá y me tiende una muda de ropa. Miro brevemente el vestido sucio hasta la rodilla, cuyo estampado floral me cuesta reconocer. Él ya se ha cambiado y ahora lleva unos pantalones oscuros holgados y una camiseta negra, bajo la que se le ven los músculos pectorales. Le quito con cuidado el montón de ropa y lo pongo sobre mi regazo.

—Puedes cambiarte aquí. Detrás de las ventanas sólo hay bosque, así que nadie te verá —La mueca de sus labios revela que se siente incómodo ante esas palabras y que piensa que haré lo imposible por marcharme—. O puedes ir al baño de ahí detrás —Señala algo a mi espalda, pero ni siquiera me molesto en seguir su dedo—. Sin embargo, sería mejor que no caminaras mucho.

Por supuesto, por consideración a mis pies lesionados. El baño es sin duda la opción más virtuosa, pero sigo tentada de dejar caer las sábanas y mirarle a los ojos. Al fin y al cabo, Stefano no me ha hecho nada; al contrario, probablemente tenga que agradecerle que siga viva, otra vez. Además, entre nosotros vuelve a haber una tensión ardiente que me seduce. Dejo la ropa en el asiento de al lado y me levanto con cuidado. Agarro lentamente el dobladillo del vestido, me lo quito por encima de la cabeza y busco su mirada. Como sospechaba, sus ojos están clavados en mí, aunque no puedo saber exactamente hacia dónde mira. Me sigue el sujetador. Desabrocho tranquilamente el cierre de la espalda y deslizo los tirantes por mis hombros, con lo que también cae al suelo. La ropa a mis pies es insignificante, lo que me importa es el hambre que brilla en los ojos de Stefano. Me desea y yo le deseo. Para continuar el jueguecito entre nosotros, me doy la vuelta y me dedico tranquilamente al montón de ropa. Le asomo provocativamente el culo, consciente de que la tanga blanca es la última prenda que aún adorna mi piel. Perdida en mis pensamientos, me paso la mano por el pelo y lo tiro hacia un lado para que juegue alrededor de

mi hombro izquierdo, dando a Stefano una visión clara de mi espalda. Estoy segura de que ve la pequeña mariposa en mi omóplato derecho. El tatuaje fue una idea espontánea después de llegar a Minneapolis, significa libertad y es un signo de independencia. Mi pelo suele tapar las líneas negras, pero quiero que lo note en este momento. Giro lentamente la cabeza y le miro por encima del hombro. Él me observa inmóvil, sólo le delata su mirada atenta. Pasan varios segundos en los que simplemente nos miramos. El aire fresco me besa la piel y me pone la carne de gallina. Es agradable, excitante y no está influido por el miedo. Aunque noto que se me endurecen los pezones, y estoy segura de que él tampoco los ignorara, puedo saborear el momento. Veo como traga con dificultad, sus ojos están recorriendo mi cuerpo para encontrar el mismo camino de vuelta hacia arriba. *Sin más, mírame. ¿Te gusta lo que ves?* Mi recién reavivado lado oscuro se deleita en el momento de poder que siento ahora mismo. Incluso si nunca voy a tener ninguna influencia real. Porque eso es sólo suyo. Finalmente se acerca y me pone las manos en las caderas, para abrirse camino desde allí. Está tan cerca de mí que noto su calor, sobre todo cuando se inclina hacia delante para acariciarme el cuello. Sus labios lo besan y muerden, al tiempo que sus dedos agarran mis pechos y los masajea con firmeza.

—¿Segura que quieres esto? —Es una pequeña pregunta con un gran significado. Sabe lo que ha pasado tan bien como yo. A pesar de mi miedo a su hermano, me siento segura con él. *Le necesito, más de él. Antes estábamos cerca, pero nunca se atrevió a dar el paso definitivo. Ahora por fin lo quiero dentro de mí y sentir cómo me llena.*

—Sí, te deseo.

Eso es todo lo que necesita para encenderse. Con dedos hábiles, se asegura de que la tanga caiga al suelo y pueda trabajar libremente. Con una mano me retuerce suavemente el pecho y con la otra me recorre el vientre hasta la cadera. Disfruto cuando me toca, sintiendo cómo él también disfruta esta cercanía entre nosotros. Quiero que tome lo que es suyo y me aprieto aún más contra él hasta que mi culo encuentra el bulto de sus pantalones. Se le escapa un gruñido y responde con un firme mordisco en el cuello. Me empuja hacia delante con fuerza. Me apoyo en el sofá y muevo el trasero hacia él. La mano que antes me acariciaba el pecho ahora me agarra una nalga y la amasa enérgicamente hasta que me duele. Al mismo tiempo, encuentra mi perla y la masajea tan intensamente que la humedad se extiende rápidamente por mi entrepierna.

No hago ningún esfuerzo por ocultar mis gemidos porque quiero que sepa lo mucho que me gusta lo que me está haciendo. Apenas se me escapan los gemidos cuando se aparta y giro la cabeza para ver qué está haciendo. El crujido de la tela es una buena señal. Se inclina hacia la mesa pequeña y coloca allí su pistola plateada. Un camino helado me recorre las venas y me deja en estado de shock. Miro la pistola con miedo, sin prestar más atención a lo que me rodea. Por eso me sorprende cuando su mano se cierra en torno a mi barbilla y la gira hasta que le miro.

—Nunca usaré esta arma contra ti, te lo prometo —Asiento con la cabeza, aunque el shock aún domina mi cuerpo—. Pero la necesito para protegerte.

Me suelta la barbilla y me deja espacio para abandonar la incómoda posición de mi cuello. Sin embargo, nos miramos durante unos segundos más. No reconozco más que deseo y honestidad en sus ojos. *Le creo y espero que cumpla su palabra.* Me vuelvo lentamente hacia el sofá y vuelvo a asomar el culo hacia él, feliz de que entienda mi silenciosa petición. Continúa jugando suavemente con sus dedos, aumentando rápidamente el ritmo y sumiéndome en un frenesí de placer. La palma de su mano golpea con fuerza mi nalga desnuda y deja una ardiente marca. Al

instante, sus movimientos circulares alrededor de mi perla la sustituyen. Cierro los ojos de placer hasta que deja de tocarme, lo que reconozco con un gruñido indignado. Stefano sólo responde con una risa agridulce. Me tira de las caderas con fuerza y su miembro se desliza dentro de mí, acompañado de mi grito por la sorpresa, que sin duda le irrita aún más. Se queda un momento dentro de mí, esperando a que recupere el aliento, antes de acelerar poco a poco el ritmo. Sus embestidas son firmes y me llenan por completo. No busca un ritmo rápido, pero aprovecha su longitud. Al momento, se sale del todo para volver a llenarme hasta el fondo. Me guía la cintura con la mano y vuelve a amasarme las nalgas con la otra. Me hace sentir un dolor sordo que se transforma rápidamente en placer. Aunque me gusta que lo haga despacio, quiero más. Sigo empujando mi culo hacia él lo mejor que puedo e intento aumentar el ritmo correspondiendo a sus embestidas.

—Bueno, ¿te estás volviendo codiciosa? —Su mano plana me da una nalgada con un siseo y mi grito de dolor se mezcla con un gemido—. ¿Así que quieres más? —Me agarra del pelo y me tira un poco hacia atrás, estirándome el cuello.

—¡Sí! —exijo con valentía, y él accede a mi súplica. Sus embestidas se vuelven más rápidas, profundas y exigentes, así que me aferro al asiento del sofá para resistir. Me duelen un poco las manos y, al apoyarme en el suelo de madera, siento un ardor que me quema las plantas de los pies, una sensación que intento bloquear. *No me importa el dolor, es lo mucho que ansío liberarme.*

—¿Qué te parece, Sienna? —Sus hábiles dedos se dirigen a mi clítoris y al instante, todas mis neuronas se concentran en él. *Sí, por favor, sigue.* Me muerdo el labio de lujuria—. Bueno, ¿te quieres venir? —Lo hace sonar como una amenaza y no como lo que quiero—. ¡Sabes exactamente lo que quiero oír de ti!

Mis gemidos resuenan en las paredes mientras mi abdomen se estremece bajo sus caricias. Me siento bien cuando me penetra al mismo tiempo y sus dedos dibujan círculos con destreza.

—Dilo —me insta y vuelve a tirarme del pelo.

—¡Soy TUYA! —Grito literalmente la última palabra, porque en ese mismo instante me invade el clímax y me catapulta fuera de esta realidad. El corazón se me acelera y tengo las piernas como un flan, pero Stefano me sujeta con fuerza y sigue penetrándome. *Mis nervios están tan crispados que literalmente me quemo por dentro.* Unos segundos más tarde, se derrama dentro de mí con un gemido oscuro, haciendo hervir esa sensación tan familiar. Permanecemos en esta posición durante un momento hasta que él se retira y yo puedo rendirme por fin a mi agotamiento. Me hundo feliz en el suelo y apoyo la cabeza en el asiento, completamente abrumada por el orgasmo y mis sensaciones. *El sexo nunca me había parecido tan bueno, tan embriagador y tan vivo como con él.* Nado en un frenesí de sensaciones mientras Stefano se viste y se queda a mi lado. Nuestras miradas se cruzan, pero no aguanto mucho antes de cerrar los párpados de placer y rendirme a las sensaciones de felicidad. Sin embargo, él no me deja estar, sino que me levanta sin más, como ha hecho tantas veces esta noche. *¿Realmente soy tan ligera para que me siga cargando así?* Por supuesto, disfruto recibiendo este cuidado de su parte. El siguiente parpadeo y estamos en un cuarto de baño donde me deja en el borde de la bañera. Con un murmullo constante, la bañera se llena de agua y me sumerge en un calor acogedor.

—Te bañarás ahora para que el frío desaparezca por fin de tu cuerpo. ¿Lo has entendido? —

Su rostro está nublado, como si no quisiera mostrarme lo que sucede en su interior en este momento. Mi conciencia vuelve lentamente a mí y le da la razón. Desde luego, no es sano que siga teniendo frío a pesar de la excitación del sexo, así que sigo sus instrucciones y me meto en la bañera. Me arden los dedos y los pies por los cortes, pero este dolor también pasa y por fin disfruto envuelta en el calor. Cierro los ojos y me olvido por un momento de todo lo que me rodea.

Capítulo 24 - Sienna

—Despierta, *Micina* —*Su* aliento me hace suaves cosquillas en la oreja mientras habla y me estiro en el agua con placer. Tardo en despertarme de mi mundo de sueños, pero me sigue gustando mirar directamente al cálido color marrón de sus iris cuando abro los párpados—. He pedido algo de comer, vístete y ven al salón.

La sonrisa amistosa en sus labios me abruma. Sobre todo, porque es la primera vez que se comporta como un hombre normal y no como mi dueño. Sin embargo, no puedo disfrutarlo mucho tiempo antes de que se retire y salga de la habitación. Tardo un momento en recuperar la compostura para seguir sus instrucciones. Salgo con cuidado de la bañera y descubro una toalla en el taburete de al lado. Debajo encuentro la ropa prometida, incluido un tubo de pomada que estoy segura de que es para mis heridas. Es su ropa, demasiado grande para mí, pero me la pongo de todos modos y saboreo el aroma que me envuelve de inmediato. *Me hace pensar en sus oscuros gemidos cuando se corre. Quiero oírle correrse más a menudo y llenarme al mismo tiempo.* Sólo mucho después me di cuenta de que no utilizamos anticonceptivos, aunque solía prestarles una atención meticulosa. Me doy cuenta de que hay riesgo de embarazo, lo que me preocupa un poco, sobre todo porque no sé qué diría Stefano al respecto. Por otro lado, es un adulto y estoy segura de que es consciente de las consecuencias de no utilizar métodos anticonceptivos. *¿Por qué no tomé ninguna de mis cosas? Después de todo, vivo en la misma casa.* No voy a plantearle estos pensamientos ahora que estamos en esta intimidad desconocida.

En lugar de eso, me ajusto los cómodos pantalones y la camiseta oscura arremangándolos y anudándolos para que no se me caigan. Por último, me hidrato los pies y me pongo los calcetines que me ha dado María, y que había dejado en el suelo antes de bañarme. Dejo los guantes en el taburete. De camino a la puerta, mi mirada se posa en el espejo, que está ligeramente empañado. Me detengo y camino hacia él para mirarme, esperando que no me guste mi aspecto. Sin embargo, lo que veo es mucho peor de lo que esperaba. *Madre mía.*

La jeringuilla debía de contener un analgésico además del antibiótico, porque lo único que siento es una punzada sorda en la mejilla. La imagen en el espejo muestra de manera clara que el dolor normalmente sería mucho más intenso. El lado izquierdo de la cara está completamente hinchado. La piel desde el ojo hasta la barbilla es una mezcla de azul y rojo. Paso con cuidado los dedos por encima, la zona está entumecida. *¿Cómo ha llegado tan lejos? Ya no soy yo.* Se me han abierto los labios del lado derecho y parecen hinchados. Nadie me había golpeado nunca en la cara, así que me golpea el doble ver lo que puede hacer una bofetada fuerte. Stefano no puede haber pasado por alto mi apariencia. *¿Quizás por eso me cogió por detrás, para no tener que soportar mi mirada?* Esto le da al sexo un pálido regusto, porque había pensado que era algo especial estar aquí, en sus habitaciones privadas.

Me tomo un momento para escrutar mi cara antes de separarme. Salgo del cuarto de baño con sentimientos encontrados. El salón está ahora bañado por una luz tenue creada por unas cuantas lámparas en las paredes. Miro a mi alrededor, pero no encuentro a Stefano. *¿Estará en otra habitación?* Rebuscar por ahí no me parece bien, pero no puedo resistir la tentación de echar un vistazo. Me detengo en la pared de libros y descubro marcos con fotos familiares entre los tomos. Una de ellas muestra a una familia feliz, padre, madre y dos hijos, ambos sonriendo alegremente a la cámara. El hombre tiene el ceño fruncido y la sonrisa de la mujer no parece ni de lejos tan

sincera o genuina como la de sus hijos. Es guapa, con su pelo negro rizado y unos ojos marrones que me resultan familiares.

—De alguna manera esperaba que no husmearas cuando te traje aquí —Hay una calidez familiar en el profundo barítono de su voz. Me doy la vuelta con el cuadro en la mano y lo descubro junto al ventanal, apoyado relajadamente en el marco.

—¿Son tus padres? —Él suspira pesadamente, se aparta y viene hacia mí. Me quita con cuidado la foto de los dedos y la vuelve a colocar en la estantería. *Aunque por fuera parece molesto, maneja la foto con mucho cuidado.*

—Sí, esos eran mis padres—Habla de ellos en pasado, confirmando mi suposición. *Así que están muertos, ciertamente no es un destino fácil.*

—¿La echas de menos? —Se me escapan las palabras. En cuanto las digo, me doy cuenta de que me he equivocado de pregunta y su risa burlona no hace más que confirmarlo. No se gira para mirarme, sino que sigue mirando el cuadro de la estantería que tiene delante. *Me doy cuenta de algo más que su fría fachada, porque por primera vez deja que algo parecido al remordimiento y la tristeza se filtre a través de su máscara. Cómo me gustaría abrazarle ahora. Pero, después de todo, no somos tan cercanos, y quizá nunca lo seremos.*

—No, definitivamente no. Mamá era la marioneta de papá y sus maquinaciones. Rara vez se interesaba por nosotros. A menos que fuera para simular la familia perfecta. Poco después de que se tomara esta foto, murió en un atentado contra mi viejo. La bala debería haberle apuntado a él, pero nuestros enemigos pensaron que era un castigo mayor disparar a mamá.

Ahora me he dado cuenta de que, en general, no tiene ningún problema en hablar de la muerte. Sin embargo, para mi gusto, habla con demasiada naturalidad de la muerte de su propia madre. *¿No debería haber algún sentimiento de apego?* Claro, mi madre y yo también estamos a mundos de distancia, pero aun así me entristecería su muerte. *¿O está ocultando bien esta emoción?* Vuelvo al sofá, me acomodo en él y miro su espalda, que parece relajada a pesar del tema tan pesado. *Desde luego, es un maestro ocultando sus verdaderos sentimientos. Pero eso me dificulta aún más conocerle de verdad. Quiero saber más, quiero darle la oportunidad de ser más para mí.* Mientras lo miro con atención, se vuelve hacia mí, su expresión aún sombría, subraya las palabras que siguen.

—Nuestro padre murió hace siete años. Le disparamos —Es bueno ocultando sus sentimientos, pero esta vez no consigue desterrar la oscuridad de sus ojos. Trago saliva y pienso detenidamente mi respuesta.

—¿Qué quieres decir con *nosotros*? ¿Tú y Vincenzo? ¿O sus hombres? —Una sonrisa burlona se dibuja en sus labios antes de rodear el sofá y apoyarse en el respaldo, a un buen metro de mí.

—No dejas un trabajo así a tus hombres. Era algo personal y, por lo tanto, trabajo tanto de mi hermano como mío. Aunque Vincenzo se limitó a mirar la mayor parte del tiempo —Ahora evita mi mirada, y quizá sea lo mejor. Porque la sorpresa está escrita en mi cara. Una cosa es ser un asesino a sueldo o el jefe de un clan mafioso, pero matar a tu propio padre es otra.

Miro remotamente la pistola que hay en la mesilla junto al sofá. *¿A cuánta gente ha matado con esta pistola?* Contemplo hipnotizada el metal plateado de este objeto mortífero. Mis pensamientos se remontan al momento en que el cañón se apoyó en mi cabeza y me presionó fríamente el cuero cabelludo. En mi memoria, vuelvo a oír el disparo que acabó con Jacob. En

cualquier caso, ahora me digo que fue una liberación. Durante los últimos días, aquella noche se había ido desvaneciendo cada vez más en el olvido, pero ahora vuelve a estar cerca y es ineludible. Siento un escalofrío de miedo apoderarse de mí. *Cada día que pasa, mi antigua vida se desvanece en la bruma del pasado y deja paso a una nueva. Una existencia en el círculo de la mafia, una realidad a su lado.* Dos dedos se colocan bajo mi barbilla y arrancan mi mirada de la pistola, de vuelta a los ojos marrones de Stefano, mi dueño. Lo loco es que eso es exactamente lo que quiero ahora: pertenecerle.

—Esta arma es de protección, ya te lo he dicho. No volveré a apuntarte.

Tímidamente, me suelto de su agarre y pongo distancia entre nosotros deslizándome hacia atrás en el sofá. Él sólo comenta mi reacción con un movimiento de cabeza.

—Ya deberías saber quién puede ser peligroso para ti en esta casa, y ese alguien no soy yo — Como si lo hubiera ordenado, pasó inmediatamente los dedos por mi mejilla, haciendo que sus facciones se endurezcan—. Ni siquiera él volverá a tocarte, te lo juro —Ahí está de nuevo, la voz helada del asesino—. Ha visto lo que le hice a nuestro padre y ya sabe que no le dejaré salirse con la suya. Créeme cuando te digo que sería muy estúpido si volviera a tocarte.

Nos miramos en silencio y no puedo evitar confiar en sus palabras. Aunque no sé si lo hago porque confío en él o porque realmente creo que es verdad. Pasan los segundos en los que estamos en silencio y no nos movemos, sólo nos miramos. Escrutando, cuestionando y esperando al mismo tiempo, me parece a mí. Por fin, unos golpes en la puerta interrumpen el íntimo momento.

—Quédate ahí —me dice con severidad mientras toma su pistola. Se dirige a la puerta, de la que sólo puedo ver una pequeña rendija. Observo preocupada cómo la abre y saluda a la persona que tiene delante en italiano, que me suena ligeramente molesto. Oigo otras dos voces además de la de Stefano, una de ellas femenina. Es la misma mujer que finalmente entra y camina junto a él hacia la mesa del comedor. Es una joven vestida de criada, incluso con una cofia que cubre al menos parcialmente su pelo rubio. Coloca una gran bandeja con varios platos en la enorme mesa de madera situada justo enfrente de mí, junto a la entrada. Mientras tanto, guardo silencio y la observo. Uno a uno, extiende los platos sobre la mesa y permanece de pie junto a ella, de espaldas a mí. Aún no se ha fijado en mí, aunque estoy sentada en el sofá, a pocos metros de ella. *Quizá está acostumbrada a ver invitados aquí y simplemente me ignora.*

Mientras tanto, Stefano charla con un hombre en la puerta y no parece preocupado por la presencia de la criada. La criada, sin embargo, tiene intenciones muy claras, a juzgar por la forma en que se ajusta la ropa y se sube la falda hasta dejar al descubierto la base de sus nalgas. Siento una breve tentación de aclararme la garganta, pero decido no hacerlo y continúo observándola. Hasta ahora sólo he visto su cara de perfil. Es guapa, delgada y alta. *Básicamente, exactamente lo que quieren los hombres, ¿no?* Stefano ha terminado su conversación y cierra la puerta antes de volver. Esto me confirma que no planea despedirla pronto, así que, ¿qué está tramando? Se detiene justo delante de ella.

—Hola, Tereza —la saluda, y ella baja inmediatamente los ojos en señal de sumisión. Se arrodilla lentamente y se abre la blusa por un cierre lateral, ofreciendo literalmente a Stefano sus turgentes pechos. Ella le contesta en voz baja en italiano, lo que hace que su sonrisa se haga más grande—. Date la vuelta —ordena en tono imperioso. Ella se gira inmediatamente y me mira

sorprendida. Mientras tanto, Stefano se inclina hacia ella de tal forma que su cabeza se acerca a su oído—: Esa mujer es mía. Es todo lo que necesito. Tus servicios me resultaban atractivos, pero ahora ya no te necesito. —Su mirada se dirige brevemente hacia mí antes de volver a Tereza—. Deberías irte ya.

Ella sigue sus instrucciones inmediatamente. *Así que ella es realmente una de las que lo ha atrapado. No me sorprende que haya unas cuantas, en esta casa, pero sus palabras de hace un momento eran claras: sólo me quiere a mí.* Ni Stefano ni yo seguimos a Tereza con la mirada, sino que nos miramos fijamente. Hasta que la puerta se cierra de golpe y él la sigue. Respiro aliviada al cerrarse el pestillo de la puerta, aunque sé que estoy segura en presencia de Stefano sin la puerta cerrada. *Lo único que podría ser peligroso para mí es este apuesto italiano de aire siniestro, pero hace tiempo que me he enamorado de este tipo de emociones.* En cuanto sale del corto pasillo, sus ojos encuentran los míos. Me retienen hasta que se pone delante de mí. No me muevo, esperando, ansiosa por ver qué trama. Se inclina hacia mí hasta que la punta de su nariz casi toca la mía y ya no puedo escapar de su mirada.

—Me encantaría apretar mi miembro entre tus labios ahora mismo. Pero después de lo que mi hermano le ha hecho a tu preciosa cara, eso sería un castigo —Sus dedos se deslizan suavemente por mi mejilla herida y recuerdo la visión de mi reflejo en el espejo. Me parecía extraño y distorsionado. Cierro los párpados para bloquear la imagen y siento su aliento contra mis labios. Me relamo los labios para hacer más perceptible la suave bocanada de aire, pero me sorprende cuando rápidamente agarra la punta de mi lengua con los dientes y empieza a mordisquearla hasta que finalmente posa sus labios sobre los míos. Delicados y cuidadosos, como un soplo de aire, y sin embargo tan presentes, como si fuéramos uno. Su lengua envuelve la mía antes de penetrar más profundamente y acariciarme con su dulce sabor a miel. Es bueno besando. Solo por eso, este momento me parece tan especial que olvido por completo lo avergonzada que estaba de mi herida hace tan solo unos segundos. Me mordisqueea la parte sana del labio, para volver a sumergirse en mi boca y envolverme con este suave juego de lenguas. Finalmente, me lleva hasta el punto en que suspiro suavemente y siento cómo sonrío en respuesta. Al parecer, ése era exactamente su objetivo, ya que ahora se aparta y me deja con los pensamientos nublados.

—Levántate —me exige con severidad, a pesar de que aún me estoy deleitando con la embriaguez de mis emociones. Sigo sus instrucciones y me levanto sin contemplaciones hasta estar de pie en el suelo, a su lado. Me mira a los ojos con una expresión velada de lujuria, sus dedos ya se abren paso bajo la tela que envuelve mi cuerpo. Acaricia suavemente mi cintura, haciéndome desear más a pesar del leve roce. Una de sus manos se desliza por mis calzoncillos hasta introducirse entre mis labios vaginales, donde cierro los ojos de placer. Su gruñido de aprobación sigue excitándome mientras acaricia y extiende mi humedad.

—No sabes lo que me estás haciendo —*Oh, sí, supongo que sí, exactamente lo mismo que tú haces conmigo.* Tan rápido como llegaron, sus dedos vuelven a desaparecer, aunque anhelo más. En lugar de eso, sus manos agarran la cintura de mis pantalones y los bajan junto con mis calzoncillos en un suave movimiento. Su mirada, que se posa entonces en mi centro, me excita y hace que mis pezones se endurezcan para él. *¿Podré saciarme alguna vez de este hombre?* No es de extrañar que poco después mi top caiga al suelo y vuelva a quedarme desnuda delante de él.

Ya no me avergüenzo, sino que disfruto viendo el deseo en sus ojos. Su deseo por mí. Sus manos me agarran el culo y lo aprietan con fuerza. Mis gemidos se ahogan en cuanto vuelve a

acercar sus labios a los míos. A continuación, su lengua reclama mi boca. Ha tirado la dulzura por la borda y me devora con sus besos con la misma urgencia que sus manos amasan mi culo. Incluso cuando se detienen, sus tormentosas caricias con la lengua no cesan y yo me entrego a ellas con mucho gusto. De reojo, veo cómo me levanta y me tumba en el respaldo del sofá. Mis manos cobran vida propia y araño su camiseta, a pesar de mis heridas, para acercarlo a mí. Hasta que el bulto de su pantalón presiona mi pubis y dejo escapar otro gemido, que él detiene de inmediato con sus labios. Aunque sólo nos estamos besando, visualizo en mi cabeza cómo sería si se desnudara y se zambullera dentro de mí. Intento alcanzar su cinturón con los inquietos movimientos de mi mano, pero él me las sujeta con fuerza.

—Me gusta mucho que me muestres lo que quieres. Aun así, soy yo quien tiene el control — Su voz es un zumbido bajo que vibra contra mis labios, tan cerca como él se cierne sobre ellos con los suyos. En lugar de tomarme de nuevo, se retira y hunde los dedos en mis muslos. Los separa aún más antes de ponerse en cuclillas frente a mí, deteniéndose justo delante de mí centro instantes después. *Si hace lo que sospecho, no duraré mucho antes de explotar.* Observo cómo me mira y al mismo tiempo siento su cálido aliento en mi perla, que se estremece de anticipación. Se lame los labios con fruición mientras sigue mirando mi centro. ¿Sabe que me está volviendo loca?

—Irresistible —dice con voz ronca. No puedo evitar reírme burlonamente, aunque también me excita que me describa así.

—¿Te parece gracioso? —Su ceja se alza divertida, aunque la lujuria se refleja en sus iris y me invita repetidamente a jugar.

—Sí, más o menos —A estas alturas estoy tentada de desafiarle, esperando embelesada a ver cuál es su reacción. Se levanta, se inclina hacia mí, sus manos encuentran mis pechos y los amasan hasta que mis pezones sobresalen con fuerza.

—¿Qué pasa con esto? —me pregunta con voz sombría. Sus dedos se aflojan y acarician un camino hasta mi ombligo, para deslizarse directamente hacia abajo y detenerse sobre mi entrepierna. Cierro los ojos, expectante—. ¿Eso también es divertido? —me reta, acariciándome de un lado a otro justo arriba de mi clítoris. Me muerdo la lengua para no emitir ningún sonido —. ¿O esto? —Nada más pronunciar las palabras, sus dedos talentosos atraviesan mis labios inferiores.

Encuentra infaliblemente mi punto más sensible, que de inmediato se calienta con entusiasmo. Lo acaricia con movimientos circulares, y estoy segura de que su mirada está fija en mi rostro todo el tiempo. Como quiero entregarme por completo a este momento, mis labios permanecen cerrados. *Disfruto provocándole y exigiéndole nuevas reacciones.*

—Bueno, *Micina*, ¿aún te parece gracioso? —Aumenta la velocidad y la presión al mismo tiempo, de modo que ya no puedo contener mis gemidos y resuena su profunda carcajada.

—Lo sabía —gruñe, y sus dedos vuelven a desaparecer, lo que me hace abrir los ojos de asco.

En el mismo momento, le veo lamerse esos mismos dedos y acabar por sacarme de mis casillas.

—Caliente y delicioso, así es como me lo imaginaba —responde a mi inspección. Se lleva los labios a uno de mis pezones para chuparlo y luego maltratarlo con los dientes. Gimo fuerte al sentir el dulce dolor—. Así de simple. Quiero que todo el mundo oiga que disfrutas con lo que te

hago —Le miro bajo un velo de lujuria y su sonrisa triunfante me deja sin aliento.

—Eres mía, Sienna. Quiero saborearte, oírte gritar y sentirte. Eres mía, y todo lo que es mío lo defenderé hasta la muerte —Su voz ha vuelto a adoptar esa dureza helada, pero sigue sin llegar a mi interior y rebota en mí.

Ahora sé que su ira no va dirigida contra mí, y eso es suficiente para evitar que la presencia de su lado oscuro interfiera en mi lujuria. De todos modos, su necesidad de hablar parece satisfecha, porque vuelve a arrodillarse y separa mis muslos para poder apretar sus labios contra mi perla. Todo sucede tan rápido que estoy literalmente hirviendo de pasión. Me devuelve con facilidad a la niebla de la excitación divina, donde sólo estamos nosotros dos. Su lengua, exigente, envuelve el centro de mi lujuria y lo masajea con salvajes lengüetazos, catapultándome a nuevas alturas. Al ritmo que marca, mis músculos empiezan a crispase y mis miembros se vuelven pesados. Mi respiración es entrecortada, aunque gimo más de lo que respiro. Se separa brevemente para mirarme.

——Para que quede claro. Yo te diré cuándo te puedes venir, y aún no te he dado permiso —Me encuentro con su mirada seria y expectante.

—Si sigues así, no podré detenerme —respondo aturdida. Su sonrisa traviesa me envuelve. Observo, hipnotizada cómo se relame los labios con fruición, sin dejar de mirarme ni un momento. La excitación me recorre las venas y lo único que deseo es llegar al orgasmo, pero lucho por controlarme.

—Puedes y lo harás —Es todo lo que tiene que decir para arrastrarme de nuevo a la vorágine de la lujuria hasta que me quedo dormida. Incapaz de pensar más en lo que me está pasando. Todo lo que quiero es a Stefano, incluso si eso significa que soy suya para siempre.

Capítulo 25 - Stefano

El cansancio acumulado se apoderó de ella en cuanto la llevé al clímax. En realidad, no tenía intención de parar, pero pude ver claramente en sus ojos que estaba al límite de sus fuerzas. Así que la dejé en paz y la envolví en una manta. Ahora Sienna duerme felizmente en el sofá mientras yo me siento frente a ella y la observo en silencio. Hace media hora, mis hombres me informaron de que mi hermano se había ido a Niza y que tendría algo de paz y tranquilidad sin él. Aunque, de todas formas, creo que su antipatía por Sienna se ha disipado por el momento. En primer lugar, porque no se atreverá a cruzar mis límites de nuevo. Pero también porque se traerá un juguete nuevo de Niza si sus esfuerzos tienen éxito. Cómo deseo para él que la pequeña Giuliana sea tan dura y desconfiada como el resto de su familia. Se lo merece por haberle hincado por fin el diente a una mujer.

Eso es lo que hace interesantes a los personajes femeninos. Eso es lo que siempre me ha aburrido de los trofeos. Son como marionetas, muñecas que sólo están ahí para complacerle a él o a mí. Es atractivo la primera vez, pero después se vuelve aburrido. Por eso es importante para mí que Sienna mantenga su propia voluntad y se entregue libremente. Quiero conquistarla y, al mismo tiempo, mostrarle lo que puedo ofrecerle. A estas alturas, sin duda ha sobrepasado uno o dos de sus límites y, sin embargo, es insaciable. Nunca he lamido a una mujer sin recibir algo a cambio, pero se lo he hecho y lo he disfrutado igualmente. Mi miembro me odia ahora mismo, pero espero que ella me devuelva el favor cuando tenga la oportunidad. Después de todo, me sorprendió antes cuando se presentó ante mí con tanta confianza. Le hice deliberadamente la oferta de cambiarse aquí para disfrutar de la vista de su cuerpo. Sin embargo, no esperaba que me pidiera que la ayudara a desnudarse. Me pilló completamente por sorpresa y me hizo tirar por la borda mi principio de llevar siempre la voz cantante. Había planeado nuestro primer encuentro sexual de forma muy diferente y desde luego no en este momento, herida, magullada y agotada. Pero ella lo quiso así y no pude resistirme a la oferta. Sólo eso la convierte en una excepción, porque Sienna consiguió que me plegara a sus deseos y pusiera mi lujuria por encima de mi control.

Sin embargo, lo que está inequívocamente claro es que nadie más que yo puede volver a tocarla. Cualquiera que lo intente, incluso mi propio hermano, conocerá el cañón de mi pistola. Lo digo absolutamente en serio: la protegeré, incluso con mi vida si es necesario.

Capítulo 26 – Sienna

Los rayos del sol juegan en mi cara haciéndome cosquillas y me vuelvo hacia un lado para evitarlos, solo para abrir los ojos sobresaltada. Estoy tumbada en una cama cuyas suaves sábanas me envuelven en un calor acogedor, pero no es eso lo que me ha hecho estremecerme. No, es la presencia de otra persona a mi lado. Ahora que mi vista se adapta lentamente a la luz brillante, reconozco a Stefano a mi lado, que parece dormir plácidamente.

Esta imagen me confunde tanto que no puedo evitar mirarle fijamente, observando cómo descansa a pocos centímetros de mí. Dios, parece tan normal e inocente. Nadie sospecharía que este hombre tan guapo es un sicario de la mafia. *Excepto quizá yo, después de todo sé exactamente lo que le hizo a Jacob.* Sí, mi conciencia no puede ser engañada en este sentido, aunque intente suprimir el hecho de que Stefano es un asesino. Una gran parte de mí, a la que ahora he negado toda decencia, sólo quiere ver a Stefano como un hombre con el que disfrutar. Ahora me doy cuenta de que el sexo de mi vida anterior era ron barato de supermercado y ahora se me ha permitido probar el ron de una destilería fina. El ron que te hace arder la garganta con su suave sabor a vainilla antes de extenderse cómodamente por tus venas y hacerte sentir que todo es perfecto. Al mismo tiempo, hay algo más, me siento en casa. Por primera vez en mi vida, y eso que sé que es una falacia. Me encantaría ser la mujer a su lado, pero no cederé a la idea errónea de que soy suficiente para él. Soy simplemente nueva e interesante. Hay una docena de señoras esperando en la otra ala de la casa que harían cualquier cosa por intercambiarse conmigo ahora. Un día probablemente seré una de ellas. *¿Podré soportar ser una de tantas?*

Stefano, a mi lado, se remueve, y solo entonces me doy cuenta de que tiene la mano apoyada en mi muslo. Sus dedos se mueven ligeramente, acariciando mi piel desnuda, lo que hace que mi deseo aumente de inmediato. Cierro los ojos y trato de ralentizar mis acelerados latidos, porque seguramente ha sido un roce accidental. *¿O no?* Las yemas de sus dedos vuelven a moverse y dibujan círculos, acercándose claramente a mi ahora palpitante centro. Me muerdo el labio para ahogar cualquier sonido, después de todo, no quiero dejar estas sábanas antes de lo necesario. A más tardar, el susurro a mi lado y el balanceo del colchón bajo sus movimientos revelan que ya no está felizmente dormido. No obstante, me aferro a mi juego y no me muevo, muy consciente de que esto no pasará desapercibido.

—Abre los ojos, *Micina* —Su voz es áspera y pesada por el sueño. Por un momento siento la tentación de seguir su invitación, pero al final no lo hago y espero, ansiosa por ver qué hace ahora. Mientras tanto, sus dedos han dejado de dar vueltas y se quedan como un gato al acecho, justo debajo de mi entrepierna. Ya me he dado cuenta de que estoy completamente desnuda después de despertarme, lo que no facilita nada la situación actual—. *¿Quieres jugar?*

Ahora le oigo cerca de mi oído y siento su cálido aliento en mi cuello. Ahora suena despierto y la profundidad de sus palabras me seduce. El colchón vuelve a tambalear y la sábana ya no me cubre el cuerpo. En cuanto el aire fresco me besa la piel, se me pone la carne de gallina en brazos y piernas y sigo resistiendo la tentación de abrir los párpados. Su mano ha desaparecido y, sin embargo, siento que sigue cerca. Probablemente está mirando mi cuerpo desnudo, que le ofrezco como un regalo. *¿Le gusta lo que ve?* Cuando por fin vuelve a tocarme, son sus dedos los que rodean mi cintura y tiran de mí hacia abajo. Hasta que la parte inferior de mis piernas sobresale por encima del extremo de la cama y su dura punta presiona contra mi centro.

—Cuando te tumbas delante de mí tan a gusto, se me quitan las ganas de jugar —me dice bruscamente, para acto seguido penetrarme sin previo aviso, rompiendo mi silencio. Establece un ritmo rápido, que complementa con movimientos exigentes que me pillan completamente por sorpresa. Alterno constantemente gritos y gemidos. Sus dedos se clavan en mi entrepierna para que no pueda apartarme y su miembro me golpea en lo más profundo hasta hacerme vibrar literalmente de excitación. Me adapto rápidamente a su ritmo y recibo sus embestidas para convertir el dolor en placer.

—Joder, ¿por qué estás tan tensa? —gime, dándome una idea desagradable. Tenso el abdomen y me aseguro de que se aprieta más dentro de mí, lo que él reconoce con un gruñido—. Pequeña bestia.

Pero en lugar de aminorar la marcha, vuelve a aumentar el ritmo y se introduce tan profundamente dentro de mí que me siento abrazada por dentro. Estoy disfrutando tanto de las efervescentes sensaciones que vuelvo a relajar mis tensos músculos para dejarle de nuevo el control. Ni siquiera eso importa ahora, ya que la lujuria de mi interior tira y empuja cada vez más hacia el precipicio hasta llevarme al abismo redentor. Con su mano izquierda, me agarra inesperadamente del cuello y me saca el aire. Ese es el momento en que abro los ojos y le miro. Su cuerpo tonificado se tensa bajo sus rápidos movimientos. Sus rizos marrones caen ligeramente sobre su frente y, sobre todo, sus iris oscuros me devoran. La falta de aire no es un problema ahora. Me dejo atrapar literalmente por su mirada y le permito que me conduzca con placer hacia el abismo, por el que nos precipitamos juntos poco después. Sólo entonces sus dedos se aflojan y puedo volver a respirar libremente, pero no me importa eso ni mucho menos si alguien ha oído mi grito. En este momento, lo único que importa es que quiero quedarme al lado de Stefano para siempre. Se separa de mí y se hunde en las sábanas a mi lado. Su pecho sube y baja rápidamente.

—Quiero esto, para siempre —suelto sin pensar, asegurándome de tener toda su atención. Continúo hablando rápidamente antes de que pueda interrumpirme. Porque me doy cuenta de que no quiere oír esas palabras—. Te quiero a ti, sólo a ti, sólo para mí. No quiero ser un trofeo, no quiero que me compartan y no quiero compartirte. —Por el rabillo del ojo, noto las profundas arrugas que se forman en su frente mientras me escruta en silencio—. ¿Qué tiene de malo si es algo más que sexo?

Esta frase es probablemente el momento en que se convierte en demasiado para él. Porque se da la vuelta y se pone rápidamente en pie. Le miro, pero ya tiene el teléfono móvil entre los dedos y está tecleando en él. Me ignora por completo.

—Claro que lleva tiempo, y soy paciente si todo sucede demasiado rápido para ti —le respondo, aunque no quiero. Su rechazo me golpea más fuerte de lo que esperaba, así que intento salvar al menos un poco de lo que hay entre nosotros. Se acerca al gran armario que hay frente a la cama. Saca un trozo de tela y me lo lanza.

—Ponte esto —me exige con voz gélida y sigue dándome la espalda. Dudando, accedo a su petición y me pongo la camiseta negra, que al menos me cubre el culo gracias a su longitud—. Jonah te recogerá en cinco minutos y te llevará de vuelta a los otros trofeos, a donde perteneces.

Ahí está, el desaire que esperaba. No quiere comprometerse, y aun así pronuncié esas palabras, esperando que hubiera algo entre nosotros. *Qué estúpida he sido.* Trago saliva y me

dirijo a la puerta para esperar a Jonah en el salón, pero me detengo en el umbral.

—Sabes, ya me esperaba esta reacción y, sin embargo, quería decir las palabras porque las últimas horas contigo han sido especiales, al menos para mí.

Lo dejo así, porque ya está todo dicho. Pasan unos minutos hasta que llaman a la puerta y Stefano pasa junto a mí desde el dormitorio hasta la puerta. Los dos intercambian brevemente unas palabras en italiano, asegurándose de que no los entiendo. Finalmente, abre la puerta del todo y me indica el camino. Si esperaba que me escabullera como una mujer abatida, se equivocaba. Le frunzo el ceño a cada paso, llevando la camisa como un vestido, orgullosa, sin vergüenza ni necesidad de esconderme. *No, querido, no me has roto, sólo me has mostrado lo que ya sabía. Stefano es exactamente el hombre que necesito, el hombre que anhelo. Pero no quiere comprometerse, y eso lo convierte en mi infierno personal.*

—Hola, Jonah —le saludo amistosamente, y él me mira confuso.

Pero tampoco dejo que eso me afecte y paso de largo, de vuelta al que se supone que es mi lugar. Es obvio que no estoy de acuerdo con esto, pero de momento no tengo poder para cambiarlo. Las últimas horas me han demostrado que hay algo entre nosotros, y eso es exactamente lo que Stefano necesita ver, sólo que aún no sé cómo lograrlo.

Capítulo 27 - Stefano

¡Joder, qué ha sido todo eso! Dejé que Sienna se acercara demasiado a mí, le mostré demasiado de la parte de mí que no está completamente destrozada. Pero no es culpa mía, nunca debí tratarla de forma especial. Sólo por prometer protegerla, le permití más que a nadie. Nunca debí traerla aquí, a mi habitación, a mi retiro. Las pocas mujeres que han estado alguna vez en estas habitaciones tenían que irse inmediatamente después del sexo, pero yo le permití más. Nunca antes una mujer había dormido en mi cama, y ahora su olor se adhiere a las sábanas y se burla de mí. Por más que repaso mentalmente las últimas horas, sigo sin poder darle la razón a mi hermano. Para mí, ella nunca será como los otros trofeos. Creo que lo que me asustó no fue lo que dijo, sino lo que sentí en el momento en que escuché sus palabras. Al igual que ella, quiero ese tipo de cercanía, pero no es para mí, es demasiado peligroso, tanto para Sienna como para mí.

Paso media eternidad en la ducha, pero el agua fría no consigue liberarme de sus pensamientos. *¿Por qué no puedo quitármela de la cabeza?* Me burlo de mí mismo con esta pregunta, porque es obvio por qué ha capturado mi mente. Sienna es diferente, su coraje y confianza en sí misma la hacen fuerte y lo demuestra con algo tan simple como su forma de caminar. Muchas habrían bajado la mirada con vergüenza e intentando taparse, pero a ella no le importó que sólo llevara una camiseta. Tampoco el hecho de que simplemente la echara sin explicaciones. Y eso es exactamente lo que la hace atractiva para mí. Estoy bastante seguro de que lo que hice le hizo daño, aunque me miró como si fuera ella quien pudiera decidir. La expresión de su cara me persigue y me provoca de nuevo. Golpeo con fuerza las baldosas con el puño, pero el dolor punzante de mi mano no deja que las imágenes desaparezcan. Sin embargo, soy yo quien quiere controlarla. *¿Cuándo ha adquirido exactamente este poder sobre mí?* Tengo que salir, algo de trabajo me distraerá y, con un poco de suerte, me hará olvidar.

Me seco rápidamente, saco del armario unos vaqueros negros y una camiseta gris oscuro y me los pongo. De camino a la puerta, me calzo los zapatos y cojo la pistola de la mesita antes de salir del salón. No aguanto más estar aquí, este ha sido mi mundo perfecto durante los últimos años y ahora ella lo ha destruido con solo dos frases. *Te quiero a ti, sólo a ti, sólo para mí. No quiero ser un trofeo, no quiero ser compartida y no quiero compartirte.* Nunca se trató de lo que quieren las mujeres. Aunque Sienna sea algo especial, tampoco cambiará mis principios.

Nada más entrar en el vestíbulo, noto la inquietud de los presentes. Los criados corretean agitados y mis hombres se agrupan. Me dirijo hacia ellos con determinación, pero se callan en cuanto notan mi presencia.

—¿Qué pasa? —pregunto en un tono autoritario que sólo tolera una respuesta directa.

—Vincenzo ha vuelto —responde Jonah, mirándose los pies.

—¡¿Y qué?! —Mi humor no es particularmente bueno después de esta mañana y su vacilación me irrita.

—Junto a ella —Es ahora Elías quien me habla.

—¿Y a eso se debe tanto alboroto? —pregunto sombríamente, ante lo cual los ojos de todos caen al suelo, sólo Víctor se atreve a mirarme de nuevo.

—No es tan educada y civilizada como esperaba —dice con una sonrisa, expresando lo que probablemente sea el núcleo del malestar. Como para enfatizarlo, oigo los gritos airados de una mujer y poco después algo que se rompe. Todos en la sala de recepción se quedan inmóviles y bajan la mirada confundidos, mientras yo sonrío. Le doy las gracias a Víctor en el hombro y dejo atrás a mis hombres para dirigirme a la sala verde. Dos de los hombres de Vincenzo esperan en la puerta y me miran amenazadores.

—¡Abran! —les ordeno, y cuando no reaccionan de inmediato, pongo cara severa.

—Bueno, ¿Lo harán pronto? ¿O tengo que obligarlos?

Deliberadamente despacio, me echo la mano a la espalda y saco mi pistola. Pero antes de que pueda apuntar a uno de ellos, los dos monos saltan hacia la puerta y la abren de un tirón.

—Bien —les digo a los dos y entro en la habitación, que parece un campo de batalla.

El suelo de la habitación está lleno de cristales rotos y otros restos de suciedad. Al parecer, nuestra invitada más reciente ha desmontado todo lo que ha encontrado y lo ha esparcido por todo el suelo de madera. No sólo hay astillas de los jarrones, sino también páginas de libros y plumas de los cojines de los sofás. La habitación verde, llamada así por su combinación de colores, está completamente patas arriba. Mientras tanto, encuentro a la creadora de la obra junto a la ventana. Probablemente esté pensando en cómo deshacerse de los barrotes que hay delante del cristal para poder desaparecer, pero no lo conseguirá.

—Hola —la saludo con calma. De un tirón, se da la vuelta para mirarme y tengo que admitir que está mucho más buena que en las fotos. Su piel bronceada, sus labios rojos, combinados con su pelo negro y sus ojos oscuros, una belleza picante. Lo que no se ve es el fuego que arde en sus iris. De nuevo, sonrío al pensar que mi hermano no ha elegido a una mujer fácil de romper como su última conquista. No le envidio que le arranque los dientes a Giuliana y que ella le enseñe lo que es no salirse con la suya. *Igual que conmigo y Sienna*. Unos días más y ella se acomodará a su papel y se mantendrá a salvo. Me pregunto cuánto tardará la mexicana de Vincenzo. Me mira deliberadamente y cruza los brazos delante del pecho.

—¿Quién eres tú? —responde, también en inglés, con acento mexicano. No se me escapa su tono enfadado, que da a entender que no me quiere aquí. *Chica, yo no soy tu problema, créeme*.

—Stefano Gambino. Estás en mi villa —Se ríe exageradamente.

—¿Tu villa? ¿No se parece más a la de tu hermano mayor? —Se acerca a uno de los sofás verdes del salón y se sienta en él. Me observa con ojos desconfiados. Sólo ahora me fijo en el vestido de noche negro que lleva. Lleva el pelo suelto, lo que no va para nada con su aspecto elegante. Sin embargo, no hace más que acentuar su atractivo visual. *Una belleza en las garras de mi hermano*.

—¿De verdad crees que hay alguna diferencia? Mi villa, su villa. Mis chicas, sus chicas. ¿Entiendes? —Levanto una ceja desafiante y ella parece darse cuenta de lo que quiero decir. Pero estoy jugando con cartas marcadas. Aunque Vince vive según este principio, no voy a compartir a Sienna con él ahora. Los ojos oscuros de Giuliana brillan de odio, haciéndome casi reír a carcajadas. *Oh, cómo le va a complicar la vida a Vincenzo esa fiera*.

—Bueno, no me importa lo que compartan. No voy a hacer el conejito de ninguno de los dos, eso es seguro —Me deshago de sus palabras con una sonrisa burlona.

—¿De verdad crees que tienes algo que decir? —Levanta la cabeza con confianza y entrecierra los ojos en cuanto me mira. Sin embargo, es lo bastante lista como para mantener una distancia prudencial. *Chica lista, parece que tu tío no te ha dejado completamente a oscuras sobre nosotros.*

—Ya lo verás —Cruzada de brazos, me mira atrevida y orgullosamente a los ojos, y debo admitir que me gusta su actitud. No es una mujer tímida que se abre de piernas voluntariamente. A ver cuánto tiempo mantiene estos valores cuando Vincenzo empiece con sus juegos depravados. Espero de verdad que no deje que la destroce, pero con Vince nunca se sabe hasta qué punto acabará estropeando sus trofeos. Ella es sin duda su tipo.

—Estoy deseando ver cómo te enfrentas a mi hermano —Con una sonrisa benévola, me doy la vuelta y llamo a la puerta principal para que los perros guardianes vuelvan a abrirla.

—¿Ya está? ¿No quieres probar suerte conmigo? —Sus palabras suenan como un reto, uno que me atrae. Pero no es lo que yo quiero.

—No. Ya tengo una fiera que no se deja llevar como yo quiero, no le envidio nada a mi hermano. Por favor, enséñale lo que es no conseguir lo que quiere.

Se ríe a carcajadas cuando me abren la puerta y la dejo atrás en su prisión verde. Su risa me acompaña unos pasos más por el pasillo y luego se adentra en mis pensamientos. No estoy seguro de si se estaba burlando de mí o si realmente le gusto mi comentario. Lo que está claro, sin embargo, es que la chica será el mayor reto de Vincenzo.

Capítulo 28 - Sienna

—Pónganse guapas, chicas, que dentro de dos horas nos esperan abajo en la fiesta —La voz alegre de Rosana resuena con fuerza por los pasillos para que todo el mundo oiga su exclamación.

Salgo de mi habitación por primera vez desde que me trajeron esta mañana y me reúno con las demás en la sala de estar. Rosana disfruta siendo el centro de atención.

—Nuestro estimado líder ha regresado de su viaje y va a dar una fiesta esta noche para celebrar su éxito. Cada una de nosotras debe asistir y celebrarlo con él. Nos recogerán a las seis, así que deben estar preparadas para entonces.

Da una palmada de alegría y, entre ruidosas charlas, las chicas se dispersan a paso tranquilo. Yo también me dirijo al pasillo de mi habitación, pero antes de llegar me detiene Isabella. Me vuelvo hacia ella de mala gana y me encuentro con sus dedos señalándome.

—Una advertencia bien intencionada para ti. ¡Estas fiestas no son tranquilas! Vincenzo da mucha libertad a sus hombres. Así que, si no quieres que uno de ellos se te acerque demasiado, procura no destacar —La miro con el ceño fruncido.

—¿Qué te hace pensar que voy a ir? —Me mira escéptica durante unos segundos y luego se ríe a carcajadas hasta que se da cuenta de que no me estoy riendo con ella.

—Oh, por favor, de verdad. Estás aquí otra vez, así que Stefano debe haber perdido el interés en ti bastante rápido —Me alejo de ella y cruzo mis brazos delante del pecho.

—No lo creo —A Isabella no le impresiona mi objeción.

—Piensa lo que quieras, pero eso no cambia el hecho de que ahora eres un trofeo más, y eso significa que tienes que presentarte a la fiesta. Hazte un favor y prepárate a tiempo, porque si no vienes de buena gana, vendrán por ti —Sacudo la cabeza.

—Eso ya lo veremos —respondo con rebeldía, lo que ella reconoce con un movimiento de cabeza—. Además, ¿por qué debería hacerte caso? Después de todo, te entusiasmó tanto chupársela a Stefano en la biblioteca —digo bajando los ojos.

—Ya te he pedido perdón por eso. Vincenzo me drogó, ni siquiera me di cuenta de lo que había hecho —Ahora que vuelvo a oír sus remordimientos, es difícil seguir culpándola—. Como la mayoría de nosotras, vengo de un mundo en el que tenía que servir a hombres diferentes cada día. Así que déjame darte un consejo más —Da un paso hacia mí y me toca suavemente el brazo—. No seas ingenua, Sienna, ya no le importo y ahora no hay nadie que te proteja. Tienes que asegurarte de que no te pase nada —Con estas palabras, me deja allí plantada y desaparece.

¿Es eso realmente cierto? ¿Ya no le importo? ¿Soy sólo otro trofeo para él? ¿Una mujer que satisface sus deseos cuando lo necesita y le espera en caso contrario? Sólo de pensarlo me duele más de lo que me gustaría admitir. Me alejo de los pensamientos melancólicos y vuelvo a la habitación, sólo para mirar al vacío de nuevo. ¿Y si realmente he asustado a Stefano con mis palabras? ¿Es posible siquiera estremecer a un hombre como él? Las últimas horas me han mostrado mucho más sobre él y, sin embargo, siento que es un desconocido. Una cosa es segura, será mejor que me prepare para la fiesta, porque parece que mi presencia será inevitable. Me dirijo al armario y rebusco entre la poca ropa que tengo hasta que me fijo en una tela roja

brillante. La saco y la miro un momento, y un pensamiento peligroso se instaló en mi cabeza. *¿Y si no me escondo en esta fiesta, sino que me aseguro de que todas las miradas estén puestas en mí? ¿Qué hará Stefano?* Es arriesgado, pero a veces hay que arriesgarse para ganar al final.

Dos horas después, me pongo delante del espejo de mi habitación y miro el resultado final. El vestido rojo oscuro abraza mis curvas y el corte asimétrico de la falda me roza la rodilla derecha. El extremo más corto apenas cubre la base de mi trasero. El escote es lo único que lo supera. Empieza con dos tirantes estrechos en los hombros, que llegan hasta justo por encima del ombligo. A la altura de mis pechos, el vestido está unido por tres anchos tirantes de metal dorado. Un sujetador sólo estropearía la imagen, así que no lo llevo y acepto el hecho de que todo el mundo notará mis pezones. Nunca antes había mostrado tanta piel desnuda en público, y una pequeña parte mojigata de mí quiere volver a cambiarse inmediatamente. Pero la mujer en la que me he convertido aquí se siente sexy y le encanta jugar con sus encantos con este vestido. Me encrespo uno de mis mechones rizados en los dedos y miro mi reflejo en el espejo por última vez. Sólo entonces me dirijo a la puerta y me preparo mentalmente para pasar esta noche una velada rodeada de hombres lujuriosos. Cuando todos los trofeos se han reunido en el vestíbulo, dos guardias de seguridad nos recogen y nos conducen por los pasillos de la villa hasta la fiesta. Isabella me miró con expresión de decepción y se dejó caer más atrás en el grupo. Claro que no seguí su consejo, pero no esperaba que me dejara allí plantada por ello. Sin embargo, este no será el único momento de esta noche en el que tenga que mantener mis sentimientos y emociones bajo control. Acabamos de cruzar la galería bajo la que se extiende el salón de baile. No puedo evitar recordar mi atracción por Stefano. Fue aquí donde me tocó por primera vez y me mostró lo que podía ser entregarme a él. Ya hemos superado ese punto, pero vuelvo a jugar con fuego en esta nueva ocasión. Esta vez hay un gran riesgo de que las llamas me envuelvan por completo antes de que él se dé cuenta de mi resplandor.

La fiesta está en pleno apogeo debajo de nosotros. El bajo vibra con fuerza en mis extremidades mientras bajo por los escalones y los ojos de los hombres se vuelven hacia mí. Sé que mi aspecto es atrevido y deliberadamente elegido para un mafioso en particular, pero los demás no pueden pasar por alto mi atuendo. Ése es el riesgo. Si el plan no sale bien, esta noche podría acabar muy mal para mí. Miro nerviosa al suelo e intento no caer, ya que he optado por unas sandalias de media altura. Unos tacones habrían sido una elección más apropiada, pero no podía arriesgarme a encontrarme luego en el suelo.

Una vez que las escaleras quedan atrás, se nos permite movernos libremente y aprovecho para avanzar hacia el centro de la sala. Hay unas tres docenas de personas presentes, la mayoría hombres. No todos son residentes de esta villa. Es de suponer que también hay socios comerciales entre los invitados que no quieren perderse el evento de esta noche. Mi mirada recorre los rostros en busca de uno en particular, cuyos rasgos distintivos reconocería en cualquier parte. Antes de encontrarlo, me quedo clavada en una escena que me impacta hasta la médula. Me estremezco involuntariamente.

Al final de la sala, a unos diez metros de mí, hay una tribuna a la que me acerco en automático. Allí hay una silla dorada que parece un trono. Nada raro para un hombre como

Vincenzo, que a mis ojos es un imbécil arrogante y prepotente. Lo que me horroriza es la mujer atada a él. Tiene el pelo negro y los ojos igualmente oscuros, mientras que sus labios son de un brillante color rojo. Su piel bronceada está cubierta por un manto de tela blanca, casi transparente, que difícilmente puede llamarse vestido. Está claro que se siente incómoda al ser presentada así, nótese el enfado que muestra en su rostro, y sin embargo no puede hacer nada al respecto. Tiene los brazos y las piernas fuertemente atados a la silla y los labios cortados por una banda de tela blanca que le impide incluso hablar. Al verla, trago saliva. De repente me siento terriblemente estúpida por querer burlarme de Stefano con mi aspecto en este atuendo. Si no tengo cuidado, acabaré como esta mujer o peor. Tal vez uno de los hombres de aquí me arrastre a una oscura mazmorra donde me atacará. Se me pone la piel de gallina y me recorre hasta los dedos de los pies como un escalofrío. Conmociónada, me doy la vuelta e intento volver a las escaleras, pero por desgracia no llego lejos. Sin más preámbulos, alguien me agarra de la muñeca y me da un tirón para que me encuentre inevitablemente en medio de un grupo de hombres lascivos. Todos me miran como si fuera su presa y sólo ahora me doy cuenta de que no soy el tigre depredador que me gustaría ser. Sólo soy un gatito asustado que se ha aventurado demasiado lejos.

Capítulo 29 - Stefano

Así que en realidad está intentando doblegarla, pero conseguirá lo contrario. Mis ojos siguen vagando hacia Giuliana, que ha sido encadenada por Vince a este trono como una esclava. Todo el mundo puede verla, su última presa. Igual que ella debería darse cuenta así de que no tiene nada más que decir. Pero sólo la mirada furiosa de sus ojos revela que no está impresionada, y mucho menos inquieta. Sin duda habría intimidado a un trofeo normal, pero ella es una Rossi. Aunque su tío la mantiene al margen de sus negocios, ha crecido en compañía de hombres siniestros y sabe cómo defenderse. Giuliana está fuera de su alcance, y pronto se dará cuenta de ello.

Los cubitos de hielo de mi vaso de whisky tintinean al agitarlo y vuelvo a pasar por encima de la multitud hasta que mi mirada se detiene en ella. Casi la pierdo de vista, ya que el ajustado vestido rojo no encaja con su estilo usual, por lo normal bastante decente. Está de espaldas a mí, así que puedo ver la mariposa en su delicada piel. Ayer me fijé en este pequeño tatuaje después de mirarla por detrás. No sé cómo se me pudo pasar por alto antes, pero ahora es como una marca. La hace inconfundible y me hace estar aún más atento. No está sola, sino rodeada de los hombres de Vincenzo. Todos la miran boquiabiertos como a un sabroso ratón que ha caído en las garras de las aves de rapiña. Ella va de un lado a otro, aparentemente buscando una salida, pero no la encuentra. El grupo no le quita ojo de encima, y no les culpo. Se ve muy bien con esa ropa. Su culo regordete presiona la fina tela que apenas lo cubre. Por lo demás, su espalda es bastante casta, pero por delante este vestido es una invitación escandalosa. El escote muestra demasiada piel y al mismo tiempo revela que no lleva sujetador, lo que lo hace aún más excitante. Si a eso le añadimos su pelo castaño, que se extiende en rizos salvajes alrededor de su cabeza, se convierte en un manjar irresistible.

Vuelvo a agitar el vaso y escucho el tintineo de los cubitos antes de beber otro sorbo. Mis ojos siguen clavados en ella y en los hombres que, literalmente, la aprisionan. El primero de ellos se atreve y la agarra del brazo, lo que hace que ella se estremezca, pero eso a él no le molesta demasiado. Le pone la otra mano en el culo con descaro y empieza a acariciarlo, lo que me dificulta mantenerme en mi posición. Me obligo a seguir mirándola. No es tonta, sabía el efecto que produciría este vestido y lo que irradia con él. Otro chico se acerca a ella por delante. Sienna levanta la rodilla, a punto de embestirla hacia él, pero uno de ellos la agarra y la empuja firmemente hacia el suelo antes de que pueda siquiera defenderse. *Oh, pequeña, estos hombres son criminales, ¿de verdad crees que tienes alguna posibilidad contra ellos?* Sus dedos recorren la suave piel alrededor de su cuello y puedo ver el pánico en sus ojos. Su cabeza se mueve, buscando, hasta que nuestros ojos se encuentran y leo en ellos lo que no me gusta: puro miedo. En cuanto me mira directamente, la veo suplicante. Espera mi ayuda y no sé si debo dársela. Quiere más y no puedo dárselo. No puedo dejar que se acerque más a mí, porque estar a mi lado acabaría con ella. La posición de trofeo, en cambio, le ofrece protección, podría disfrutar cada día, y yo la protegeré como le prometí. Su mirada sigue entrelazándose con la mía, la súplica se intensifica y las comisuras de sus ojos empiezan a brillar. En el mismo momento en que el tipo desliza sus dedos entre sus pechos, ella cierra los ojos en señal de rendición y yo despierto de mi trance. Vacío el vaso de un trago y lo dejo en la mesa más cercana antes de dar grandes zancadas hacia los hombres.

—Te aconsejo que retires los dedos si quieres conservarlos —gruño con frialdad, y ellos retroceden de inmediato. Son la gente de Bastian, pero saben que no se puede jugar conmigo. Algunos incluso creen que soy peor que mi hermano, pero al menos tengo las ideas claras. Le tiendo la mano a Sienna, que la agarra vacilante y me deja guiarla ya que está inequívocamente conmocionada por los últimos segundos. Entonces detengo a una de las camareras y cojo dos de los vasos de su bandeja, entregándole uno a mi compañera. Ella mira insegura el líquido marrón amarillento, finalmente se sobrepone y se lo toma de un trago. Aunque ciertamente le quema la garganta, no hay tos ni ningún otro tipo de queja. Está callada, y el silencio me vuelve loco. Tiro de ella, sorbiendo mi propio whisky y espantando con la mirada a cualquiera que se acerque a nosotros.

—¿Estás bien? —le pregunto suavemente. Pero no obtengo respuesta, ni siquiera un movimiento de cabeza.

Sienna se limita a mirar al frente y parece como si no pudiera ver nada a su alrededor. La conduzco a una de las habitaciones contiguas del pasillo y cierro la puerta tras nosotros antes de encender la luz. Se queda a un paso de mí, en el centro de la habitación, y me mira con el ceño fruncido, pero no me impresiona. Relajado, me apoyo en la puerta y me tomo mi tiempo para mirarla de arriba abajo. De cerca, su atuendo parece aún más provocativo y comprendo perfectamente por qué los hombres estaban tan deseosos de tocar su suave piel. Permito que cualquiera la mire siempre que quede claro a quién pertenece.

—¿Por qué no me sacaste rápidamente de allí? —Le tiembla la voz y las palabras suenan amargas, pero no puedo evitar sonreír.

—¿Recuerdas lo que me dijiste esta mañana antes de que te echara? —Hablo deliberadamente en voz baja y con calma para tranquilizarla. Ella asiente y resopla burlonamente.

—Por supuesto, pero ¿qué tiene eso que ver con esto? —La ira brilla en sus ojos, y es precisamente ese fervor furioso lo que ansío.

—Esos hombres de la sala son mi gente, empleados de Vincenzo, nuestro equipo. Nos han rodeado a mí y a mi hermano desde que empezamos, y les confiamos nuestras vidas cada vez que salimos. Pero no son buena gente. Son criminales, tipos brutales, asesinos como yo, y desde luego es mejor no encontrárselos en la oscuridad —Veo cómo sus facciones enfadadas se suavizan lentamente y me mira inquisitivamente, sin entender lo que intento decirle. Este es el quid del problema entre nosotros.

—Puede que hayas abrazado mi oscuridad, y lo agradezco, pero no te das cuenta de que hay mucho más en mi vida —De un tirón, me alejo de la puerta y me coloco frente a ella. Agarro uno de sus rizos y lo recorro con los dedos. Me mira insegura—. Me deseas, pero no sabes lo que significa tener que defenderte a mi lado —La veo tragar saliva. Sin embargo, no se mueve, así que tiro suavemente del extremo de la hebra—. En la posición de mi trofeo, eres una joya que valoro. Aun así, nadie pensaría que me importas, y eso te pone fuera de peligro.

Porque maldita sea, Sienna, siento por ti mucho más de lo que es bueno para cualquiera de los dos, y eso me lo pone difícil.

—Tarde o temprano, la mujer a mi lado acabará como mi madre —Suelto el mechón de pelo y me doy la vuelta.

Ella me sigue y apoya la palma de su mano en mi espalda. Ni una palabra sale de sus labios y

su silencio me irrita, aunque hace unos días me resultaba agotador que me contestara constantemente. Me doy la vuelta brevemente, le agarro los dedos y la hago girar hasta que apoya el culo en la puerta. Tiene los ojos muy abiertos por la sorpresa, pero no veo miedo en ellos, solo excitación. Le paso la mano con cuidado por el brazo desnudo y la clavícula. Lo único que noto es su respiración acelerada y la creciente excitación que se refleja en sus ojos en cuanto la toco. Me desea y, por supuesto, eso me excita aún más. Pero primero tiene que entender que está jugando con fuego si me quiere para ella. Deslizo los dedos hasta su cuello y cierro la mano en torno a él, pero sólo aprieto lo suficiente para que lo sienta.

—No sé cómo se me ocurrió que podrías ser un trofeo. Porque desde el primer día supe que tu fuego arde demasiado —Le rozo la barbilla con los dedos, y ella me la levanta y se pasa mi pulgar por el labio inferior—. Siempre has tenido una mente propia, y haré lo que sea para evitar romperte, porque entonces el fuego que te hace tan ardiente también desaparecería.

Al oír mis últimas palabras, abre los labios y me chupa la punta del pulgar. Le rodeo el cuello con la mano. Ella detiene inmediatamente su juego y me mira sin una pizca de remordimiento o humildad. Aunque me desafía con su resistencia, eso es precisamente lo que la hace atractiva a mis ojos. Me inclino hacia ella, apoderándome de sus labios, que saben deliciosamente a miel y whisky. A pesar de que le dificulto la respiración, gime en mi boca, a lo que yo respondo con un gruñido. Muevo los dedos entre sus muslos y encuentro exactamente lo que esperaba. Está tan mojada y preparada para mí que casi olvido de qué quería hablarle en realidad. Suelto la mano de su cuello para desabrocharme el cinturón y los pantalones, lo que ella aprovecha para acercarme y besarme como una loca. Eso no impide que libere mi miembro y la recorra con firmeza a lo largo de su centro unas cuantas veces. Su mirada se desliza por mí y se detiene en mi erección, que ya está lista para ella. Se lame los labios con lascivia y la lujuria nubla la expresión de sus ojos tal y como yo deseo. Tan ardiente, es simplemente perfecta, y eso es exactamente lo que la pone en peligro. Sólo los moratones y las marcas verdes de su mejilla demuestran lo fácil que es hacerle daño.

—Quítate las bragas —le ordeno con severidad.

Ella sigue mis instrucciones en silencio, sin apartar los ojos de mí. Cuando el fino trozo de tela cae al suelo, me aprieto contra ella. Con la mano libre, deslizo el vestido por su culo y recorro con los dedos las curvas bien formadas. Al verla así, húmeda y deseosa, me cuesta no precipitarme. En realidad, la había dirigido a una de las salas de estudio para hablar con ella tranquilamente. Esperaba que nuestra conversación se desarrollara en esa dirección, pero no lo había planeado de esta manera. Por muy diferentes que sean nuestras opiniones, el sexo nos conecta y facilita que nos desahogemos. Como en este preciso momento, cuando mi abultado miembro se desliza lentamente dentro de ella. Penetro cada vez más en su prometedora estrechez hasta llenarla por completo. Ninguno de los dos se mueve. Simplemente disfrutamos de estar cerca el uno del otro. Me seduce sentirla caliente. No soporto el silencio durante mucho tiempo y me retiro para iniciar un ritmo constante que nos lleva a los dos a un frenesí de lujuria desbordante. Sus gemidos, que son más bien respiraciones, me acompañan con cada embestida y me hacen perder cada vez más el control. Mis embestidas son cada vez más rápidas, profundas y exigentes. Tanto es así que sus ruidos de codicia se convierten en un grito que sólo es engullido por las gruesas paredes y la música del exterior. En cuanto sus miembros se estremecen, la agarro por la cintura y la penetro hasta el fondo, una y otra vez. Hasta que grita de placer y el

orgasmo la arrastra. Sigo empujando, aunque ella hace tiempo que se ha sumido en una niebla de satisfacción. Su estrechez me vuelve completamente loco y, sin embargo, saboreo cada segundo hasta que finalmente me derramo dentro de ella. Me concedo unos minutos de placer antes de retirarme. Sienna tarda un poco más en volver a la realidad. Deslizo lentamente la mano por la delicada piel de su clavícula, pero sus párpados permanecen cerrados y ella sigue apoyada exhausta contra la puerta. Sólo su respiración pausada y sus facciones satisfechas me indican que todo va bien.

—Oh, *Micina*, ¿qué me estás haciendo? —Sus labios se curvan en una suave sonrisa y por fin abre los ojos para mirarme.

—Lo mismo que tú conmigo —me responde, mirándome con una expresión que me dan ganas de llevármela a mi habitación y repetirlo toda la noche. Pero primero tenemos que hablar de todo lo que hay entre nosotros.

Capítulo 30 - Sienna

Antes de conocer a Stefano, nunca me había vuelto loca el sexo. Por supuesto, eso también podría ser porque nunca fue tan bueno como con él. Al parecer, es la única manera de mantener nuestra relación de poder en equilibrio. Él me domina y yo se lo permito encantada. Por desgracia, la parte agradable se ha acabado. Nos sentamos frente a frente en los dos sillones de cuero oscuro del estudio y nos miramos en silencio. El problema es obvio: Stefano necesita ser el que domina en todo momento, no sólo durante el sexo. Yo, en cambio, no estoy dispuesta a cederle ese poder.

—Lo que te pasó antes con los hombres... Ese peligro existe todos los días. Si fueras la mujer que está a mi lado, tendrías cruces de mira todo el tiempo —Su mirada es gélida, cerrada, y el tono de voz, por lo demás encantador, también ha desaparecido—. Te observarán porque te deseo. Te acecharán y te tocarán si tienen la oportunidad —Trago saliva al pensar en lo incómoda que me sentí cuando este tipo me tocó—. Pero, sobre todo, te convertirás en el blanco de nuestros enemigos. Para todos aquellos que quieren robarme lo único que significa algo para mí.

Su mirada oscura se clava directamente en mi corazón. Sus palabras son una declaración de amor y una sentencia de muerte a la vez

—Sigo dispuesto a intentarlo. Pero sólo si estás dispuesta a aceptar algunas reglas —añade. Me cuesta ocultar mi sorpresa, lo que le hace sonreír—. Créeme, no estoy menos perpleja que tú. Sólo cuando te fuiste me di cuenta de lo mucho que te echo de menos cuando no estás. Has conseguido conquistar una parte de mi oscuridad. Esta parte no sólo quiere poseerte, quiere protegerte y no dejarte marchar nunca.

Se me pone la piel de gallina, me conmueven tanto sus sinceras palabras. Aunque no habla de amor, quizá porque no puede. Para mí, eso es exactamente lo que está insinuando.

—¿Cuáles son las reglas? —Me doy cuenta de que mi voz suena insegura y temblorosa pero la ignoro. Aunque su sonrisa de superioridad solo me lo pone más difícil.

—Tu antigua identidad es historia, igual que tu vida anterior. Nunca volverás a Minneapolis. Nunca intentes contactar con nadie del pasado —Me mira con atención, pero mi asentimiento parece bastarle—. Sienna Davis ha muerto oficialmente en un trágico accidente de coche. Las autoridades informarán a todos sus allegados. Se te dará una identidad completamente nueva. Lo único que permanecerá es tu nombre de pila. El nombre de la mujer que venció mis sombras —Una suave sonrisa se dibuja en sus facciones—. También aprenderás a defenderte. Víctor te enseñará técnicas de lucha y yo te enseñaré a usar un arma de fuego para tu propia protección —Vuelvo a tragar saliva con fuerza y asiento insegura—. Mientras no puedas defenderte, no te moverás sola por esta casa. ¿Lo has entendido?

Vuelvo a aceptar y él se levanta.

—Dilo, Sienna, quiero oírlo —Me tiende la mano y me pone de pie.

—Sí, he entendido y aceptado las reglas —respondo a secas. La severidad desaparece por fin de sus facciones y vuelvo a ver al hombre encantador que hace latir más deprisa mi corazón.

—Bien, entonces solo queda una cosa por resolver —dice Stefano, y yo espero ansiosa sus

palabras, pero en lugar de eso tira de mí hacia la puerta y la abre para conducirme de nuevo al vestíbulo. Volvemos a mezclarnos, con la mano de Stefano rodeándome la cintura y yo apretada contra su costado. Con cualquier otra persona habría frenado esta cercanía y dominio, pero con él lo disfruto inmensamente. Nuestro camino se detiene justo delante de Jonah, que nos escruta atentamente, pero se abstiene de hacer ningún comentario.

—Ve con Rosana y dale la siguiente orden —Su mirada se desvía brevemente hacia mí—. Dile que le pida a alguien que empaque todas las cosas de Sienna y las ponga fuera de mi sala de estar —La sonrisa de Jonah se transforma en una amplia mueca. Sin embargo, se abstiene de hacer comentarios y se marcha asintiendo con la cabeza—. Todo es culpa tuya, mis hombres se burlan de mí —gruñe Stefano sombríamente, pero hay un brillo de picardía en sus ojos.

Quizá le vendría bien tomarse la vida con más calma por una vez. Claro que sigue siendo un mafioso, pero para mí ahora es sólo el hombre que hace que mi corazón se derrita.

—¡Ahora te toca a ti! —A grandes zancadas, me conduce por la sala a través del espacio abierto del centro hasta una mesa alta apartada al borde del escenario. La mujer de antes sigue encadenada al trono. Parece que ha renunciado a resistirse a las ataduras. No puedo mirarla mucho tiempo antes de que Stefano me rodee la barbilla con los dedos y atraiga mis ojos hacia él.

—Tengo que aclarar una cosa antes de empezar con esto —señala a un lado y a otro entre los dos. Una vez más, espero en silencio a que continúe. En el tiempo transcurrido desde el secuestro, he aprendido que a menudo es mejor esperar y callar—. No disparé a Jacob sólo porque fuera un testigo.

Me estremezco al pensar en el momento en que sonó el disparo en el callejón. Pero el dolor y la conmoción por la muerte de mi exnovio se han desvanecido, sumergidos en las profundidades de este nuevo mundo.

—También lo hice por rabia. Su conversación en el bar me sacó de quicio. No me correspondía matarle por eso. Aquella noche, mi ira pudo conmigo y apreté el gatillo. —Me agarra de la muñeca y doy un paso atrás—. No te digo esto porque espero que me perdones. Nunca debes perdonarme, ¿me oyes?

Su mirada es suplicante, casi triste.

—Quiero que recuerdes lo que pasó esa noche para que sepas qué clase de persona soy. Tan pronto como deje esta villa, me convertiré en una persona diferente.

Me atrae suavemente hacia él. Se lo permito, con lo que apoya suavemente la barbilla en mi cabeza y me acuna contra su pecho antes de continuar.

—No puedo prometerte nada, Sienna. En teoría, sé lo que es involucrarse completamente con una persona. Pero no estoy seguro de estar hecho para eso. Puedo hacerlo aquí en la villa, pero si tengo que salir por ahí en una misión, soy otra persona. —Se pasa los dedos por el pelo con un suspiro de fastidio—. Lo que digo es que necesito tu ayuda para ser el compañero que te mereces. Cometeré errores, eso es seguro, así que por favor usa tu voz para señalármelos. ¿Entiendes lo que quiero decir, *Micina*?

Una vez más, me sobrecoge la sinceridad de sus palabras y su significado. Nunca olvidaré la noche en que nos conocimos, pero se desvanece y queda cubierta por nuevas experiencias. Las

últimas semanas en esta villa me han cambiado y han despertado un lado de mí que no sabía que tenía. Quizá por eso nunca me sentí preparada para continuar mis estudios, quizá por eso no sabía qué era lo que me convenía. Sí, tal vez incluso fue el destino el que me llevó a conocer a Stefano y a entrar en un mundo que no sabía que existía. Mientras tanto, mi nuevo hogar ya no me parece equivocado y la cercanía de Stefano me hace sentir bien. Nunca antes había tenido la sensación de estar en casa en ningún sitio y, sin embargo, en sus brazos me siento como en casa por primera vez en mi vida.

—¿Me estás escuchando? —Stefano me saca de mis pensamientos y su mirada molesta lo dice todo. No me molesta lo más mínimo, porque esta contradicción es lo que nos ha unido.

—Lo he hecho, y confío en ti —exhalo las palabras que me dice mi ser más íntimo. No es mentira, se ha ganado mi confianza, así como un lugar en mi corazón. Sé que nunca será el compañero perfecto, este lado oscuro es una parte demasiado grande de él.

Pero ya no tengo miedo, ni siquiera de sus sombras más oscuras, porque ellas también me protegerán, aunque sean más siniestras de lo que me gustaría. Es y seguirá siendo un miembro de alto rango de la mafia, seguirá matando gente sin escrúpulos. Esta vida nunca será fácil ni tranquila. Sin embargo, estoy segura de que este es mi lugar. Soy el trofeo de un asesino y la mujer al lado de Stefano Gambino, un sicario de la mafia.

Capítulo 31 - Stefano

—¡Buenas noches a todos! Por favor, ¡acérquense!

La voz de Vincenzo resuena en la sala y llega hasta el último rincón con la seriedad que resuena en ella. En cuestión de segundos, nuestros hombres, los trofeos y los pocos invitados se reúnen alrededor. Mi mirada se posa todo el tiempo en Giuliana, que observa el espectáculo con escepticismo. Hay que reconocer que esta mujer tiene una fuerza interior increíble. La mayoría de la gente se habría derrumbado si la hubieran atado semidesnuda a una silla en el centro de una fiesta así. Pero ella sólo frunce el ceño ante Vincenzo y parece preparada para cualquier pelea. Mientras tanto, mi mano se apoya en la cintura de Sienna y la aprieto más contra mí para que quede encajonada entre la pared y yo. Así me resulta más fácil protegerla, porque con Vince tengo que esperar cualquier cosa. *¿Qué demonios planea ahora este loco?*

—Esta mujer es mi última adquisición. Giuliana Rossi es mi posesión, ¡y esta noche voy a demostrarle lo que significa ser MÍA a partir de ahora! —Sus hombres rugen y los míos permanecen en un segundo plano. Saben tan bien como yo que Vince es impredecible.

—Creo que deberíamos celebrar el éxito de la misión. ¿Qué te parece un poco de piel desnuda? Recuerden que las mujeres también pueden opinar.

Los hombres se toman un momento para procesar su petición. Él ya se está bajando la cremallera de los pantalones y se vuelve hacia Giuliana. Presiento lo que está a punto de ocurrir y abrazo a Sienna con más fuerza. Si alguien de los presentes se atreve a acercarse a nosotros, juro que le causaré un dolor infernal. Pero nadie parece reparar en nosotras en este rincón, sino que los hombres toman los trofeos del vestíbulo. Oigo algunas objeciones, pero ni siquiera las damas parecen del todo reacias. Tampoco Vince, que ahora está de pie justo delante de Giuliana y disfruta de su cuerpo semidesnudo mientras se masturba al mismo tiempo. Por primera vez, veo algo parecido al miedo iluminarse en los ojos de la belleza mexicana, aunque intenta mantener la calma por fuera. Sienna, por su parte, se agarrota en mis brazos, así que vuelvo mi atención hacia ella y noto la expresión de sorpresa en su rostro.

Su mirada revolotea inquieta por la habitación. Está completamente abrumada. Yo también miro a mi alrededor y ya me doy cuenta de lo que me espera. Los hombres han tomado los trofeos y se divierten con ellos de forma más o menos voluntaria. Veo a Isabella entre ellos y parece que se divierte, quizá por Jonah, que la acompaña. Los dos se han mirado a menudo con ambigüedad en el pasado, así que probablemente esto les venga muy bien. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que algunas de las mujeres no están muy de acuerdo con lo que ha empezado mi hermano. La imagen que irradia la gran sala es una mezcla de fiesta sexual y prisión. La mitad de ellas están disfrutando del juego y la otra mitad permanecen juntas en grupo en un rincón, intentando no llamar demasiado la atención. A Vince le importa un bledo la gente de la sala. Sus ojos, su mente, todo está concentrado en Giuliana, y sus gemidos cada vez más fuertes.

—Es, es... terrible —La voz de Sienna suena débil, casi sin tono, lo que me preocupa. Me vuelvo hacia ella y le cojo la cara entre las manos.

—No dejes que esto te afecte, Vince está enfermo y lo sabes. Te prometo que no te pasará nada —Ella asiente en silencio, pero su mirada temerosa no consigue engañarme. Basta, todo esto se está convirtiendo en uno de los bizarros juegos de Vincenzo. Deberíamos irnos antes de

que esta visión la inquiete demasiado. No quiero que su fuerza flaquee de nuevo. Porque necesito su apoyo para asegurarme de que nunca termine como mi hermano. Si sus acciones ponen en peligro precisamente eso, tengo que actuar; si es necesario, saldremos rápidamente de aquí. Agarro los dedos de Sienna con una mano y cojo mi pistola con la otra. Rápidamente, tiro de ella hacia la puerta lateral que conduce a la escalera de servicio. Esta escalera de caracol es el atajo perfecto para subir las escaleras sin que nadie se dé cuenta. Ya la he guiado antes por este camino, aunque esta vez no vamos a los trofeos, sino directamente a mi habitación. No me importa si el personal ya me ha traído sus cosas o no. Ella se quedará conmigo a partir de ahora, y esta noche voy a encerrarme en mi piso porque no confío en Vince por nada del mundo. Ya ha estado loco antes, pero ahora que tiene a esta pequeña Rossi entre sus dedos, parece que se le va la olla por completo. No tengo ningún interés en presenciar su locura en vivo, que se las arregle solo por una vez en su vida.

—¿Cómo que ya te vas a la cama, querido hermano? —Me giro en el pasillo y empujo a Sienna detrás de mí. Apunto con mi pistola en la dirección de donde proceden sus palabras.

—Ya, ya, no vas a amenazar a tu propia sangre —La sombría calma con la que habla me preocupa más que su habitual mal genio. Por fin sale de las sombras del pasillo poco iluminado y sus ojos oscuros me observan muy de cerca.

—¡Guarda la pistola! —me exige enfadado. No hago nada de eso, sino todo lo contrario, porque quito el seguro y levanto el cañón para apuntarle a la frente.

—Deberías volver a tu fiesta —Pongo tanto desprecio en mi voz que se da cuenta de que no estoy de humor para bromas.

—Oh, lo haré, después de todo, mi último juguete me espera allí. Pero primero quería saber dónde desapareciste con el tuyo —Sus facciones se quiebran en una sonrisa malvada y empiezo a sospechar que podría estar borracho o drogado.

—Sienna no es un juguete, es la mujer que estará a mi lado a partir de ahora, la única.

Su risa franca, aunque amarga, resuena en las paredes y parece no poder contenerse.

—Eres un simplón y más estúpido de lo que pensaba. ¿Por qué te atas a una sola mujer cuando puedes tenerlas a todas? —Mueve la cabeza con sorna.

—No has aprendido nada, eres tan obtuso como madre. Bueno, si eso es lo que quieres, no te lo impediré. Ya verás lo que sacas cuando un día la encuentres muerta a tus pies.

—Te lo advierto, Vincenzo, si vuelves a tocarla... —Un gruñido ha subido a mi garganta y mi voz se oscurece, pero eso no rompe el trance de Vince.

—No te preocupes, nunca volveré a tocarla, y mucho menos hablaré con ella a solas. Para que sepas que soy inocente si algún día muere —Apoya la mano en la pared lateral y me mira directamente a los ojos.

—No necesitas preocuparte por mí. Si muere, será porque es la mujer de tu corazón. Eso es suficiente para que nuestros enemigos la quieran muerta.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que quiero admitir, por lo que finalmente bajo mi arma. Vince parece haberse dado cuenta de que la conversación ha terminado, se da la vuelta y se aleja tambaleándose, de vuelta a su trono dorado.

—Deberíamos seguir—El suave toque de Sienna en mi hombro me saca de mi estupor y agarro sus delgados dedos. Guardo con cuidado la pistola en la cintura y me doy la vuelta para mirarla. Esos ojos castaños oscuros que me miran con ternura son todo lo que necesito para volver a calmarme. Acaricio lentamente su mejilla con el pulgar, pero mi mirada permanece fija en sus iris.

—Prométeme que nunca sacrificarás tu vida por la mía —Sacude la cabeza, se aparta de mí y rompe el contacto visual.

—No puedo, pero te prometo que haré todo lo posible para no volver a mirar a la muerte a los ojos sin luchar —Esta respuesta no es lo que quiero oír, pero me alegro de que no me mienta. Porque lo que ocurra a continuación está en mis manos. Me aseguraré de que aprenda de los mejores para que siempre tenga ventaja. Después de todo, ¿quién mejor para entrenarla que el mejor asesino del clan mafioso Gambino?

Epílogo - Sienna

Tres meses después

—¡Oye, tú! Tráeme un palo de madera para metérselo por el culo a Vincenzo. A lo mejor así entiende de una vez que no me interesa.

Me río mientras escucho los comentarios de Giuliana desde el pequeño comedor al fondo del pasillo. Los dos hermanos nunca han utilizado esta habitación, pero Stefano la ha reformado recientemente. El plan original era comer allí juntos, incluso con Vincenzo de vez en cuando. Ha cambiado mucho en los últimos meses, lo que probablemente se deba a la mexicana temperamental. Vince no ha conseguido doblegarla, sino que los dos se han convertido en rivales en igualdad de condiciones. Cada día se enzarzan en una nueva lucha de poder, que ahora estoy segura no se limita a las palabras. La dura Rossi lo niega todo, a pesar de que el líder de nuestro clan la mira con claras intenciones. No voy a preocuparme por lo que ocurre entre ellos, porque me basta con que los dos se complementen a la perfección. Aunque un extraño probablemente lo vería de otra manera.

—¿Dónde está Vincenzo hoy? Todavía me debe una —Giuliana vuelve loco al personal cuando no los está asustando. Estaban acostumbrados al carácter irascible de Vince, pero su última conquista tiene su propia manera de mantener la villa ocupada. Resulta que habla un total de cuatro idiomas, uno de los cuales es el inglés. Esto hizo que me resultara más fácil conectar con ella. Aunque el comienzo fue bastante accidentado, estamos trabajando en el mismo frente, la cooperación entre las dos familias mafiosas. Después de que Vincenzo la trajera aquí, el objetivo inicial no era acabar con la disputa con el clan Rossi. Sin embargo, Giuliana y yo llegamos a conocernos mejor y, junto con ella, conseguimos llegar a una tregua. Ahora hay un equilibrio, aunque frágil, entre los clanes, lo que ha puesto fin al derramamiento de sangre. Mientras que yo soy ahora un miembro de pleno derecho de los Gambino, Vincenzo sigue excluyéndolos del negocio. Uno sólo puede esperar que los dos se quiten este pequeño obstáculo de encima. Porque nunca encontrará otra mujer que esté a su altura como Giuliana Rossi. Pero hoy no es un buen día para charlar con ella, y eso lo entiendo por cómo está agitando a los criados. Así que doy media vuelta y me dirijo al despacho de Stefano. Después de llamar, abro la puerta y entro. Me apoyo en ella y espero a que levante la vista. Esto ha sido en vano, porque está absorto en sus archivos.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta Stefano, con los ojos aún fijos en la pila de papeles que tiene delante. Me castiga con la ignorancia, cosa que no soporto, pero sé cómo conseguir que me preste atención. Alargo la mano por encima del hombro y desabrocho la cremallera del ajustado vestido negro hasta que los tirantes quedan sueltos sobre mis hombros. Como sigue sin prestarme atención, me alejo de la puerta y camino hacia el escritorio. Por el camino, dejo que la tela se deslice hasta caer al suelo y paso por encima de ella. Stefano sigue ignorándome, así que supero el último obstáculo. Vestida sólo con mi ropa interior de encaje rojo, me siento en el borde de la mesa y cojo la carpeta que él tiene entre manos. Antes de que pueda detenerme, se lo quito de las manos y finjo mirarlo con detenimiento.

—Un nuevo local en Brookings, eso suena prometedor. ¿Cuándo vamos allí? —le pregunto

inocentemente, aunque hace tiempo que me ha fruncido el ceño. Su lado oscuro ha perdido completamente su efecto sobre mí, ya que sé que nunca me haría daño. Sin embargo, estoy tentada de despertar a mi príncipe mafioso dominante.

—No irás a ninguna parte, y lo sabes —Ahora se ha levantado y viene hacia mí rodeando el escritorio.

—¿Por qué no? Me gustaría volver a salir de aquí —Una breve punzada de culpabilidad cruza su rostro, pero rápidamente deja paso a una expresión severa. Se detiene frente a mí y apoya una mano en el borde de la mesa, ante lo cual vuelvo a arrojar el expediente a la pila con los demás.

—Se nota que te aburres —Su mirada recorre mi cuerpo y por fin reconozco el fuego exigente en sus ojos que tanto me gusta. Bajo tranquilamente mis pies al suelo, apoyando el trasero en el borde del escritorio.

—¿De dónde has sacado esa idea? Sólo quería hacerte una visita inocente —respondo con dulzura. La mirada de Stefano se desliza de nuevo sobre mi piel desnuda. Sigue caminando a mi alrededor hasta detenerse justo a mis pies. Sus manos encuentran mi cintura y se deslizan hasta mis muslos, separándolos. Da un paso hacia delante y se coloca entre mis muslos. Relajada, me echo hacia atrás y me apoyo en la fría madera, mirándole.

—Entonces, una visita inocente —Sus dedos se separan de mis piernas. En su lugar, utiliza la mano libre para pasar suavemente las yemas de los dedos por mis bragas, justo donde ya se acumula la humedad. Cierro los ojos de placer y espero a que continúe—. Aunque esto no me parece precisamente inocente.

Su voz se ha vuelto grave y áspera, lo que no hace sino tentarme aún más. Sus dedos siguen en mis bragas, justo en mi punto más sensible. Por fin, presiona la tela con las yemas de los dedos y hace movimientos circulares. Me muerdo los labios con deseo y me esfuerzo por contener el primer gemido, porque es exactamente lo que quiere. Se inclina lentamente hacia mí para que pueda sentir su aliento en mi cuello. Un breve escalofrío de placer me recorre, lo que sin duda le anima aún más a continuar su agridulce juego. Sus besos son ligeros como una pluma sobre mi piel y dejan un rastro caliente hasta mi oreja. Al mismo tiempo, sus movimientos se aceleran y el calor recorre mis venas.

—Gime para mí —me dice, y yo obedezco encantada.

Para él, éste era el disparo de salida que estaba esperando. Sus dedos se separan de mi punto más sensible y se desabrocha el cinturón, que poco después cae al suelo junto con los pantalones y los calzoncillos. Observo atentamente cómo se pasa por fin los dedos por su duro miembro. Me relamo con fruición y sigo todos sus movimientos mientras se toca. Con la mano libre, busca la pistola de mi muslo derecho y la desabrocha con cuidado. Hace unos días me entregó la pistola negra y me ordenó que la llevara todos los días para protegerme. Sólo desde ese momento se me permite moverme sola por la casa, antes siempre tenía que ir acompañada por uno de sus hombres. La pistola y su cinturón aterrizan en el sillón de cuero que hay junto a nosotros y dejan de tener importancia. En su lugar, vuelve a centrar su atención en mis bragas y las empuja hacia abajo. Aprieto las piernas para que la última pizca de tela se deslice sola hasta el suelo. En cuanto esta muda también ha caído, busco su mirada y me pierdo en el deseo lujurioso que reflejan sus ojos.

—Quiero verte —me exige, empujándome suavemente hacia atrás. No necesito que me lo

diga dos veces y me subo al escritorio, provocando la caída de las carpetas del otro lado. Pero en este momento, eso no importa más que el hecho de que ninguna de las puertas de la habitación esté cerrada. Si alguien realmente se atreve a entrar en la habitación sin llamar, que Dios se apiade de él. Stefano no tendrá piedad, estoy segura. Levanto las piernas, me quito los zapatos y apoyo las plantas de los pies en el borde de la mesa. Con las piernas abiertas y desnuda, me entrego completamente a él y, sin embargo, disfruto exhibiéndome así. Me mira con calma y deja que su mirada se deslice por mi cuerpo, deteniéndose finalmente en mi centro.

—Bueno, señora Gambino, ¿tan dispuesta y mojada? —Ahora me excita que me llame así, aunque al principio no fue fácil aceptar mi nuevo apellido. Mi nueva identidad provocó este cambio, y Stefano no me dio mucho que decir al respecto. Como soy suya para siempre, también debo llevar su nombre y estar para siempre bajo la protección que conlleva. *O el peligro que acecha tras él*, interfiere mi conciencia. El hombre de mi corazón me agarra la barbilla con firmeza y me mira penetrantemente.

—¿Dónde están tus pensamientos, *Micina*? —Agarro sus dedos y él los suelta inmediatamente.

—Aquí —le respondo suavemente, y su expresión tensa se relaja.

Con una sonrisa prometedora, se acerca un poco más y atrae mi atención entre mis muslos con la elegante punta de su dedo. Su miembro se cierne justo delante de mi entrada, a la espera de superar los últimos milímetros. Me muerdo el labio con expectación y miro a Stefano, que se hunde en mí en cuanto nuestras miradas se cruzan. Totalmente relajado, penetra cada vez más dentro de mí y me llena por completo antes de retirarse con la misma calma. Mis gemidos resuenan en las paredes y sólo son interrumpidos por su oscuro gruñido.

Por suerte, este ritmo angustiosamente lento se acaba pronto, ya que el deseo arde con más fuerza en nosotros a cada hora. Con cada embestida, su mirada se vuelve más tempestuosa y nuestros sonidos más entrecortados. Una vez más, deslizo las manos fuera del borde de la mesa porque quiero aguantar. Hasta que me agarra de los muslos para sujetarme y hundirse con fuerza en mí. Me encantaría que fuera eterno, pero el temblor de mis piernas lo impide. El calor se extiende por mi vientre y finalmente me envuelve en una explosión caliente que se desploma sobre mí con un último grito. Mientras me hundo en una vorágine de calor acogedor, Stefano empuja más dentro de mí hasta correrse con un gruñido. Disfruto observándole y viendo cómo sus expresiones faciales se relajan y se mira completamente mío. Estos momentos en los que está tranquilo y despreocupado son demasiado raros. Por eso me encanta que al menos encuentre la paz conmigo de vez en cuando. Por supuesto, el sexo previo es el verdadero placer, pero sigue necesitando estos momentos para desconectar de vez en cuando. Sigo persiguiendo mi clímax cuando se viste. Stefano parece volver a sus quehaceres, aunque ahora una sonrisa pícaro adorna constantemente sus labios. Tras ajustarse la camisa blanca, me tiende la mano y me ayuda a bajar del escritorio. Estoy segura de que está saboreando de nuevo el momento de disfrutar viéndome desnuda. Mientras me visto y me coloco los zapatos, Stefano organiza su puesto de trabajo. En cuanto intento subirme la cremallera del vestido, él ya está ahí para hacerlo y darme un suave beso en el cuello.

—Sabes que ahora estaré todo el día pensando en cómo te hice mía en mi escritorio —respira lujuriosamente en mi oído. En cuanto se cierra el vestido, me vuelvo hacia él y le pongo las manos en los hombros.

—No le veo nada de malo —respondo con una sonrisa juguetona, a lo que él contesta con un movimiento de cabeza.

—No te olvides de esto —me recuerda y me entrega mi pistola.

Nunca pensé que llegaría a tener un arma, pero aquí me da la seguridad que necesito. Por suerte, Stefano es un profesor muy centrado y no se inmuta fácilmente. Al principio me costó mantener la calma. A menudo no daba en el blanco, pero mejoraba con cada lección. Quizá también se debiera a que las lecciones no se limitaban al tiempo en el campo de tiro. Volví a colocarme el cinturón de armas y la funda en el muslo antes de guardar la pistola. Incluso ahora que el entrenamiento con armas ha terminado oficialmente, Stefano sigue enseñándome nuevos trucos y mejorando mi postura. Lo que a menudo termina con que no podemos mantener los dedos quietos. A veces intento deliberadamente que me enseñe algunos trucos sólo para empezar un juego completamente distinto.

—¿Cómo van las cosas con Víctor?

Stefano ha vuelto a su puesto de trabajo y está en su silla. Uno de sus hombres lleva dos meses enseñándome diversas técnicas de defensa, pero, a diferencia de mi homólogo, Víctor no es un profesor paciente. Varias veces se ha reído de mí o me ha insultado cuando he hecho algo mal. Dada la mezcla de palabras inglesas y rusas, sólo puedo suponer que eran palabrotas. Por desgracia, eso no cambia el hecho de que avanzamos lentamente.

—Avanzamos a buen ritmo —respondo con desdén, aunque Stefano sabe perfectamente que las cosas van mal. Debe de recibir informes periódicos de sus hombres. Unos golpes en la puerta me evitan hacer más preguntas. Me acomodo en el reposabrazos del sillón de cuero y miro hacia la puerta.

—Pasa —Stefano invita finalmente a entrar a la persona que espera. Es Vincenzo, que también parece notablemente contento de verme aquí. Inmediatamente cruzo los brazos delante del pecho, ya que suele implicar mucho trabajo en cuanto nuestro estimado líder viene a buscarme.

Ahora ha aceptado mi puesto al lado de Stefano, aunque entre nosotros siga habiendo un ambiente tenso. Sin embargo, dado nuestro mal comienzo, esto no es sorprendente. Se ha disculpado por su comportamiento después de ver que hago feliz a su hermano. También le gustan mis ideas para el clan. Puede que haya descartado mis estudios, pero los conocimientos que obtuve de ellos no se han perdido, sólo los estoy utilizando de una forma un poco diferente a la planeada.

—¿Cómo van las cosas con Brookings? —pregunta Vince alegremente. Mientras tanto, se sienta en el segundo sillón de cuero junto a mí, frente a Stefano. El escritorio está entre los dos. Sólo tendría que estirar el brazo para alcanzarme, pero no es tan estúpido. Todos en esta casa saben quién soy y que sólo un hombre puede tocarme, siempre que no quiera tener una muerte larga y agónica. Aunque, por supuesto, ahora puedo cuidarme sola. Inconscientemente, acaricio la tela del vestido que oculta la pistola y que presiona firmemente contra mi muslo debido como estoy sentada.

—He encontrado algunos objetivos adecuados, pero es mejor que tus hombres los comprueben —Stefano lanza una carpeta a su hermano, que inmediatamente la toma.

—Lo haré, y ahora para ti... —Se gira en la silla para mirarme. Levanto una ceja dudosa, pero

lo único que me ofrece es una sonrisa burlona—. He observado discrepancias en los informes de Kansas y Chicago. Quiero que revises sus cifras antes de que acabe la semana y me presentes un análisis.

Aunque estoy orgullosa de que Vincenzo me considere un miembro de pleno derecho, también me ha encomendado muchas tareas desde mi primer éxito.

—Lo tendrás —Asiento con la cabeza, pero no puedo evitar suspirar.

—Estupendo, entonces no te molesto más —se levanta de un salto, notablemente alegre, y se dirige a la puerta en pocos pasos.

—¿Por qué de tan buen humor, hermano? —Así que no soy sólo yo quien ha notado su inusual alegría—.

—No veo qué tiene que ver contigo —responde, ya no tan alegre—. Pero no quiero ser así. Voy a ver a Giuliana, me ha mandado llamar. Dice que tiene un regalo para mí. A ver qué ha vuelto a cocinar —Resoplo e intento disimularlo con una tos.

A juzgar por los retazos de palabras que recogí hace menos de un cuarto de hora, existe un riesgo real de que no le guste esta sorpresa. Por supuesto, mi imaginación evoca imágenes propias, lo que me hace difícil no reírme a carcajadas.

—Bueno, al menos alguien aquí parece divertirse en el trabajo —me dice finalmente para desviar mi arrebato de diversión—. ¡Que tengas un buen día! —Finalmente se marcha y cierra la puerta con tranquilidad.

—¿Qué tiene tanta gracia? —Stefano retoma el tema y me vuelvo hacia él.

—Oh, nada. He oído lo que ha dicho Giuliana antes. Hay muchas posibilidades de que a Vincenzo le metan un palo por el culo como regalo —Ahora Stefano también empieza a reír y tardamos unos minutos en calmarnos del todo.

—Probablemente deberíamos volver al trabajo —Su mirada encendida viaja hasta mis pies, para acabar de nuevo en mi cara—. Aunque tengo otras ideas para la tarde —añade con un tono de voz petulante. Le miro con interés, pero me levanto y me doy la vuelta para marcharme.

—Deberías memorizar estas ideas y explicármelas con más detalle esta noche —continúo en voz baja—. La anticipación es algo maravilloso. Es una forma estupenda de visualizar lo que podría pasar. —Su mirada lujuriosa se oscurece, así que abro la puerta y me doy la vuelta antes de irme—. Nos vemos luego —me despido sin mirarle.

—Sí, lo haremos, ya lo estoy deseando, *Micina* —Sus palabras se deslizan por mi cuerpo con un agradable escalofrío, incluso después de haber cerrado la puerta.

De vuelta al vestíbulo, respiro hondo y bajo dos puertas hasta mi pequeño estudio. Ahora paso allí mucho más tiempo del que me gustaría. Stefano me introdujo en todo el negocio poco después de mudarme con él. Como no había realmente nada que descubrir en la villa y la monotonía se instaló rápidamente, pasé mucho tiempo haciéndole compañía en el trabajo. A menudo provocando disminución en su productividad, ya que nunca podemos mantener las manos quietas el uno del otro durante mucho tiempo, especialmente cuando estamos tan cerca.

Así fue como finalmente entré en contacto con los informes de las oficinas exteriores y los hojé por aburrimiento. Observé discrepancias en las cifras. Entonces le conté a Stefano mis

sospechas y observamos los dos lugares más de cerca durante las semanas siguientes. Al final, mis sospechas se confirmaron y una de las tiendas tuvo que rendir cuentas. Sé cómo funciona esto desde la misión en Aberdeen. La misión para el otro negocio tendrá lugar dentro de unos días. Aunque me gustaría volver a salir de aquí, Stefano me ha prohibido expresamente que los acompañe, lo que ha desencadenado una fuerte discusión entre nosotros. Al final, terminó desnudo y completamente satisfecho. Aun así no pudo cambiar de opinión. Además, tenía un criterio de knock-out en su mano: mi entrenamiento de combate. Si Víctor y yo finalmente hacíamos algún progreso, al menos tendría la oportunidad de volver a salir de la villa. Por el momento, sin embargo, tengo que conformarme con apoyarle con mis conocimientos con los números. Así que me concentro en la última tarea y me siento detrás del escritorio.

Mientras el portátil se pone en marcha, saco la pistola de su funda y la coloco en el cajón superior del escritorio. Sólo estorbaría si me pasara horas sentada, y mientras esté sentada, puedo acceder a ella con la misma rapidez en el cajón. Una vez que el ordenador ha arrancado por fin, parpadea el icono del correo, al que me dirijo en primer lugar. Un mensaje de Stefano enviado hace unos minutos me espera en la bandeja de entrada. Lo abro con impaciencia y leo el breve texto que contiene, que suena como una promesa agridulce.

“Una vez fuiste mi trofeo. El primero y el último que tuve, pero ahora eres Sienna Gambino. Eres parte de mi alma, de mi conciencia y de mi corazón. Nunca volveré a dejarte ir, Micina, mi gatita.”

FIN

En este libro se incluyen los siguientes activadores:

- Armas
- Drogas
- Secuestros
- Sometimiento
- Violencia
- Muerte
- Lenguaje vulgar
- Alcohol
- Falsa Moral